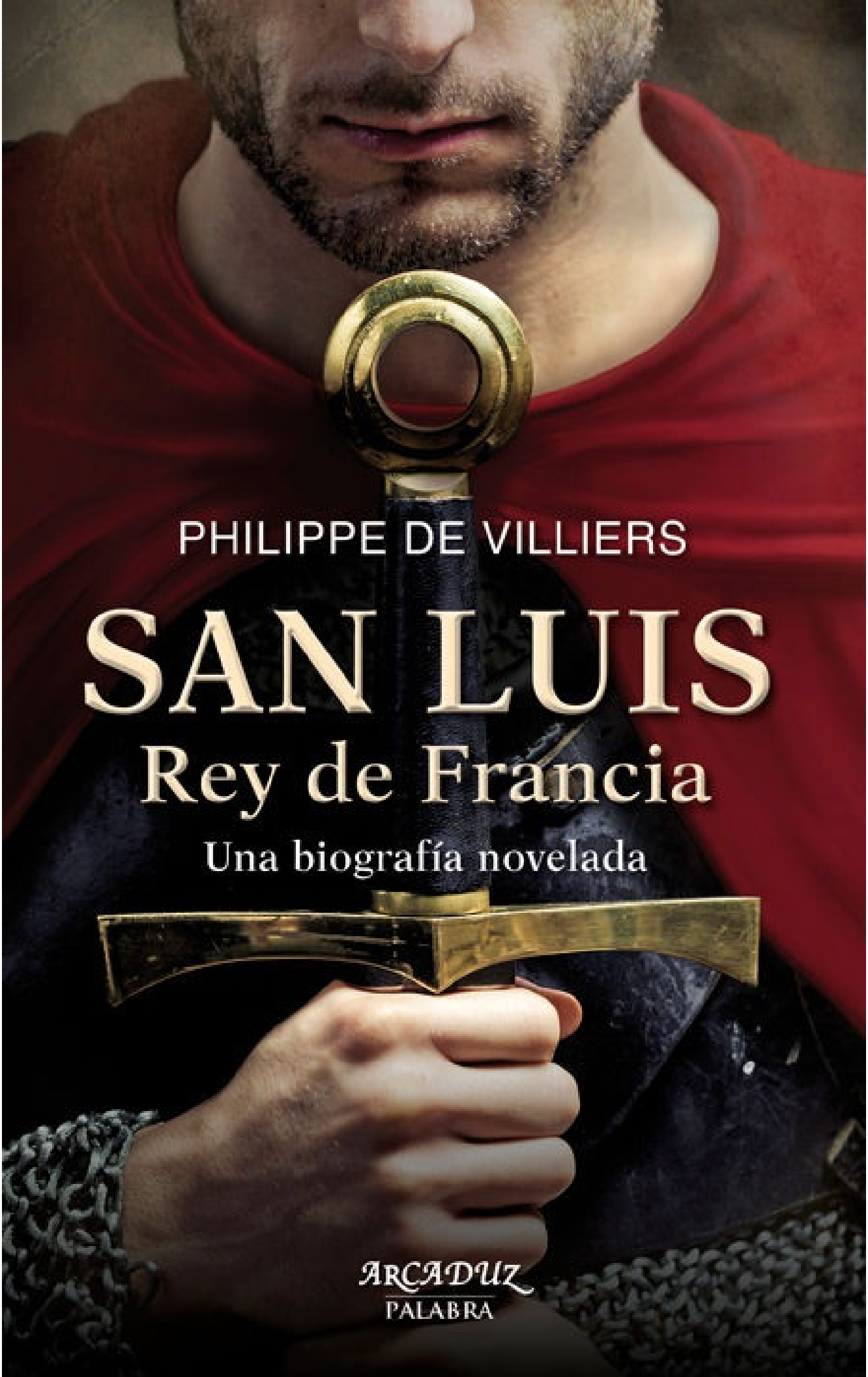
PHILIPPE DE VILLIERS
SAN LUIS
Rey de Francia
Una biografía novelada
ARCADUZ
PALABRA

PHILIPPE DE VILLIERS

SAN LUIS, REY DE FRANCIA

Una biografía novelada

ARCADUZ

Título original: Le roman de Saint Luis
© Editions Albin Michel, 2013

© Traducción: Miguel Perdigón

Colección: Arcaduz

© Ediciones Palabra, S.A., 2014
Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)
Telf.: (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39
www.palabra.es
epalsa@palabra.es

Diseño de cubierta: Raúl Ostos
Diseño de ePub: Erick Castillo Avila
ISBN: 978-84-9061-112-8

Todos los derechos reservados.
No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

JERUSALÉN, JERUSALÉN

Lejos de tus murallas, Jerusalén, agonizo sin entender tu misterio, pues dos veces tomé el cayado y la cruz para llegar a ti y en las dos he fracasado, pese a mis oraciones.

¡Oh estrella de Oriente!, también yo te he seguido y te he invocado con todas mis fuerzas tomando al igual que aquellos Magos el camino de la mirra y del incienso, pero solo me has respondido con el silencio. Todo ha terminado: no entraré en la Tierra Prometida y las puertas de Jerusalén permanecerán cerradas para siempre.

Se terminaron mis viajes. ¡Son las tres! Llega la hora. Me despojo de mi alma. ¡Jerusalén! A tus pies entrego mi vida, pues está cercana la hora de mi muerte con la que pasaré de la vieja ciudad que llora por tantas renuncias a la nueva que baja del cielo. El pórtico de Reims se abre y su ángel en piedra me sonríe desde la eterna morada del Rey de los Cielos.

Postrado en tierra, espero la muerte en esta apestosa tienda. Un calor asfixiante invade mi cuerpo con el sol de fuego de Cartago que me cae a plomo y que apenas me deja ver a mi hija Isabel. Mis soldados permanecen de rodillas y noto su impaciencia por escuchar mis últimas palabras, mi última palabra. Un pañuelo de agua fresca alivia mis labios secos, mientras mi cuerpo bañado en sudor y los brazos en cruz se extiende sobre una cama de cenizas, pues quiero morir en pobreza, solo vestido con una camisa de lino e identificado con el Rey de los Reyes. Me cierran los ojos para protegerme del polvo de la arena del desierto: «Tú eres polvo y en polvo te convertirás». Seré un rey que vuelve al polvo, pero antes de morir veo pasar mi vida, que empieza con Luis de Poissy, aquel niño que corría por las orillas del Sena y será ese niño quien tras ser juzgado entrará el primero en la casa del Padre.

EL SANTO GRIAL

Cada 25 de abril, fiesta de San Marcos, las ciudades del reino procesionan cruces negras, instalan velos sobre altares y crucifijos en recuerdo de los muertos por epidemia de peste y milagros ocurridos.

Es una vieja costumbre donde se mezcla el homenaje y las plegarias por vivos y difuntos. Las calles se llenan de penitentes que buscan el perdón y arrojan flores de primavera a los pies de los calvarios situados en los cruces de los caminos mientras piden al Buen Dios la bendición para sus cosechas.

Mi madre sonreía y suspiraba cuando pasaban delante de su estancia:

Sabes, Luis… no hay casualidades.

Eso me lo decía porque yo nací un 25 de abril del año de 1214 en Poissy-le-Chatel, en pleno corazón de Francia, y fui llevado a bautizar sobre una pequeña embarcación trenzada con mimbres que mi madre aún conserva.

«No existen las casualidades», repetía mi madre castellana, lectora de presagios y convencida de que el destino de un recién nacido estaba unido a la liturgia del día. Temía que esas cruces negras fueran la expresión profética de mis numerosas pruebas futuras.

María Picarda me amamantó y era quien me cuidaba al igual que de mis hermanos. Permaneció mucho tiempo con nosotros. Era una mujer llena de ternura que me llamaba el pequeño «Luis de Poissy».

Mi madre venía con frecuencia a mi habitación, pues sentía la inquietud y la pena por la muerte de mi hermano Felipe en 1218 y ahora yo era el heredero del reino.

María vigilaba los alimentos que llegaban a Palacio y masticaba en su boca mezclada con un poco de miel salvaje el pan que ella me preparaba. Cuando fui destetado y mi espíritu empezó a percibir la maldad, las mujeres que allí trabajaban no dudaban en instruirme y, si hacía falta, me caía una bofetada que mi madre aceptaba porque sabía que lo hacían por mi bien.

Cuando empecé a hablar, María me hizo pasar de las palabras a los verbos y cada mañana me frotaba las encías con sal gema y me lavaba la boca con agua de cebada. Todos en palacio querían que me hiciera un niño de fuerte carácter, sin miedo al calor o al frío, un hombre lozano y vigoroso y, para ello, todos ponían manos a la obra desde que me levantaba hasta que me acostaba. Después aprendí a hablar en plural para afianzar mi carácter de rey.

Mi padre me decía que era ardiente como mi abuelo y los capellanes se afanaban para que me alejara de las deshonestidades de la vida.

Los monjes se daban prisa en mi formación, mientras mi madre vigilaba que mis sentimientos fueran caritativos: «Da siempre limosna», me decía.

Una mañana vi llegar al patio de palacio un grupo de enfermos llenos de piojos. Estaban cubiertos de heridas de sangre y gérmenes y temblaban bajo sus pieles de cordero mal despedazadas como si tanta miseria hiciera que el amanecer nunca llegara.

Intuí en aquellos hombres una bendición del cielo y, mientras todos dormían en palacio, me vestí con una sencilla casaca y bajé a darles limosna. Un escudero que me observaba me llamó la atención:

—Habéis gastado los dineros del Louvre que el Rey es tan cuidadoso a la hora de repartir. No son suyos. Son del reino.

—También son los pobres –respondí–. Son ellos quienes traen la bendición y la paz de Dios. Cuando sea armado caballero, seguiré pagándoles y siempre pensaré que nunca les habré pagado como merecen.

Siempre agradeceré a mi madre que me enseñara la piedad y sobre todo con los más pobres. También me enseñó a oír Misa, cantar las vísperas y demás horas canónicas. Teníamos la costumbre de dar gracias a Dios por el nuevo día, por el mediodía gozoso, pero también por las sombras que bajan y, cuando llegaba la noche, levantábamos las manos hacia el cielo para volverle a dar gracias.

Llegó la hora de fortalecer mi cuerpo y espíritu. María me tejió un abrigo de lana con largas mangas y un gorro rojo amapola y en el mes de mayo me llevaban a las praderas a orillas del Sena donde los marineros tiraban de los barcos llenos de trigo. Me entusiasmaba verles tirar de las cuerdas y les seguía con la mirada hasta que desaparecían más allá de los puentes camino de los molinos.

Acompañaba a los sirvientes de palacio en sus salidas al mercado: piezas de cuero de Córdoba, tejidos, tropeles de ovejas, mercaderes lombardos y mulas golpeadas.

Los soldados del Castillo me prohibían correr ya que en la memoria estaba el trágico accidente mortal del hijo de Luis el Gordo cuando un cerdo extraviado le hizo caer del caballo. La vida era maravillosa en aquellas calles cuyas mercancías se extendían a nuestra mirada.

En otras ocasiones, mis correrías me llevaban más lejos, buscando contemplar a los mozos de las cuadras abatir piezas de caza en pleno vuelo. Me gustaba llevar las albardas, los guantes de cuero y sobre todo al gavilán en mi puño y marchar sobre la calzada enlosada de areniscas que recorría el trayecto entre dos puentes del Sena que mi abuelo había hecho construir.

Era capaz de recordar todas las calles y leer sus historias que abarcaban desde el primer Luis, el gran Clodoveo. Descubrí que un rey tiene dos nacimientos: el suyo y el de su linaje. Mi familia era de alto linaje y, al igual que otras, se desarrollaba en los siglos. Habíamos compartido el mismo pan, el mismo cucharón y el mismo espacio de

aquellas calles construidas con la misma piedra de viejos canteros. La historia de los Capeto no era muy distinta a la de otras familias y, sin embargo, ahora éramos la historia de Francia. El nombre de Luis es un continuo volver a nuestras raíces y a nuestros compromisos con el Reino. Otros nombres son Felipe como mi abuelo o Roberto, que es el nombre de Roberto el Piadoso, segundo rey de los Capeto, o Alfonso de Poitiers, que así se llamó como homenaje a mi abuelo español, y qué decir del nombre de Carlos, que introducía en nuestra familia al glorioso Carlomagno, o el de mi hermana Isabel, llena de vida y luz, que llevaba los mismos ojos persas que su abuela Isabel de Hainaut.

En septiembre de 1222, mi hermano Roberto y yo descubrimos la isla de la Cité y sobre todo aquel entramado de calles llenas de sorpresas donde los mercaderes vendían los más bellos aderezos, como perfumes y sedas de oriente, rizos y falsas trenzas. María Picarda, que era muy coqueta, cambió su blusa de colores tenues por una de seda verde con brocados de flores rojizas que brillaban en el cielo.

Me acuerdo de aquel día porque vi a un amaestrador de monos a la puerta del castillo que quería entrar sin tener que pagar el impuesto de peaje o pagarlo con las acrobacias de su mono. A fe mía que eran dignas de verse, pero los demás juglares no admitían como moneda las acciones del mono y, mientras tatareaban sus canciones, me tomaron como testigo de lo que ellos consideraban clara injusticia: «Es necesario que el rey sepa…».

Aprendí a manejarme en esta gran ciudad de al menos cien mil habitantes y donde todo me parecía amable, lleno de sorpresas. Un menestral canta un estribillo que continúa un mendigo que añade otra estrofa que rima y esta a su vez es continuada por otro bribón: es como si la poesía naciera entre la gente y se perdiera entre ella.

Mis antepasados amaban la poesía y vivían rodeados de muchos trovadores, a quienes escuchaban declamar y cantar. Aquellas canciones me hacían soñar con cabalgadas quiméricas, en compañía de mis héroes: Rolando, el Cid y el rey Arturo. Sus corazas y sus cascos de plumas resplandecían. En mis sueños concedía permiso de estancia a una multitud de jinetes con cascos bañados en oro entre tempestades de estrellas. Tendía la mano a las piedras preciosas que brillaban sobre los mástiles de los barcos sarracenos y tomaba el guante que Rolando había tendido a Dios como arrepentimiento y que había sido llevado por el Arcángel san Gabriel. Tenía la cabeza llena de heroicidades y, con mi madre, recitaba un poema castellano: El Cantar de Mio Cid, pero también leía y volvía a leer la historia de la Cruzada de los niños que decidieron liberar Tierra Santa. Los cronistas y trovadores aseguraban que había tal fervor en aquella Cruzada que contagió a todos aquellos que vivieron los acontecimientos, incluidos los animales que se convirtieron en nómadas: peces, ranas, mariposas y hasta los pájaros emigraban hacia el mar para ir a Tierra Santa.

Todo aquello que leía, llenaba mi espíritu y el deseo de ir en busca del Santo Grial

donde José de Arimatea recogió la Sangre del Señor a los pies de la Cruz y para tan gran empresa sabía que era necesario disponer de virtudes sobrenaturales que superaban a las mundanas de la caballería por elevadas que fueran. Era necesaria la virtud de la pureza más allá de los límites de la condición humana.

Recibí la fuerza del sacramento de la Confirmación y en ese momento noté que mi corazón abrazaba la idea de partir, cuando llegase el momento, a la búsqueda del Santo Grial. Seguiría los pasos de José de Arimatea en un viaje más allá del mar, hasta el Gólgota para hacer realidad mis sueños y mi destino. Recuerdo que aquel día mi hermano Roberto y yo disfrutábamos como locos jugando con un espantapájaros de paja atado a un poste lleno de gorriones sobre el que arrojábamos nuestras lanzas, dábamos estocadas y disparábamos nuestras flechas e imaginábamos que estábamos bajo los ciruelos del jardín del palacio de Damasco.

Roberto tenía siete años y yo nueve y me acuerdo bien del momento: verano, julio de 1223. Amenazaba tormenta. De pronto, nuestra madre nos llamó para darnos la noticia que se extendió como un trueno hasta el último rincón de la ciudad y el reino: el rey había muerto.

Había quienes incluso habían vaticinado su muerte por la aparición de un cometa de grandes dimensiones visto desde el puesto de vigilancia, pero no me hacía a la idea, pensaba que era eterno, invencible, pues un rey nunca envejece ni muere. Tiene el don de la eternidad y siempre resucita gracias a su condición de hombre elegido por Dios. Pero mi abuelo, que era rey, sí que murió y se esperaba su funeral y la próxima coronación.

María Picarda nos obligó a ponernos un vestido blanco, color de duelo. Había que darse prisa para unirse al cortejo. Marchábamos sobre el camino real entre Mantes a San Denis inmersos en un mar de dolor. Las muchas crónicas oídas sobre Francia me asaltaban como una luz terrible y a la vez tranquilizadora. En mis pesadillas veía en el borde del doloroso camino una cabeza que rodaba sola con los ojos abiertos y detrás, con los brazos extendidos y titubeantes, un obispo mitrado, decapitado y sanguinolento. De pronto su cabeza se detuvo y volví a la realidad pues el cortejo llegaba a San Denis, cementerio de reyes, donde el primer obispo de París, martirizado, fue enterrado y donde mis antepasados también lo están.

A la cabeza del séquito, delante de la litera mortuoria, los oficiales con corbatas de duelo llevaban los estandartes del reino. Detrás, el chambelán llevaba la bandera azul como el cielo de Francia. El cortejo continuaba con los músicos que llevaban sus instrumentos boca abajo, los comunes de Bouvines, los caballeros de la Curia que llevaban las espuelas, guantes blancos, cota de mallas con brocados de perlas y el yelmo con el sello real.

Varios heraldos escoltaban el corcel de fuego del rey cubierto de una funda de

terciopelo violeta.

El gran estandarte de Francia en terciopelo carmesí y con flores de Lis de oro ondeaba por encima del duelo. El sucesor de San Denis, el arzobispo de París y los limosneros de la Corte iban también a pie. Rodeaban la litera mortuoria y la acompañaban con sus oraciones. Después marchaban los príncipes sobre caballos protegidos por armaduras. El cortejo entró despacio en la basílica por el pórtico central del Juicio Final. A izquierda, había una gran vidriera: en ella se representaba a uno de mis antepasados, con toda seguridad Luis VII, que recibía la bandera de la cruzada de manos del Abad Suger.

Las bóvedas daban aún más sensación de altitud y pesadez. Avanzábamos entre losas donde yacían ilustres condes de los que había oído hablar durante mi infancia. Bajo mis ojos, se desarrollaba toda la gloria que los siglos han dado a Francia: Tolbiac, los campos cataláunicos, Poitiers y por encima de mi cabeza, entre luces, el Árbol de Jesé de tres pisos: merovingio, carolingio y Capeto. ¡Oh, buen Dios. Ahí están todos! Todo el linaje real descansa en paz y, desde los reyes del Antiguo Testamento, la palabra dinastía nunca se ha extinguido.

Cada pavimento evoca un reencuentro. Conocía de memoria los libros del abad Suger, pero era la primera vez que entraba en el cementerio de los reyes. Escuchaba en la sombra la paz de sus respiraciones y su presencia familiar con sus cuerpos ya gloriosos. En mi imaginación veía levantarse a Hugo Capeto, Carlos Martel, Pepino el Breve, Clodoveo. En sus estatuas mortuorias en oro y azul estaban dormidos entre los pliegues de sudarios, banderas y vestidos. Cada uno de ellos tenía escrito un réquiem en piedra y se reconocían sus trazos calmos y altivos como lo están en los tapices colgados del Louvre, pero siguen vivos con sus ojos abiertos a la eternidad y en espera de la resurrección y, entre ellos, mi abuelo avanzaba hacia el coro entre incienso y antorchas que daban vida a aquellas estatuas talladas en bajo relieve.

El condestable de Francia me dijo al oído:

—Vuestro abuelo tendrá como vecino de Cielo al rey Dagoberto cuya alma fue salvada del infierno por intercesión de san Denis.

Los nobles que llevaban la litera sobre sus hombros se detuvieron junto al maestro de ceremonias, el obispo de Porto que presidía la ceremonia y pidió que la familia rodeara el féretro para el último adiós y el beso de la paz. Mi padre Luis siguiendo una vieja costumbre carolingia quita la bandera de oro que recubre al rey: la pompa no podía impedir la emoción que se elevaba por los dignos muros de la abadía.

Fue entonces cuando mi madre me hizo la señal para que me acercara a mi abuelo, que tenía aún en su mano el espectro y la corona expuesta al pueblo de Francia para su último adiós. Me asomé al interior del ataúd y vi la paz de un sueño. Me incliné, le abracé y, cuando le di un beso en la frente, un escalofrío me recorrió la columna

vertebral, al comprobar que solo era un cadáver muerto. Volví a mi banco temblando y me coloqué entre mi madre y el rey de Jerusalén mientras los demás allí presentes entonaban el Réquiem por Felipe el Conquistador, Felipe Augusto, mi abuelo: lloré sin recato porque sabía que mi infancia había terminado, como el rey difunto me había advertido:

—Ten cuidado, Luis: un hijo de rey no tiene infancia. Entra en acción desde el bautismo.

PEQUEÑO CARLOMAGNO

Todo en mi abuelo traspasaba el tiempo. Estaba calvo de tanto cabalgar cara al viento, su ancho bigote rojo encanecido, su ojo tuerto y penetrante, la frente amplia, lisa y clásica tallada por sus cincuenta y siete años de intensa vida de los cuales, más de cuarenta como Rey de Francia.

Me gustaba escucharle con aquella elocuencia dulce y a la vez vehemente mientras caminábamos con pasos rápidos por la ronda del castillo del Louvre. El paso del tiempo y las mil batallas le habían marcado su carácter de cicatrices. Había luchado en la Cruzada, se había enfrentado al emperador, desafiado al Papa y su Curia. ¡Gran rey y mejor abuelo!

Le admiraba y le escuchaba con la misma devoción con que leía las hojas de mi libro de salmos.

—¡A los caballos, a los caballos!

Eran cabalgadas como bailes donde saltábamos, íbamos al trote, a galope, y en ocasiones me ponía sobre sus piernas:

—Una pierna para Occidente y otra para los sarracenos. La danza de la victoria. La victoria de Bouvines, el año que naciste, y la victoria de las Navas dos años antes, en 1212, la de tu otro abuelo contra los moros.

Hacía levantar a mi corcel sobre dos patas, mientras apretaba las espuelas y esgrimía mi lanza de castaño. ¡Cuánto me reía! Mi abuelo me hacía vivir con emoción momentos especiales de libertad y con el pensamiento y sin aliento, jadeando, nos íbamos al campo de Bouvines, su batalla más importante:

—Eran más de ochenta mil guerreros. Nosotros no llegábamos a veinticinco mil. Enfrente, Occidente. Juan, rey de Inglaterra; Otón, el emperador; Ferrand, el conde de Flandes. Están tan convencidos de su victoria que ya en el campamento se reparten el reino. Cada uno ha cogido su parte. La batalla de Bouvines fue terrible y, durante mucho tiempo, indecisa. Fue entonces cuando llegaron los concejos que traían el estandarte de San Denis. Todos esos agricultores, mercaderes daban pena y sentían miedo ante aquel ejército y más cuando veían su terrible aspecto y sus yelmos con animales muertos colgando. Amaneció y yo les dije que eran los refuerzos que como rey de Francia esperaba y necesitaba. La fuerza era alemana, pero la astucia, francesa. Mis hombres con mazas en la mano me miraban con inquietud, pues observaban mi vestido blanco y mi túnica azul despedazados por una caída de caballo y mi coraza de acero hecha añicos. Esperé a que el sol se colocara a nuestra retaguardia para comenzar el asalto de los

concejos que tenían el sol de espaldas, mientras que al enemigo les daba en los ojos. Los imperiales quedaron deslumbrados por la cantidad de reflejos que producían sus cascos, las cotas de malla, espadas y escudos. Tantos que no podían avanzar y, en cambio, nuestros estandartes sí lo hacían y sin descanso. Fue entonces cuando me di cuenta de que el emperador huía. La vuelta fue triunfal. París no cesaba de cantar. Los campesinos en plena cosecha levantaban sus guadañas y hacían girar sus hoces. Toda Francia desbordaba alegría. Las jovencitas nos arrojaban sus brazaletes de oro. En París, las celebraciones duraron ocho noches. El sol había sido nuestro aliado. Era una señal del cielo. Fue el año de tu nacimiento. Una señal de dos victorias. Cuando vayas a Roma con tu madre, reconocerás el trofeo de tu otro abuelo, Alfonso de Castilla, que ofreció al Papa. El estandarte de los sarracenos. El estandarte de la batalla de Las Navas. No lo olvides, Luis. Bouvines y Las Navas son dos batallas que indican los nuevos tiempos. Bouvines fue la victoria contra los grandes nobles y Las Navas representa la Reconquista sobre los moros.

Mi abuelo me hablaba de los linajes, de nuestro linaje, de mis antepasados, de mi abuela a la que no había conocido, Isabel de Hainaut, que murió durante su embarazo, con diecinueve años.

—¿Era guapa?

—Por supuesto, pequeño Carlomagno. Tenía un talle gentil y mucha gracia, ojos perlados de esmeralda y unos cabellos de rayos de luz y espigas de oro. Transmitió su belleza a los niños de la casa de Hainaut. Eso explica que tú lleves esa cabellera abundante, rubia, brillante y dorada.

—¿Por qué me llamáis pequeño Carlomagno?

—Porque la sangre que corre en tus venas es la misma que la de Carlomagno. Eres Capeto y carolingio. Yo he transmitido a mis sucesores las dos castas reales. Tú eres heredero de carolingios y Capetos, por tanto, de Carlomagno. Ruego a Dios que te conceda la gracia de llevar a Francia a la altura de aquellos tiempos.

—¿Es vuestro modelo de Rey?

—Sí y sería bueno que, por los tiempos que corren, Francia lo desee también.

EL SIGNO DE LOS TIEMPOS

En ocasiones cabalgábamos sin destino y un poco a la aventura:

—Los tiempos están cambiando. Tu padre y tú reinaréis sobre un mundo que va más allá de los límites conocidos. La China y Rusia ya no serán países lejanos. Ya no servirá de nada extender nuestros dominios y solo será suficiente que vigiles las fronteras frente a los Plantageneta y sus trampas.

—Pero somos familia. Somos primos.

—Sí, pero quieren hacer de Francia e Inglaterra un solo país.

—¿Un solo país?

—Un país inglés. Desconfía de condes como el de Bretaña o Champagne. Verás que siempre están cerca de nosotros, pero no merecen nuestra confianza. Tendrás que poner distancia con los nobles e incluso con los eclesiásticos para mantener los derechos de la Corona.

—¿Contra gentes de la Iglesia? Pero el Papa es la cabeza de la Cristiandad.

—Sí, pero solo representa el poder espiritual. Francia no reconoce ningún poder superior en lo temporal. Acuérdate de la Batalla de Bouvines y sus enseñanzas.

—¿Qué enseñanzas?

—Protege a los débiles y ellos nos protegerán. Son los mercaderes, los carpinteros, los zapateros quienes hicieron posible aquella victoria. Ese pueblo te pedirá que hagas justicia a los de arriba y a los de abajo, sobre pobres y ricos. Nuestro roble familiar toma su vigor de los humildes y hace que sus raíces sean cada vez más profundas. De esos humildes de nuestros pueblos obtendrás los soldados y servidores que necesites para defender tu Corona. Francia será el escudo contra las nuevas amenazas que vienen.

El rey Felipe Augusto, mi abuelo, estaba convencido de que los reyes que reinaran a partir de ahora serán los reyes de los últimos tiempos. Desde hace más de treinta y siete años, los infieles poseían Jerusalén, pero los sucesores de Godofredo de Bouillon se habían hecho fuertes en la costa, en la ciudad de Acre. Las conquistas sarracenas no paraban de crecer. ¡Esas eran las señales del cielo!

Según cuentan los peregrinos, los cristianos que aún permanecen en Jerusalén son obligados a llevar una cruz de cobre y los judíos, un amuleto de madera con forma de ternero para marginarles.

Mi abuelo había leído la carta apostólica *«Quia Major»* que había escrito el Papa Inocencio III en 1213. Inocencio III era un brillante teólogo y mejor jurista que había estudiado en las Escuelas de París.

En su escrito decía que el final del Islam estaba próximo ya que identificaba la herejía del Islam con las fuerzas apocalípticas del mal descritas en las Sagradas Escrituras. El Papa escribía: «Un hijo de perdición, Mahoma, se ha levantado. Ha conseguido que muchas personas hayan rechazado la Verdad con engaños y placeres carnales. Su perfidia ha progresado hasta hoy, pero tenemos fe en Dios, que no nos abandona y nos anuncia que el final de la Bestia está cercano. El número de Juan en el Apocalipsis es el 666 y ya han transcurrido seiscientos años desde que Mahoma empezó a predicar su herejía».

Mi abuelo contaba los años y comprobaba que solo había que esperar sesenta y seis años. Un poco de paciencia y llegaría la inevitable caída de la herejía de los beduinos del desierto.

Como Capeto y cristiano, la Cruzada formaba parte de la tradición familiar y yo, aunque niño, tengo decidido ser un peregrino a Tierra Santa para liberar el Santo Sepulcro.

Pero mi abuelo añadía una «bestia» aún más temible: el imperio mongol, que amenazaba caer sobre Roma.

Desde los confines de Asia, horribles noticias traspasaban las montañas y llegaban hasta la isla de Francia. Esas noticias contaban que los tártaros obedecían a un jefe supremo llamado Gengis Khan tan fuerte como Carlomagno que soñaba con crear un imperio universal.

Mi abuelo, el rey Felipe Augusto, estaba convencido de que el ataque era inminente y que la invasión caería sobre nosotros. El capellán de la torre del Louvre veía en esas hordas de Satanás a los pueblos de Gog y Magog descritos en el Apocalipsis. Los clérigos no paraban de repetir mostrando las Escrituras:

—No está lejos el tiempo del Anticristo. Gog y Magog son tribus salvajes que bajan de las montañas. Comen escorpiones, gatos y fetos humanos abortados.

Se te cortaba la respiración con solo mencionarles y mi hermano Roberto y yo esperábamos su ya próximo desembarco. Veíamos en nuestra imaginación de niños a gnomos del infierno como les describe el Apocalipsis recubiertos con pieles de toro que se alimentan de carne de perro y ascendían a lo más alto de las nuevas torres de Notre Dame hasta confundirse con los horribles rostros de las gárgolas.

LA BELLA EXTRANJERA

Aún flota el incienso en la nave de la Abadía de San Denis tras apagarse las llamas de los cirios que han acompañado el cuerpo del rey Felipe Augusto hacia la eternidad cuando las antorchas se vuelven a encender para preparar una nueva ceremonia.

Un rey se ha ido; otro llega. Es la clave; «El rey nunca muere». Siempre habrá alguien que le suceda, pero esta vez el nuevo rey será mi padre, que irá a Reims el 6 de agosto de 1223 y, bajo el sonido de las campanas, la nobleza francesa se da cita junto a obispos, cardenales, príncipes extranjeros y embajadores venidos de países lejanos para asistir a su coronación.

Reconozco al Rey de Jerusalén que se ha quedado unos días más en Francia para ser testigo del momento. El sol de Palestina ha quemado su piel y aúna la majestad de los emires a la gracia de los príncipes franceses, como si fuera un sultán bautizado.

Me sonríe mi madre, emocionada pero también porque ve que mi túnica con flores de Lis me viene demasiado grande. Veo su admiración por su sobrina, la joven reina de Jerusalén, que le recuerda la alegría de vivir de su hermana mayor, Doña Berenguela, a la que tanto quiere.

En Reims está toda Francia. Los estandartes de Bouvines rodean a la familia real y mis padres se posternan bajo la pesada corona llena de camafeos y esmeraldas orientales. Están cansados, pero se ayudan con su mirada. No es solo un rey, son un matrimonio real coronados en el día de la Transfiguración de 1223. Tienen los dos treinta cinco años y yo, príncipe real, tengo nueve.

Mi madre ya es reina de Francia. Está radiante y llena de belleza. Permanece de pie, con su noble silueta que muestra su elegancia envuelta en su capa real. Su mano izquierda sujeta con delicadeza una cinta que permite adivinar en el cuello una joya y en su mano derecha, algo temblorosa, sostiene una flor de Lis.

Desde el coro, las bóvedas y las tribunas, todas las miradas se dirigen hacia ellos. Los nobles parecen cansados, pero visten damascos y abrigos de pieles. También están los cruzados con sus dalmáticas que cubren sus finas cotas de malla trabajadas en oro. Allí, en la catedral de los reyes estaban armas lujosas, joyas relumbrantes, que rivalizaban con las mitras y las pulseras de bordados e incrustaciones. El sol de un domingo de verano presentará honores a su salida bajo el inmenso pórtico de la catedral con ángeles que sonríen sobre la plaza de la catedral.

A la salida, los gritos de «Viva el Rey» se acompañan con un mosaico de estandartes de colores, repiques de campanas, lluvia de pétalos y sonido de trompas.

En un momento dado me pregunté lo que sentiría mi madre, la nueva reina de Francia, lejos de su amada Castilla. Desde que llegó a Francia, no había vuelto a ver a sus hermanas. Allí se quedó su hermana Berenguela, que ahora tiene entre sus proyectos la construcción de la Catedral de Toledo y erigir la Universidad de Salamanca. Su otra hermana, Urraca, casada con el príncipe de Portugal, murió hace tres años. Mi madre no ocultaba su añoranza por su patria y recordaba los cipreses, los trovadores alrededor de las fuentes de plata, aquella naturaleza tan rica y sobre todo los juegos de una pequeña infanta española que era libre entre las torres y murallas llenas de la luz del sol. Su castillo de Palencia cercado por los moros, aquella tierra difícil, pero arrancada palmo a palmo al Islam; su camino de Santiago lleno de peregrinos que van y vienen siempre hacia Dios.

Sí, seguro que aquellos momentos de gloria eran acompañados con la dulzura de sus recuerdos, de aquellas fragancias que le venían a cada instante. Tatareaba melancólicos sones castellanos que inundaban su alma, pero rechazaba aquellos sueños porque sabía que nuevas obligaciones ocuparían su tiempo. Era tierna, valiente y sobre todo estaba enamorada de su marido desde el primer momento de aquella Navidad de 1200. Se lo he escuchado cientos de veces.

La historia de su amor fue así:

—Una tarde en Palencia, llegó una vieja reina de setenta y ocho años en busca de mi hermana. Todos le acogimos con gran cariño. Había sido reina de Francia y de Inglaterra. Su nombre era conocido en todas las cortes occidentales. Se llamaba Leonor de Aquitania. Era madre de Ricardo Corazón de León, que acababa de morir, y de Juan Sin Tierra, ya nuevo rey de Inglaterra. Quería una esposa para el hijo mayor de Felipe Augusto de Francia y la princesa elegida era mi hermana. Mi hermana se angustió con la idea de abandonar Castilla. Los embajadores franceses presentaron un impedimento importante que resultó ser un detalle poco conocido: el nombre de mi hermana. Mi hermana se llamaba Urraca y, en opinión de los embajadores, tal nombre hacía daño al oído. Jamás una reina de Francia se había llamado Urraca y, además, ese nombre suena a bárbaro y muy difícil de pronunciar y, si eso es poco, ese nombre fue llevado por una bruja mora por lo que una reina joven llamada Urraca no suscitaría lealtades en Francia. Es así que, habiendo venido en busca de mi hermana Urraca, la reina Leonor me llevó a París y mi nombre tan suave, Blanca, decidió la suerte de las tres coronas: Francia, Castilla e Inglaterra.

Mi padre se divertía con esta historia y daba gracias al Cielo.

—Vi llegar a palacio a la infanta de Castilla que tenía doce años. Era alegre y vivaracha y pronto perdió su timidez y se llenó de la alegría del Midi donde el sol llena de fuego hasta el último rincón de las venas. En pocos días, todos los pájaros del Louvre cantaban su presencia.

Fue una suerte para Francia la mezcla de sangre francesa y castellana. Mi madre poseía un alma generosa e hizo a mi padre un hombre feliz e inclinado al bien. Luchaba para que las nostalgias castellanas se apagaran y poseía el valor de un hombre en un corazón de mujer. Tan pronto podía parecer gélida como ponerse a llorar o a reír y tenía la fuerza para que un sarraceno temblara.

Decíamos a veces que su altanería se acomodaba mal con sus manifestaciones sentimentales. Había crecido en la frontera y eso le daba más fuerza ya que nada era fácil y no había tiempo para desahogos sentimentales.

Mi abuelo me contó cómo un día comprobó la fuerza de su temperamento castellano. Mi padre Luis VIII luchaba en Inglaterra y escribía a mi madre pidiendo refuerzos. Mi madre, que le apoyaba en todo, irrumpió con paso firme en la sala donde mi abuelo hablaba con el canciller, el hermano Guerin. El canciller no estaba convencido de aquella empresa, pues el Papa estaba en contra y amenazaba con excomunión para aquellos que la apoyaran.

Blanca lanzó sobre mi abuelo, el rey, una mirada de acero, de estar decidida a todo como la del apóstol Santiago.

—Señor, ¿dejaréis morir a vuestro hijo en un país extranjero?

—Ya conoce mi oposición. No le enviaré socorro alguno.

—Enviadle al menos las ganancias de su patrimonio.

—Blanca, amo a mi hijo, pero no haré nada.

—¿Nada, Señor? ¿De veras?

—¡Nada!

—Entonces ya sé lo que debo hacer.

—¿Qué vas a hacer, querida Blanca?

—Tengo unos hijos de Luis que son maravillosos y guapos. Les pondré en empréstito. Seguro que habrá personas que me prestarán dinero por ellos.

Mi abuelo no daba crédito a lo que oía, mientras le miraba admirado por su astucia. Mi madre abandonó la sala muy alterada y muy furiosa y mi abuelo temió lo peor, pues estaba convencido de que mi madre lo haría, y le mandó llamar:

—Blanca, mi pequeña, estoy dispuesto a prestaros de mi tesoro, tanto como queráis.

—Señor, no tomaré más que lo necesario para ayudar a vuestro hijo.

Con el paso del tiempo, de su sangre española solo conservaba su acento, su tez y sus largas trenzas negras. Los alguaciles, viéndola pasar vestida con una piel de marta bordada de armiño más blanca que la nieve, callaban. La reina estaba en los corazones de todos los franceses y Francia entera estaba en el suyo y solo los grandes seguían llamándole: «la bella extranjera».

EL CRISOL REAL

La frase favorita de mi madre era: «un rey que no sabe letras no es más que un burro con corona». La había aprendido del libro de ética de Juan de Salisbury. Que también decía: «para un príncipe, conviene que el crecimiento de las virtudes privadas preparen el despertar de las virtudes públicas».

Mi madre ponía también gran cuidado en enseñarme a caminar con dignidad y saber llevar nobles vestimentas para que me fuera habituando a ellas, pero también que fuera creciendo en las virtudes de la diligencia y la sabiduría propias de un hombre cultivado. Vigilaba mis lecturas. La biblioteca era el espacio más importante de mi habitación y una lámpara iluminaba los libros. En el silencio del palacio, descubría la Sagrada Escritura, los libros de san Ambrosio y san Jerónimo.

Estudiaba el latín, que era la segunda lengua de palacio ya que los predicadores y maestros no hablaban otra y no tenía más remedio que dominarla.

Puso entre mis manos el libro del Arca de Noé. La naturaleza servía como excusa y, así, las plantas, flores y bestias pedían prestadas a los hombres sus virtudes y sus vicios. Hipocresía y el halago estaban representas por el camaleón o las bestias venenosas. El pelícano que da su corazón a sus pequeños simbolizaba la virtud absoluta de la caridad.

Era buen estudiante. Después de maitines realizaba mis ejercicios a caballo; tras escuchar Misa estudiaba Historia de Francia. Tras el rezo de tercia venían las lecciones de letras. Al mediodía, una ligera sopa entre bromas de las damas y me disponía a nadar y a combatir al aire libre.

Veía poco a mi padre, que se ocupaba de la guerra y estaba casi siempre fuera de París. Mi madre estaba muy preocupada porque veía a mi padre cada vez más cansado y débil. Su figura, que había sido siempre jovial, vividor, gallardo y de grandes virtudes, ahora parecía cansado y abatido, pero siempre con buen humor.

Mi madre quería y deseaba que volviera de su cruzada contra los albigenses de Tolosa.

Me gustaba visitar con frecuencia a la pobre reina Ingeburge, la danesa. Mi abuelo no se había portado bien con ella, pero se habían reconciliado al final de sus vidas. Era la segunda reina. Solo hablaba latín: «¡Mala Francia! ¡Mala Francia!», gritaba recordando sus malos tiempos cuando fue repudiada. Pese a todo siempre me quiso y me donó su propio libro de salmos.

El salterio era un manuscrito con muchas escenas de la historia sagrada, todas pintadas sobre fondo de oro. Las miniaturas y pequeñas columnas en forma de capiteles

eran ráfagas de colores y de luz que cubrían todo el manuscrito. Cada vez que lo abría, me maravillaba de las imágenes de los camellos de color verde donde iban los Reyes Magos. Me admiraba el dibujo del astrónomo que mostraba el astrolabio y que nos daba razón de los misterios del universo.

Cristo en Majestad parecía bajado del tímpano de un pórtico. En cada página del salterio descubría una decoración distinta, como si fueran cristales de una vidriera llena de luz. Recuerdo que el día que lo abrí por la escena del Huerto de los Olivos sentí una pena enorme que me hizo llorar contemplando la agonía del Señor. Fue entonces cuando la reina entró en mi habitación para consolarme. Me explicó que la tristeza es el séptimo pecado capital:

—El cristianismo ha traído una nueva era, la era de la alegría. Con ella, sentimos que vivir y existir son un don de Dios. Somos cuerpo y somos alma en plenitud.

Fue entonces cuando la reina me habló por primera vez de lo que suponía ser rey:

—Hay dos destinos en ti y es preciso que vayan a la par. Eres el futuro pastor de la ciudad de los hombres y súbdito de la casa de Dios. Eres el emblema de Francia y también un sencillo hijo de la Iglesia, una oveja de su rebaño.

Me habló de que todos somos iguales a los ojos de Dios, lo que hacía de mí un servidor que cumple la voluntad de su Señor. Mi madre me dijo que esta igualdad no era de plebeyo, sino de caballero y noble que tenía como objetivo el servicio a mis súbditos y aprender a servir a mi prójimo era el máximo tesoro que podía transmitirme: el Bien común estaba por encima de cualquier otro bien.

Tuve la suerte de verme rodeado de los hombres que habían servido al rey y ahora me transmitían con afecto su larga experiencia. Allí estaban el hermano Guerin, viejo canciller y de quien los poetas y juglares cantaban que nunca se había conocido un obispo tan santo desde los tiempos de Turpin y Carlomagno; Bartolomé de Roye, mayordomo que en Bouvines estuvo siempre al lado de mi abuelo dando muestras de valor; pero también Mateo de Montmorency, condestable, cuyos méritos fueron puestos en verso por un trovador:

> No hay caballero de tan buen consejo
> y que en Francia haya otro igual.

El Caballero Miguel de Harnes, herido de gravedad en Bouvines por una lanza que le atravesó el escudo, la coraza y la pierna para terminar clavada en la silla de su caballo.

Los guerreros de Bouvines celebrados por trovadores me izaban a la altura de sus proezas y gracias a ellos y a mi padre conocí los secretos de la realeza que van más allá de las virtudes personales, por altas que sean.

El rey debe crecer en las virtudes que mejoren su formación política y así el candor

como virtud personal es importante para el espíritu, pero, si faltara la prudencia política, puedo perjudicar a la supervivencia del reino. Es preciso aprender a leer qué hay detrás de los homenajes y la compunción de los vasallos que te rodean, como los Coucy, los Dreux y los Lusignan. Hay que leer y adivinar lo que disimulan tras sus aparentes gestos de lealtad, pues siempre hay detrás de sus actos zonas de sombra y de intrigas que forman un tapiz claroscuro, siempre hay un inglés, un alemán o un español preparado para quedarse con una parte del reino ya sea con una alianza o una conjura, cualquier cosa puede servir para orquestar una traición que se fragua en la noche y fracasa al amanecer.

El hermano Guerin me insistía:

—Señor. Sea cual sea el infortunio que sufráis como rey, sed valiente para merecer con dignidad incluso el ser desgraciado.

Mi madre la reina Blanca me pedía que estuviera abierto al coraje en mi formación como Rey.

—Luis, mejor es que antes murierais que cometierais un pecado mortal a sabiendas.

Pero ¿es pecado buscar la fuerza para ser el más fuerte y así guardar el reino de los enemigos?

—Solo la violencia es un pecado. La fuerza es una virtud. ¿Para qué sirve ser el más fuerte si no sabes proteger al más débil? Cuando penséis que estáis por encima de los hombres, acordaos de que Dios está por encima de vos. Entre un rey y un vagabundo no hay nada que les separe; entre un rey y Dios, el infinito.

Según mi madre, el secreto de un rey está en el servicio absoluto y se aloja en el más absoluto abandono, pues, si el rey lleva la Corona en su corazón, entonces esa Corona le elevará hacia Dios: son las llamadas gracias de Estado.

—Es un crisol de humildad –me decía mi madre.

El pecado de un rey es la soberbia, pues el tiempo borra de él todo lo que no sea su obrar político por el Bien Común. Los reyes son como los cuatro arquitectos que trabajaron en Reims: no tienen nada en común, pero han conseguido una obra donde todo está al servicio de su unidad gracias a su abnegación.

La realeza es por esencia un sacrificio total porque afecta a toda la persona. El crisol da forma al delicado equilibrio de las cualidades del príncipe porque es normal que no se encuentren todas reunidas en su persona.

El canciller me explica que esta aleación refleja una «armonía de la Trinidad»: los atributos de un rey son la fuerza, el poder que da capacidad de castigar y la benignidad, que es la bondad de donde surge la misericordia.

El rey debe ser investido de otro atributo que es la sabiduría, que impide a la fuerza transformarse en arrogancia y a la benignidad, de degenerar en desorden y corrupción. Los atributos de un rey van a pares, me recuerda el hermano Guerin:

—La bondad sin justicia deja de ser virtud.

Me resultaba difícil conciliar bajo el mismo impulso a las dos ciudades: la del Cielo y la de la Tierra. El Cielo pedía ponerse en último lugar. ¿Es posible si Dios te pide que seas el rey de Francia? ¿Cómo poner de acuerdo la ostentación real con la humildad de los grandes desapegos cistercienses? A un rey se le quiere ver, tocarle o más bien que él toque. ¿Dónde está el equilibrio entre esconderse y mostrarse? Mi padre me enseñaba que la armonía del crisol real se llama maiestas: la Corona sirve al Bien Común y el Bien Común es el Reino.

Yo experimentaba el peso enorme de esta prerrogativa de honor, pero también abrumador. Tal fue el grito terrorífico de san Juan Crisóstomo que escuché una mañana cuando oraba en Pontoise: «Cristiano, darás cuenta del mundo entero».

EL TRASPASO

En aquel noviembre de 1226, el otoño con sus hojas caídas al borde de los caminos parecía nunca llegar ante un verano que se resistía a morir. La partida era alegre y los caballos que tiraban de nuestros carros parecían participar de nuestra impaciencia por viajar a la Auvernia donde nos encontraríamos con nuestro padre, el Rey Luis.

Las últimas noticias de mi padre alegraban nuestros corazones ante sus numerosas victorias en el sur tolosano donde luchaba por la unidad del reino, la misma lucha que tuvo mi abuelo y, por la fe, como el rey Alfonso en las Navas.

Iba a la cabeza del cortejo delante de la litera donde viajaba mi madre y mis otros hermanos.

De repente vi al viejo canciller de Francia que venía hacia nosotros preocupado. Se dirigió a mi madre con tristeza:

—Una gran desgracia acaba de suceder, Señora, el rey ha muerto en Montpensier.

—¿Cómo ha sido?

—Ha aparecido muerto al ser despertado. No se sabe… una fiebre. Los médicos buscan el motivo.

El hermano Guerin no añadió más. Mi madre cayó de rodillas abatida mientras gritaba de dolor. Temblaba, iba de un lado a otro como si estuviera a punto de caerse. Decidimos dar media vuelta, pues la litera fúnebre con mi padre ya había salido hacia París escoltada con inmensa tristeza. Mi madre seguía bajo el choque emocional de la noticia y no dejaba de mirar al Cielo entre un murmullo de desamparo. Guerin intentaba consolarla con palabras que le devolvieran a la vida, pero era inútil. ¡Tanto era su dolor!

Nuestra madre nos abrazaba contra su corazón lleno de infinita tristeza. Le daba igual que estuvieran delante los Consejeros, pues también ellos estaban desamparados como si la vida hubiera dado un giro que no entendían. Procuraban que nadie se acercara a la litera, pues la reina no paraba de gritar y estaba ausente de un mundo que poco antes era su felicidad, un mundo que no comprendía y donde no había palabras capaces de consolarla.

Yo quería ver a mi padre. Nada me fue ahorrado pese a mis doce años. Los servidores se habían hecho cargo de los preparativos para los funerales y del largo viaje hasta su sepultura. Primero tuvieron que poner los medios necesarios para conservar el cadáver. El sistema era complicado. Su cuerpo había permanecido mojado en agua y vino y los huesos rellenados de una grasa para poder ser mejor manipulados. Lo que había quedado del cadáver descansaba en el fondo de una carreta envuelto con telas de

cera y cueros de buey.

Durante el viaje, mi madre permaneció en silencio con los ojos medio cerrados y abandonada a su suerte. Yo temía que pudiera morir de pena. El cortejo llegó a San Denis. Mi padre fue inhumado junto a la tumba de mi abuelo. Tenía treinta y nueve años. Mi madre, treinta y ocho y esperaba otro hijo. La reina vagaba por el palacio pasando las horas, con su mirada de tristeza y su cara que mostraba la obscuridad de su corazón. Los veteranos se desesperaban al ver a mi madre en tal estado.

Mi madre iba todas las mañanas al convento de Santiago y un domingo, tras oír misa, decidió volver a la vida. Se aderezó e hizo llamar a sus fieles consejeros para tratar temas de gobierno que no podían esperar más. La reina había vuelto para tomar el pulso al reino y todos se alegraban:

—¿El rey tomó alguna decisión sobre los asuntos de Francia antes de morir?

—Sí –contestó Bartolomé de Roye–. Vuestro señor se sintió mal e hizo reunir a varios de sus consejeros: su medio hermano Felipe Hurepel, conde de Boulogne, los condes de Blois, Soissons, los señores de Borbón y de Coucy y todos cuantos estaban presentes en el momento de su muerte.

—¿Dejó alguna carta?

—Sí, hela aquí.

—¿Era dueño de sus actos?

—Sí, pero su voz ya era débil y su cabeza, no muy estable. Allí estábamos, a su vera. Hizo llamar a los obispos que se acercaran. Uno de ellos recogió la carta de sucesión. Todos le juraron fidelidad y juraron hacer coronar a vuestro hijo Luis. Veintinueve firmas y sellos cuelgan del papiro que lleva el testimonio de su compromiso. Hay otro documento donde se dice que pone en vuestras manos el cuidado y custodia de su hijo Luis y de sus hermanos.

Yo comprendía el sentido de lo escrito por los notarios del reino y sabía que había llegado mi hora. Dejaba de ser el niño príncipe y, aunque seguía siendo niño, era ya rey. Tras la lectura de aquellos documentos, mi madre se me acercó y me abrazó con inmenso cariño:

—Nunca te dejaré solo.

Me sonreía y se admiraba de lo grande que ya era aunque solo fuera para ocultar su temor. Al día siguiente, mi preocupación había aumentado. Por París circulaban todo tipo de rumores. Las tabernas eran un nido de falsedades y cualquier cosa era considerada verdad. Puede que por los efectos del alcohol, algunos trovadores mostraban pergaminos que aseguraban ser de Merlín y su profecía decía: «El León de paz morirá sobre el monte del pensamiento». El monte era Montpensier y el león era el nombre de mi padre. Otros trovadores extendieron la desconfianza sobre la causa de la fiebre que llevó a la tumba al rey. Desconfianza que empezó siendo nada y acabó tan grande que se

extendió por todos los rincones de París: Los trovadores cantaban: «Thibaud, el conde de Champaña, que acompañaba al rey, le hizo beber un veneno, pues amaba en secreto a la reina y no podía esperar más. Cayó enfermo el rey tras la partida del conde, que dejó el ejército real en Aviñón el 15 de agosto. Esta partida mostraba la traición. La bebida venenosa, mezcla de venenos de víboras, tuvo todo el tiempo que quiso para llegar a la muerte».

Aunque se dijo que el rey había muerto de disentería, nada se podía hacer contra la mentira y menos hacer ver lo imposible que resultaba que un veneno así necesitara tres meses para su propósito. Pero había algo más grave ya que algunos clérigos vagabundos, que recorrían parroquias, leían a los feligreses las palabras del Eclesiastés: «Desgracia del reino, cuyo rey es un niño. ¡Maldición sobre el reino!».

Era lo que querían los traidores y señores de intrigas:

—No se puede poner el reino en manos de un niño, de una extranjera y de un viejo.

El viejo era el bueno de Guerin, la extranjera, mi madre y, por supuesto, el niño era yo.

Los nobles se agitaban por todo el reino. Fue entonces cuando supe de la existencia de un hijo natural de mi abuelo, legitimado por el Papa, medio hermano de mi padre, mi tío Felipe Hurepel. En palacio se desconfiaba de este joven príncipe de apenas veintiséis años, lleno de ardor y astucia que deseaba el poder de su cuñada, poder que consideraba posible. El apodo de Hurepel, piel de buey, áspero o incluso el mal peinado, ya mostraba su impetuoso instinto. Con el transcurrir de los días, aprendí a sobrevivir en medio de un mundo violento, de vanidades donde lo que decías o pensabas no coincidía. Mi madre me llamó a la sala de audiencias donde los miembros de la vieja guardia estaban reunidos. Aquella fue mi primera Asamblea y la reina quería que estuviera a su lado. Con delicadeza, pedía mi atención, pues quería que creciera en discernimiento. Recuerdo que en la sala hacía frío y había bastante humedad. La reina tenía prisa y preguntó una sola cosa a la asamblea de fieles, llenos de experiencia y sabiduría.

—¿Qué hacemos, Señores?

—Adelantarse a los acontecimientos –respondió Miguel de Harnes, apoyado por murmullos de aprobación.

—¿Por qué?

—Para no dejar tiempo a los conspiradores. Es preciso, insisto, adelantarse.

—¿Cómo?

—Ir ya a Reims.

—¿Coronar al Rey?

—Sí. Conjurar la codicia de los señores feudales y eliminar las mentiras que envenenan París. Los falsarios acechan su presa, que no es otra que el reino.

—¿Quién escribirá las cartas y quién las firmará?

—Los señores y los obispos que trajeron el testamento de Montpensier. Nosotros las escribiremos.

El rey, mi padre, había entregado su alma el 8 de noviembre de 1226, es decir, el domingo tras la octava de Todos los Santos. La Coronación fue fijada para el 29 de noviembre, pero era necesario que primero se me armase caballero, para ser el jefe del ejército. Se me convocó en Soissons antes de partir a Reims. La respuesta no tardó en llegar. No pocos nobles estaban en desacuerdo:

—¿Solo tres semanas? Es una pena que haya tan poco tiempo. Nos es imposible acudir.

Algunos vasallos, llenos de hipocresía, alegaban gran inquietud por lo precipitado de la Coronación y deseaban más tiempo para llorar la muerte del rey. El duelo por el rey y la inquietud por el reino imponían, según ellos, no ponerse en camino tan pronto.

El señor de la Marche reunió a los señores de Poitou:

—Se nos hace ir a Reims para que hagamos un juramento de fidelidad que nos ata de manos. Propongo que no vayamos.

Los menos escrupulosos querían que se les pagara su presencia reivindicando su antigua fidelidad o su anticuada y obscura costumbre.

Los mensajes se amontonaban sobre la mesa de la reina. Negativas amables, también irónicas, deshonestas. La peor fue la del Conde de Bretaña, Pierre apodado el Mau Clerc pues de joven arrojó los hábitos a las ortigas tras recibir las órdenes menores. Se hizo portavoz de todos los gentilhombres de feudos ofendidos y contrariados, pues el rey Felipe les había descartado de las decisiones reales en provecho de la baja nobleza y de humildes burgueses.

Todos esos grandes vasallos fingían quejarse por la pobre Francia que una mujer había tomado en alquiler. Pensaban que había llegado el momento de volver a la ley de los francos: «El Rey ha de ser elegido por sus iguales». Los nobles de Inglaterra habían dado ejemplo con la llamada «Gran Carta» obtenida a la fuerza a Juan Sin Tierra, de eso ya hace once años. El clero de Bretaña hizo llegar al rey de Inglaterra, Enrique III, esta carta: «El rey de Francia no es más que un niño y no tiene edad para llevar Corona. Seguro que no será coronado por la asamblea de nobles y, si es así, lo harán contra su voluntad. Es por ello que, si vos decidís atacarle, nadie acudirá en su ayuda y recuperaríais la corona que vuestro padre Juan Sin Tierra abandonó».

Doña Blanca hizo caso omiso de ellos y se enfrentó a sus falsedades. Ya no era la misma y por sus venas corría la nueva sangre de la realeza. Ya no escuchaba a otros que no fueran los leales y los valientes de Bouvines. Era ya la reina loba que desafiaba a quien fuera, con tal de defender a su pequeño rey: «Su hijo Luis, hijo de Luis». En ella solo había un pensamiento: «La Coronación de su hijo». ¡Deprisa! Aunque fuera preciso disminuir el tiempo de dolor…

ARMADO CABALLERO

Cuando pongo pie en tierra, un escudero se hace cargo de mi caballo. El Conde De Soissons me espera cerca de la llama de oro de Bouvines. Veo al Canciller, al mayordomo y al maestro de palacio junto a los mariscales de Francia y otras autoridades del reino que me escoltan hasta la Catedral. Mi estatura me permite identificar solo a los de la primera fila, pero allí están todos, con sus cicatrices de mil batallas, que han puesto en mí el mismo afecto y lealtad que pusieron en mi padre.

Me saludan los supervivientes de aquellas modestas dinastías de la pequeña nobleza que proceden de linajes que salieron de la condición plebeya. Dinastías en quienes se apoyaron mi abuelo y mi padre y cuya sola riqueza era su valentía. Vienen de todos los rincones del reino para testimoniar su lealtad a la Casa Real: Mariscal Clement, sobrino de Aubry, muerto con gloria en San Juan de Acre, la familia Gautier, al lado los Ours, el chambelán. A mi paso, pese a tener un corazón forjado de luchas y heroicidades, inclinan la mirada en un gesto de acompañamiento hasta la plaza situada delante de la catedral. Para casi todos, la orden de caballería les fue concedida hace muchos años, con apenas dieciocho años o veinte.

Para mí, el ser caballero es un requisito necesario para ser coronado. Esta primera dignidad me da derecho a ser el jefe militar y es previa a la unción. Nadie nace caballero y aunque esta dignidad está abierta a todas las condiciones, ya sea hijo de siervo o hijo de noble, y se fundamenta en el juramento de la palabra dada, como rey seré el primer caballero. Aquí no hay campanas ni cánticos ni alborozos, pues la muerte de Luis VIII, mi padre, está cercana. Luis VIII recibió de manos de su padre el nombramiento de caballero. Yo no tendré esa suerte ya que mi padre ya es caballero en la eternidad.

Estoy solo ante Francia que me espera, pues mi madre se ha ido a Reims. El rey siempre está rodeado de gente, pero siempre está solo. El pórtico de la catedral de Soissons se abre y se cierra a mi paso. Parece una tumba y siento ya la soledad. Aquí me despojaré de mi actual condición de niño. Estaré solo, delante del sagrario y en compañía de las altas ojivas llenas de silencio hasta que llegue el alba. Allí estoy con mi escudo colgado de mi cuello. La nave del templo es un barco inmenso en la noche profunda. Solo una llama al fondo del coro, que tiembla como yo, guía mi mirada. También hay luminarias que arrojan luces púrpuras y furtivas sobre las inmensas columnas de la nave. Aparecen y huyen, como si fuera un juego infantil. Me arrodillo sobre un cojín delante del altar. Mañana me pondrán las espuelas de oro y, cuando haya recibido la llamada, seré caballero.

Esta noche será interminable, pues debo luchar contra el sueño. Pierdo el equilibrio y apenas mantengo abiertos mis párpados llenos de fatiga. ¡Oh Madre! ¡Tengo miedo! Estoy atormentado y angustiado por la oscuridad. Es como si estuviera enterrado en vida. Mi cuerpo tirita de frío hasta los huesos. Me han despojado de mi abrigo y apenas visto una camisa blanca. Debo limpiar mi cuerpo de cualquier mancha. Un tímido cirio encaramado sobre un reclinatorio me da la limosna de su luz sobre mi libro de caballero.

Lo abro. «Sé un guerrero pacífico». ¿Un guerrero? La espada que está bajo mis ojos, tan grande como yo, sobre el altar, la misma que llevó Carlomagno, es demasiado pesada para mi débil brazo y mañana seré incapaz de levantarla. Sigo leyendo: «El caballero encuentra la pureza en las aguas de las fuentes de Dios». No tengo necesidad de reencontrarla ya que sigo siendo un niño. ¡Soy tan joven! Mis ojos se cierran. ¿Cuánto tiempo ha pasado ya? Mi mirada se pierde sobre las sillas de los canónigos, esculpidas en madera con gran belleza, a ambos lados del altar y me transportan con la mente fuera de la catedral, muy lejos, a las alturas, donde las almas vagabundas son capaces de llegar hasta donde viven los ángeles.

Recuerdo los caballeros que perseguían en vano la Copa Sagrada de la Última Cena. Esos caballeros me acompañan y toman asiento alrededor de la Tabla que ha recorrido el mundo entero. Uno de los sitios está vacío. Es el llamado sitio de los peligros o sede del caballero Arcángel, que nadie ha ocupado. El mismo caballero que encuentra el vaso sagrado. ¿Qué significa el presagio del extravío?

Caballero Galaad, tú que conociste el éxtasis de la Copa, llévame poco a poco hasta el Huerto de los Olivos, donde al igual que los apóstoles me duermo y pierdo el hilo que une la Tierra con el Cielo. Tengo las piernas entumecidas y mi cuerpo, cada vez más apesadumbrado, se debilita.

Al volverme, justo a mi lado, sobre un escalón del altar, me fijo en una miniatura que fija mi vista: una túnica de tela grosera, una simple cuerda que avanza con tranquilidad hacia la Cruz.

Es un monje soldado. Parece san Francisco de Asís, de quien mi madre me ha hablado mucho y que ha muerto hace poco. Será ella que, con su oración, me habrá conseguido la gracia de verle. Ternura de madre en estos momentos tan difíciles para mí. Mi oración sube con más fe hacia el cielo gracias a la intercesión de este hermano menor ya santo. Él representaba la pobreza y la caballerosidad de un hombre de este tiempo. En la parte de debajo de la miniatura está inscrita, en letras de ámbar y de oro, la regla de la orden franciscana que acababa de fundar: «He aquí que os envío como ovejas en medio de lobos».

Los lobos acechan al rey niño y desde Soissons adivino la rebelión que se prepara en Reims. La profecía del Eclesiastés se propaga por todos los feudos: «Desgraciado el reino cuyo príncipe sea un niño».

Me siento responsable del futuro de mi reino. ¿Habrá llegado la maldición a todos los hijos de los Capeto? Mi sangre se hiela. Me llaman el bendito Luis. Imploro a san Benito. El capellán de Palacio me ha dicho que este santo fue muy venerable desde la niñez.

Mi libro habla de proezas. ¿Hay proezas con las armas? Mi hazaña como caballero sería envejecer en una noche y así alcanzar a todos esos caballeros que ahora esperan fuera. Pido al cielo que me conceda mi deseo: llegar a ser desde mañana un rey venerable. Ya está, ha llegado la hora, ya no hay elección.

Mañana, al alba, saldré al pórtico bajo los signos de un niño que ya ha envejecido y es sabio y sensato en todo, de tal modo que seré respetado. La fatiga ya está en mi cuerpo y me curvará como un anciano. Más allá del altar, la imagen de la Virgen, que lleva por capa al mismo sol, me mira cuando levanto la vista. Le suplico que interceda por mí. Fue entonces cuando la inmensa cristalera deslumbró mi mirada.

Había llegado la aurora. Poco a poco y entre luces capto la gran vidriera del rosetón que narra el sueño de Salomón cuando pide a Yahvé: «Señor, me habéis hecho reinar tras David, mi padre. Pero no soy más que un pequeñín en medio de un pueblo infinito. No tengo la sabiduría…».

El Señor le responde:

—Joven Salomón, tú no me has pedido ni riquezas ni las almas de tus enemigos. ¿Qué deseas?

—Quiero ser capaz de discernir lo que es justo.

—Entonces te lo concedo, te daré la Sabiduría.

He ahí la Palabra de Dios que esperaba como signo. Envíame a mí también la misma sabiduría de Salomón, la sabiduría de un hombre de bien, pero en un cuerpo de niño.

El rosetón se llena de nuevas claridades, transfiguradas por los rayos del nuevo día. Mi vista recorre todas las vidrieras y al final llega a la de Nuestro Señor Jesucristo en el Templo que enseña a los Doctores de la Ley, cuando empezaba su vida pública.

¿Qué edad puede tener el Señor ahí? Espero que el sol levante e ilumine la leyenda de la vidriera: «El Niño crecía y se fortalecía en edad, sabiduría. Tenía doce años». ¿Doce? Pero si es mi edad… He ahí otra señal. «No hay casualidades», diría mi madre. ¿Puede un niño ser sabio a los doce años? Me enderezo: «Oh Jesús que estabas lleno de prudencia en el Templo, concédeme un poquito de esa Sabiduría eterna».

Escucho los ruidos del exterior, la impaciencia, los chismorreos de la gente. Todos quieren estar cerca de las puertas de la catedral para cuando salga. La ceremonia de las espuelas de oro comenzará en breve. Mi alma se apacigua. Mi armadura está ya preparada. Mi corazón se llena de esa virtud que te hace fuerte. Rezan por mí la última oración. La salvación del nuevo caballero desaparecerá para unirse con la salvación del reino. Mis oraciones serán desde ahora dinásticas. No volveré a pedir nada para mí, solo

por mi linaje. Gobernaré para todos mis reinos, el de hoy y el de mañana. El rey es de muertos y vivos. Rezaré por los reyes difuntos y los que vendrán. Volverá a haber un delfín de Francia que se sienta pequeño como me he sentido yo y tendrá problemas para ver más allá de los nobles del primer rango, pero el tiempo no para y Francia no se detendrá ya que contamos con todo el tiempo del mundo para cambiar lo que haya que cambiar. Mi oración es por todos aquellos a quienes tendré que mandar y por todos los pueblos de Francia y todas sus familias. Siento que es el mandato de Dios, el único futuro, el mandato de los hombres fieles.

A partir de ahora, cuando mire en mi interior, será para allí decidir sobre el bien del reino. Suplico a Dios, el Inmenso, el Exuberante en misericordia y Gracia, pródigo en recompensas, que incline mis ojos hacia lo pequeño del mundo y que mire siempre con amor al pueblo de Francia. Dame, Señor, la firmeza de la fe, el vigor de la paciencia, ser el mendigo de la penitencia y la belleza de conciencia.

Ha llegado el momento de leer la bula personal confiada a la reina Blanca y que el Papa me ha dirigido sobre mi misión: «Al igual que la tribu de Judá ha sido preferida a la de los otros hijos del patriarca y fue enriquecida de bendiciones especiales, así también Francia lo ha sido más que otros pueblos de la tierra y ha recibido una prerrogativa de honor y gracia».

Me veo un pequeño Moisés con una misión agobiante. Otra vidriera salpicada de luz representa una imagen que hace eco al mensaje del Papa. Es una imagen terrible: es la misma tribu de Judá, de rodillas ante el becerro de oro. ¡Qué desolación! La tribu de Judá pecó porque deshonró a Dios y contra el Espíritu Santo porque prefirió a los ídolos. Yo lucharé para que el pueblo de Francia no adore nunca a un becerro de oro y conserve siempre el Arca de la Nueva Alianza. Nunca permitiré que Francia peque contra el Espíritu Santo.

LA CORONACIÓN

Con un séquito sencillo en pleno otoño que parecía invierno iniciamos un viaje tortuoso y lleno de obstáculos a Reims sobre todo para mi madre. Las carretas estaban en mal estado ya que saltaban a cada obstáculo del camino de Senlis a Chateau Thierry. Mi madre estaba embarazada y temía por la suerte del niño. Nos pedía que fuéramos tranquilos. Llevaba un sombrero blanco y una pequeña corona que le recogía el pelo. Parecía contrariada y agotada por los acontecimientos y preocupaciones de la coronación. Ya en las puertas de la ciudad monté en un caballo cubierto con símbolos de Lis y mi madre lo hizo en un pequeño corcel de color blanco. Los frenos y protecciones de mi caballo eran de plata así como los estribos. La silla de montar estaba adornada de marfil a juego con mi vestido blanco satinado. Era el 28 de noviembre de 1226 y, justo la víspera de su fiesta, rezamos en la iglesia de San Andrés.

Santiago de Bazoche, arzobispo de Soissons, dirigía todos los preparativos desde el palacio episcopal y sería el oficiante principal en compañía del hermano Guerin, obispo de Senlis. Hubo una pequeña disputa: el canciller defendía que el rey fuera ungido antes de ser aclamado y no después como un nuevo símbolo para generaciones futuras. Las campanas seguirían en silencio por respeto del difunto Luis VIII.

Ya empezaba a hacerme una idea de las presencias y ausencias. Mi madre se fijaba en los señores insolentes: Pedro de Bretaña y Hugues de la Marche habían conseguido que ningún señor de Poitou viniera.

El Conde de Champagne había hecho marcar sus alojamientos. La reina conocía los lazos secretos que le ataban al partido de los enemigos. Un conflicto entre su corazón y la razón hacía que suspirase por ella. Se contaba que el Conde Thibaud había envenenado al rey por celos, no tanto por ser rey, sino por ser marido. Mi madre no creía una palabra, pero lo que sí era cierto era que el Conde había abandonado al rey en Aviñón desobedeciendo sus órdenes, de ahí que la reina decidiera que Thibaud no estuviera en la ceremonia de Coronación, lo que conmocionó a la capital del condado. La reina Blanca dio órdenes a las milicias de Reims de impedir la entrada en la ciudad a los hombres del conde.

Los oficiales del conde de Champagne obligados a retirarse respondieron que no harían nada sin las órdenes de su dueño, pues Thibaud se acercaba a Reims, ciudad que le pertenecía. La reina renovó la orden y el alcalde la ejecutó aunque con muchas dudas por lo que los soldados del conde tuvieron que abandonar la ciudad. A falta de los grandes vasallos, la reina regente contaba con la ayuda de soldados que no tenían

demasiada experiencia de estar en los fastos de la monarquía.

—Si hubiera sitios vacíos, se llamaría a las milicias más cercanas a Reims –lo decía riéndose–. A falta de nobles, el pueblo ocuparía sus sitios.

Tras la vigilia en la catedral donde también tuve esa sensación de estar en una tumba, dio comienzo el ritual que precede a la coronación. Se desarrolla por la noche y tiene lugar en una habitación desnuda del palacio de Tau. Se llama así por la cruz de Tau, símbolo franciscano del Calvario.

Era la noche donde debería abandonar mi condición de niño y renacer definitivamente a la madurez y así poder vestir de rey. De nuevo sentí la soledad y la soledad es complicada. Afronto el rito de madurez, que me hará pasar de la muerte a la vida. Mi madre me había acompañado hasta mi habitación. Buscaba palabras que su ternura le impedían. Sopló la vela de mi último vestigio de la niñez y me dijo:

—Luis, acordaos siempre que habéis sido elegido por Dios. La Providencia te exigirá más que a los demás.

—Ya lo sé, Madre. Conozco el peso que se me impone. Pero me gustaría ahora ser el hijo de un humilde campesino. ¿Por qué no lo soy?

—Es un misterio, un gran misterio de Dios. Buenas noches, mi Luis.

La emoción de mi madre era tan intensa que tuvo que apoyarse en los brazos de su doncella para poder bajar las escaleras.

Aquella noche me fue imposible dormir y el alba me sorprendió despierto: ha llegado el día 29 de noviembre de 1226, el día más importante de mi vida, el final de mi infancia.

La ceremonia empieza con los cantos litúrgicos mientras los obispos de Laon y Beauvais vienen en busca de un cuerpo que se despierta a la nueva vida. Desde mi habitación sigo la ceremonia que se ejecuta con la perfección de los siglos. El chantre de la catedral golpea con su bastón la puerta de mi habitación.

—¿Qué deseáis? –preguntan.

—Al rey –responde el obispo de Laon.

—El rey duerme –contestan.

El chantre golpea por segunda vez.

—¿Qué deseáis?

—Al rey.

—El rey duerme –responden por segunda vez.

Por tercera vez, el chantre golpea la puerta con su bastón.

—¿Qué deseáis?

Entonces, según el ritual, el obispo responde:

—Deseamos a Luis, que Dios nos da como rey.

La puerta se abre y los obispos me levantan y me llevan en procesión hasta la

catedral.

Me doy cuenta del cambio que voy a sufrir. El linaje bíblico y la traducción de la palabra griega «ungido», Kristos. Ungido quiere decir marcado, escogido, enviado a una misión. Pero el pensamiento de tener doce años me inquieta. ¿Qué misión se puede cumplir a esa edad? Cuando el obispo diga las palabras, seré un vicario real, como un obispo no ordenado con una misión hacia el pueblo que se me confía. No llego a comprender este sacramental. Recuerdo el rosetón de la sabiduría de Salomón en Soissons. Recuerdo que mi madre me dijo para tranquilizarme: es un misterio y los misterios no tienen edad. Hay cosas que nunca se comprenderán, pero son necesarios para vivir.

Delante del gran pórtico de la catedral, el arzobispo espera rodeado de todos los mitrados del reino. Veo llegar trescientos caballeros armados hasta el mínimo detalle y montados en sus corceles que acompañan al abad de San Remi, que lleva la Santa Ampolla. El baptisterio de Clodoveo está muy cerca. He leído miles de veces su bautismo marcado por el aceite milagroso que vino del Cielo.

«Una paloma más blanca que la nieve llevó en su pico una pequeña ampolla llena de santo Crisma y que con un suave e intenso olor invadió el lugar de los asistentes».

La Santa Ampolla llevada por cuatro monjes bajo un palio de seda blanca era acompañada por el canto «Gaude, Félix Francia», que significa: «Alégrate, bienaventurada Francia».

La solemnidad del momento era evidente, pero yo percibía en los ojos de los asistentes que faltaba la alegría por lo que estaban viviendo, se notaba la ausencia de la nobleza. Me bastaba ver a mi madre que seguía vigilante, para darme cuenta de que todos los allí presentes, con los cánticos, los arcos, los cortejos de estudiantes y aprendices eran insuficientes para tapar esa inquietud.

Además llovía. Lluvia fina, pero suficiente para mojar aquellos corazones. Lluvia que apaga los cirios de oro y moja los cascos de plumas y penachos.

Los señores de alto linaje que han permanecido fieles han tomado ya asiento dentro de la catedral. Han permanecido fieles y han hecho oídos sordos a los que han intentado impedir esta Coronación. Veo a la señora de Beaujeu, el conde de Blois y, un poco más allá, al rey de Oriente cubierto por una capa de corte oriental adornada de esmeraldas y otras joyas y que me saluda con una gran inclinación. En el coro, el cardenal Frangipani del Santo Ángel, legado del Papa, y, junto a él, el patriarca de Jerusalén, que mira a mi madre con preocupación.

Entro acompañado de la reina y me siento en el trono. La espada de Carlomagno dificulta mi caminar y me obliga a un gran esfuerzo. La espada va en una funda sujeta a mi cuerpo por una cinta que me rodea el cuerpo. Cuando llego al altar, recojo mi vestido.

Varios señores mal situados y lejos del trono protestan airadamente porque piensan

que su dignidad les exige estar más cerca del futuro rey y hasta se quitan el sitio unos a otros en tal desorden que los chambelanes tienen que emplearse a fondo para restablecer el silencio, pues aquello parecía la feria de Lendit.

Los pobres pajes corren como locos en todas las direcciones buscando un sitio y algunos se sitúan delante de los invitados que, furiosos, intercambian con ellos juramentos, blasfemias o amenazan con sacar la espada si continúan ahí.

La reina mira hacia atrás, algo inquieta, pues se escuchan gritos apenas sofocados: las condesas de Flandes y Champaña se disputan un taburete cerca del altar buscando el mejor sitio. El revuelo es casi general y todos apelan a sus viejos títulos para defender su posición.

No paro de mirar a mi madre, que sigue digna con su cabello negro sujeto en dos trenzas y su vestido de seda blanco. Sus manos acompañan sus pensamientos. No sé todavía lo que la está alterando, pero tiembla de enfado.

Mi madre recorre con la vista las filas de los allí presentes buscando lealtad donde sus ojos inquietos no ven más que disimulada fidelidad. Al día siguiente me lo explicará, pues quería que perdiera toda inocencia:

—La maldad existe… Es preciso que aprendas a leer el fondo del alma humana.

Frente a mí está sentado mi tío «El mal peinado», Felipe Hurepel. Me sonríe con una mueca que parece de hiena. No sospecho que pueda desear otro lugar más honorable que el que tiene, pero después supe que sí, que quería el mío, el de rey, aunque era hijo ilegítimo.

Me postro sobre el suelo con gran humildad y con los brazos en Cruz para escuchar el Te Deum. Los obispos se inclinan y ellos me hacen levantar. Prometo que haré cumplir la equidad y la misericordia y que todo el pueblo se verá beneficiado por ello.

Monseñor de Bezoche me pregunta:

—¿Aceptas mantener la fe y cumplir sus obras?

—Sí acepto.

—¿Quieres ser el guardián y defensor de las santas iglesias y sus ministros?

—Sí quiero.

La oración del prelado hace que me una al Árbol de Jesé. El obispo reza:

—Señor, da a nuestro rey Luis, pronto dueño del cetro de David, tu inspiración como la tuvo el rey Salomón para dar la paz a todo tu reino.

El abad de San Denis puso sobre el altar los instrumentos que han sido traídos a Reims. De pie, delante del altar, me quito los vestidos. El gran maestre de cámara me calza los zapatos bordados de Lis y el duque de Borgoña me pone las espuelas de oro. El arzobispo saca la espada de mi funda y me la da para que yo mismo la deposite sobre el altar. Cuando me la devuelven, se la confío a Hurepel para que la tenga desnuda durante toda la ceremonia. Me han explicado que la espada representa el eje del mundo. Ahora

soy el guardián del cielo y la tierra; de la justicia y la paz. El obispo extrae un poco de aceite con la ayuda de una aguja de oro y la mezcla con mucho cuidado con el Santo Crisma. Me desabrochan la túnica y de rodillas recibo la unción en mi cabeza, en el pecho, la espalda y los brazos. Mientras, escucho las palabras solemnes:

—Te hago rey en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—Amén –responden los allí asistentes.

En ese momento, las bóvedas se llenan con el cántico de «Viva el rey para la eternidad». El gran maestre de ceremonias me reviste con la túnica de gemas que lleva el color de los vestidos del Antiguo Testamento. Después vino el anillo símbolo de la dignidad real y de la unión entre Dios y el pueblo de Francia. El arzobispo me coloca el cetro en la mano derecha y la Mano de Justicia de marfil, en la otra para después tomar la corona de Carlomagno que está sobre el altar que pesa tanto como su historia y que ciñe sobre mi cabeza mientras dice el ritual tradicional: «Dios te ciñe la corona de gloria y de justicia».

Tanto los nobles laicos como clérigos se acercaron, y posaron su mano sobre la corona y la sostuvieron como si fuera un dosel lleno de vida. Me conducen al trono. Las campanas tocan y el pueblo entona el Kyrie Eleison, «Señor, ten piedad».

La Ceremonia continuó con la Santa Misa y, cuando hubo terminado, se lanzaron palomas al cielo de Reims, mientras yo salía acompañado por el cántico de «Alégrate, Francia bienamada». Todo el pueblo que se apretujaba junto a las puertas de la catedral empezó a gritar: «Larga vida al Rey Luis». Paso bajo el pórtico adornado con el Juicio Final. Allí, la separación entre salvados y condenados son contemplados por un Rey en Majestad. Una hilera de condenados marcha en procesión hacia el infierno. En el atrio me espero un poco porque es tanta la multitud que no puedo dar un paso. Todos quieren tocar mi capa de terciopelo y se me pide tocar con él a los enfermos para que queden curados de sus males. «El rey te toca, Dios te cura». Ya soy rey hasta que muera, pero lo soy para Dios, para el clero y el pueblo.

—Un rey para los últimos tiempos –me dicen.

No entiendo nada de lo que esperan de mí y pregunto a mi madre:

—¿Qué misión tiene un Rey? ¿La salvación de su pueblo en el más Allá y la felicidad en este? ¿Fines primeros o últimos?

Mi madre me mira con ternura y me responde:

—Ya sabéis lo que se espera de un Rey, no es la felicidad doméstica, sino alejar las desgracias públicas.

NIDO DE VÍBORAS

La reina parecía agotada y ensimismada en sus pensamientos. Mi hermano Carlos estaba a punto de nacer y volver a París era una contrariedad para ella, pero había que hacerlo ya que yo tenía que reiniciar mis estudios.

—Estoy tan sola. Solo tú me acompañas. Tan sola.

Así se sentía mi madre, que veía cómo aumentaban los peligros, pero en palacio se recuperaba esa sensación de paz y normalidad, pues los servidores de palacio habían puesto todo de nuevo en su sitio.

Un día, el condestable llegó para informar a la reina que importantes personajes del reino habían traicionado su juramento. Se habían cobijado bajo una piel de leopardo y este leopardo no era otro que Plantageneta, el nuevo rey de Inglaterra con apenas veinte años. La regente convocó al Consejo:

—¿Qué debo hacer?

—Enviará una orden a todos los señores de vuestro reino para que reúnan el ejército real.

—Ingenua de mí que pensaba que con la Coronación se acabarían las felonías.

Había que poner los pies sobre tierra antes que conducir al pueblo a la salvación eterna: ceñirse la espada, el casco y ver de cuántos caballos disponíamos para la guerra. Mi madre recordaba su niñez española con ciudades asediadas y, en sus recuerdos, encontraba la fuerza que da el instinto heredado de su padre Alfonso de Castilla para anular las traiciones de los nobles feudales.

¿Quién estaba con el Rey? Mi madre lo sabía y bromeaba sobre la mascarada que interpretaba este corro de traidores. Allí estaban la sombra de Pierre Mauclerc, el conde de Bretaña, Hughes de Lusignan, el Conde de Dreux, el conde de La Marche y, para terminar, el Conde de Champagne. ¡Malditas sabandijas movidas por la envidia!, pero mi madre sacaba su fuerza y sus garras:

—Vamos a romper ese bonito corro y que se enfaden entre ellos hasta que se quemen en su propia cota de mallas.

Entre los traidores estaba Mauclerc, pero para él todo había terminado, pues reconocía su debilidad. La única tierra donde aún era respetado era Inglaterra, donde era conde de Richmond, que lo tenía por generosidad del rey de Inglaterra.

Su conflicto con el clero bretón le había debilitado a los ojos de las familias nobles, como los Vitres y los Avaugour. A mi madre le reprochaba ser extranjera, pero él también lo era, pues su corazón y sus tierras estaban en Inglaterra. El joven rey Enrique

III se divertía con su superficialidad:

—El Mauclerc bebe de una sola de mis manos.

En cuanto a los obispos eran astutos como el diablo y habían perdido la fe. El gran gato inglés dejaría de sonreír y se ahogaría en su charca inmunda. El pacto también incluye al Señor de Lusignan y los señores de Poitou, que cambiaban de bando según sus intereses. Unas veces con los Plantageneta y otras con los Capeto. La señora de Lusignan, Isabel de Angulema, llevaba a su marido del ronzal como a un burro del Poitou. Aun así, hay que reconocer que la historia de esta familia es peculiar. Isabel era novia del señor de Lusignan cuando un día se presentó el rey de Inglaterra Juan sin Tierra con la intención de desposarla. Tras la muerte del real secuestrador, volvió a su primer amor y se desposó con él, el Conde de la Marche, Lusignan. Ella le dio sus últimas brasas de amor y fue correspondida, pero ella seguía con su mal humor inglés. Los besos no le eran suficientes ya que quería los bienes de los Plantagenetas en Francia para su querido hijo de veinte años, su pequeño Enrique, rey de Inglaterra. Era evidente que el partido de los traidores hablaba muy bien inglés.

En cuanto al tercer noble del complot, Enguerrand de Coucy aseguraba que descendía nada más y nada menos que del rey Luis VI el Gordo por su madre Alix de Dreux. Había casado a su hija con el rey de Escocia y no ocultaba sus preferencias y estaba tan convencido de la victoria que ya se había hecho diseñar una corona. Mi madre le ridiculizaba:

—La guarda en su cofre, siempre cerca para el día que… Creo que su lema es: Rey no soy, tampoco príncipe, ni duque ni conde. Soy señor de Coucy.

En cuanto a Thibaud, el conde de Champagne, noble con capacidad de cambiar de piel como el camaleón, incluso los traidores desconfiaban de él. Era un veleta y bastaba una sonrisa para hacerle cambiar de bando.

En cualquier caso, Bretaña y Poitou eran rebeldes y contaban con el desembarco del rey de Inglaterra y su ejército. La reina convocó al ejército real. El aviso a los señores servía también para mí, su hijo. Quería que le acompañase y me pusiera a la cabeza del ejército. La armadura me esperaba y esta vez para luchar. Con trece años cumplidos, sería mi primera batalla sin trampa ni cartón. Se acabaron los simulacros en los jardines del Louvre. En el viaje fui acompañado por el héroe de Bouvines, Michel de Harnes, el gran Mariscal Clement que caracoleaba su corcel y mandaba sobre los ingenieros de Nemours con sus máquinas de guerra tras los estandartes rojos y las cotas de malla con flores de Lis de su jefe.

Cerca de él, mi madre, la reina Blanca, montaba con gran seguridad un caballo blanco. ¡Qué fuerza me transmitía! Los nobles rebeldes no pensaban en lo que se les venía encima.

Cuando el ejército real llegó a Tours, los conjurados dudaron. La reina mandó

mensajeros a algunos de ellos para crear divisiones y fue entonces cuando Thibaud se anticipó a nuestros planes y, removido por su conciencia y fulminado y atónito por la belleza de mi madre, vino a postrarse de rodillas delante de ella para servir y morir por la reina. Se comportaba como si actuara en una novela cortesana, arrodillado delante de su dama. Mi madre no salía de su asombro al verle así de entregado y escuchar cómo le recitaba un poema entre grandes suspiros:

La que amo es de tal señorío
Y de tal caballería
Que su gran belleza
Me hace petulante.

El traidor traspasado por la belleza de su dama desertaba de los demás conjurados. La reina le miró para preguntarle:

—Amigo Thibaud, ¿me juráis fidelidad?

—Hasta el infierno.

Viéndole así con su armadura se diría que era el mismo Lancelot, Perceval, Gauvin y cuantos caballeros hubieran caído enamorados.

Durante los días siguientes, la reina mandó comparecer a los nobles delante de un tribunal:

—No se negocia con traidores. Se les juzga y se les castiga.

Mauclerc y Lusignan se rindieron el 16 de marzo de 1227 tras ser advertidos en Vendôme, donde hicieron su acto de sumisión.

Algunos meses más tarde, un soldado trajo a la reina un pequeño papel de Mauclerc y de Lusignan donde se comprobaba que volvían a las andadas pese a su reciente arrepentimiento. En ese papel se decía: «Los nobles mantienen contra el rey que la reina Blanca, su madre, no debe gobernar el reino de Francia».

Querían que el trono no estuviera en manos de mujer y tramaron capturarme para retenerme bajo su custodia. Mi madre me había pedido que cabalgara por tierras de Orleans con un pequeño séquito de soldados:

—Id a Bouvines, hijo mío.

Primero fui a rezar a la tumba de la reina Ingeburge, la misma que me había regalado mi primer libro de salmos. Cuando llegué a Chartres, supe, por un vendedor que venía de Corbeil, que un ejército hostil se estaba concentrando en la ruta que va a París. Los sargentos habían reconocido en la lejanía los colores de Dreux, Bretaña y Lusignan por lo que había que buscar un rápido refugio y el Castillo de Montlhery podía serlo ya que estaba cerca, y poseía unas altas torres para defenderse.

Una vez ya en Montlhery, hice levantar el puente, y me guarnecí tras las murallas y

envié a un caballero a París para pedir ayuda. El caballero llegó a París, en el momento justo que la reina Blanca asistía a la reunión de la Cofradía de Notre Dame que reunía a clérigos y laicos delante de la fachada de la catedral y, sin perder un minuto, hizo el llamamiento a los burgueses y a los comunes de Francia enviando mensajeros por todo el reino, mientras sonaban las campanas de la ciudad.

Se reunieron alrededor de la Cité los caballeros y las otras buenas gentes con sus milicias y todos juntos juraron fidelidad bajo los estandartes que llenaban París. Se armaron rápidamente y partieron con dirección al castillo de Montlhery y, cuando vi llegar aquellos refuerzos, pregunté:

—¿Qué es esa procesión? ¿Qué quieren?

—Son gentes leales, de Bouvines, que vienen en vuestra ayuda.

—¿En mi ayuda?

—Vienen para llevaros a París junto a vuestra madre, la reina. Ella reclama a su hijo y nosotros queremos a nuestro rey.

Me dejé llevar en medio de aquella formación cerrada y preparada para el combate. Miraba a toda aquella gente con admiración, pues apenas llevaban armamento y parecía que venían a luchar contra los nobles armados con lo primero que había caído en sus manos, como tijeras, paletas, varas de medir.

Los nobles traidores, ante el inmenso número de gente humilde, desistieron de su objetivo y en poco tiempo desaparecieron: el rey estaba salvado y de nuevo gracias al pueblo humilde.

El camino hacia París fue entre aclamaciones:

—Larga vida al Rey.

El camino estaba adornado de ramas verdes; algunos colgaban tapices en las paredes y otros colgaban trapos, vestidos o bufandas. Los estudiantes entonaban canciones en latín, mientras lanzaban sus gorros al aire, ejecutaban cabriolas y bebían el vino de Chardonnet. Todos estaban contentos. La noticia corría de pueblo en pueblo y la gente entonaba el Ave María a mi paso. Veía flotar, a lo lejos, un bosque de lanzas que se prolongaban en los bastones de las hermandades y de sus vivas. Los comerciantes habían cerrado sus tiendas para unirse a la fiesta, que duró hasta el amanecer en todas las calles de Francia. Las muchachas jóvenes colgaban rosas de tela en los frenos de los caballos y de cuero sobre los cascos de los soldados. Lo alguaciles ofrecían vino de Santa Genoveva a todos los que se cruzaban en su camino. El espíritu de Bouvines seguía vivo y soplaba sobre los habitantes del Louvre porque una vez más había salvado la corona en su lucha contra los poderosos.

PRIMER ASALTO

—¿Por qué se mete la Iglesia? –preguntaba la regente con frío semblante a un cardenal confuso el día de la fiesta de Epifanía de 1228.

—Pero la Iglesia debe mezclarse en los asuntos de Dios –balbuceaba como repuesta el legado del Papa, Frangipani del Santo Ángel–. En estos tiempos, majestad, la Iglesia celebra la Navidad, el nacimiento del Príncipe de la Paz.

Mi madre no aceptó la respuesta y seguía furiosa, pues el motivo por el que había hecho llamar al legado era por lo acontecido en la corte inglesa durante la cena de Nochebuena.

Los hechos fueron así. Mientras se celebraba la cena y se brindaba con vino de Aquitania, he aquí que uno de los señores presentes se levantó de la mesa con el vaso en la mano.

El convidado no era otro que un prelado francés, el arzobispo de Burdeos. ¿Qué hacía el señor arzobispo en Oxford y en la cena de Navidad? ¿Por qué cruzó el canal de la Mancha? El legado papal no sabía cómo justificar aquel viaje.

—Puede que fuera para calmar al joven soberano inglés. Es sabido que pierde la cabeza con demasiada frecuencia. Seguro que le estaba animando a que continuara la tregua de Dios tan necesaria entre los dos reinos y qué mejor que el día de Navidad –contestó el legado.

—No, Eminencia –replicó mi madre–. En el gran vaso levantado por el arzobispo había el más bello de los regalos de Navidad que se pueda ofrecer a Inglaterra, al rey Enrique III: Francia.

La Reina Blanca sacó un pequeño pergamino con el sello de la diócesis de Burdeos y se dispuso a leerlo: «Sir, que sepa usted que, cuando quiera, Francia será vuestra. Os esperaremos y, en nombre de los nobles de Normandía, de Guyena, del Poitou y de Gascogne, os invito a que vengáis lo más pronto posible a reclamar lo que os corresponde en derecho. A vuestra señal, desplegaremos los estandartes de nuestros barcos, nos armaremos y haremos sonar las campanas. No tendréis más que mostrar el estandarte de Inglaterra».

He aquí la piadosa traición de un obispo. Entre tantos conjurados y traidores, esta vez se trata de un obispo quien trama el plan felizmente descubierto a tiempo. Según el plan, primero sería el conde de Bretaña, ¡cómo no!, en liza. Pero… ¿no pueden ya dejarse de tanta traición?

Mi madre está de nuevo tentada a convocar al ejército real. Seguro que los nobles

responderían con prontitud a la llamada, pero, en lugar de acudir con los contingentes ordinarios de hombres, esta vez solo llevarían a uno o dos caballeros, que resultarían insuficientes para hacer frente a la nueva amenaza.

Los conspiradores se servían de la ley feudal ya que aún era respetada de manera formal. La norma decía que ningún vasallo puede servir al ejército real si tiene antes contraído un compromiso de vasallaje con su señor. Esta trampa dejaba la defensa de Francia sin más elementos que las milicias comunales. En definitiva, el Rey Enrique III tenía el campo despejado y el arzobispo de Burdeos llevaba razón: solo tenía que cruzar el estrecho y con su mano coger el fruto maduro perdido en Bouvines.

Aun así, no todo estaba tan claro ya que los conspiradores también tenían sus dificultades y sobre todo en una cuestión importante: ¿Quién sería coronado? Felipe Hurepel ya se veía rey de Francia, pues la mayor parte de los nobles le animaban a ello. Tenía los derechos de sangre y, por supuesto, él se ponía a disposición de los grandes señores.

Pero en La Liga rebelde había otros objetivos. Enguerrand de Coucy sacó su corona de oro y, dispuesto a ceñírsela, no la dejaba ni de día ni de noche. Cada uno de los contendientes se preparaba para la batalla final, mientras la reina tenía ya el juramento de las milicias comunales que abarcaban entre el Sena y Flandes.

En el complot de los grandes estaba previsto que el conde de Flandes abriera las hostilidades. Mauvais Clerc reunió gran número de bretones en un ejército de infantería que irrumpieron en tierras de la Corona de Francia y quemaban todas las villas que encontraban a su paso obligando a los pueblos atacados a abandonar sus casas en medio del caos y el temor.

La reina Blanca era consciente de lo complicado de la situación. Claro que se podía contar de nuevo con las milicias burguesas, pero el Mariscal Clement era consciente de la incapacidad de luchar solo con ellas frente a la caballería de los nobles. El reino estaba en peligro.

,Mi madre ordenó por bando real a los nobles y al Conde de Boulogne el primero, de atacar al Conde de Bretaña. El invierno estaba en todo su rigor y hacía tanto frío que me puse un forro de lana bajo mi cota de malla. Abandonamos el Louvre para cortar la ruta entre las dos Bretañas y así Mauvais Clerc y Enrique III no contactaran.

Plantamos el estandarte del reino en el lugar donde estaba previsto que las tropas feudales llegaran, sobre la ruta de Perche. Se presentaron la mayor parte de los señores acompañados de sus vasallos de armas, pero, viéndoles, te das cuenta de que eran de lo más miserables y de lo peor equipados. Algunos llegaron acompañados solo por el escudero. Miraba a mi madre y se le veía como una olla a punto de explotar, pese a su apariencia de no querer darse por aludida.

—¿Es esto solo lo que habéis podido conseguir y reunir? –preguntaba poniendo cara

de sorpresa.

—No había suficientes vasallos para levantar más soldados –contestaban entre disimulos.

La reina les dio la espalda, se alejó con su caballo y les mostró todo su desprecio castellano, mientras les decía:

—Señores, no necesitamos de ustedes. Se pueden retirar. Vuelvan a sus pequeñas ocupaciones. Los regimientos reales no necesitan sus refuerzos.

Cuando se fueron, Blanca se dirigió al Condestable de Montmorency y al mariscal Clement:

—Bueno y ahora ¿qué hacemos?

—Atacaremos los primeros.

Las milicias y las guarniciones del común se unieron a las regulares y la reina me hizo inspeccionar a las tropas. Un soldado vino con información valiosa: los conjurados se estaban reuniendo en el castillo de Belleme. Sobre la marcha se decidió atacar al enemigo. Se iban a llevar una buena sorpresa.

Los escuadrones se lanzaron al galope hacia la fortaleza de Perche. Las máquinas de guerra cerraban la marcha. Los caminos estaban en malas condiciones y eso explica su lentitud. La nieve y el hielo estaban presentes. La reina galopaba sobre su caballo en medio del Estado Mayor. Yo iba siempre a su lado, sin perder el paso, envuelto en mi capote y los penachos de mi casco.

El frío agrietaba nuestros labios y nos atravesaba las mejillas y eso que íbamos forrados por todo nuestro cuerpo. De repente, los exploradores que iban reconociendo el terreno dieron la vuelta y nos advirtieron que una tropa de caballeros venía a nuestro encuentro. ¿Enemigos? El mariscal dio órdenes de ponerse en orden de batalla.

Después dio la orden de bajar las protecciones de sus cascos, los escudos en la izquierda y en la derecha la larga lanza de salto. Se oían sobre el suelo helado el sonido de los cascos de sus caballos. Michel de Harnes se puso al frente de la primera línea, con la alegría renovada de volverse a encontrar en un campo de batalla. Cuando el ejército enemigo con sus estandartes apareció entre la bruma, mi madre se alteró al reconocerlos.

El mariscal dijo:

—¡Los de Champagne! Esperaba que se quedaran al margen.

—¡Pobre Thibaud! –suspiró mi madre–. En él hay dos soldados en permanente conflicto. Uno es el corazón y otro, la razón.

—¡Atención! –ordenó Michel de Harnes–. ¡Prepárense a cargar!

¡Sorpresa! En lugar de bajar la lanza y alzar el escudo, los de Champagne se ponen a agitar, a grandes gritos, sus estandartes y Thibaud se adelanta con su caballo y se inclina ante la reina Blanca:

—He aquí, Señora, las tropas que os traigo. Trescientos caballeros de gran nobleza,

con buenas armas y mejores corazones que os aman como yo os amo.

La reina no se lo podía creer, pues una vez más el poeta había ganado al señor feudal y el corazón, sobre la razón.

Nada le haría poner la espada al servicio de otro que no fuera mi madre y esta le recompensó. El castillo de Belleme estaba a nuestra vista. Era un puesto avanzado del Conde de Bretaña donde había empezado la primera rebelión. El conde había invertido mucho dinero en mejorar las defensas ya de por sí imponentes. El castillo tenía fama de inexpugnable. Los muros eran firmes y, lo que era más importante, un buen número de soldados lo defendían y tenían acopio de todo tipo de víveres.

En cambio, a nosotros nos faltaba madera, piedras para las máquinas y todo tipo de material apto para un asalto en toda regla. La Reina dio orden de talar los árboles del bosque y traerlos hasta el campo de batalla.

Las tiendas de campaña apenas protegían del gran frío que hacía. La Reina dio la orden de acrecer las hogueras para calentar a hombres y caballos. Era preciso romper el hielo de los abrevaderos para que bebieran las bestias. Aprendía a dar órdenes o al menos a repetir las que me hacían llegar a los oídos y los soldados al menos ponían cara de obedecerme. La fortaleza fundada sobre roca viva rodeada de fuertes murallas, flanqueada de torres presentaba gran dificultad para escalarla como para asaltarlas. Nuestras máquinas de guerra ya lanzaban piedras contra ella, pero las primeras descargas fueron intentos vanos.

Los defensores se protegían en el interior de las torres ante el empuje de nuestras tropas por lo que el castillo no cedía. Todos los días había un ataque cuyo objetivo era desestabilizar los muros. Miraba, amedrentado, los arietes, que, protegidos por maderas, golpeaban con violencia la puerta, pero no hacía mermar la confianza de los asediados.

El castillo de Belleme respondía a su fama. Las escalas y los corazones de los asaltantes vacilaban por las dudas y el frío ante las murallas intactas. El mariscal anima al jefe de los ingenieros, Felipe de Nemours, durante un breve Consejo donde se decide un nuevo plan de ataque, que consiste en que los zapadores, protegidos por los arqueros, minaran la base de la muralla.

Debieron dejarlo y dispersarse bajo la densa nube de flechas de los asediados. Pese a todo, el jefe de los ingenieros permanecía tranquilo ya que sus hombres habían conseguido excavar la tierra helada con galerías hasta la base de las murallas y las torres, lo que facilitaría una nueva ofensiva al día siguiente con todos nuestros efectivos. Así fue y los asediados en su desesperación arrojaron los cadáveres mutilados en un intento desesperado de evitar lo inevitable, pero otra brecha agrietó la muralla abriéndose un inmenso hueco. No veíamos ya a los asediados, sin duda replegados, parapetados en la torre del homenaje que también se agrietaba.

Las máquinas lanzaban bloques cada vez más pesados y la rendición era cuestión de

días y, cuando llegó, la noticia de la victoria se extendió por todo el reino: la Corona había vencido a los rebeldes en el feudo del conde de Bretaña y se había apoderado del invencible castillo de Belleme.

Los ingleses cuando supieron de la derrota fueron presas del miedo y, pensando que habían sido engañados por su aliado bretón, se retiraron en sus barcos lo más rápido posible.

En la tienda real, mi madre me tomó en sus brazos y murmuró mientras se reía de buena gana:

—He aquí lo que es capaz de hacer una castellana. Pienso en vuestro abuelo. Debe de estar orgulloso de ti. Tenía tu misma edad, quince años, cuando ganó su primer combate.

—Pero solo he mirado cómo otros peleaban –dije.

En la vida de un príncipe, solo cuenta el momento de la primera batalla: la primera ojeada, la primera flecha, la primera victoria. Los nobles, en lo sucesivo, se lo pensarán dos veces antes de traicionaros.

EL REY MENDIGO

La Reina Doña Blanca fijó su mirada sobre el Languedoc donde habían surgido deseos de independencia tras el mal ejemplo de los de Poitiers y de los bretones. Raimundo VII de Tolosa, fiel a las tradiciones de su familia, protegía a los albigenses. Un gran entusiasmo se difundía por los santuarios cátaros donde los llamados «Perfectos» animaban a los fieles a combatir y morir por su fe.

—Dios es Amor –decían–. La muerte nos permitirá contemplar el espíritu puro con más rapidez y seguridad.

El conde de Tolosa contaba con la ayuda de Bretaña y el desembarco del rey de Inglaterra, pero fue una espera vana y acabó por rendirse. Viajó a París el Viernes Santo de 1229 para someterse. Raimundo VII se presentó delante del pórtico de Notre-Dame, vestido con una camisa sencilla, la cuerda en el cuello y un cirio en la mano. Besó el suelo en presencia de todos los asistentes, luego, derramó lágrimas de arrepentimiento, prometió participar en la cruzada y confiarse al Santo Sepulcro.

Raimundo VII ponía sus armas al servicio del rey de Francia como vasallo, pero conservaba sus dominios y sus títulos, lo que mostraba la cautela de mi madre. La disputa entre el Norte y el Sur tocaba a su fin, pues Languedoc volvía al redil y el conde de Tolosa permitía a su hija y heredera única, Juana, casarse con mi hermano pequeño, Alfonso, conde de Poitiers.

De La Mancha al Mediterráneo, del Atlántico a los Vosgos y a los Alpes, Francia estaba pacificada. Ahora sí que sería el primer rey que reinaba sobre las dos mitades tan diferentes del reino de Francia, la del Norte y la del Sur, el sueño del rey Felipe era realidad: El reino de Francia accedía al Mediterráneo.

Raimundo VII había enviado a palacio al abad de Granselve, Hélie Guérin. Llevaba el mismo apellido que el hermano Guérin, que, por desgracia, había cesado de su cargo en 1227. El abad de Granselve permaneció varias semanas en el Louvre donde nos informó sobre la herejía cátara. Era un hombre turbado y no creía en una paz duradera en Languedoc.

—Hemos dado la respuesta del derecho, ahora falta la del corazón –decía.

—Pero los hermanos predicadores ya han dado esa respuesta –le dije.

—Sí. Pero también es verdad que sigue habiendo gran confusión. Hay demasiadas riquezas donde tendría que haber pobreza. Todos debemos preguntarnos por qué sigue habiendo corazones tan turbados. ¿Por qué es tan sencillo que en el corazón de los hombres y mujeres se deposite la semilla de la herejía y se difunda con tanta rapidez por

todo el país? Cuidar el efecto, pero sin atajar la causa, es como enmascarar la lepra con pintura blanca.

Los relatos del Abad revelaban sus inquietudes. Para el pueblo sencillo no había demasiadas diferencias entre la doctrina de los cátaros y el espíritu de san Francisco. Era la misma radicalidad evangélica por la que muchos se sentían atraídos. Se podían ver por las calles sacerdotes que vestían túnicas negras y llevaban tiaras orientales extravagantes que imitaban a los Reyes Magos. Sus palabras y gestos soñolientos animaban al pueblo a seguir el camino de «perfección» e inmolar sus vidas por ese ideal. Por otro lado estaban los humildes hermanos de Francisco, que cantaban con pasión las maravillas del Creador. Los primeros celebraban sus liturgias en lugares tenebrosos y los segundos lo hacían a la luz del día con el sol y sus juegos malabares, desbordantes de ternura. Celebraban todas las cosas creadas y cualquier ser creado, por humilde que fuera, era motivo de acción de gracias al Creador: «¡Alabado seas, Señor, por mi hermano el Sol!». Mi madre había acogido en París a los hermanos menores, los Juglares de Dios, con todo el fervor de su piedad castellana, y les ayudaba en sus fundaciones y a crear oratorios.

Mendigaban y predicaban la pobreza con sus pies descalzos, vestidos con un grosero sayal por las calles del barrio Santiago y la calle San Martín. Pero había, según ella, demasiadas chiquilladas, demasiadas fantasías y hasta demasiadas bufonadas entre ellos. Prefería una fe más austera, más sombría y más atormentada. Estaba habituada a un sentido del sufrimiento y de la muerte que le venía de sus raíces castellanas. Prefería más a españoles como Domingo de Guzmán, a quien había apoyado en los comienzos de su orden, que a los italianos del pobrecito Francisco.

El evangelio cátaro excitaba, sin embargo, mi curiosidad: me esforzaba por comprender lo que estaba en el corazón de la «doctrina del Amor Puro». Una mañana, al amanecer, mi madre me acompañó al convento de Santiago. Mi intención era hablar con un monje de gran saber teológico sobre la herejía cátara. Comprendí aquella mañana por qué el Papa apoyaba a los hermanos predicadores. Lo que atraía de la doctrina de las «Perfecciones» no eran los argumentos de la razón, sino los del corazón. Los «Puros» vivían de privaciones y tocaban la alegría de la pobreza. Mientras los prelados que predicaban al pueblo vivían en las riquezas. Tenía el recuerdo de mi padre cuando fustigaba delante de mí a ciertos obispos: «¡Cómo el pueblo no iba a preferir a los "Perfectos" que practican el ayuno y abstinencia y van a pie, vestidos con humildad, mientras ustedes, señores obispos, viajan en buenos caballos y con gran boato»!

El pueblo oponía la vida frugal de los «Perfectos» a la de los dignatarios de la Iglesia con su opulencia. Por desgracia, la Iglesia tenía el espíritu de su tiempo y participaba del poder de la sociedad feudal. Los monjes, a los que su humildad exigía servir a todos los hombres, poseían súbditos y vasallos a su servicio y los abades habían adquirido condición de señores y de príncipes. Muchos de ellos confundían los derechos de la

religión con los de su señorío.

Había que volver a los orígenes apostólicos y el mensaje de las órdenes mendicantes era providencial, pero convivía con los abusos de los señores mitrados y de las mismas órdenes monásticas tradicionales que no las tenían todas consigo.

Los mensajes de estas nuevas comunidades eran mendigar el pan y la limosna, y dejarse llevar por el azar en su camino. Su espíritu choca de una manera frontal con el de este tiempo que ve la tierra y sus frutos como un bien respetable y, en cambio, la mendicidad se ve como la pereza disfrazada. Era una ruptura radical con la sociedad que vivíamos, aunque también evangélica en lo esencial.

En los comienzos de mi reinado, percibía, por desgracia, que la confusión entre ambas ciudades, la terrestre y la celeste, había conducido a muchos obispos y abades a comportarse más como nobles y príncipes que como prelados que cuidan su rebaño.

El desapego de los bienes de este mundo se convertía en una urgencia espiritual, pero también temporal pues tendría que poner el corazón menos en los bienes materiales y más en los espirituales.

Fue entonces cuando decidí que actuaría en el poder temporal como los hermanos predicadores lo hacían para el poder espiritual. Quería convertirme en un rey de la pobreza, hacerme un rey mendigo, libre de los bienes materiales, más ocupado en lo sucesivo por la *auctoritas* que por la *potestas*.

Llevado por ese ideal decidí vestir cada viernes como los predicadores, llevar un calzado sin suelas, pero que nadie lo percibiera y así fue, salvo mi madre que adivinaba en mí un pequeño mesías. Al verme sintió ternura y me predijo, riéndose:

—¡Serás un rey mendicante!

En la medida en que mis obligaciones como rey me lo permitían, me gustaba visitar los conventos de los franciscanos y dominicos y escuchar sus sermones. Desde sus púlpitos, denunciaban todos los abusos, pero también lo hacían desde un puesto de venta, un mojón de piedras, un carro o sobre un tonel. Suplicaban que se cerrasen ciertos comercios dudosos, como, por ejemplo, el de los dados, porque el juego siempre corrompe.

Denunciaban también el comercio de las armas porque son ingenios para matar. No hablaban con mesura de los taberneros ni de algunos hosteleros que atraían a clientes y peregrinos descuidados para después asaltarles. Tampoco se salvaban de sus críticas los usureros, cambistas y orfebres que ocupaban el Gran Puente de París pues corrompían la moneda para hacer variar su valor. Recortaban un poco de metal precioso de los denarios más pesados. Sermoneaban también a los lecheros que alteraban la leche y mojaban su queso en caldo para darle un mejor aspecto. Los carniceros que vendían el ternero recién nacido como ternero lechal y que, por San Juan, hacían pasar la cabra por carnero o soplaban la carne para hincharla. Los pescateros que coloreaban las agallas de los peces

con sangre de cerdo para darle un aspecto de frescura. Los panaderos que abusaban de la levadura y vendían bolas de aire en vez de pan.

Estos nuevos monjes dejaban al descubierto sus almas radiantes para socorrer los cuerpos desvalidos y los corazones cansados. Querían instruir a los jóvenes estudiantes de la montaña Santa Genoveva y, pese a no tener la simpatía del clero secular, parecían no tener miedo de nada ni de nadie.

El hermano Domingo había muerto cuando yo tenía siete años; el hermano Francisco, que hablaba con las aves, se fue a los cielos cuando la paloma me trajo el Santo Crisma durante las semanas de mi Coronación, pero no hay nada de azar en ello. Estos monjes fueron enviados en el momento en el que la tierra sombría necesitaba luces del Cielo. En mi familia, me habían enseñado a meditar sus palabras y que, en la escala de los bienes eternos, «Los que poseen todo no tienen gran cosa». Llegan estos predicadores y añaden a esta vieja lección: «Los que no tienen nada poseen todo».

LA CLERECÍA EN FIESTA

Aquel año, el lunes de carnaval cayó el 26 de febrero de 1229. Los burgos de la Cité se vieron invadidos por salteadores que robaban las uvas de los viñedos situados a ambas orillas del Sena entre San Víctor y las Arenas. El oficial acababa de cerrar el Castillo que permitía el paso hacia el llamado Pequeño Puente. Los burgueses abandonaban la ciudad y los maestros con sus gorros de doctores y escribas con sus pergaminos huían en todas las direcciones. En las calles Troussevache y Qui-quén-poist, los mercaderes habían retirado sus toldos alarmados por los gritos de gente de mal vivir que venían de las calles cercanas y que, conforme corrían, se llevaban las limosnas que habían sido depositadas en las aceras así como otro tipo de enseres.

Los estudiantes corrían y en la carrera caían sus pergaminos y objetos de escritura que colgaban de su cinturón. La calle estaba pavimentada de padrenuestros y muchos de esos estudiantes también perdían por el camino sus libros de latín: Ovidio y Cicerón estaban desparramados por el pavimento. París era un caos y la nave de la abundancia y de la paz se expresaba en los días de carnaval como una antigua tradición que cada año volvía.

Ese día, los soldados hacían la vista gorda sobre los excesos de los bebedores. Todos comprendían que era necesario aprovechar el martes de carnaval, pues después venía la santa cuaresma con sus cuarenta días, acompañada de austeridades, ayunos y limosnas. Los oficiales mostraban plena indulgencia por las bromas y jovialidades, mientras que los burgueses se sentían incómodos ante tantas manifestaciones de alegría, pero sus quejas morían en las orillas del Sena.

Un buen grupo de caballeros habían accedido a la clerecía en fiestas, en las calles embarradas de Fouarre y plaza Malbert que así se llama en honor al maestro Alberto, que impartía clases en París. Aquella gente pasaba el día en bailes, provocando a los estudiantes y divirtiéndose en medio de comilonas. Grupos de ladrones y carteristas actuaban en plena calle aprovechando la confusión y la verdad es que mi madre lamentaba todos esos excesos.

Ya entrada la tarde salían de las buhardillas del barrio latino los cocardos y malandrines que bajaban con sus miserias de la Montaña. Parecían jóvenes de aspecto dudoso, sus cabellos recogidos en trenzas, cara maquillada, cejas depiladas y lanzaban miradas provocadoras mientras masticaban jabones perfumados y siempre rodeados de prostitutas que enseñaban sus pechos. Al anochecer, es costumbre que se forme la procesión que pasa muy cerca de palacio con sus canciones descarnadas, lascivas y que

ascendían hasta lo más alto del torreón.

Al día siguiente, me contaron lo ocurrido tras la procesión: como hacía una buena noche los estudiantes con los picardos a la cabeza se citaron en el burgo de Saint Marceau para seguir la juerga. Los goliardos entraron en una taberna y después de haberse divertido, borrachos, se pegaron con el dueño, pues no estaban de acuerdo con el precio de la bebida y se negaban a pagar su jarra y, en medio del acaloramiento, dieron una paliza al tabernero, que gritó como si se estuviera muriendo.

La tropa que vigilaba las calles acudió al ser llamados para socorrer al agredido y consiguieron que los estudiantes abandonaran la taberna, pero estos, vueltos a la ciudad con sus vestidos desgarrados y su honor herido, excitaron a sus compañeros de estudio para que les vengaran.

Al día siguiente, los estudiantes volvieron a Saint Marceau, pero esta vez iban armados de espadas y bastones e irrumpieron en casa del tabernero, a quien le rompieron todos sus vasos de vino y vertieron sus existencias de hidromiel sobre el suelo de la taberna. Salieron de la taberna y, mientras avanzaban por las calles, golpearon a todos cuantos se cruzaban con ellos, hombres y mujeres, dejándoles medio muertos.

Saint Marceau depende de una abadía cuyo rector presentó una queja al legado, Frangipani del Santo Ángel, y al arzobispo de París, Guillermo de Auvernia, bajo cuya autoridad está la universidad. La universidad estaba formada por maestros y estudiantes y era una institución libre que gozaba de ciertos privilegios, como la independencia judicial que también se extendía a los crímenes y que la autoridad civil no podía juzgar.

Solo el obispo podía juzgar y castigar los excesos cometidos por los estudiantes. El rector recordó a través del legado la obligación que tenía el obispo de juzgar lo ocurrido de acuerdo al derecho establecido.

El obispo, que tenía una disputa con la universidad, estaba encantado de verla humillada. El legado también tenía cuentas pendientes con los estudiantes, que en otra ocasión habían invadido su iglesia y por las amenazas que había recibido cuatro años antes y que no había perdonado. En cualquier caso, ninguno de los dos defendió a los estudiantes y enviaron la queja a la reina, que no parecía muy dispuesta a la indulgencia ya que aquellos estudiantes le recordaban las traiciones de la nobleza, pero esta vez a poca distancia de las defensas del palacio.

Mi juventud hacía que fuese indulgente con los excesos que se cometen los martes de carnaval. Algunos de los maestros del cuadrivium, que habían sido profesores míos, me invitaban a la prudencia: «En cuanto a los excesos de la juventud, más vale dejar que se apague el fuego que darle más aires para que aumente».

Yo intentaba calmar a mi madre, pues no había necesidad de inflamar la montaña de Santa Genoveva y, con un poco de tacto, toda esa juventud volvería a la normalidad de sus estudios.

Mi madre no cedía y su espíritu fuerte, tan necesario para situaciones de amenaza, le impedía escucharme ya que había declarado la guerra a los «pequeños nobles de la Montaña», pues era incapaz de entender que aquello no era más que un castillo de naipes sin apenas poder y los estudiantes tampoco eran arqueros ingleses.

Dio órdenes a los oficiales que buscaran por los alrededores a los autores de los desórdenes para castigarles. Los oficiales franquearon las puertas de la Cité y una vez dentro de las murallas cometieron atropellos sobre estudiantes que no habían tenido nada que ver con los hechos cometidos la víspera.

Los autores de los hechos venían de la lejana Flandes y los que allí estaban eran picardos, pero dio igual; los oficiales actuaron de manera contundente y a todos aquellos que encontraban, aunque estuvieran desarmados, les herían, golpeaban e incluso a alguno le mataron sin mediar justicia alguna, como el caso de dos estudiantes de gran renombre, uno flamenco y otro normando, que a diferencia de otros no huyeron ni pudieron esconderse.

La reina había medido mal la crueldad de los hombres encargados de hacer justicia entre los estudiantes ya de por sí algo violentos y lamentaría más tarde su decisión, pero era demasiado tarde, pues el recipiente de aceite hirviendo había cogido demasiada temperatura.

LA MENTIRA

Salvo en la montaña de Santa Genoveva, el año 1230 se anunciaba optimista. París celebraba la victoria de Belleme y ese día volvimos a palacio. Todas las calles estaban llenas de cortinas; incensarios de oro y de plata que se balanceaban de un lado a otro, empujados por los vientos que barrían toda melancolía. A nuestro paso, las gentes se asomaban a las ventanas y mi madre me animaba a saludar: la reina loba devolvía su pequeño lobezno a palacio.

Volvía agotada, cansada y algo enferma por el peso de las inquietudes del reino; escuchaba los rugidos de las fieras al acecho que, a su alrededor, vagabundeaban cerca de la guarida real, excitados por los leopardos ingleses.

Su túnica blanca que caía hasta los pies y su diadema adornada con un rubí le daban un aire todavía orgulloso, pero se quejaba «de su cuaresma pasada» que según ella le obligaba al abuso del zumo de la paciencia y del ajenjo para engañar el paso del tiempo sobre su rostro. Sin embargo seguía resplandeciente, pese a su último parto, y las aclamaciones de ese día demostraban que tenía el amor del pueblo.

Con dieciséis años había comprendido que la reina aplicaba sobre los asuntos del reino las lecciones que había aprendido de su yerno, el rey Felipe Augusto:

—Hay que girar la torre del homenaje de los grandes y anudar una alianza de corazón entre la Corona, el clero y los no privilegiados, los burgueses y los trabajadores para que los humildes vean que la Corona no es privativa de nadie, sino del pueblo, el de Tolbiac, el de Bouvines, de Montlhery y de Belleme.

Pese al esfuerzo e inteligencia que ponía en la administración de la Corona, mi madre se desesperaba por su estado, siempre cercado por la ambición y la traición.

—Cuanto más pegamos con el palo el nido de víboras, más áspides salen de otros matorrales y, si se les corta la cabeza, la cola vuelve a nacer.

Mi madre era la primera que sabía que podía gobernar mejor el reino. El poder de la Corona era ansiado desde el exterior por los nobles y sus astucias de serpientes que se enrollaban entre las paredes del palacio, pero también lo estaba en el interior por el mal de los corazones, el rumor y los rumores y, aunque sabía que podía gobernar mejor, no estaba de acuerdo con aquellos que le acusaban de convertir el palacio de la Cité en un monasterio donde todos tenían que llevar hábitos. Los trovadores suspiraban en sus poemas:

—¡Qué tiempos aquellos del rey Felipe, cuando cantábamos en el Louvre! ¡Nos lavábamos y vestíamos de colores vivos y chillones!

Una tarde, Blanca decidió librarme de las artimañas de todos los calumniadores, que socavan con sus malignas mentiras los pilares del reino.

—Procuran enfrentarte contra mí. Fingen protegerte contra la regente, tu madre, con el adagio: «buen pequeño rey, mala madre». Pero, cuando me hayan vencido, se repartirán el reino delante de tus ojos y cada uno vendrá para llevarse una piedra de la corona.

Claro que yo también escuchaba los murmullos y los embustes que se decían fuera de Palacio. Se burlaban de la «reina monja».

—No es así como hay que educar al hijo de un Rey. Lo que el reino necesita es un rey joven, valiente, capaz de pelearse, y también de jóvenes con las mismas virtudes y no de pequeños clérigos llenos de devoción.

Llamaban «pequeños clérigos» a todos los que formábamos parte del grupo familiar. Nuestra familia había aumentado con el nacimiento de mi hermanita Isabel en el año 1224 y de Carlos, el último, en el año 1227.

Juan y Felipe Dagoberto tenían, por desgracia, una delicada salud y fallecieron. El primero en el año 1232 y el segundo en 1235. Roberto, el futuro conde de Artois, era mi hermano más próximo en edad. Cuando celebré mis dieciséis años, él tenía catorce. Alfonso, futuro conde de Poitiers, tenía solo diez años. Desde la muerte de mi padre, en 1226, me veían como cabeza de familia y velaba sobre cada uno de mis hermanos y hermanas. Roberto tenía un carácter inseguro.

Se le reprochaba que dejara a su caballo al galopar a su aire en vez de dominarle con las espuelas y, a menudo, su ligereza le ponía en mal lugar. Pese a ello, tenía la rara capacidad de saber salir rápido de esas situaciones y ser un hombre con criterio. En cuanto a Alfonso, era muy sensible y se cogía catarros con mucha facilidad, endeble de cuerpo, estaba incómodo por una tos lánguida que le amenazaba con asfixiarle, que aumentaban cuando llegaban los cambios de temporada. El médico de palacio tenía mucho trabajo con su cura. Mucho más reflexivo que Roberto, prefería los libros de horas a las galopadas a orillas del Sena.

Luego teníamos una perla, nuestra pequeña hermanita, Isabel, «el hada del Lago», cuyos encantos volvían locos a todos los que servían en palacio. Solía decir sus oraciones al amanecer, envuelta entre sus sábanas. Una mañana, un criado soñoliento vino a adecentar su habitación. Ese día, toda la familia partía de peregrinación a Rocamadour. El sirviente no había visto a la pequeña entre las sábanas y, con un gesto maquinal, las quitó sin percibirse de que la princesa estaba envuelta en el interior. Quedó asombrado, cuando de repente vio que el bulto se agitaba y gritaba. Todo el Palacio lamentaba su error. Al anochecer, mi madre, que gobernaba el reino, pero también el de sus hijos, nos visitaba tras cumplir con sus obligaciones. Esperábamos su llegada y nosotros llenábamos su corazón de ternura, mientras nos tomaba en sus brazos.

Llamaba a sus hijos «sus pequeños Capetos», e Isabel, «su tesoro de Castilla». Isabel, con su pequeño vestido de seda blanca y su corona de violetas, caracoleaba en los jardines del Louvre y en verdad que era un sol.

Isabel cantaba con una voz maravillosa baladas francesas y parecía que lo hacía bajo los sicómoros de Chipre. El señor Botiller la llamaba «la pequeña reina de palacio». Ella era aún capaz de hacer reír a mi madre, que tan agobiada estaba por los asuntos del reino.

París era la capital del rumor; la calle se revolcaba en lodo. La ironía llenaba sus frascos de veneno en San Germán y los vaciaba en San Sulpicio. Los trovadores narraban con entusiasmo la novela del zorro. En la novela hay un personaje que decían se parecía punto por punto a mi madre: la hembra del lobo, la Dama Hersent.

El apodo se extendió por las tabernas, por los barrios y luego llegó hasta los campos. Sorprendía a mis consejeros decirlo delante de mí, sin precaución ni vergüenza. Cuando hablaban de mi madre, le nombraban así «Dama Hersent» y guiñaban el ojo con una sonrisa odiosa de connivencia. La reina expresaba indiferencia y desprecio:

—Sí, soy como Dama Hersent, una hembra leonada, intrépida y hasta feroz cuando se trata de defender a mis niños. Porque ustedes, mis hijos, serán en lo sucesivo mi sola alegría en este mundo vil.

El tiempo pasaba. Pero la sospecha, alimentándose de sí misma, prosperaba, se arrastraba y se hinchaba. Un conocido poeta, Hugo de la Ferté, declamaba sus versos mientras que sus manos se las acercaba a la garganta como si hubiera llevado una serpiente enroscada a su cuello:

> Tal como usted la ve, Barones, señores, mirad:
> Francia degenerada
> que una mujer la tiene amordazada.

Convencida de que las burlas acabarían, Blanca dejaba hablar y maldecir. Por desgracia, la mancha se hizo más insidiosa, creciendo con nuevas fantasías. Los trovadores entonaban un estribillo que insinuaba que la reina dilapidaba el tesoro real en España y Champagne:

> A esta dama generosa
> le gusta tanto su pequeño infanzón
> que no quiere agotarle demasiado
> compartiendo el dominio de su casa.
> Pero ella parte y reparte a su manera.
> Y parte va a España
> y el resto lo comparte con Champagne.

Pronto, con el silencio de Palacio, los malabaristas se envalentonan y con los dineros aportados por los barones escriben: «La llamada al rey».

Señor, llame a sus barones
usted se entiende con ellos.
Póngales de nuevo en primer lugar
es a ellos en quienes conviene confiar Francia
y haga regresar a los clérigos
a sus iglesias a cantar.

Pese a todo, mi madre no decía nada y se negaba a seguir esos juegos:

—Los trovadores existen en las fosas para hacer su trabajo. Y la reina, en las alturas, para gobernar.

Pero el rumor se propagaba como una mala hierba. Amenazaba con envenenar ciudades y, después, pueblos. Por fin el viejo Barthélemy de Roye, en plena reunión de un Consejo, suplicó a la reina:

—Hay que cortar la cabeza a todos estos patos de corral. Hacen gran daño y enturbian las ciudades. Ya es hora de responder.

—Me niego.

—¿Por qué?

—Responder es desprestigiarnos. No podemos matar un rumor. Desmentirlo es mantenerlo. Morirá solo, de muerte natural.

Lo que la Reina Blanca no percibía es que, detrás de los poetas que extendían los rumores, se escondían los enemigos de la Corona y bastaba sin embargo con escuchar:

Majestad, no cree
un partido atado a una mujer,
haga llamar a aquellos a quienes les gusta
llevar las armas.

El mensaje era claro: el partido de los nobles quería apartar a la regente y a los clérigos que protegían al pueblo contra los asaltos nobiliarios. Por supuesto, había que responder y se lo dije a mi madre, pero ella se encogió de hombros, pues yo era demasiado joven aún para ella. Toda esta gente que callejeaba y llegaban con sus perversos poemas hasta los altos muros de los castillos, todos estos trovadores y sus señores que les tenían pagados, todos esos no eran el pueblo.

El pueblo veía bien que la Corona favoreciera el fin de la servidumbre. Mi madre no

era una loba feroz y la Curia protegía a los pequeños artesanos y labradores contra las pretensiones señoriales. Atacando a la soberana, los adversarios de la Corona esperaban reemplazarla por otro regente favorable a sus intenciones.

Doña Blanca aparentaba ser una mujer fuerte e inquebrantable, pero las cosas se estropeaban. La reina sacaba un provecho honrado de la pasión amorosa del conde de Champagne para atacar a los nobles. ¿Cómo alguien podría creer que hubiera algo más entre ellos?

Su cara no era agraciada. De trazos duros propios de un hombre ampuloso. Mi madre tenía bella estampa y su hija mayor apenas tenía trece años. Mis hermanos se burlaban de este enamorado doliente y rechazado. Escribía a la «reina viuda» cartas encendidas donde mostraba su pasión: «A fe mía, Señora, mi corazón y mi cuerpo y toda mi tierra están a su entera voluntad. No hay nada que deseéis que no pueda conseguíroslo. Jamás iré contra usted ni contra los suyos».

La Champagne bien valía una sonrisa que no era demasiado pago. Los poemas del conde trovador llegaban cada día al Palacio:

> «Mi señora, en su persona,
> puse mi corazón y mi vida».

Cada vez que el conde imploraba a la reina su protección contra Mauvais Clerc o del duque de Borgoña, la reina le ayudaba con un destacamento del ejército real.

Le daba igual que le llamasen traidor. Él solo soñaba con tocar el laúd y recitar endechas en honor de «su dama». Para debilitar Francia, los barones querían someter al poeta de Champagne y hacían eco a las acusaciones de haber sido él quien envenenó al rey en Montpensier.

> El Conde Teobaldo, dorado de envidia,
> guarnecido de felonía;
> vuestro renombre no os viene de vuestras hazañas de caballería,
> ¡sino de tu saber en cirugía!

Lo peor estaba por llegar y llegó de la Universidad. Un epigrama bajaba de la montaña Santa Genoveva:

«Por desgracia, nos morimos, nos matan, nos encadenan, nos ahogan, nos despojan y es la soberbia del cardenal Frangipani de Santo-Ángel quien provoca este desorden en París».

He aquí cómo los goliardos aseguraban que el legado del Papa era amante de la reina Blanca y no era eso lo peor de lo peor. Lo peor vino cuando la reina viuda fue acusada

de haberse quedado embarazada por el cardenal legado. Aquella mentira fue como si un rayo cayera sobre el Louvre, pues el honor de mi madre fue manchado. Vino a verme una mañana, hundida. Lloraba todo lo que una mujer vilipendiada podía llorar. Quería irse a Citeaux para encerrarse y abandonar su condición de reina.

La mirada de la sospecha, de la codicia no la podía soportar. Se sentía golpeada por la muerte. Sus calumniadores habían hecho de la Ampolla que contenía el Crisma un chorro de estiércol líquido con el que regaban la Corona. Los estudiantes no eran los únicos que extendían la calumnia. El oficial de Reims también, Milon de Nanteuil, admirado como todos los juglares que se divierten con las malaventuras de los grandes, hablaba del «niño del cancionero», que se alimenta de una vil envidia de poeta con éxito.

En Palacio, no hablábamos del tema, pero la sospecha se extendía por todas partes, y con los que me cruzaba manifestaban en sus miradas los malos pensamientos de la gente que vivía y trabajaba en la corte:

—Si no responde, es posiblemente que… en fin…

Se lo digo a mi madre:

—No lloréis, Señora, mi querida madre a la que tanto quiero.

—Mi pequeño Luis. No lloro por mí. Lloro por la reina y por vos, el Rey. Lloro por la Corona deshonrada.

De repente, se levantó y se secó los ojos.

—¡Ah!, toda esa gente de Palacio en la que confiaba. ¿Quieren saber? ¡Lo sabrán! ¿Quieren ver? ¡Verán!

Tenía la mirada en llamas.

—Ven conmigo. Les responderé. ¡Como soy castellana! ¿Quieren ocuparse de mi vientre? Toda Francia lo va a ver.

Se fue a su habitación. Bajó en camisa y vestida con un simple manto.

Y allí se presentó, delante de los príncipes y prelados que formaban la curia convocados en parlamento. Se hizo anunciar por los ujieres y se subió a una mesa desde donde interrogó:

—¿Entonces, señores de Francia, ustedes quieren saber? ¿Saber si la reina está embarazada? ¡Mírenme! ¡Acérquense!

Extraña Curia que bajaba los ojos por pudor o por vergüenza. Se paseó por delante de todos aquellos señores. Luego desapareció y, mientras se alejaba, iba riéndose. Así desapareció tan indigno rumor y ella volvió a la vida.

PRIMER CONSEJO DE GUERRA

No hacía falta ningún espía al servicio de la Corona para adivinar lo que se tramaba en Inglaterra porque mi madre tenía un don especial que se lo había enseñado la misma reina Leonor y le permitía leer los pensamientos más escondidos de los corazones ingleses de la corte de los leopardos. Hay que recordar que ella pudo ser reina de Inglaterra si se hubiera casado con Juan sin Tierra, quien tampoco tuvo demasiada cabeza, pues había conseguido exasperar a los nobles de su reino.

Mi madre se burlaba del nuevo rey, el joven Enrique III.

—Es una pena que solo tenga de los Plantagenetas sus defectos. Es más hábil con la copa que con la espada. Se le ve indeciso, poco seguro e incómodo en las dificultades. No se le ve nunca en la primera línea de combate. Se protege tras los ballesteros y del escudo bretón.

Enrique III nos inspiraba poco temor, hasta que llegó un mensaje preocupante a nuestras manos que decía: «El Rey de Inglaterra ha decidido atacar Francia».

Reunía una gran cantidad de caballeros y de infantes y quienes lo veían, aseguraban que nunca habían visto una cantidad igual.

La Reina Blanca se vio obligada a pagar algunas monedas de oro para facilitar que las orejas fueran más grandes en su trabajo de información, pues las intuiciones no eran suficientes. Una información posterior que venía de Portsmouth y de Dover empeoró las cosas. En esos dos puertos estaban amarrados trescientos barcos de gran tonelaje y en los muelles se amontonaban enormes cantidades de víveres y proyectiles de todo tipo. Era evidente que Enrique III había cuidado hasta el último detalle su expedición: la travesía del canal, la cabalgada y puede que hasta la ceremonia de su coronación, fruto de su victoria. El 3 de mayo de 1230 desembarcaba en Saint Malo para recuperar sus dominios franceses.

Mauvais Clerc me hacía saber por un caballero del temple que se pasaba al campo del enemigo.

—El Conde de Bretaña hace saber al rey de Francia que no se siente comprometido en su defensa. Abandona su juramento feudal y le desafía.

El homenaje que me debía en cuanto vasallo pasaba al rey de Inglaterra, a quien le reconocía como nuevo soberano de Bretaña.

El golpe era duro para Francia y para Inglaterra, una bendición. Según un viejo caballero de la Curia, la pretensión inglesa sobre la soberanía de Bretaña era ya antigua y se hablaba de un tratado por el cual Carlos El Simple había concedido la Normandía a

los jefes piratas normandos en el 912.

Supongo que el feudo de Bretaña conoce ese tratado, pero también está claro que Mauvais Clerc se vengaba de su derrota en Belleme. La reina dispuso todo para la lucha que se preparaba en primavera y una vez más me hacía participar en todas las decisiones y dudas que hubiera. Sabía que lo que se avecinaba era más que una mera escaramuza. Las reuniones de palacio eran ya consejos de guerra. Mi madre me decía que una batalla estaba ya medio ganada si había sido bien pensada.

—Hay que poner desorden en la casa que se prepara a venir a la nuestra con la intención de desordenarla.

Ya desde meses antes, los agentes reales maniobraban entre la población de Aquitania para fomentar una revuelta contra los Plantagenetas, pero no iba a ser nada fácil el conseguirlo.

Los nobles aquitanos y los burgueses de Burdeos permanecían fieles a Inglaterra por lazos feudales. Inglaterra compraba sus vinos y cuidaba con halagos el instinto comercial de los aquitanos. Los dueños de los viñedos no querían guerras entre franceses e ingleses que iban en contra de las ventas y solo tenían una idea fija que daba sentido a sus vidas: elaborar el vino.

En Bretaña el terreno parecía más favorable, pues Mauvais Clerc había decepcionado a sus vasallos, nobles y clérigos con sus excesivos impuestos y eso hacía que no le tuvieran demasiada estima.

Me acuerdo de aquel primer consejo secreto. Estaba presente el obispo de París, Guillermo de Auvernia. La reina se dirigió a él y le pidió algo que suponía su pronta partida de palacio. Llevaba plenos poderes para abrir el tesoro real y pagar a todos los señores que defendieran el estandarte de Francia así como los gastos ocasionados por la expedición.

Tuvo gran éxito: Los señores de Vitré, Fougeres, Chateaubriand, Ancenis y muchos más se comprometieron de palabra. No querían más a Mauvais Clerc, para ellos un perjuro fracasado. Mi madre descartaba la guerra de réplica como un principio que aplicaba de una manera absoluta:

—Es preciso invitarse en casa del enemigo para comer, antes que se invite a cocer su pan en la nuestra.

Era una vieja lección española aprendida de las famosas razias que los cristianos hacían en tierras de moros para buscar su sustento.

El ejército fue convocado en Anjou y una vez más se juntarían los caballeros y los comunales. La invasión temida parecía haber despertado entre los nobles sus viejas ganas de lucha y se sentían heridos en su orgullo. No apreciaban que los ingleses viniesen a «pescar» cerca de sus tierras.

Los ingleses no aparecían pese a haberse preparado a conciencia y la reina Blanca

había convocado en Ancenis a los nobles bretones que se habían comprometido a servir a Francia.

Delegó en mí la misión de recibirles. Ratificaba los acuerdos que habían firmado previamente con el obispo de París y recibía sus homenajes. Pero mi madre fue más lejos, pues quería dar un golpe de mano a los enemigos y convocó la Corte de justicia extraordinaria donde estarían presentes todos los obispos y nobles que formaban parte del ejército real. Me pidió que hablara el primero y expuse mi queja y el reproche que me merecía el homenaje del Conde de Bretaña al rey de Inglaterra.

—Os ordeno que juzguéis y elijáis entre el conde o el rey de Francia.

Por unanimidad el Mauvais Clerc fue declarado traidor y despojado de su feudo, por lo que sus vasallos estaban libres del juramento de fidelidad para con él. Tan importante decisión fue ratificada en un documento real donde colgaban los sellos de todos los nobles allí presentes y también los prelados mitrados. Ese día aprendí de la importancia que tenía la justicia en un reino.

Nos advirtieron que el campo enemigo vacilaba. Enrique III se daba cuenta de la realidad. Le habían prometido un levantamiento general en Bretaña, Normandía y Poitou nada más que pusiera sus pies en Francia, pero lo que veía era más bien lo contrario. Normandía esperaba a Poitou y Poitou, a lo que hiciera Normandía. Los nobles de Normandía pidieron la ayuda de doscientos caballeros ingleses.

Nuestro ejército recibió las noticias que llegaban con sentido del humor y bajo sus cascos se escuchaban las risas.

—Los normandos siempre están dispuestos a luchar hasta que caiga el último Plantageneta.

Rastreamos sus movimientos como si jugáramos al gato y al ratón. Enrique III atravesó el Anjou y Poitou hasta llegar a sus dominios de Gascuña. En todo su periplo solo consiguió conquistar el castillo de Mirabeau y, cuando llegó a Nantes, cayó enfermo y permaneció inactivo protegido por sus murallas.

Cansada de tantos retrasos, mi madre partió al norte a buscar acomodo en tierras de Champagne. El Conde Thibaud en expiación de su conducta en Aviñón tomaría la Cruz e iría a la Cruzada de Tierra Santa acompañado por cien caballeros. La decisión fue tomada con total libertad y sin que nadie, y menos mi madre, le forzara a ello. El tiempo que allí estuviera también dependía de él.

La reina Blanca desplegaba una acción que no conocía descanso. Así y gracias a ella, los condes de Boulogne y de Flandes se reconciliaron aunque la reconciliación costó ocho mil libras. Las diferencias entre el conde de Bar y el duque de Lorena se resolvieron con su arbitraje. Ella compraba acuerdos de paz por toda Francia y buscaba una solución a cada problema.

—Paz coja es mejor que guerra arriesgada –decía.

Organizó una ceremonia donde yo juré respetar los derechos legítimos de mis vasallos y hacer justicia a cada uno, conforme a las leyes y costumbres del reino. Sentí que aquel juramento era una nueva Coronación y el reconocimiento a la regente, mi madre.

¿Qué hacían mientras los ingleses? Los ingleses ociosos se dedicaban a fiestas y parecía que celebraban la Navidad todos los días.

Bebían sin medida los vinos de las laderas de Nantes. Muchos de ellos dilapidaron sus bienes, vendieron sus caballos y armas y alguno, incluso, pasó de noble a vagabundo. ¡Triste destino!

Enrique III comprendió que sus esperanzas eran papel mojado y que el levantamiento general era una absoluta quimera. El 26 de septiembre hizo lo único razonable que podía hacer: dejar Francia y reembarcarse para Portsmouth acompañado de sus nobles arruinados, así como con su escaso honor militar y su maltrecha autoridad. Lo único que dejó fueron quinientos caballeros y mil soldados en Bretaña.

Mi madre aprovechó el gran acontecimiento para reunir en Melun el Parlamento y, con ese sentido innato del valor de los símbolos de los que me impregnaba, quería que ese parlamento consagrara la paz alrededor de su hijo, el Rey.

¡Cómo habían cambiado las cosas desde que fui coronado! Tenía veinte años y se acercaba el momento de mi mayoría de edad. Mi madre cuidaba que cumpliera con mis obligaciones, pues llegaba la hora de dejarme como único rey de Francia. Su actuación como regente había demostrado ser una mujer llena de autoridad y confianza en sí misma y hasta los nobles más escépticos se rindieron a sus dotes de gobierno.

Salvo su actuación en la universidad, siempre había dado muestras de equilibrio y habilidad a la hora de castigar o ser indulgente. Su corazón de castellana ardía por Francia y por su hijo, el Rey.

Yo buscaba la clave de sus derrotas y también la de sus éxitos. Por ejemplo, en su manera de dirigir las operaciones militares demostraba un perfecto conocimiento del alma humana, con todas sus virtudes y miserias de las que sacaba todo el provecho. En lo militar tenía tres principios: Desbaratar al enemigo antes de que estuviera organizado y preparado; irle a buscar a su terreno y nunca humillarle, dando muestras de generosidad y paz, pues la vanidad herida es la primera causa para volver a la guerra:

—Larguezas valen más que proezas –decía.

Ya nadie hablaba de la «Extranjera», sino de la reina de Francia. Siempre tuve en ella la ayuda necesaria para aprender a gobernar mi reino. Nunca mostraba superioridad por sus lecciones ni por sus consejos. ¡Yo le reverenciaba! Ella quería verme crecer en las buenas obras y prevenirme de las malas.

Mis pensamientos se escapaban y corrían más allá de los muros de mi castillo, atraído por otras flores. La fogosidad de mi juventud era semilla para otras flores

distintas a las de Lis. Allí estaba ella para cortar las hierbas de mi jardín personal. ¿Pero podría hacerlo durante mucho tiempo?

LA UNIVERSIDAD ABANDONA PARÍS

Mi maestro Vicente de Beauvais me inculcaba las lecciones del hermano Alberto y sus hermanos predicadores:

—La ciencia no ahoga a la fe, sino que la ayuda y fortifica. Las tinieblas donde prosperan las falsas creencias son disipadas y confundidas por la luz. Los fenómenos de la naturaleza, su explicación, sus causas, sus propiedades y sus consecuencias; su contemplación poética, religiosa y filosófica son como himnos que se elevan a la mayor gloria de Dios Creador.

La Universidad se regía por un privilegio real de 1200 otorgado por mi abuelo que le concedía amplia autonomía de gobierno y para que la ciencia y la fe fueran a la par. El conflicto con la universidad de París fue cuando la reina quiso revocarlo y llegó a oídos de los maestros que, tras suspender sus clases, se reunieron con el legado, la reina y conmigo para rogarnos que se les hiciera justicia ante semejante injuria ya que consideraban que el motivo aducido era baladí, pues la falta de algunos estudiantes blasfemos no debía repercutir en perjuicio de toda la comunidad educativa. Mientras hablaban, me dirigí en voz baja a mi madre, pero ella rechazaba mis consejos: solo escuchaba y apoyaba al legado y al obispo de París y estos no querían ceder.

La reacción no se hizo esperar. Doctores y estudiantes abandonaron la reunión y, como consecuencia, la Cité. París se vio privado de sus estudiantes, de los que tantas veces se vanagloriaba. La montaña de Santa Genoveva se vio sumida en la noche de los espíritus. Las casas de los maestros permanecían vacías, las calles, desiertas. El portavoz de la Universidad hizo llegar a la reina el siguiente documento:

—Si el 15 de abril, fiesta de la Pascua de Resurrección, maestros y clérigos no habían obtenido reparación, se pondría fin a las enseñanzas durante seis años.

La reina no cedió, pese a mis intentos de mediación. Intentaba explicarle la conveniencia del privilegio y un punto importante del mismo era que estaba prohibido a los oficiales entrar en la Universidad y pegar a los estudiantes. No me dejó seguir. Su argumento era el siguiente:

—No está prohibido cambiar lo que es un error. Vuestro abuelo fue muy imprudente otorgando tal privilegio a la Universidad. Los estudiantes abusan de nuestra paciencia y se sirven de esos privilegios para abrigar la maldad. Maltratan a la policía, molestan a los burgueses, fomentan a las prostitutas y espantan a las viejas señoras y, cuando se les castiga, desempolvan sus privilegios escritos en bellos pergaminos que les eximen de toda justicia. No estoy dispuesta a consentirlo como no he consentido a los nobles sus

fanfarronadas.

—Mis maestros están abandonando París, la primera universidad del mundo para irse a otros reinos que se verán beneficiados. Se van a Reims, Angers. Se van a servir a esos nobles que decís. Se van a Inglaterra donde les esperan con los brazos abiertos y todo tipo de facilidades.

Inútiles todos mis argumentos. La reina no escuchaba y eso me desconcertaba. Solo los prelados antes mencionados parecían capaces de reafirmarle en su decisión. Sus argumentos eran sencillos:

—Es de sabios imponer a los goliardos la ley común y poner fin a sus frecuentes disturbios. Se aprovechan de la indulgencia de la reina. No tengáis piedad, Señora, y volverán al buen camino.

—Bien, de acuerdo –decía ella–, y ahora que se han ido, ¿qué hacemos?

—Suprimir las libertades y sus leyes privadas. Los tribunales ordinarios deben actuar contra esos alborotadores de la paz pública. Es necesario que los oficiales que actúan en el Barrio Latino se vean apoyados por la reina.

Fue la primera vez que estuve en desacuerdo con mi madre y sufría:

—Son estudiantes, no malhechores o amotinadores. No se les puede atacar con lanzas o con piedras. Me siento cercano a ellos. Ayer mismo me dijeron que en el Sena se han visto cuerpos de jóvenes mutilados por oficiales. Mi antepasado, el rey Felipe Augusto, quería asegurar la libertad de la cultura y la independencia del saber. Para él, los fueros concedidos a las facultades tenían el mismo fin que los concedidos a las iglesias y conventos: testimonian la necesaria distinción entre el poder público y la Iglesia, entre el poder de las leyes y la sabiduría. Nuestro gobierno se detiene ante las puertas de las iglesias y los conventos. También se debe detener en los pórticos de la sabiduría.

¡Qué tristeza al ver cómo desfilaban los doctores de la Universidad con sus abrigos y sombreros cuadrados! Caminaban con lentitud hacia el Louvre para suplicarnos que restaurásemos sus fueros de 1200. Eran estudiantes ruidosos, pero leales a la corona. No se me va la imagen de los oficiales castigándoles con brutalidad. Rogué a mi madre que alejara a los soldados y que les devolviera sus fueros. Su negativa me exasperaba. Se encerraba en su habitación y no escuchaba a nadie salvo al cardenal y al obispo.

La reina Blanca envejecía mal. Su rostro español le deterioraba el carácter, antes hábil y abierto. Se enfadaba como un caballo andaluz. La querella estúpida entre un estudiante y un tabernero se había convertido en un conflicto donde el poder del espíritu y el poder temporal luchaban con celo por sus derechos respectivos. Para ella una universidad libre podía poner en peligro la autoridad real.

Claro que podía ocurrir, pero era necesario correr ese riesgo. Una universidad encadenada se paralizaría de golpe en su afán de saber y de pensar. El debate que había

originado el malestar de la clerecía conducía sin remedio a una especie de mazmorra donde el reino encerraba a la materia y al espíritu. Al final, habíamos conseguido tener una Universidad cerrada y con grilletes. Todos los estudiantes de París habían huido. Bolonia, Wittenberg y Oxford lo festejaban y les abrían sus puertas de par en par. El barrio latino semejaba una ciudad desierta y, asolada por la peste y la lepra.

Los comerciantes del barrio, que se habían quejado con frecuencia de las malas artes de los estudiantes, se quejaban ahora de la reina y le echaban las culpas de su partida ya que los estudiantes les daban trabajo así como a los encuadernadores, enlaminadores, pero también los fruteros y taberneros.

La Providencia había adornado a Francia con tres pétalos del espíritu: fe, sabiduría y caballería. A diferencia de los reinos vecinos, nuestro emblema no era ni torres almenadas, ni águilas con boca abierta y garras desplegadas ni un leopardo hambriento. Nuestro emblema era una flor que se abría pintada sobre mis armas y sobre nuestros estandartes. Una flor de Lis de tres pétalos como si quisiéramos decir al mundo: la fe, la sabiduría y la valentía sirven más a nuestro reino que todas las demás virtudes que inspiran el temor. Las dos hojas de la base simbolizan la sabiduría y la caballería que guardan y defienden a la tercera, que está por encima y simboliza la fe iluminada por la sabiduría y defendida por la caballería.

Estaba firmemente convencido de que, en la medida en que esas tres virtudes formaran parte del reino y fueran juntas, siempre tendríamos la fuerza del alma para afrontar todos los retos. Si no fuera así, si fueran separadas o fueran arrancadas, el reino caería en la desolación.

Durante dos años, mi madre y yo nos distanciamos por este motivo. Cada uno veía la cuestión desde su lado de la montaña de Santa Genoveva. Insisto, no podía comprender que mi madre identificara a los timadores y gente de broma del barrio latino con los humildes estudiantes que eran los hijos de los labradores y de los obreros en quienes la Iglesia había reconocido su gran capacidad y aprecio. Gracias a sus dineros que les mandaban sus familias, ellos escribían sus propios libros y daban trabajo a otros y lo hacían lejos de las tabernas.

Conocía a algunos de ellos que iban conmigo a clase. Bajaban de sus graneros al amanecer. A veces no tenían aceite, pero estudiaban a la luz de los rayos de la luna. ¿Cómo se podía privar a Francia de los futuros Abelardos y Alberto, el Grande?

El final de la querella vino de Roma, pues el Papa Gregorio IX conocía nuestras diferencias y zanjó el tema. Por una bula de 1231 restableció a la Universidad en sus privilegios y libertades, pero hizo falta más tiempo para conseguir que los maestros volvieran, pero París recuperó la corona de la sabiduría y así Italia tenía al Papa, Alemania, al emperador y Francia, su Universidad.

HIMENEA

Empezaba a tomar mis propias decisiones y así durante la cuaresma de mis veinte años repartí cuarenta y cinco mil arenques a los más pobres de los burgos de París. El corazón de mi madre sentía la muerte en 1231 de mis dos hermanos pequeños, Juan y Felipe-Dagoberto. Su sobrino Alfonso, hijo de la reina de Portugal, la famosa Urraca, intentaba animarla y para ello le cantaba canciones de Castilla con su buena voz, pero era perder el tiempo ya que mi madre estaba como ausente. Demasiadas muertes, demasiadas traiciones y demasiadas amarguras. Ella quería mantenerse al margen de todo. Con mis veinte años cumplidos decidió que era el momento de transmitirme el poder que había recibido como regente tras la muerte de su marido, el rey Luis VIII. La casa de Francia vivía en paz y en prosperidad tanto fuera como dentro, y mejor momento para hacerlo, imposible.

Atrás quedaron los acontecimientos de la Universidad y la obra de mi madre estaba llena de bellos frutos.

—He servido como una reina debe hacerlo, Hijo mío, pero ahora os toca a vos el reinar bajo vuestra responsabilidad. Desde que me casé con vuestro padre, no he deseado más que dos cosas: Francia y mis hijos. Os doy esta tierra que recibí y que he procurado enriquecerla con nuevas tierras. No falta ni un solo ducado de los cofres ni una lanza en la armería, ni una sola pulgada de suelo fértil sin cultivar. Os he educado como un cedro del Líbano. Poseéis la talla, anchas las espaldas, la nobleza y las raíces. Ha llegado la hora de que reinéis.

Llevaba ocho como rey junto a ella. Reconozco que a veces me dejaba llevar por actos desordenados en mi alma y en mis sentidos. Cuando llegaba la fiesta del Amor en mayo, admitía con gozo las sonrisas y atractivos de las cortesanas. La flor de Lis se abría a otras que nacían en mis jardines secretos. Mi corazón buscaba la compañía de nuevas experiencias lejos de las oraciones que me protegieran de tentaciones carnales. Mi madre quiso poner remedio a tanta flor y para ello partió hacia la Provenza, donde el conde tenía cuatro bellas flores que podían ser reinas.

Gilles de Falgy era mi enviado a Languedoc y le había pedido que saludara al conde de Provenza y, de paso, a una hija suya de trece años. La hija del conde tenía fama de tener un carácter ardiente y gracioso. La contestación no tardó en llegar:

—Una luz de lavanda en medio de un concierto de cigarras.

—¿Y cómo se llama?

—Margarita.

—¿Como la flor?

—Sí. Es guapa como las flores de los campos.

Mi madre veía las ventajas políticas y territoriales de aquella boda por lo que había decidido que aquella flor era guapa antes incluso de haberla visto.

No tardé demasiado tiempo en pedir al conde Ramón Berenguer la mano de su hija Margarita para hacerla mi mujer.

Convenimos que los dos cortejos se juntaran a medio camino. Yo saldría de París y ella, de Provenza. El lugar de encuentro sería Sens y allí mismo se celebrarían los esponsales aunque hubiera preferido Reims. El problema era que su obispo era Henri de Dreux, hermano de Mauvais Clerc, y por ahí, mi madre no pasaba. Ya era mala suerte de reencontrarme con esa familia de intrigantes también en Reims.

Sus padres le habían dejado en Lyon el 17 de mayo donde había sido recibida por el arzobispo de Sens, Gautier Cornut, hombre fiel a la dinastía. También venía el tío de la novia, obispo de Valence. Abría la comitiva un grupo de menestrales, tamboriles y tropa con trompetas, todos de la corte del conde de Provenza.

Margarita tenía previsto descansar en la abadía de Tournus donde desde tiempos de los vikingos está el relicario de san Filiberto, ante el cual, Margarita, que amaba las reliquias, rezó antes de ponerse de nuevo en ruta y cruzar el valle de Saona. Mientras, mi convoy real bajaba de París a su encuentro pasando por Fontainebleau, Pont sur Yonne y los nobles ya habían partido para preparar sus casas o mejor hablar de tiendas de campaña de lino.

En vanguardia, un carro iba delante con vestidos y joyas así como cotas de malla y abrigos y en la retaguardia iban los caballos, vasijas, colgaduras. Otro caballo ya viejo llevaba la habitación de la reina. Las literas iban de un lado a otro. Los lacayos disputaban con los bodegueros. Los fruteros, los coperos, panaderos, encargados de las habitaciones privadas de la reina, lavanderas, en fin, toda la casa real estaba en marcha.

Mi madre se entretenía con sus servidoras en los preparativos de la cocina. Roseta, la lavandera, y Eudeline, su dama de compañía, cuidaban de ella. La dama de Amboise, Mincia la española, se inquietaba por su palidez. El médico español de la comitiva, Geoffroy Miniez, nos tranquilizó: había sangrado a la reina, como de costumbre, anticipándose al cansancio de la cabalgada y por higiene en esta primavera precoz.

La presencia de los grandes oficiales de la casa de Francia me conmovía profundamente. A la cabeza de la comitiva, marchaba el chambelán Barthélemy de Roye, al que llamaban el «gran caballero», consejero de Felipe Augusto, y cerca de él caminaba el chambelán Jean de Beaumont. La escolta, que comprendía también veinticuatro alabarderos y una veintena de soldados, puso en marcha el dispositivo de seguridad alrededor del campamento contra el ataque de lobos ya en el bosque de Othe.

Detrás de los alabarderos, un grueso carro transportaba una fragua para reparar las

armas y renovar los herrajes de los caballos. Era feliz de ver a mis hermanos cerca: Roberto, con dieciocho años, y Alfonso, con catorce. Se divertían con sus elegantes gorrillas negras que atraían las miradas de las jovencitas de las campiñas. Isabel, que tenía solo once años, y Carlos, que tenía ocho, no participaban de la fiesta. Se habían quedado en palacio por el cansancio que suponía el viaje.

La comitiva no paraba de crecer al unirse la nobleza Vermandois, Soissonnais, Gâtinais, así como los caballeros del conde de Borgoña y del conde de Nevers, que habían galopado, desde sus tierras, para unirse a ella.

Otros invitados, que venían de París, habían remontado el Sena hasta Melun donde dejaron los barcos que yo les había proporcionado para hacer el viaje con nosotros.

Nuestra llegada a Sens fue triunfal. Mi madre había preparado un arco de flores que enmarcaba el trono real recubierto con seda. También había levantado muchos cadalsos delante de la catedral de San Esteban. Había banderas en todos los rincones de la catedral, magnífica en su alzado. Roberto y Alfonso preguntaban por la futura cuñada. Hacían eco a mi angustia, antes del gran encuentro. Mi vida se iba a jugar en una sola mirada. ¿Era esa flor de lavanda que me había asegurado? ¿El color de sus ojos? ¿Su sonrisa?

Margarita, como una princesa árabe de las Mil y Una Noches, revelaría solo en el último momento el misterio de su cara y el encanto de su voz. Mi espera me resultaba insoportable y luego, ¿cómo reaccionaría mi madre? Estaba convencido de que Margarita sería punzante, alegre y radiante, pero presentía también que estaría cohibida por su suegra, bajo el imperio de probables celos.

La ciudad nos esperaba adornada de mil resplandores: las calles estaban cubiertas de gladiolos y de menta. Las fachadas de las casas se cubrían de banderas y enseñas blasonadas. De un lado al otro, los vendedores habían extendido guirnaldas de hojas y de flores con los colores tornasolados. Los niños que corrían entre los callejones cercanos a la catedral arrojaban margaritas secas a la multitud que se agolpaba en las calles. Toda la ciudad de Sens estaba en fiesta, pero yo temía este momento, roído por el temor de la decepción. Los que conocían a Margarita me tranquilizaban:

—No hay mujer más gentil, ni señora más bella y cortés.

DOS REINAS

De repente Margarita estaba allí, frente a mí y el sol vaciló: su sonrisa, bañada de discreción, parecía un ramo de flores embriagadoras.

Un hilo de oro no hubiera dado tanto fulgor como lo daban sus cabellos a la luz de mayo. Tenía los ojos vivos y tiernos, la nariz alta, los labios bermejos, los dientes blancos y menudos. Sus pequeños pechos levantaban su vestido, firmes y semejantes a dos grandes nueces. Su talle era tan fino que pude cercarle con mis brazos.

Nos mirábamos fingiendo mirar a otro lugar. Pronuncié las primeras palabras. Ella no me entendía. Hablaba solo su lengua provenzal y el latín. Navegábamos entre los «oil» y los «oc» y los «sí» de Provenza y de Francia. Su voz alegraba mi oído, las palabras le cantaban en su garganta; era puro deleite. Luego, cuando empezamos a hablar de cosas serias, lo hicimos en latín. Cuanto más tiempo pasaba con ella, más crecía su encanto.

La alegría desbordaba nuestros corazones emocionados y nos reíamos por cualquier cosa. Se le veía seria en su decir y, al mismo tiempo, traviesa y poetisa. Era como un pequeño trovador con mirada brillante, que dejaba escapar, en la expresión, una apariencia morisca que le venía, decía divirtiéndose, de su ascendencia aragonesa.

—Toda mi familia tiene sangre sarracena en las venas. ¡Soy tu sultana!

—¡No, mi hurí!

—¿Por qué tu hurí?

—Porque los hurís son de una belleza tan perfecta que Mahoma las promete como premio a los musulmanes que suben al paraíso de Alá.

—Entonces yo soy una hija de la Provenza que vino ya a su paraíso.

Reía y lloraba, mientras se preparaba para dejar para siempre su tierra. Me hablaba de su tierra mientras la abrazaba con su mirada de adiós llena de lágrimas, pues presentía las amarguras de la lejanía.

Los roquedos áridos de Luberon, el macizo de bosque de Maures, el frescor de los Alpilles y el azul del Mediterráneo, pero sobre todo recordará los perfumes salvajes, la luz profunda y brillante de su Provenza de la niñez que quedaba atrás y ya empezaba a echarla de menos. Todo en ella era risueño, intuitivo. Sus ojos garzos cantaban, su boca ligeramente inclinada llamaba a la vida y al amor: Margarita conquistó mi corazón.

Recordábamos a nuestras familias y nuestras herencias. Su descendencia paterna la relacionaba con Provenza, pero también con Aragón, los condados de Barcelona y Tolosa. Su madre Beatriz descendía de los señores de Maurienne, que heredaron la

Saboya y parte de la Lombardía. A su madre se le llamaba: «La dama lombarda» y era su manera de ser coqueta.

Margarita me habló de sus hermanas. Ella era la mayor y procuraba vigilarlas. Primero Eleonor, con la que había pasado toda su infancia. Otra belleza, por cierto. Me contaba que un trovador había profetizado que las cuatro hermanas se casarían con cuatro reyes.

—En Provenza nos gustan los cuentos de hadas y, en la corte de mi padre, siempre eran bien recibidos los trovadores con sus poemas líricos en esa lengua tan marinera y dulce, fácil de tararear.

Conforme me lo contaba, pensaba lo que le iba a costar adaptarse al Louvre con su sentido austero y ceremonioso. Solo mi hermano Roberto se mostró grosero y cascarrabias con estos esponsales. Se burlaba sobre las telas exóticas de Margarita, a quien le gustaban los vestidos de Génova y de Bizancio.

—Ya veremos si la cigarra seguirá cantando en la fortaleza del Louvre.

Fue entonces cuando vi que, para mi madre, Margarita sería una rival. Era Castilla contra Aragón. Dos linajes ibéricos de alta alcurnia y vuelos. Dos linajes de España de antiguas rivalidades y, en ocasiones, venenosas. Habría una reina y una joven reina. Margarita, tan viva, cautivaba con elogios a la reina castellana, ya envejecida, que sabía que iba a quitarle a su hijo e inclinarle a las seducciones de la carne. El convivir en palacio será duro. Pero olvidemos lo que pueda pasar y centrémonos en lo que pasó aquel día de mi boda.

La ceremonia dio comienzo en el exterior de la catedral. El arzobispo de Sens vino a esperarnos al pórtico acompañado de una impresionante imagen de san Esteban. Su estola tejida de plata añadía solemnidad al momento. Llevaba en su cabeza la mitra episcopal dorada. Rodeado de canónigos del cabildo y niños del coro que esparcían flores sobre el suelo de la plaza.

Yo no tenía ojos más que para Margarita, que llevaba la capa real de Francia bordada en azul y flores de Lis. La túnica era roja con las cintas marrones y, como la llevaba arrastrando, no se veía más que sus zapatos y sobre todo su puntera alargada y menuda. Llevaba una trenza a modo de corona y sus cabellos caían hacia atrás.

Margarita llevaba en la trenza una guirnalda entrelazada con flores de Lis y margaritas. Seguro que había sido un consejo de algún trovador. En su anillo nupcial de zafiro había hecho grabar unas palabras: «Salvo en este anillo, no habrá ya ningún otro amor».

También lo llevaba escrito sobre el manto real. Durante la ceremonia no paraba de llorar. Su tío Guillermo, obispo, la reconfortaba con su mirada. Para ella significaba el fin de una vida más sencilla en su tierra y con su familia.

Ya notaba que le faltaban sus padres. Buscaba con la mirada a su hermana Eleonor.

En el ofertorio, sentí que su mano temblaba cuando le daba la carta nupcial y trece denarios. Era una vieja costumbre que autoriza a poder disponer del dinero del tesoro del matrimonio.

El 28 de mayo de 1234, al día siguiente, tuvo lugar la coronación de la reina. Todos los invitados volvieron a la catedral. Justo antes de la misa, Margarita tomó sitio a la izquierda del coro. Yo estaba justo enfrente de ella a la derecha y en una posición algo más elevada.

El arzobispo de Sens coronó a la reina. La unción se hizo con aceite bendecido, pero no de la Ampolla real, solo reservada al rey. Margarita seguía la ceremonia de rodillas y el obispo depositó sobre su cabeza una corona de oro que sostenían los nobles del reino.

Tras las dos ceremonias, llegó la fiesta y la corte de Provenza se encargó de ello. El convite de bodas se alargó y la nueva esposa disfrutó lo que quiso, pues los vinos se nos subieron a la cabeza. Estábamos sentados en sillones de seda y damasco y bebíamos en vasos de oro y cristal. Las mesas se disponían a lo largo de los tres lados del jardín que hay tras la catedral. Estaban recubiertas de manteles blancos que caían hasta el suelo. Sobre ellas, se disponían piezas de orfebrería y ramos de flores sobre los platos decorados. Los escanciadores gritaban las excelencias de los vinos de la Provenza y los camareros llevaban grandes platos de cisnes y faisanes cocidos.

El Conde de Tolosa, que reía sin aparente razón, volcó su copa sobre su propio vestido violeta. Estaba borracho y hacía calor. Dos trovadores hacían sonar sus trompas a cada plato nuevo que llegaba sobre la mesa. Se gritaba, se cantaba. Los sombreros volaban por encima de alimentos y convidados.

Llegó la hora de las justas y torneos del espíritu, la corte del amor. El salterio se acompañaba de la viola, del olifante y del flagol. Todos los músicos de la corte provenzal habían hecho el viaje para llegar a los postres, acompañados también por sus fabulistas y sus narradores. La reina Blanca hubiera deseado adornar el pórtico de la Gloria de Santiago con estos músicos. Los malabaristas corrían entre las mesas contorsionando sus cuerpos y acompañados de todo tipo de animales, como ardillas, jabatos, petirrojos y cabras que seguían el ritmo de la música. Con la noche avanzada, los historiadores de Forcalquier se pusieron a improvisar versos. Uno de ellos se acercó donde estábamos sentados. Me miró y declamó mientras se reía:

> Dos días tiene el hombre felicidad sobre la tierra.
> Cuando toma mujer y
> El día que toma sepultura.

La poesía provocó la risa de los invitados, pero no de Margarita y, entonces, otro poeta vino para arreglar el enfado de la reina: «Contemplad el cristal de Himenea de la

catedral y veréis el fulgor que sale de los ojos de la recién casada. Su marido se alarga inquieto. Después una segunda vidriera más baja vemos a una mujer que vuelve sola para comprar el abrigo. El hombre ha desaparecido. Ha sido obligado a pagar la blanca pelliza, por mandato de la mujer. Él obedece. La mujer será siempre más fuerte que el hombre». Aquel canto provocó los aplausos entre las damas.

La fiesta terminó y volvimos a París pues las obligaciones del reino me reclamaban. Atrás se quedaron el zumo de oro de las naranjas, los sabores de las garrigas, el romero y el basilisco que Margarita tanto amaba.

Cuando llegamos al Louvre, aceptó la severidad del palacio, pero acondicionó una habitación verde que albergaba la cama de matrimonio. La cama estaba cubierta de sábanas blancas y colchas del mismo color. Una cama construida con cariño donde florecerían brasas encendidas de amor. La habitación conyugal donde ya colgaban tapices y que a partir de ahora se vio enriquecida por tejidos llenos de sol y cojines impregnados de perfumes balsámicos.

El suelo estaba cubierto por hierbas cortadas para evitar las espinas y era allí donde teníamos nuestro pequeño reino de ternuras. Sin embargo, bastaron ocho días para que estallara la primera disputa entre las dos reinas. Mi madre me quería apartar de mi mujer.

Para mi madre, Margarita era la «intrusa» que le había robado el afecto de su hijo introduciendo un nuevo espíritu en la corte que no era otro que la pasión de sus besos.

Mi mujer era una mujer vital y agitada; abierta a todas las cosas bonitas de la vida. Cuidaba que sus labios fueran flores y sus dientes, perlas, amaba la música y las puertas del Louvre estaban abiertas a todos los más célebres trovadores, como Malapareillé, el joven Pelé o el más famoso aún Quatre-Oeufs, trovador del señor de Courtenay que hacían que las noches de las justas poéticas superasen en ocasiones a las horas de trabajo.

Las humillaciones que la reina hacía sufrir a Margarita me entristecían. Mi madre me reprochaba no escuchar más que a mi mujer y mi mujer pensaba que solo escuchaba a mi madre. ¡Me estaba volviendo loco! La reina Blanca no soportaba que estuviera tanto tiempo en su compañía, pero en el castillo de Pontoise nos escapábamos de su presencia y en un recodo de la escalera nos dábamos besos furtivos, incluso habíamos convenido con los ujieres que golpearan las escaleras con una tenaza para prevenirnos de la llegada imprevista de mi madre. Mi madre seguía a Margarita para controlar sus pasos pero ella no se dejaba amilanar:

—¿Dónde va, Señora? –le preguntaba mi madre.

—Voy donde va el rey. Soy la reina.

Los celos aparecían tanto en una como en otra y el trovador Castelán puso en verso esta guerra de palacio que era la comidilla de toda la isla de Francia:

Dos marmitas al fuego están de fiesta
Dos mujeres están en tempestad.

La tempestad pasó cuando vino el primer niño en 1240 aunque fue una niña, a quien llamamos Blanca como mi madre que se vio honrada con ello y le encontró enseguida un cierto parecido castellano que le venía, por supuesto, de ella.

Mi mujer se mostraba feliz y abobada con su hija. Volvían las sonrisas a palacio. Un tiempo de paz que no duró demasiado.

HACHICHINS

Margarita con su elegancia, sentido del humor y finura de trato descubría París y París descubría a su reina. Consiguió que el espíritu del Midi y sus poetas entraran dentro de la muralla fortificada de palacio.

Se llevaba bien con mis hermanos y mi hermana a excepción de un Roberto imprevisible y grosero como aquel día que ordenó a sus lacayos cubrir con todo tipo de inmundicias al conde poeta Thibaud de Champagne que había venido a declamar sus poesías, lo que hizo que los asistentes no pudieran evitar las risas cuando vieron entrar al pobre Thibaud con su cara embadurnada de queso blando y su cuerpo lleno de desperdicios y maloliente.

Cada tarde traía sus sorpresas y la reina, mi mujer, abría el Louvre a las naciones con el tono cálido y cantarín de los trovadores de la lengua de oc. Margarita decidió engalanar el palacio con el Mediterráneo y el Oriente, que invadieron todos los pisos del Louvre: el damasco de Siria, tejidos de Mosul, seda de Gaza y el baldaquino con sedas de Bagdad.

Ella llenaba el palacio de claridad, alegría y juventud, pero también sabía cómo acompañar las tristezas del pueblo, que se dirigía a ella con sus miradas y súplicas. Un año después de nuestro matrimonio, hubo una gran hambruna en toda Francia hasta el punto que la gente comía hierbas como los animales y el trigo alcanzó el precio de cien sueldos. El reino hacía frente como podía a las miserias de ciudades y de los campos. Mi autoridad llegó hasta el último señor feudal y cada uno de mis hermanos se ocupaba de su señorío: Carlos en Anjou, Alfonso en Poitou y Roberto en Artois.

Tras mi matrimonio, Occidente se vio presa de un deseo de esponsales entre los príncipes. Se despertaban los sentimientos, los corazones vibraban y los secretos pensamientos se unían a las reticencias.

Inglaterra seguía sin renunciar a su sueño de recuperar las posesiones francesas y coger a Francia de sorpresa para intentarlo de nuevo. Esta vez se quería apoyar sobre el reino de Arles. A Dios gracias, la Provenza era espacio imperial y se escapaba de las influencias inglesas.

La respuesta del Plantageneta fue casar a su hermana Isabel con el emperador Federico II y, en el otoño de 1235, Margarita me anunció que sus hermanas se casaban. Eleonor, con el rey Enrique III el 14 de enero de 1236 en Westminster y estaba previsto que su hermana pequeña Sancie se casara con su hermano Ricardo de Cornualles.

Un trovador de Rouergue, Hugues de Saint-Cirq, escribió una canción de ronda que

describía el cerco al que se sometía Francia.

> El halcón, hijo del águila, es el rey francés
> Supo que Federico ha prometido a los ingleses
> Que les devolverá Bretaña, Anjou y Thouarcais
> Poitou y Saintonge, la Perche y Guyena.

Las grandes maniobras políticas no necesitaban ya de hombres hábiles con las flechas pero sí de corazones atravesados por el amor. Cuando Margarita dio a luz, el obispo de París añadió a su unción el espíritu de los tiempos:

—Alegraos, majestad, porque, hoy, la Corona de Francia ha ganado un rey.

—¿Por qué un rey?

—Porque tenéis una hija y su matrimonio os dará un reino de más que si hubiera sido un hijo a quien le hubierais tenido que dar un gran condado.

La reina Blanca volvió a encontrar una motivación concertando las alianzas de mis hermanos con otras casas reinantes y así Juana de Tolosa se casaría con el Príncipe Alfonso.

Roberto recibió la orden de caballería con ciento cuarenta nobles y se casó en junio de 1237, en Compiegne, con Matilde, hija del duque de Brabante y de María de Suabia.

La boda fue en Pentecostés y la ceremonia estuvo a la altura de un hijo de rey. Roberto era un joven aguerrido, alegre y con gran sentido del humor. Las fiestas de su boda fueron una muestra de esas cualidades. Compiegne apenas podía acoger entre sus muros a todos los señores acompañados de sus escuderos. Se instalaron con sus tiendas en las praderas y en los campos de frutas con su rutilante despliegue de oro y azul.

Toda la familia estaba reunida y mi hermano pequeño, Carlos, vestía una túnica escarlata a rayas demasiado grande para sus seis años. La reina Margarita, la nueva condesa de Artois y la novia de Alfonso relucían en belleza con sus abrigos de armiño y daban coraje al nuevo caballero cada vez que pasaba delante de ellas sobre un bello caballo gris pomelo que yo le había regalado para la ocasión.

La comida estuvo llena de sorpresas: un bailarín echaba fuego por la boca y un músico golpeaba campanillas con su martillo sobre su cítara. Los instrumentos tocaban todos los tonos posibles y así un músico de Constantinopla, entre la curiosidad de los presentes, interpretaba con sus trompas música oriental, la misma que interpretaba al emperador bizantino Balduino con gran éxito. Cuando terminó el banquete y los manteles fueron retirados de las mesas, se trajeron unos espejos para que los invitados pudieran arreglarse.

Seguía la fiesta con interés, pero mi cabeza estaba lejos de Compiegne, en las montañas de Persia y en el Líbano, de donde eran dos invitados de honor enviados que

compartían mi mesa. Eran dos oficiales ismaelíes que habían llegado a Francia con el fin de avisarme de un peligro y, pese a que no me fiaba de ellos, se trataba de una amenaza de muerte que se podía ejecutar en cualquier momento.

Su historia era confusa y llena de fantasías orientales. Me hablaron de un personaje a quien llamaban «El Viejo de la Montaña». Este ejercía un poder despótico entre Antioquía y Damasco. Pertenecía a una tribu de fanáticos llamados Hachichins. Tal jefe estaba convencido de que yo era un cruzado y tenía la firme decisión de ponerme a la cabeza de las fuerzas de Occidente para someter el Oriente a la ley de Cristo.

Convencido de ello, quería arruinar la expedición matando a su cabeza y a su alma. Había mandado dos sicarios con la orden de matarme en la ciudad de Compiegne aprovechando el banquete nupcial ya que se supone que mis defensas estarían bajas y mis guardianes, confiados. Por una circunstancia providencial y gracias a los Templarios, el Viejo de la Montaña supo que la cruzada era un rumor sin fundamento alguno y pensó que mi muerte podría perjudicar al Islam provocando una guerra aún más terrible que la supuesta cruzada.

Fue entonces cuando mandó a sus oficiales con la misión de detener el proyecto de asesinarme antes que fuera demasiado tarde. Yo había tomado también mis precauciones y había ordenado a mis oficiales que actuaran a la más mínima sospecha. Tengo que reconocer que estaba convencido de su ataque inmediato. Los oficiales del Viejo de la Montaña me explicaban que este escogía a jóvenes fanáticos como ejecutores de sus terribles venganzas. Estaban bajo los efectos de una sustancia llamada hachís que proporcionaba un estado de éxtasis y de sueños placenteros que hacía que se sintieran en los paraísos voluptuosos de Alá.

Como las condiciones de vida eran malas, no deseaban otra cosa que disfrutar de las felicidades celestes que solo el jefe podía proporcionárselas con su poder misterioso y eso explica su sumisión y sacrificio absoluto que podía llegar hasta la muerte, no sin antes matar a más de un príncipe bajo sus cuchillos.

Por fin supimos que los dos sicarios habían sido descubiertos y encarcelados en Marsella. Llené de favores a mis salvadores ismaelitas encargándoles que llevaran a su señor grandes regalos en señal de paz y amistad. En lengua de oil, Hachichins significa «asesinos».

REY DE LA FABA

Las rocas de granito, el mortero y la cal pesaban demasiado y había que cargar y descargar las parihuelas que transportaban lo necesario para la obra no sin antes rezar el oficio de tercia en compañía del padre abad, que siempre marchaba delante de mí. Los cimientos se elevaban día tras día gracias a nuestro pequeño grano de arena. Mis hermanos más jóvenes notaban más el esfuerzo que yo. Roberto, que iba a por grava cerca de los matorrales, tenía las manos destrozadas por las zarzas. Era él quien subía los pilares del claustro, Alfonso, los muros del refectorio y Carlos, los ventanales de la futura abadía.

Yo les reprendía cuando tomaban algún descanso a medio camino para divertirse. Los monjes nos observaban cada paso que dábamos. El tiempo apremiaba y la consagración solemne debía efectuarse en otoño de 1235. La construcción costó cerca de cien mil libras acuñadas en París. Era mi gran obra que, como el ciervo agotado que desea el agua de una fuente, quería ver correr, en la diócesis de Beauvais, una fuente de alabanzas perpetuas donde el hombre interior pudiera venir a recuperar su espíritu.

Había escogido una humilde fuente que a comienzos del siglo XII comenzó a manar en los bosques de Citeaux. Con el paso del tiempo se había convertido en un río inmenso que extendía sus aguas vivas hasta más allá del mundo conocido. Salió de las entrañas de la tierra de Cuimont y tomó el nombre de Mont Royal y más tarde Royaumont. Llegó a ser para nuestra familia una especie de cripta. El primero de la familia que fue enterrado allí fue Felipe Dagoberto. Lo fue justo al lado del hermano Liger el leproso. La segunda fue mi hija Blanca, que no llegó a vivir más que tres años.

Se convirtió enseguida en mi lugar de recogimiento donde pasaba tiempo delante de la pequeña placa esmaltada de cobre que representaba a mi joven princesa con un vestido de rombos donde alternaban las flores de Lis, las torres de Castilla, el escudo de armas de Poitou, de Anjou, de Artois y de Provenza. Esta placa era imposible de olvidar, pero pronto el tiempo hizo que sus letras se volvieran ilegibles como cada una de nuestras pobres existencias, que no dejan más que pobres recuerdos en piedra en el corazón de los vivos.

En la abadía de Royaumont, me detenía, camino de mi casa de Asnières. El hermano hostelero Enrique me acogía a la caída de la tarde. Dejaba mi caballo a la entrada y en la portería me cambiaba mi vestido real por una capa humilde de lana y me alojaba en una pequeña celda al final del dormitorio de los monjes, muy cerca de la escalera que conducía a la iglesia desde donde podía ver el crucero.

Cuando sonaba la campana para maitines, bajaba a la iglesia abacial y me unía al coro de los monjes, con mi farol apagado en la mano.

Acudía a la sala capitular y me arrojaba a tierra cerca de una columna sobre paja para oír el sermón del abad. Tenía mi turno en el servicio de comida de los monjes. Llegaba a la pequeña ventanilla de la cocina para buscar las escudillas, así como la pitanza de pan y de vino y empezar a servirles. El refectorio era una magnífica nave, partida a su vez en dos de seis encrucijadas, donde la luz penetraba a chorros por las ventanas ojivales.

Siempre entraba en la enfermería. Mandaba llamar a los médicos de la abadía para que llevaran los zumos a los hermanos enfermos. También les daban consejo y señalaban a los pobres monjes indispuestos cómo debían llevar su enfermedad.

Un día, en San Rémi, donde estaba en compañía del conde de Flandes y de algunos gentilhombres, visité una pequeña casa separada donde un monje comía solo y de quien me hice pronto amigo. Me pedía, en cada una de mis estancias, que le visitara sin falta. Se llamaba hermano Liger.

Era diácono en la orden y, cada vez que le visitaba, me enseñaba a vivir la virtud de la paciencia en el sufrimiento. La suya estaba por encima de las fuerzas humanas ya que sufría todas las repugnancias posibles de la naturaleza: la lepra le había arrancado la piel, sus ojos estaban tan podridos que no veía nada, había perdido su nariz, sus labios, los ojos eran hendiduras y el iris estaba enrojecido por la sangre.

Daba miedo verle, pero me había habituado a cortarle la carne y el domingo, para su fiesta, le hice traer una perdiz asada con sal sobre los pedazos que después le llevaba a la boca, pero la sal hería sus labios a causa de las llagas que tenía.

El pus le corría por el mentón a poco que se apretara las heridas. Me perdonaba siempre de corazón mis torpezas. Pronto fui el único que entraba en esa casa de dolor, que para mí era como entrar en el purgatorio. Allí aprendía a reverenciar a Cristo en sus miembros sufrientes. Con una cuchara de madera le ponía pan en lonchas mojadas en caldo. Le llamaba el «príncipe de Royaumont». Me consideraba su amigo del más allá y me pedía que llegara a ser un rey servidor, un rey de limosna y consuelo, de piedad para aquellos que viven en la miseria y a ver a todos como hijos de la luz.

Quería ir hacia ese pueblo de los abismos, este pueblo fétido, totalmente hinchado y agujereado para aliviarle. Escogía a conciencia a los pobres invidentes para que no me reconocieran y no sintieran tentación de desvelar mis obras de caridad.

Había muchas personas marcadas por estas extrañas enfermedades. Los barcos que llegaban de Oriente traían los gérmenes en sus calas, junto con bolsas de especias o fardos de telas. Los gérmenes se difundían de manera insidiosa desde las ciudades portuarias y de estas a las campiñas cercanas: era la peste, el mal de la gangrena, la muerte negra y la muerte roja.

Esta puerta de la casa del hermano Liger, que nadie más se arriesgaba a franquear,

era como una puerta del Cielo. Los pobres son hechos de la misma tierra que nosotros y motivados por los mismos sueños que los nuestros, pero su gracia interior, a menudo, les permite levantar los ojos más allá de nuestras cegueras.

Es por eso que adivinaba, en el celo de los hermanos mendicantes, un nuevo modelo de santidad para nuestro tiempo basado en la búsqueda de la más absoluta pobreza.

Amaba su compañía, la forma de practicar la nueva caridad, de su pobreza en la que vivían. Representaban lo más inteligente, lo más puro, lo más audaz para la sociedad temporal. Una forma nueva de gobierno de los espíritus para los que iban con los pies desnudos. Eran los mendigos quienes me ayudaban a componer mis oraciones de rey: «Sea prudente antes que devoto».

Y fueron ellos quienes me animaron a iluminar el reino, como el copista, con el secreto de su tinta de oro, embellecer el libro de azul; quería cubrir Francia con una alfombra historiada de casas de Dios, de conventos, de leproserías y de lugares para atenderles.

Por un signo extraño del destino, a través del misterio de los ángeles de piedra, este nuevo espíritu había nacido entre los brazos de las catedrales.

Fue alrededor de 1214 que las catedrales más radiantes habían desaparecido entre las llamas del fuego: las de Chartres, Reims, Amiens, Beauvais. Pero tenían que reconstruirse y entonces me convertiría en el capitán de una flota inmensa de barcos espirituales porque sus naves parecían barcos vueltos boca abajo.

La prudencia pedía levantar el alma hacia las sabidurías y tener los cuerpos a raya. Me ejercitaba, pues, en las privaciones de la mesa y me acostumbraba a las sopas mal condimentadas. Suprimía de mis comidas todo lo que podía agradar el paladar. Cortaba mi vino con agua y lo vertía en los platos para alterar la generosidad de las salsas.

Ayunaba en cuaresma o cuando cayera en la desolación, por ejemplo, cuando se me anunció que el santo Clavo de la Cruz, que había sido traído por Carlos el Calvo de Roma a San Denis, había desaparecido.

Varios sabios comenzaban a temer que una pérdida así no anunciara otra cosa que grandes desgracias o epidemias sobre el reino, pero afortunadamente lo encontramos pronto y, para celebrarlo, comí un pescado para dar gracias al Cielo.

Me esforzaba por poner en práctica las obras de caridad que aprendí de mi madre. En las vigilias de las fiestas solemnes, ordenaba que dieran de comer y beber a los pobres y a los lisiados mi comida, pues quería que fuesen mis comensales.

A las palabras sacramentales «El rey te toca, Dios te cura», añadía la señal de la cruz sobre la parte enferma que me mostraban y así la curación era atribuida a la acción de la Cruz más que a la majestad real. Luis de Poissy era un rey de paso, comparado con el rey de la eternidad.

En una ocasión, un familiar que vivía en el Louvre se puso a reprobarme mi

desapego por algo tan grande como era la corona. Le respondí:

—Me considero un rey de la faba, cuya realeza dura solo una tarde.

EL TRIBUNAL SIN IGUAL

Mi madre, poco a poco, se retiraba de las tareas cotidianas de una reina y se preocupaba solo de aquellas que había comenzado. Se le notaba cansada, pero seguía animándome con las palabras del rey Luis VII, a quien se le reprochaba que en palacio no hubiera nada fastuoso:

—Nosotros, en la corte de Francia, no tenemos más que pan y vino y alegría.

Con la reina, la alegría se había ido tras su viudez, pero con Margarita había vuelto. Camino de Saumur, mi hermanita Isabel tejía lazos entre las dos reinas: mi madre multiplicaba las atenciones hacia su nieta, nuestra hija Blanca, pero carecía de ternura para la joven madre de veinte maravillosos años…

Mi querida hermana, la pequeña Isabel, ya era toda una mujer. Su belleza natural le ahorraba que tuviera que maquillarse. Vestía una sencilla camisa de lino de color violeta, un grueso vestido de tela de Siria, sobrecosido de algodón. Rechazaba divertirse con las damas de la corte.

En cambio prefería leer las Escrituras y trabajar con sus manos la seda o coser las estolas y los bordados para el convento de Santiago. Se privaba de alimento y, sin que se enterara nadie, no comía su parte de pan. Me sentía cercano a ella. Años después, el poeta de la Cité, el joven Rutebeuf, cantaría sus virtudes en las calles de París.

Espejo de inocencia
Y de penitencia
Rosa de la paciencia
Lis de la caridad
Fuente de la piedad

Qué diferencia con Roberto, el nuevo caballero en Compiegne y conde de Artois. Era, por su matrimonio con Matilde de Brabante, el primo del emperador Federico II así como cuñado del landgrave de Turingia y del duque de Baviera.

No hacía más que galopar, saltar setos, montar follón, jactancioso, revoltoso y jurando como lo hacían los franceses. Pero era mi hermano preferido, teníamos tantas cosas en común y recuerdos de la infancia.

Mi hermano Carlos con apenas catorce años era ya un caballero grande y musculoso, con larga nariz carolingia y una piel olivácea castellana. Dormía poco ya que consideraba el sueño como tiempo perdido. Alimentaba una ambición desenfrenada. La

figura de Carlomagno le obsesionaba. Yo le recordaba que me debía obediencia. Se iba a casar con la segunda hermana de Margarita, Beatriz, que le introduciría más en mi familia.

En cuanto a Alfonso, mi segundo hermano, la reina Blanca quería que se casara con Juana de Tolosa, la hija de Raimundo VII. Esta unión permitía acabar con la cuestión albigense. Al contrario de Carlos el fogoso y de Roberto el batallador, Alfonso era un hombre endeble y de frágil salud. Le gustaba más la sociedad de escribas y de hombres de leyes que la de los hombres de guerra y religión. Le gustaba la Historia de Francia y había mandado a uno de sus escribas de Poitou una «Gran Crónica de Francia», redactada a partir de las compilaciones latinas de las abadías.

Su intención era terminar con la ignorancia generalizada sobre la historia del reino. Este libro impresionó y fue una gran obra y su autor está a la altura de Plutarco y Tito Livio.

Los intereses de Alfonso tendían hacia los libros, los copistas y los trabajos de los estudiantes de la Universidad. Los poetas desocupados lo celebraban. Rutebeuf le envió, en una conmovedora «Querella del conde de Poitou», algunos justos elogios:

«Siendo generoso y queriendo a los pobres, es un espejo de caballería».

Prefería remover las viejas cartas y los pergaminos preciosos que ejercitarse con la lanza y con la espada y además Alfonso no había sido aún armado caballero y por tanto carecía de feudo.

Decidí armarle caballero y para ello convoqué una corte plenaria en Saumur. La elección de esta ciudad se debía a su situación en los confines de lo que serían sus futuros dominios que hace poco pertenecían a los ingleses. Mientras recogía la herencia del condado de Tolosa, Alfonso se hacía conde de Poitou y de la Auvernia. Este título de conde de Poitou suponía un desafío a los ingleses ya que el hermano de Enrique III, príncipe Ricardo, revestido del mismo título, todavía lo llevaba. Era una nueva flecha de Bouvines en el jardín inglés.

Es por eso que di el mayor realce posible a su acto de investidura: hacía falta que la Corte de Francia desplegase todos sus fastos y se mostrase en toda su pompa.

Todos los señores feudales respondieron a mi llamada para el 24 de junio del año 1241 y participaban en esta asamblea plenaria de Saumur, que mi madre llamó «el tribunal sin igual», de lo deslumbrante que resultó. Quienes me criticaban por la modestia en mis gustos y que, según ellos, entumecían el reino, comprobaron que no escatimé nada para que esta ceremonia fuera recordada por su esplendor y superara a todas las habidas hasta ahora.

Era la toma solemne de posesión de un país conquistado al Rey de Inglaterra y convenía marcar los espíritus de los nuevos vasallos de la Corona de Francia, para que esta no pareciera inferior en magnificencia ni en generosidad a la Corona rival, y para

demostrarlo dispuse todo lo necesario en las bellas plazas que el rey Enrique II de Inglaterra había edificado hace poco.

Alfonso llevaba un vestido de púrpura de España que mi madre le había ofrecido para esta ocasión. Los caballeros armados el mismo día que él llevaban vestidos satinados o pieles de gineta y de ardilla. Margarita llevaba una marta cibelina de Antioquía. Tenía la tez ligeramente aclarada por una harina de trigo que escondía su piel bronceada bajo el sol de junio.

Mi madre preparó, con su cocinera, el menú de la comida y, debido al gran número de caballeros que cenaban, se temió que el vino del convento de los franciscanos en Saumur no fuera suficiente.

La reina Blanca vigilaba todo desde su mesa, que estaba frente a la mía. Tres jóvenes señores la servían: Alfonso de Portugal, su sobrino, el conde de Saint-Pol y un joven barón alemán, el hijo de santa Isabel. Esta famosa Isabel, hija del rey de Hungría y esposa de un señor de Turingia que, fallecida muy joven hace diez años, había sido canonizada cuatro años después de su muerte. Vi a mi madre besar la frente de este joven por devoción. Le explicaba:

—¡Beso esta joven frente que tu santa madre debió de besar tan a menudo!

Ella estaba molesta con mi manera de vestir que, según ella, desentonaba de los demás. No tanto por mi vestido satinado de rojo y forrado de armiño, sino por mi sombrero. Opinaba que no correspondía a mi dignidad de rey y además me sentaba fatal.

Yo seguía con la mirada en mis invitados, pero la cabeza en otro lugar, vagabundeando entre Carcasona, donde el vizconde de Bézier, Trencavel, asediaba la ciudad fortificada, y los puertos ingleses, del norte, donde Enrique III preparaba de nuevo sus naves.

En esta asamblea brillante de Saumur me fijaba también en los menores gestos: tras las risas elegantes, las caras festivas, el repique de las cucharas y los manteles bordados repletos de alimentos, había también demasiados cuchillos con hojas afiladas.

Había colocado cerca al conde de La Marche, Pedro de Bretaña, Mauvais Clerc con un sombrero de oro y al conde de Champagne, que era rey de Navarra. Ninguno de estos barones, rebeldes durante los primeros años de la regencia de mi madre, se había negado a mi llamada. Hasta Enguerrand de Coucy vino sin su corona, que duerme en el fondo de su arca. Vendôme, Montlhéry, Belleme eran señales para que no bajara la guardia y estuviera vigilante. Les sentía como de prestado, con demasiados guardias y el ojo torvo. Cada uno de ellos había venido rodeado de demasiados soldados. Delante de mí, comía Roberto, mi hermano, que no sospechaba nada, y solo estaba pendiente de sus regocijos de mesa. El conde de Soissons, Juan le Boeuf, así como un joven senescal de Champaña, cortaban con sus cuchillos la comida igualando en envergadura al señor de Joinville.

Mi madre había puesto en la misma mesa de los nobles a un joven burgués de La

Rochelle que le servía como espía ya que gozaba de la confianza del conde y de la condesa de la Marche. Tenía la misión de contar a mi madre todo lo que dijeran en la mesa.

En otra mesa ocupaban lugar veinte altos clérigos entre obispos y arzobispos. Toda esta gente con buena dentadura y sin vergüenza comía con gallardía los recipientes de guisantes, las tortas de espinacas y sobre todo los pavos reales rellenos, tan grandes como los que estaban vivos.

En el otro lado de la plaza se encontraban grandes tiendas con las cocinas, bodegas y panaderías. Desde estos pabellones, nos servían la carne, vino y pan. Posiblemente había tres mil caballeros, llegados desde la mañana, antes de la misa donde se celebró la liturgia de la Natividad de San Juan Bautista. Cuando la comida terminó, el jefe de los halcones de Alfonso presentó un espectáculo de música y de cetrería.

Los famosos trovadores Totoffe y Ribouy, procedentes de Puy-du-Fou en el Bajo Poitou, hacían bailar un halcón de Lieja y un búho precioso por su color blanco como la nieve con los ojos relucientes. Se llamaba la «dama blanca». Mi madre estaba feliz. El motivo no era otro que el bello animal, que llevaba su nombre, devoraba en pleno aire las patas de un águila imperial y de un búho gran duque que pertenecían a los Plantagenetas.

El gran duque inglés cedió ante la dama blanca, que demostró ser la dueña de los vientos. ¡Feliz presagio! Al día siguiente, toda la corte volvió a sus lugares de origen y yo viajé a Poitiers para presentar a Alfonso sus nuevos vasallos para que le rindieran el homenaje feudal.

La Marche, Saintonge y Aunis dependían de Poitou. El conde de La Marche se había negado a inclinarse, animado a la rebelión por su mujer, pero acabó por ceder y prestó el homenaje en mi presencia y hasta nos recibió en su castillo de Lusignan.

Alfonso se instaló en Poitiers en el palacio ducal. Después de nuestra partida, la mujer del conde de La Marche, la guapa Isabel de Angulema, furiosa, hizo trasladar todos los objetos de las habitaciones donde habíamos dormido. Su esposo, afligido, desazonado, contemplaba el ardor que ponía su mujer en vengarse. ¡No mostraba piedad alguna!

Isabel, la antigua reina de Inglaterra, no podía sufrir tal humillación. Delante de nosotros, dijo con sangre en los ojos al pobre Hugo de Lusignan:

—¡Usted se va! ¡Váyase lejos de mis ojos, el más vil de todos! ¡Usted acaba de recibir con honor a aquellos que le desheredaron! ¡No quiero verle jamás!

Se encerró en su castillo de Angulema. Hugo intentó volver con ella, pero se negó a recibirle.

Hugo vigilaba el menor signo de aceptación, le enviaba mensajes y regalos bajo los dinteles. Ella terminó por abrirle su puerta, pero solo fue para humillarlo más:

—¡Qué miserable eres! ¿No observaste que la corte plenaria de Poitiers me hizo esperar tres días, para más grande regocijo del rey y de la reina madre? ¡Cuando llegué delante de ellos, en el cuarto donde el rey presidía, puede usted creer que no me llamó para sentarme cerca de él! Y esto por maldad. Para humillarme delante de los señores. A mí, la reina de Inglaterra, la madre de dos reyes, emparentados con las más grandes cortes occidentales. Me dejaron de pie como una sirvienta. Ni a mi llegada ni a mi partida se levantaron por deferencia a mi persona. No he sufrido más que vejaciones y desprecio.

—Señora, mándeme –respondió su marido–, y haré todo lo que usted desee.

—Hugo, si usted no se me somete, usted se quedará para siempre en la puerta de mi habitación. Rechazaré todos sus abrazos.

Para el joven Lusignan, esta advertencia era como el fuego del infierno. Sus sentidos se estremecieron de solo pensarlo. Isabel era su gran amor y seguía enamorado como el primer día.

Para satisfacer y calmar a su mujer, que quería recuperar Poitou, Lusignan se volvió a vestir de conspirador. Multiplicó las reuniones secretas, en Pons-en-Saintonge y en Parthenay. El enviado de mi madre, el mensajero de La Rochelle, volvió a su trabajo de informador. Un complot urdido con cuidado tomaba consistencia. Un poco más tarde, un nuevo mensaje llegó al Louvre: «Hugo de Lusignan, conde de la Marche, se embarcó para Inglaterra». Hugo de Lusignan llegó a la corte del rey inglés para decirle que el rey de Francia le quería desheredar y tomar sus tierras a la fuerza y sin razón. Las luces de Saumur se apagaban una a una. La paz también se apagaba como las candelas. Y todo contra mi voluntad.

LA CABALLERÍA DE SAN JORGE

Yo no quería esta guerra. ¿Pero tenía otra elección? El limosnero de Palacio aligeró mis escrúpulos recordándome un pasaje de *La Ciudad de Dios,* de san Agustín: «Es la injusticia del enemigo que arma al prudente para la defensa de la justicia». La Marche era feudo de Francia desde Clodoveo ya que este había conquistado toda la Aquitania al rey pagano Alarico.

¿Cómo podría tolerar que Hugo de Lusignan, conde de La Marche, pretendiera poseer tierra sin señor y dejar de someterse a las leyes feudales de Francia? ¿Justa guerra? En mi conciencia, sí. No obstante, las fiestas navideñas se aproximaban. La paciencia me invitaba a acoger al Príncipe de la Paz, antes de usar la espada.

Mi corazón sangraba y Margarita lloraba: sería una guerra de familia porque la reina de Inglaterra iba a desembarcar sobre el suelo francés. Dos hermanas cara a cara, dos reinas: Leonor era la hermana amada de Margarita. Era preciso como fuera evitar este desgarro provenzal de nuestros linajes.

Pero, si el Conde de La Marche seguía sin dar el homenaje al conde de Poitiers, no había otra salida que el triunfo o la humillación. ¿Cómo podría sacrificar el derecho de mi hermano? Sería el premio de una paz injusta. Del otro lado, eran también los vínculos de la sangre los que hablaban en la corte inglesa. La condesa de La Marche, viuda de Juan sin Tierra, excitaba la cólera y celos de su hijo, Enrique III.

Supe que el conde de Toulouse, Raimundo, transitaba también los caminos del perjurio, a pesar de su hija, Juana de Tolosa. Se decía listo a combatir a su yerno, Alfonso de Poitiers. La liga se ampliaba también al rey de Aragón. Emisarios cabalgaban por todo Occidente y llevaban acuerdos secretos hasta las mismas puertas del Palacio imperial de Federico II, que callaba de manera prudente.

Alfonso mi hermano convidó por primera vez a las fiestas de Navidad a la nobleza de su condado, que acudieron al palacio ducal de Poitou. Una tarde, ¡cuál sería su sorpresa!, vio llegar al conde La Marche montado en un caballo enjalbegado con armas mezcladas con el escudo inglés, con su mujer detrás en grupa y escoltados por sus hombres, también a caballo y con las ballestas preparadas. El conde se dirigió de una manera insolente a mi hermano:

—He podido en un momento de olvido y de debilidad soñar que te rendía homenaje. Pero te juro aquí y ahora que jamás seré vasallo tuyo.

—Pero soy tu señor –replicó Alfonso.

—No. Tú has robado este condado a mi cuñado, el conde Ricardo de Cornualles,

cuando se fue de Cruzada a Tierra Santa y libraba a nuestros cautivos. La Normandía, Poitou y Anjou pertenecen al reino de los Plantagenetas.

Fue entonces cuando dio órdenes a sus soldados de apartar con violencia a los caballeros que le bloqueaban el paso e intentó como último insulto prender fuego a la vivienda que mi hermano Alfonso había preparado para él. Seguido por su gente dejó Poitiers al galope. Él y su mujer aseguraron a los Plantagenetas que, una vez pisaran el suelo de Francia, encontrarían la ayuda que necesitasen y que los vasallos de Poitiers no deseaban otra cosa que estar bajo su soberanía.

Publiqué el bando de guerra en Pascua. Convocaba al ejército real y a toda la caballería de Francia: cuatro mil armaduras de hierro y veinte mil sin armadura.

Margarita sabía todo lo que ocurría en la Corte de Inglaterra, alrededor de Enrique III, que parecía un palo de caña quebrantada. Leonor, en su candor, le informaba sin ver nada malo en ello. Le gustaba escribir a Margarita y, según esas informaciones, la condesa de La Marche había asegurado a Enrique III que los de Poitiers y gascones, preparados para ponerse bajo sus banderas, le proporcionarían un ejército temible.

Bastaba que el rey aportara el dinero para pagar los sueldos y que se presentara en medio de ellos. Le aseguraba por otra parte que el rey de Aragón y el conde de Tolosa esperaban solo su llegada para pelear. Isabel de Angulema había firmado este escrito con el nombre de su marido. Cuando este escrito fue conocido en Albión, los ingleses se sintieron humillados porque hería su amor propio, tan orgullosos de su caballería, al mismo tiempo que solicitaba de ellos algo de lo que se sentían más orgullosos que su sangre, su moneda. El Parlamento, que se había reunido en Londres, protestó contra la ayuda pecuniaria reclamada:

—¿Cómo puede mostrar el conde de La Marche tanto desprecio a los caballeros ingleses, famosos por su valentía y su fidelidad? ¿Cómo puede tratar así al rey de Inglaterra no reconociéndole otro valor que el de un mero intermediario?

Enrique III pudo reunir bajo su bandera solo trescientas armaduras, pero en su buque llevaba treinta toneles llenos de monedas esterlinas, lo que se llamó «la caballería de San Jorge». Para mantener el celo de sus amigos de Francia, desembarcó en sus dominios de Guyena, en Royan, en la desembocadura del río Garona, el 20 de mayo de 1242 y toda la nobleza de Aquitania fue llamada a las armas.

El espía de mi madre nos trajo las palabras de acogida de la condesa Isabel, madre de Enrique III, mientras le besaba:

—Buen hijo. Sois de buena naturaleza al venir para socorrer a su madre. Los hijos de Blanca de España quieren pisarla y tenerla bajo sus pies.

Enrique tuvo la audacia de mandarme embajadores para quejarse de mi ruptura de la tregua recién renovada entre las dos coronas. Le respondí:

—No es infringir la tregua castigar a un señor que se rebela.

Hasta le ofrecía para restituirle, por justicia, una parte de la herencia de Plantagenetas que mi abuelo Felipe Augusto les había concedido, con la condición de que aceptase un tratado de paz definitivo. Guardaba en el fondo de mi conciencia algunos escrúpulos en cuanto a la legitimidad de las conquistas de Bouvines; por otra parte, mi padre, Luis VIII, me había hecho prometer que se los restituiría. Enrique no se dignó considerar mis propuestas por lo que estaba libre de las promesas que hice a mi padre.

Llamé a gran número de carpinteros para construir fuertes máquinas, así como castillos con ruedas y barbacanas ligeras. Presentía que la guerra que se avecinaba, sería una guerra de asedios y asaltar las murallas sería decisivo. Los rebeldes de Poitiers tenían un número elevado de pequeños castillos que podían decidir la guerra de su lado.

Supe que el hermano del rey inglés, Ricardo, también había llegado a Royan como pretendiente del Poitou. El ejército inglés estaba formado por trescientos caballeros sobre espléndidos caballos, seguidos de arqueros, portadores de picas y de ballesteros. Venían en galeras con los pabellones bien altos y sus estandartes de leones.

Su objetivo era unirse al Conde de La Marche y atacar a mis tropas que avanzaban en orden bajo el estandarte de San Denis. Tomé posesión de algunos pequeños castillos conforme avanzaba: Montreuil-Bonnin a fines de mayo, Fontenay-le-Comte y Vauban en junio.

Una mañana se me informó que dos hombres sospechosos habían sido sorprendidos rondando por las cocinas del campamento real justo en el momento que vertían veneno en la carne y en el vino que vigilaba mi cocinero. Cuando se les interrogó, confesaron su crimen. Eran familia de la Condesa de La Marche. Les había prometido fuerte recompensa si conseguían envenenarnos.

Incluso afirmaron que el veneno que se les había proporcionado venía de la misma condesa. Se puede decir que fue una suerte haberles cogido justo en el momento de su lamentable acción. Cuando la condesa supo la noticia que habían sido colgados, esta se puso en duelo por su muerte y llevó el luto de manera tan rigurosa que nadie pudo reconfortarla en su dolor.

El conde recurrió a los medios más bárbaros para intimidarnos: cualquier tierra de Francia que atravesase, incendiaba los graneros, saqueaba las viñas y huertas, envenenaba las aguas de los pozos y las fuentes.

Un poco más tarde nos llegó una terrible noticia. La sangre de los míos había sido derramada. Una torre de asalto había herido de gravedad a Alfonso en el pie. Pese a estas noticias, el curso de la guerra era victorioso para nuestras armas.

Las ciudades se rendían, las murallas caían y nuestras armas triunfaban. Las guarniciones que las defendían no esperaban ya ni la primera invitación a rendirse. El hijo del conde de La Marche con cuarenta de sus caballeros y ochenta de sus soldados fueron hechos prisioneros.

Personas cercanas a mí me pedían que vengara la suerte de mi hermano pero me negaba:

—Un hijo no puede merecer castigo por obedecer a su padre. Tampoco los vasallos, por haber servido fielmente a su Señor.

En cambio daba órdenes despiadadas para arrasar las murallas y las torres del homenaje y así consolidar nuestras conquistas. Los envíos de embajadas y de cartas de desafío en los dos campos se multiplicaban. Guardaba en secreto una alianza que había firmado en Saintonge con el señor de Taillebourg, Geoffroy de Rancogne, que quería vengarse del conde de La Marche por un gran ultraje del que este último había sido culpable. Geoffroy llevaba su cabeza llena de largas greñas que le caían hasta los hombros y le cubrían la cota de malla. Había jurado a los santos que jamás se las haría cortar mientras no hubiera llevado a buen fin su venganza contra La Marche.

JEZABEL

El 19 de julio de 1242, tras conquistar los territorios del Conde de La Marche, instalé mi campamento en las llanuras de Taillebourg.

Mi objetivo era franquear el río Charente por esta ciudad. El rey de los ingleses y el conde de La Marche se mantenían a cierta distancia, con su ejército acampado en la orilla sur del río. Al día siguiente por la mañana les vimos delante de nosotros. Miraban con preocupación el estandarte de San Denis y la multitud de tiendas, que daban una imagen de que ahí había mucha gente.

Geoffroy de Rancogne, llevado por su venganza, distrajo a Enrique III con negociaciones sin objeto alguno y nos hizo entrar el 20 de julio en su plaza.

Era en Charente donde se terminaban mis posesiones. La orilla opuesta del río era ya inglesa. El siguiente paso será atacarles en sus dominios. Daba gracias a mi madre que me había enseñado el arte de la guerra. Tenía veintisiete años y seguía luchando por mis derechos y asumiendo el peligro. No había ahorrado esfuerzos a mis vasallos, pero sabían que serían recompensados por sus fatigas.

El río era estrecho y de aguas bravas. Geoffroy de Rancogne nos abrió el camino hacia el puente. Si el rey de Inglaterra hubiera puesto más obstáculos, habría sido imposible pasarlo, pero él retrocedió. Se oía desde nuestra orilla el enfado con el conde de La Marche:

—¿Es esto lo que me habíais prometido? ¿Dónde está ese ejército de caballeros que habíais de levantar para mi causa y que yo de lo único que tendría que preocuparme era del dinero?

—Nunca he dicho eso –respondió el Conde.

—Lo habéis dicho y aún escrito –dijo el Conde Ricardo que estaba junto a su hermano–. Yo mimo recibí un mensaje firmado por vos.

Visto desde nuestra orilla, era una buena bronca entre ellos.

Lusignan juraba:

—Nunca he escrito esa carta. Habrá sido vuestra madre, mi mujer. Por la garganta de Dios, todo esto se ha tramado a mis espaldas.

En medio de aquella discusión, quinientos soldados franceses se lanzaron con todo su ímpetu contra el puente. El enemigo cedió y los franceses se llevaron la victoria. Francia ocupaba la Charente. Yo mismo actuaba más como guerrero que como rey siempre fiel al juramento que hice de jamás dejar a mis soldados abandonados a su suerte. Fui de los primeros en alcanzar la otra orilla armado con mi maza de acero que

manejaba por encima de mi cabeza.

Los ingleses eran más numerosos, pero, a Dios gracias, Enrique III se veía incapaz de reaccionar y parecía paralizado por el estupor y la sorpresa. El rey inglés envió a mi presencia como embajador a su hermano Ricardo de Cornualles. Ricardo había vuelto de la cruzada y, a raíz de un desastre sufrido por los caballeros francos en Gaza, había comprado la libertad de muchos de ellos. Ricardo franqueó el puente sin armas, solo con un bastón de mando. Mis soldados le dejaron pasar y algunos se inclinaron a su paso por ser caballero de Tierra Santa y otros le escoltaron hasta mi tienda para pactar una tregua.

En un momento dado le advertí:

—Señor conde. Os concedo una suspensión de las operaciones. Solo unas horas para que delibere sobre la mejor decisión que debéis tomar a partir de ahora.

El Conde Ricardo respondió:

—Es el motivo por el cual solicito la tregua que durará una noche.

Uno de mis soldados escuchó el consejo que dio a su hermano durante la reunión que mantuvieron en su tienda:

—Debemos retirarnos los más rápido posible porque estamos en un serio peligro de caer prisioneros.

La retirada de su ejército se veía peligrosa, pero yo iba a respetar la tregua que había concedido.

Guerrero por obligación, que no por placer, me resistía a llevar a mis soldados a un combate innecesario. Cualquier batalla y más si es victoriosa lleva a los soldados a un estado de borrachera que no está acorde con su dignidad de personas. Quería la paz, pero tampoco a costa de dejar al enemigo un campo despejado a sus intereses que después traerían nefastas consecuencias para mis soldados.

Los ingleses estaban convencidos de que se pondrían a buen recaudo del ejército francés si alcanzaban los muros de Saintes, pero su situación era mala por sus soldados, que estaban agotados, como entre sus animales, que llevaban tiempo sin comer. El rey de Inglaterra huyó de manera poco gallarda y no ahorró en espuelas para conseguir que su caballo fuera lo más veloz posible. Desgraciadamente, el conde La Marche quiso sorprender a mis soldados y lo consiguió, pero en el primer choque vio su emblema abatido. El señor feudal del castillo de Saintes, que lo portaba, pereció en el choque. Enrique III, avisado que su padrastro libraba la batalla, acudió enseguida en su socorro.

Las dos líneas de los ejércitos se vieron cara a cara y la carga fue tremenda entre franceses que gritaban «Montjoie» e ingleses que gritaban «Royaux». El terreno no ayudaba en el despliegue de nuestra caballería. Era un terreno de campos de hayas, de surcos de altos viñedos, caminos de contrabajos donde era difícil el progreso de la caballería.

Fue una batalla magistral, pero acompañada de grandes pérdidas humanas. El choque

fue duro y áspero. Los ingleses no pudieron aguantar demasiado tiempo el asalto de los franceses. Cuando el rey de Inglaterra vio venir el desastre, se retiró y volvió a protegerse en la ciudad de Saintes. Dejó sus carros abandonados, así como muebles y literas para viajar. Los franceses continuaron con su avance y hacían cada vez más prisioneros ingleses: caballeros, prelados y oficiales. De pronto llegó la decisión del Plantageneta: abandonaba Saintes.

Los habitantes mostraron poco celo por la causa del rey y este temía los riesgos de un asedio, por lo que dejó la ciudad amurallada deprisa para alcanzar Pons. La ciudad de Saintes me envió una representación con las llaves de la ciudad y me anunciaron también que el castillo estaba sin defensores y el puente levadizo, bajado y a mi disposición.

Saintes tenía el privilegio de ser «cámara real», pero prefería sin embargo pagar el impuesto francés al inglés por demasiado pesado e injusto.

Ya era dueño de una ciudad importante y disfrutaba de establecerme por primera vez en tierra inglesa. Los combates de Taillebourg y de Saintes, la huida lamentable del rey de Inglaterra terminaron con la resistencia rebelde. Hugo de Lusignan se presentó con su mujer e hijos en el campamento real a pedir perdón por su deslealtad:

—Oh rey lleno de bondad, tened piedad de nosotros que hemos actuado por orgullo contra vos.

Le hice levantar y le concedí el perdón. Cuando la familia Lusignan salió de mi presencia, la condesa tuvo que atravesar con la cabeza baja la fiesta francesa por la victoria. El Señor Geoffroy de Rancogne se consideró vengado y, subido sobre un caballete, ondeó sus banderas y se hizo pelar la cabeza en mi presencia. Los yelmos volaban, las jarras se agotaban, las canciones llovían como el vino de Charente desde lo más alto de las murallas.

Rancogne forzó a Isabel que repitiese con él la copla mientras los soldados daban vueltas alrededor de Isabel de Angulema, a la que llamaban «Jezabel», para significar su crueldad.

> Los de Poitiers, los gascones, los ingleses
> Guardaron mal el puente de Taillebourg
> Y dejaron pasar a los franceses
> Que les echaron y les pusieron en fuga.

Poco después, supe que la reina destronada se retiraba a una abadía de Fontevraud como habían dejado el mundo tantas otras que habían cambiado sus pasiones terrenales por una vida de piedad y fervor.

LA OTRA CORONA

—Señor, si no me ayudáis, Bizancio puede caer.

—¿Por qué caería?

—Está amenazada por búlgaros, tártaros de Gengis Khan, príncipes griegos desposeídos por la segunda cruzada. Bizancio solo depende de la Cristiandad.

—En lugar de perder el tiempo en lamentaciones, ¿por qué no levantáis un ejército?

—No tengo medios.

El emperador de Bizancio estaba acorralado y de rodillas, como un mendigo, me suplicaba dinero y socorros. Pobre Balduino II de Courtenay, bisnieto de Luis el Gordo, despojado de todos sus antiguos laureles, reducido a pedir limosna.

Quise que me informara de la situación del glorioso imperio tambaleante. Le interrogué durante bastante tiempo y me comentó la terrible verdad: su tesoro estaba vacío.

No aportaba más que reliquias que había puesto en venta entre los nobles patricios de Venecia a quienes había pedido una suma considerable por esos «despojos» de tanto valor y esperaba una respuesta pronta.

—Pero ¿de qué despojos me habláis?

—De la Corona de Espinas.

—¿Qué me decís? ¿La Corona de Espinas? ¿Habéis tenido la osadía de poner en venta la Corona de Espinas? ¡Sacrilegio de sacrilegio!

—No he tenido elección, pero os la ofrezco si me pagáis.

—Está prohibido el comercio de reliquias con la excomunión. Es simonía.

Estaba indignado, pero, debo confesarlo, sentí una especial emoción ante la propuesta. El arzobispo de Sens, Gautier Cornut, buscó la vía de acuerdo con los cánones de la Iglesia. No admitía la venta ni la compra, pero sí podía ser un sencillo intercambio de donaciones.

Así lo convenimos y el emperador Balduino me daría la corona sin pedir nada y yo le haría llegar una cantidad de dinero para Bizancio.

Dos monjes acompañados de un enviado de Balduino fueron los encargados de traer las preciosas reliquias a Francia. Cuando desembarcaron en Bizancio, ya la tenían los venecianos y hubo que añadir doce mil libras Parisinas para que la devolvieran.

Suma irrisoria con relación al valor de la reliquia que Francia estaba a punto de acoger. Algunos meses más tarde, los mensajeros me anunciaron que la Corona de Espinas llegaba a Troyes y nos pusimos en camino para ir a su encuentro acompañados

por Gautier, el arzobispo de Sens, Bernardo, el obispo del Puy, y otros barones y caballeros. A cinco leguas de Sens, en una pequeña villa llamada Villeneuve-l'Archevêque me encontré a mis enviados que traían la reliquia.

Abrimos el primer estuche sellado y tallado en madera. Adivinábamos, en un segundo cofrecito de plata, los sellos de los barones bizantinos. Los enviados reales me dieron, así como a Balduino, las cartas patentes provistas de los sellos de estos mismos señores. Cuando confrontamos los sellos de las cartas y los que cerraban el cofrecito de la Santa Corona autentificamos la reliquia. Después de haber roto los sellos, así como el sello del Dux de Venecia, lo abrimos. Se encontraba allí, dentro de una caja de gran belleza, bañada por el oro más puro, la Corona de Cristo adornada con perlas de valor incalculable.

Todos los que allí estaban rompieron en suspiros de gran devoción. Los fieles lloraban de rodillas y permanecían inmóviles mientras la contemplaban. Fuimos transportados en un acto de amor a Cristo hasta lo más profundo de nuestras almas. En mi corazón se entrelazaron dos coronas: la de Francia y la de Jerusalén. Resonaban en mi interior las palabras del Evangelio: «Lo despojaron y lo envolvieron en un manto de escarlata; le trenzaron una corona de espinas, que se la pusieron en la cabeza, le dieron una caña como cetro; y, doblando la rodilla delante de él, se burlaban diciendo:

"¡Sálvanos, rey de los Judíos!" Y le golpeaban».

He aquí que la corona de Jerusalén venía a unirse a la corona de Francia para cambiar nuestras vidas. El reino cambiaba de rumbo y el rumbo era el Gólgota. Había que elevar a Francia para que soportase la corona de espinas y el que llevaba la corona de Francia debía llevar también la otra corona para devolverla un día a Jerusalén.

En mi fuero interno, la intención de partir a la cruzada surgió en ese instante como una irrupción de luz. Era el 10 de agosto de 1239, día de la fiesta de San Lorenzo mártir. Marchábamos detrás del precioso tesoro, rodeados del júbilo generalizado del pueblo que se apretujaba a los lados del camino. A la entrada de la ciudad de Sens, el arzobispo me invitó a descalzarme.

Así lo hice y vestido solo con mi túnica, y en compañía de mi hermano, el conde Roberto, que también vestía con humildad, cargamos sobre nuestros hombros el tesoro sagrado, mientras los numerosos caballeros nos seguían con los pies descalzos.

A nuestro paso, salían de sus casas aldeanos y ciudadanos que se santiguaban, entre el alborozo y la exultación. El clero iba delante en procesión y los monjes, con solemne sayal, llevaban los vasos sagrados y todas las reliquias de los santos que pueda imaginar la devoción del pueblo mientras hacían resonar alabanzas y cantos de acción de gracias.

La ciudad exponía al paso de la reliquia lo que tenía de más precioso. Resonaban todos los carillones de los órganos y los gritos de alegría del pueblo. Se encendían, en todas las plazas y en cada calle, cirios y antorchas. La Corona Santa fue conducida hasta

la iglesia del protomártir Esteban y allí fue expuesta en medio de una alegría desbordante.

Al día siguiente llevé la Reliquia en comitiva hasta París. Durante todo el trayecto del camino, fue acompañada por el pueblo entre salvas de aplausos.

El octavo día, el viernes 19 de agosto, el cofrecito estuvo sobre una plataforma construida fuera de las murallas y cerca de la iglesia de San Antonio. Era un espacio amplio con hierba. El clero revestido de albas inmaculadas rodeó la plataforma que ocupaba el centro de un amplio jardín. Mi hermano y yo una vez más despojados de nuestros vestidos y solo con la túnica fuimos los encargados de llevarla al interior de la ciudad.

Los obispos, el clero, los religiosos y los caballeros que nos precedían también se descalzaron. Después de una parada breve en el coro de la iglesia pontifical Notre-Dame, la Corona fue depositada por fin en la capilla real de San Nicolás.

Supe, por desgracia un poco más tarde, que el Imperio latino de Bizancio regresaba al abismo y el emperador Balduino, para mantenerse, continuaba haciendo dinero de las reliquias. Me propuso cederme una parte de la verdadera Cruz, más o menos de la longitud que quisiera. Esta reliquia también había sido empeñada a los ricos venecianos y no dudé en conseguirla para traerla a París durante una ceremonia, donde decidí llevarla una vez más porque quería que todo el pueblo contemplase cómo la majestad real se humillaba delante de los instrumentos de la Pasión del Salvador.

Acompañado por mi familia y rodeado de obispos, religiosos y cuantos caballeros pude reunir, fui a recibir el Madero Sagrado que tomé entre mis brazos con la cabeza descubierta y los pies desollados por el camino.

Marchaba como un rey sin corona, cubierto de un simple manto de lana. Ayuné tres días para prepararme para este momento y, subido al ambón, levanté la Cruz para enseñársela al pueblo, que cayó de rodillas, mientras mis hermanos enseñaban la Corona.

Francia latía con un solo corazón, unida al Corazón de Jesús. Se entonó el himno «Ecce Crucem», «He aquí la Cruz del Señor».

Cuando volvíamos hacia el palacio, los caballeros nos sujetaban los brazos durante el trayecto, para que el cansancio no nos obligara a dejar caer la preciosa carga. Esta ceremonia se efectuó el Viernes Santo, el 29 de marzo de 1241.

Un poco más tarde el reino acogió la Esponja con la cual Cristo moribundo fue dado de beber un poco de vinagre, el hierro de la Lanza que le perforó el costado, así como otros restos venerables de su vida terrestre y de su Pasión.

El capellán del Palacio me narró el largo camino de la Cruz emprendido a lo largo de los siglos: había sido descubierta por la emperatriz Elena, la madre de Constantino.

El emperador, en un viaje a Jerusalén, hizo derribar el templo dedicado a Venus que profanaba el lugar del Calvario. Se exhumaron allí, después de las excavaciones, el

sepulcro, la Cruz del Cristo, el título INRI así como los clavos. Elena envió una parte de la Cruz a Constantinopla y dejó la otra parte en Jerusalén, pero he aquí que ahora la Cruz está en el corazón de París en el relicario de la capilla de San Nicolás. Este tesoro de los instrumentos de la Pasión de Cristo me obligaba a vivir con una nueva realeza, porque yo era el nuevo poseedor de la Corona y de las insignias sagradas del Salvador y de la Madre de Dios. Era el heredero del emperador, un nuevo Constantino y puede que incluso más, un nuevo Moisés designado como el jefe de un pueblo renovado, sucesor del de Israel.

LUZ DE ORIENTE

Oía resonar el salmo del levantamiento:

Si yo te olvido,
Oh Jerusalén,
Que yo mismo sea
Olvidado de los hombres.

El recuerdo de Godofredo de Bouillon, primer jefe de los cruzados, volvía a mi corazón. Godofredo aceptó el cargo, pero se negó a ser Rey. No quería ceñir una corona de oro donde Cristo había llevado una corona de espinas. Tomó el título más sencillo: «Confesor del Santo Sepulcro». En cuanto a mí, yo quería ser el confesor del confesor cambiando mi corona de oro por una de espinas. Pobre corona real adornada y tallada con piedras que deslumbran a los hombres frente a aquella de súplica y de gloria eterna. Sentía en mi alma que el espíritu de sacrificio se apoderaba de mí.

La caja de oro y de esmeralda que contenían las Santas Reliquias me llamaban a peregrinar a Jerusalén y liberarla. ¡Oh, Jerusalén! Donde da fin el largo camino de las cruzadas misteriosas de la tierra y del cielo, de lo visible y de lo invisible, de lo humano y de lo divino. La tumba vacía del Santo Sepulcro me llama. La veo, la adivino y ya incluso la visito con mi corazón.

El reino de Francia me ha dado la más alta de todas las coronas, la que tiene las flores de Lis. En Oriente tendré la más preciosa que reposa en mi capilla: La Corona de Espinas, que ilumina mi palacio. Recuerdo mi noche de velar las armas y en esas vidrieras de luz se manifestaba ese despojarse del hombre cuando hice juramento de caballería.

He aquí que mi reino cambia de naturaleza: una de las dos coronas, subsidiaria, es de este mundo, la otra no lo es. Más que la púrpura del Cesar, ¿tendré el coraje de escoger el manto que revistió a Jesús, para escarnio, antes de la subida al Calvario? ¿Osaría preferir la corona de espinas del Ecce Homo a la Corona que el cielo me otorgó, por rara que sea en la unción? ¡Claro que sí! La cambiaría con gusto por mi espectro pesado por sus joyas. Lo cambiaría de buena gana por la vulgar caña que los soldados burlones, en su áspera parodia, colocaron entre los dedos del Hijo de Dios. Querría que mi vestido se volviera una túnica desgarrada. Deseo con ansia revestirme con la concha peregrina y la sandalia humilde del Gólgota. ¿Qué voy a hacer con estos tesoros reales, estas reliquias

del más pobre de los pobres; esta zarza trenzada, este pedazo de la verdadera Cruz o esta santa Esponja que le dio el vinagre o la santa Lanza que hizo brotar agua y sangre?

La capilla de San Nicolás carece de la dignidad para recibir a la celeste Jerusalén. Es demasiado material y sueño más bien con un relicario, un testimonio vidriado, una puerta del Apocalipsis, la expresión del reino de Dios hacia el cual el rey cristiano debe conducir a su pueblo. Quiero ser un rey de los últimos tiempos.

Llamo a mi amigo Pedro de Montreuil, eminente arquitecto que acaba de terminar los trabajos del refectorio de la abadía de Saint Germain des Prés. Me gusta fundar y construir. Le facilito las vías de una nueva arquitectura.

—Dibujadme un tabernáculo de luz. Constrúyeme, Pedro, una verdadera caja translúcida, adornada, esculpida como una joya única para dar abrigo a lo que es único en el mundo. Quiero que simbolice, por su ligereza y su esbeltez, la victoria absoluta del espíritu sobre el cuerpo, de lo vacío sobre la plenitud. Que el arca exprese lo inefable. Que sea un estuche de flores donde repose nuestra infancia llena de flores y de nuestras praderas. Acordaos de san Bernardo. Lo que sé de la ciencia de Dios lo he aprendido de los bosques y de los campos. No tengo más maestros que las hayas y los castaños. No pongáis hojas de acanto. Querría que reposaran las estatuas que llevarán los doce apóstoles sobre capiteles donde aparezcan el roble, el arce, el acebo y el espino blanco. Quiero escuchar a los pájaros del hermano Francisco hasta el coro.

Pedro de Montreuil me interrumpió:

—Será preciso construir un contorno exterior de contrafuertes para sostener el empuje de las bóvedas.

—No, Pierre, no lo quiero, salvo si se trata de paredes de luz donde la gracia juega con la gravedad. No edifiques una iglesia, sino dibuja más bien un estuche luminoso digno del tesoro más alto y real, el del rey de los Cielos. Sueño que esta capilla eleve a las almas como una llama incandescente, que las miradas busquen allí la luz siguiendo la luz y que, a lo largo de las ramas y la naturaleza, suba la llamada de los ángeles, totalmente allá arriba, donde el Celeste es capturado. Usted debe concebir una sinfonía de cristal donde se encuentren las luces del Mediterráneo, de Egipto y de Siria y, como sola montura, la vidriera. Para que el sol, cuando atraviese las vidrieras, arroje sus rayos ondeantes sobre las baldosas, sobre la riqueza de las alfombras de Levante y de las tierras ardientes visitadas por Cristo. Querría, Pierre, que usted imaginara un relicario oriental. Sueño que resplandezca un aroma inmenso de ramos de diamantes, de zafiros, de rubí, de esmeraldas para olvidar el cielo gris y velado de París y que las altas bayas hagan viajar a los fieles hacia las luces ardientes, en el estallido de eternos verdores y el esplendor de las lejanas montañas. Sueño que estallen los azules, los bermellones y los púrpuras. Quiero que usted, Pierre, piense en un arca de luz y mande el proyecto al maestro vidriero al cual deberá someterse. Hasta ahora la piedra ha mandado a la luz,

ahora será la luz la que mande a la piedra y esta vez vencerá. Será necesario que en el ventanal que da al norte predominen los azules que dejan pasar la luz y, al sur, los rojos que la retienen. Os corresponderá elegir la orientación y al maestro vidriero, la disposición de los colores para la luz suspendida. Hago votos para que las altas vidrieras sean escrituras divinas que viertan la claridad del verdadero sol en la Santa Capilla, es decir, en el corazón de los fieles: «y la vida era la luz de los hombres y la luz brillaba en las tinieblas y las tinieblas no la extinguieron. La luz de Oriente se difundió por la gracia del Señor y nos ha vuelto a llamar entre los muertos». Todas las iglesias miran hacia Oriente, y esta lo hará por encima de las demás. El abad Suger lo había hecho grabar en la puerta de bronce de Saint-Denis. Debe ser la trama de vuestro trabajo: «Por la belleza sensible, el alma entumecida asciende hacia la verdadera belleza y, del lugar donde yacía engullida, resucita al Cielo, contemplando la luz de sus esplendores». Haga todo lo posible para que este tabernáculo de luz sea un reflejo de la perfección radiante de la Jerusalén celeste, un equilibrio elegante entre el limón de la tierra y la pureza del cielo. No imponga ventanas ni murallas. Sacrifique, Pierre, sacrifique todo a la luz de Oriente que da al mundo la esperanza. Que cada rayo captado por el vidrio sea, para las almas prosternadas, como una caricia amorosa del Cielo. «Quiero que esta capilla sea un relicario de más allá, una peregrinación celeste».

El 26 de abril de 1248, el obispo de París consagró el relicario del relicario. Durante un largo período de tiempo, toda la familia permaneció de pie en la entrada del pórtico de la capilla y ya dentro se postergó a los pies de un Cristo que bendecía. Llevaba un globo en la mano izquierda símbolo del universo recogido en las manos del Cielo.

Sobre los basamentos laterales, rematando un jardín de flores de Lis y de castillos de Castilla, los pequeños bajorrelieves representaban escenas diversas tomadas de la Biblia. El tímpano se ilustraba con el último Juicio. Por encima de la capilla, se elevaba una flecha ligera hacia el cielo que parecía el mástil de un barco de madera de cedro que navega hacia Oriente. Un árbol de Tierra Santa. Un mástil, una estela y una llamada.

LA ESPUELA DE ASIA

—¿Qué hará mi hijo si llegan hasta nosotros?

Mi madre, con las manos en la cabeza, vacilaba. La llegada de esos monstruos prometía una lamentable ruina y las noticias eran cada vez más alarmantes. No sabía qué responderle, salvo nuestra petición de ayuda a la Providencia.

—Madre, nos apoyamos en la esperanza de las consolaciones celestes. Si llegan hasta aquí, les enviaremos de vuelta a Tartaria, el infierno de donde han salido.

—O bien son ellos quienes nos enviarán al cielo –respondió mi madre juntando las manos hacia el Todopoderoso.

Hice sonar las campanas de la Catedral de Notre Dame que llamaba a los parisinos a que se juntaran para pedir al cielo que nos ahorrase del mal tártaro. No queríamos por nada del mundo revivir los horrores bárbaros de Atila. La paz real que brillaba sobre Francia tambaleaba y los lúgubres rugidos venían de Asia anunciando tiempos difíciles.

La normal alegría y buen humor que tenía el campesino galo había desaparecido. Todos estaban aterrados por la próxima llegada de los nuevos Hunos. Al Louvre, donde palpitaba el corazón más hondo y el espíritu más activo de Francia y se concentraban los consejeros más sabios y sensatos, llegaban todos los días los correos con malas noticias que hablaban del galope lejano de estas hordas amarillas montadas en pequeños caballos con mucho pelo y que sembraban el terror.

Ya hace algunos meses o años que desde esas altas mesetas de arena y de sal donde sopla un viento violento se expanden, sobre las llanuras, bandas salidas del caldero de la gehena con sus mujeres, niños y rebaños llevando sus marmitas de bronce y tirando de carros, corriendo detrás de guerreros afeitados desde la frente hasta la fontanela, con un mechón que protege su occipucio infernal.

Recordaba a mi abuelo que ya me había avisado de la llegada de esos pueblos bárbaros que bajaban de Asia. Ya no era suficiente que velara por la paz del reino, pues hacía falta ahora escuchar el ruido sordo de las grandes aguas del diluvio que se venían encima, o más bien el murmullo de las cataratas del cielo que llegaba hasta las mismas puertas de la Ciudad con sus formas más elementales de humanidad, y apenas sus yurtas como alojamiento.

Los tártaros tenían como único objetivo borrar de la tierra todo trazo de cultura. Los relatos de algunos monjes que venían de Siberia, de China o de los Urales eran terribles y daban miedo. Estos bárbaros querían hacer el mundo una pradera libre donde pudieran, a partir de ese momento, ir de aquí para allá sin obstáculos.

Pensaban recuperar el imperio de China y para ello incendiarían toda ciudad que encontraran en su camino y degollarían a sus habitantes. Si en su avance endiablado no tenían tiempo de quemar las ciudades, se limitaban a amontonar los cadáveres de sus habitantes formando pirámides de calaveras como las de Bagdad o al menos es lo que narraba un franco que fue testigo de ello y lo puso por escrito.

Los tártaros eran grandes arqueros y ellos mismos transportaban sus barcazas para superar los ríos por profundos que fueran. Tenían fama de impíos y más vivos que los escorpiones de Arabia. Llevaban la armadura por delante ya que, si la llevaran a la espalda, podrían tener la tentación de huir. Se sabía poco de sus orígenes y se creía que descendían de brujas chinas y demonios del desierto. Destruían todo con la meticulosidad de los insectos. Los habitantes de Gotia y de Frisia vivían ya con el miedo en el cuerpo y no se atrevían a ir al río para no alejarse de los campamentos y por miedo habían dejado de ir a pescar el arenque en las costas inglesas.

Europa parecía petrificada en una carrera fatal donde ellos ponen el ritmo. El flujo tenía un nombre protagonista: Gengis Khan. Prefería que se le llamase «Emperador del Océano». Su ambición había conseguido reunir bajo su mando maléfico todas las tribus de Asia Central antes de lanzarse a la conquista del mundo. Quería que el Imperio de China, Rusia, Persia. Occidente se convirtieran en reinos vasallos.

—Es preciso arrasar las ciudades para que el mundo entero sea una sola estepa, donde las madres mongolas criarán niños libres y felices –decía Gengis Khan.

Los mongoles expandían la palabra de Khan por todos los rincones del mundo y la paz de la Cristiandad no ofrecía más que un paréntesis de agonía.

Los musulmanes pateaban las puertas de Occidente y siempre preparados para dar el paso definitivo desde el sur. También surgían otros enemigos llegados del este y del norte. El hermano predicador Juliano, en misión en el Ural, había dado la alerta:

—Quieren ir contra el Santo Imperio y, después, Roma.

Guillermo de Auvergne, obispo de París, vino a enseñarme el escrito de un prelado húngaro que contaba que ya había espías tártaros en Rusia y en Hungría. Pronto los ejércitos sucedieron a los espías y los monjes checos daban horribles detalles sobre los salvajes:

—No temen a nada ni a nadie. No adoran más que a su rey, soberano de soberanos. Son guerreros inexorables que no tienen nada de humano. Aman derramar la sangre de sus enemigos solo por mero placer. Desgarran y devoran la carne cruda de los animales, de los perros y también de hombres. Tienen una enorme cabeza sobre un cuerpo deforme. Un pecho muy ancho, piernas cortas y fuertes. Vestidos con pieles de toros. Armados con lanzas de hierro. Infatigables, de una extraña bravura. Como tienen piernas pequeñas, suben con gran velocidad a sus caballos altos y fuertes por medio de tres estribos y son capaces de recorrer en un día lo que otros tardan tres. Se alimentan de

hojas y de la corteza de los árboles. Traspasan y clavan incansablemente a sus enemigos.

Lo escrito de sus cabalgadas y el rumor de su multitud llenaban de terror a todos los pueblos. Los sarracenos temblaban y procuraban unirse a los cristianos. Parecían esos animales enemigos que cesan en sus ataques cuando presienten una catástrofe cercana.

Vi llegar a la corte del Louvre a sus embajadores implorando alianza y los socorros de Occidente. La media luna buscaba la sombra protectora de la Cruz en nombre de Sem y de Abraham, unidos en la misma amenaza.

Conforme recibíamos cartas, subía la intensidad del peligro. El jefe guerrero de los Tártaros se llamaba Souboutai. Era un genial táctico capaz de lanzar cien mil hombres sobre Polonia y doscientos mil sobre Hungría mientras que los caballeros cristianos eran incapaces de moverse con la misma rapidez, lo que les hacía presas fáciles.

En tres años de 1238 a 1241 el flujo invasor de los mongoles se había impuesto en Rusia, Bulgaria, Polonia y Hungría, donde ya eran soberanos. Los tártaros entraban en Bohemia, Moravia y también en Austria. Cracovia era presa del fuego y su fama de crueles estaba cada vez más cerca de nosotros y el miedo hacía presa de mis súbditos. Europa estaba cerca de convertirse en una espuela de Asia.

Recibí un escrito de un templario que lloraba por sus muchos hermanos muertos y me avisaba que cabalgaban en una jornada la distancia entre París y Chartres. La nube parecía cada vez más grande y avanzaba sobre Francia. Los mercaderes de la ciudad se quejaban de que sus ventas habían bajado por el miedo que había en los espíritus y se producían menos productos que de costumbre. La gente creía ver tártaros por todos los rincones de Francia y decían reconocerles en los barrios de San Honorio.

En Alemania todos aquellos que podían llevar una lanza o tener una espada eran llamados a filas incluso los hermanos legos de los conventos. Todos habían cogido la espada y la Cruz, pero los tártaros seguían avanzando y nadie les detenía y, por grande que fuera el ejército que se les enfrentaba, salían victoriosos.

Apenas se detenían tras una batalla y se dejaban llevar por una suerte de delirio que devastaba el mundo entero. Mezclaban crueldades y orgías bárbaras y entre las muchas cosas que aseguraban que iban a hacer era ir a Colonia a buscar los cuerpos de los Reyes Magos para llevarlos a su país. Otro destino era también Santiago de Compostela o que venían a ponerse al servicio de Francia como ejército feudal.

Los monjes griegos habían decidido ir a su encuentro en procesión con una gran Cruz, y con cirios encendidos en la mano y sujetos a un vaso de agua bendita.

El jefe tártaro se dejó bendecir y después les quemó a todo mientras gritaba:

—Os envío a encontrar a vuestro Dios.

También proclamó en voz alta el designio de someter la tierra entera al dominio de su Khan por si alguien tenía alguna duda. Los tártaros no proponían otra cosa a los reyes que aceptaran su ley y que se convirtieran en sus lugartenientes.

El Khan aseguró al emperador Federico que, si aceptaba ser su vasallo, le concedería un cargo en su corte. Federico contestó de manera mordaz:

—Dile que yo entiendo de pájaros y que sería un estupendo halconero.

La ironía intentaba tapar el miedo en todo Occidente, pero la realidad, por desgracia, era lo contrario.

El maestro del Temple, Pons Aubon, me escribió una carta con acentos trágicos:

—Sepa su majestad que, junto a los reyes de Bohemia y de Hungría, todos los nobles de Alemania y todas las gentes de religión han tomado la Cruz contra los nuevos Hunos. Dominicos y Hermanos menores se preparan para luchar contra los tártaros. Si son vencidos, los tártaros ya no encontrarán obstáculo alguno que les pueda hacer frente hasta Francia. Sabed que su ejército tiene dieciocho leguas de largo y doce de ancho.

Otro caballero del Temple me escribía para contarme que en el momento de entrar en Hungría consultaron con los demonios ofreciéndoles un sacrificio para conocer si había que seguir avanzando.

—Id con toda la confianza. El espíritu de discordia y mala fe os acompaña –dijeron los demonios.

Los Tártaros, vencedores de los húngaros, invadieron Bohemia y entraron en Alemania. Fue entonces cuando la ansiedad se apoderó de los más fuertes. El emperador Federico dirigió una carta a todos los príncipes cristianos. La carta decía:

—Levantaos, Germania fogosa, Francia, sede de una valiente caballería, España guerrera, Inglaterra fecunda de hombres de virtud y protegida por los barcos. Suabia llena de impetuosos soldados. Dinamarca con sus audaces marineros. Levantaos, corsarios invencibles de Grecia y de Toscana; hombres de los pantanos de la Noruega helada. ¡Que toda noble región que yace bajo el hemisferio occidental envíe su ejército bajo la bandera de la cruz contra los Tártaros!

Por desgracia, la Cristiandad no podía unirse. Estaba desgarrada por el gran enfrentamiento entre el Papa y el emperador.

Gregorio IX había excomulgado a Federico II. Aconteció que el Emperador dio órdenes a los Pisanos para que fueran encarcelados prelados franceses que viajaban a Roma por mandato del Papa. Yo le hice llegar un mensaje al emperador:

—Nuestro reino no está debilitado hasta el punto de dejarse manejar por vos a golpe de espuelas.

Ninguno de los dos vicarios, espiritual y temporal, miraban a los tártaros, se miraban uno al otro.

Veían en los peligros exteriores la ocasión de nuevas disputas. Federico me hizo llegar una larga carta donde no mencionaba otra cosa que sus problemas con el Papa.

—¿Cómo vamos a rechazar a los tártaros cuando tenemos todas las penas del mundo y no somos capaces de superar nuestros enemigos internos? No nos extrañemos, querido

Luis, que vuestra prudencia no resuelva las trampas del Papa y no adivine sus codicias. Su insaciable ambición le inclina a someter bajo su dominio a todos los demás reinos cristianos. Para reducir bajo su voluntad la grandeza imperial, tiene la osadía, en su esfuerzo presuntuoso y su audacia temeraria, de hacerme sufrir un ultraje aún más grande.

Gregorio IX era ya casi centenario y estaba a punto de morir y había vivido siempre presionado por las tropas imperiales. Sufría de piedras en el riñón y necesitaba imperiosamente cada primavera ir a tomar los baños de Viterbo que le aliviaban. Por desgracia no encontraba bastantes fuerzas, para encauzar sus resoluciones con respecto a Federico. Expiró el 21 de agosto de 1241 y la Iglesia permaneció privada de sumo pontífice durante cerca de veinte meses. En ese ínterin de tiempo, por fin llegó una noticia feliz al Louvre: el Cielo había devuelto el huracán mongol a Asia.

El rey de Tartaria acababa de fallecer y las hordas sanguinarias decidieron volver a las inmensidades de las estepas del infierno tartárico. Podíamos respirar de nuevo. Por poco tiempo, pues se oía en la lejanía la llamada de Jerusalén y de Constantinopla que suplicaba. Una amenaza se había evaporado, otra venía hacia nosotros.

LA FIEBRE

Mi familia había llorado la muerte de un ángel llamado Blanca, pero el cielo nos había enviado a una maravillosa Isabel, nacida en 1242 y, cuando escribo esto, tiene dos años. Margarita, de nuevo en cinta, quería atravesar La Mancha y reunirse con su hermana Sancie, que había partido a Inglaterra el 13 de noviembre 1243.

La madre de las reinas de Francia e Inglaterra, Beatriz de Provenza, contaba con la presencia de todas sus hijas para la ceremonia. Esta mujer madura, pero bien conservada, de gran cortesía, desafiaba los años con su belleza.

Fue ella quien había acordado los esponsales de su tercera hija, que casaba con un rey. La ceremonia fue en la abadía de Westminster, el 23 de noviembre, en la solemnidad de San Clemente. Sancie se casaba con el hermano de Enrique III, Ricardo de Cornualles.

La paz con Inglaterra, perfumada con lavanda de la Provenza, hacía cantar a las cigarras de Oxford. La guerra entre mi madre y mi mujer conocía una tregua. El motivo es que cada una había elegido su hogar. Mi madre visitaba poco la Corte, pues residía en el palacio de Nesle, y Margarita, en Pontoise.

Cada una de las dos tenía una idea distinta sobre Francia. Margarita deseaba la unión de los dos reinos, Inglaterra y Francia, para acercarse a sus hermanas mezclando así la razón con el sentimiento. La reina Blanca seguía, en cambio, con la idea de los Capeto con esa Francia cada vez más grande que despuntaba más allá del Ródano y pronto del Mosa y el Escaut.

Pese a todo, no sabía cómo conseguir la armonía real. Cada vez que se juntaban, saltaban chispas entre dos reinas de lo irritables que eran.

Un dominico de la Universidad, el hermano Tomás, que venía de Italia, me había hecho notar a raíz de una conversación que la pasión del poder podía a veces eclipsar todas las ternuras, incluso dentro de las familias más razonables y el buen fraile llevaba razón. A la reina Blanca daba las gracias por haber conseguido la paz con los nobles, pero a la reina Margarita debía desde hace meses la permanencia del reino por el nuevo hijo que acababa de nacer.

Llamé a Guillermo, obispo de París, para que bautizara a mi pequeño príncipe y al abad de San Denis, Eudes Clemente, para que le sostuviera sobre las fuentes del baptisterio.

Mensajeros anunciaron por todo el reino su nacimiento que llenó de alegría los corazones de todos sus habitantes ya que el futuro de Francia estaba asegurado y se

llamaría Luis como yo.

Margarita había tenido un parto complicado y temimos lo peor por culpa de un joven médico de Montpellier a la hora de usar el fórceps. A raíz de aquello, fue con grandes dificultades que los médicos consiguieron que se recuperara, pero, cuando lo hizo, ella misma expresó el deseo que toda la familia peregrinara para dar gracias al Cielo por el nacimiento del primer hijo a los acantilados de Rocamadour donde el abad de Tulle, Pedro de Malemort, nos esperaba para conducirnos con rapidez hasta el lugar de la pequeña estatua llegada del Oriente que me daba tanta devoción.

En un repliegue de la alta roca, apenas visible, envuelta en la penumbra y espumas húmedas, nos esperaba la Virgen Negra de San Amadour, dispensadora de vida con su mirada dulce y a la vez triste, con los brazos abiertos y su Hijo sentado sobre la pierna izquierda. Tenía la cara y las manos recubiertas de lágrimas de plata. Mi madre deslizó en mi oído las mismas palabras que son el estandarte de la Virgen de Rocamadour, dichas en un momento de desesperanza durante la batalla de Navas de Tolosa y que salvó a mi antepasado.

Cerca del nicho funerario Saint Amadour, una espada oxidada estaba fija en la roca. Desde mi infancia y en mi primer viaje a este lugar, cuando vine con mi padre, me habían contado esta leyenda: Rolando había lanzado su espada tan lejos que vino a clavarse en el muro del oratorio donde él mismo se había detenido para recogerse algunos días antes del desastre de Roncesvalles.

A la salida de la gruta, al pie de esta vieja montaña donde estaban recogidas tantas lágrimas de pena desde el tiempo de Carlomagno, un correo me esperaba para darme una terrible noticia que venía de Tierra Santa.

Los infieles habían ocupado Tiberiades, Jerusalén, Ascalón y Damasco. Habían masacrado a las mujeres, viejos, enfermos y niños que se habían refugiado en la iglesia del Santo Sepulcro. La noticia me hizo titubear. Parecía que estuviera sobre una pared muy alta, afectado por el vértigo del vacío en un sendero agrietado por la villanía y con el corazón atravesado.

> Oh pequeña Virgen de Oriente,
> pequeña Virgen Negra sobre esta roca donde son acogidas las tristezas
> y las humildades de los hombres.
> Préstame tu estandarte para ir más allá del mar.

Nuestra vuelta fue mala y agobiante. Caí enfermo con fuerte fiebre acompañada de flujos en el vientre. Era el 10 de diciembre de 1244 y se celebraba Santa Lucía.

Fue llegar a la residencia real de Pontoise que me obligaron a guardar cama. Mi médico, Juan Pitard, llegó con prontitud. Desplegó cerca del baldaquino su sombrero de

doctor y su gran maletín donde traía sus utensilios y ver tantos me hizo pensar que el asunto era serio. Durante varios días, agotó todo su saber sin el más mínimo signo de curación. Me administró todos los ungüentos medicinales que él había traído en su estuche con el fin de forzar a la disimulada enfermedad a que se expresara en la piel para ser reconocida, pero yo empeoraba.

Se llamó a otro médico que vivía sobre el pequeño Puente. Cuando vino, trajo un instrumental de medicina árabe. Me hizo tomar zumos de huevos batidos con malvasías y ramas de partículas varias y un poco de ámbar gris. Poco a poco caí en un profundo letargo. Podía medir la gravedad de mi enfermedad por el número de familiares que me visitaban y permanecían sentados junto a mi cama y hubo un momento en que toda la familia estaba allí: Alfonso llegó de Poitiers, Roberto de Artois, Carlos de Anjou e Isabel de Longchamp.

Mis piernas se endurecían. Mi madre me cogía la mano con frecuencia y daba violentos suspiros. De repente cruzó la mirada con Juan Pitard y se dio cuenta de que la medicina no iba a ser suficiente para salvar a su hijo. Gritó con voz entre lágrimas y dijo:

—Señor, salva hoy al reino de Francia.

En plena noche, vi que aplicaba sobre mi cuerpo la Corona de Espinas, la Lanza y la Esponja que había ordenado traer. Quería que Cristo se dignara visitarme y me devolviera la salud.

Hizo abrir las criptas de los cuerpos de san Denis y de sus compañeros, san Eleuterio y santa Rústica para exponerles a la veneración de los fieles.

La procesión de las reliquias llegó hasta mi habitación. No tuve tiempo de decir adiós a mis hermanos y hermana así como a mi mujer y a mi madre que intercambiaban palabras en voz baja llenas de dolor y desolación. Era evidente que me moría. Mi habitación se llenó de dulzura entre el olor de los cirios y las ceras de la misericordia. De repente sentí como un gas ligero sobre mi cara y me cerraban los ojos. Los obispos de París y de Meaux arrodillados a ambos lados de la cama recitaban con voz baja las oraciones de los moribundos.

Sentí que mi cuerpo se paraba y que ya no era capaz de hablar. Adiviné en ese momento como si hubiera una gran disputa en medio de suspiros y lágrimas. Eran mis dos mujeres de Palacio que me velaban. La primera me creía tan a punto de morir que quiso arrojarme la sábana sobre mi cara. Ella decía que estaba muerto. Yo también lo pensaba, pero al mismo tiempo oía lo que decía. La segunda mujer estaba al otro lado de la cama y, mientras me tocaba la frente, murmuraba en voz baja:

—Creo que aún tiene el alma en su cuerpo.

El obispo de París no escuchó más que la primera voz, la voz de mi mujer, y se volvió hacia la habitación mortuoria para decir:

—Todo ha terminado.

LA PROMESA

Las mujeres que me velan se acercaron para limpiar mi cuerpo ya muerto. Yo pensaba, en mi semiconsciencia:

—Heme aquí entre las dos Jerusalén, la celeste y la terrena. Si tú quieres, Señor, volveré de la primera e iré a la segunda.

Fue entonces cuando mi mano izquierda agarró el trozo de la Cruz para ponerla encima de mi pecho que empezaba de nuevo a respirar y sentí descender un flujo de calor que me llegaba hasta las piernas. Volvió mi voz baja y sorda que parecía salir de las profundidades del abismo:

—Por la Gracia de Dios, el sol de Oriente ha venido a visitarme de lo alto de los Cielos y me ha llamado entre los muertos.

Esta voz me hizo levantar con rapidez y me senté sobre mi trasero de tal modo que hizo tambalearse a los dos obispos que ya habían decidido que el corazón había dejado de palpitar. Les pedía por signos que dejaran la Cruz sobre mi pecho y mi madre, que había entendido lo que pasaba, suplicó al obispo de París que la dejara.

Los dos prelados unieron sus oraciones a las de mi madre, que estaba como enloquecida entre la alegría y la inquietud. Me pidieron que esperara a ver confirmada mi curación. Eran las malas noticias que venían de Levante que habían provocado mi mal, pero el mundo de los muertos me había recordado mi juramento y mi voto de partir de cruzada.

Estaba muerto como rey de la Paz y me desperté como peregrino en un holocausto voluntario. Tenía treinta años como Cristo cuando se bautizó en las aguas del Jordán donde recibió la plenitud de la llamada. Un nuevo reino se anunciaba para mí, pues la enfermedad, al borde de la muerte, me había despojado del hombre viejo para no tener más honor que partir y devolver los huesos de Godofredo de Bouillon que habían sido lanzados a las llamas y arrojados a las inmundicias a una digna tumba.

Me trajeron la carta del gran maestre del Temple y de los prelados de Oriente dirigida a «Luis, el rey de los reyes de la Tierra».

Veía mi curación como un signo de la Cruz. Había que prepararse sin tardanza para partir. Jerusalén había caído en las manos de los turcos y pedía socorro. La Siria santa de los francos conquistada por la espada moría. El islam se expandía por todos los rincones de la tierra desde los ríos de Asia a los de África; desde el oriente hacia el occidente y reinaba sobre la tierra.

Era preciso ir allá y arrancar la nueva fe y la Tumba de Cristo de las manos de

aquellos infieles, restaurar el patrimonio común de toda la cristiandad y hacer respetar el derecho de los habitantes para restablecer la ruta de los peregrinos y encontrar la unidad entre los Francos.

Muchos de los cristianos que habían rezado por mí para que volviera a la vida decían:

—Nuestro Señor actuó en él. Fue por los lloros y las oraciones de las buenas gentes que el Señor tuvo piedad.

Había sido llamado entre los muertos para salvar la Tierra Santa y convertirla. Pensaba en el voto del hermano Francisco:

—Si cumplo este voto, no será para mi bien, sino para el vuestro. Tenía piedad de vuestras almas que deben perecer.

Un día, desde las murallas de Damieta, donde velaban los centinelas, vieron a un monje que se acercaba entre cantos y con los pies desnudos, cabellos al viento y vestido con una tela larga gruesa y a la cintura una cuerda de cáñamo. Entre los silbidos de las flechas y los gritos de los arqueros, la voz hacía disminuir la cólera y se oía más alta:

—Soy cristiano, llevadme a vuestro jefe.

> Pequeño hermano de los hombres,
> San Francisco, escúchame.
> Ayúdame, te lo suplico a partir allá donde tú estuviste antes.
> Ayúdame a traer de nuevo a los paganos a la fe de Dios
> y llevaré hasta allí la flor de los señoríos del mundo.

Había pedido a los dos obispos que fueran ellos quienes me pusieran el signo de los cruzados. Estaban tan asustados que quisieron persuadirme con todos los argumentos posibles.

Pero yo insistía con fuerza y fue preciso que les obligara a obedecerme. El obispo de París cedió y me la dio de sus manos. La recibí con emoción y dulzura sobre mi pecho que aún vibraba, mientras veía los rostros consternados de prelados, nobles y sobre todo de mi familia.

Mi madre llevó luto como si me hubiera muerto. Quería que renunciara a mi destino en favor de los intereses del reino que en mi ausencia estaría expuesto a muchos peligros. Los obispos me recordaban los graves compromisos que tenía con Francia y que mi voto de partir a Tierra Santa no había sido más que una alteración de mis sentidos por lo vivido:

—Una dispensa es siempre posible –decían.

Un día, durante la asamblea, disimulé que estaba convencido con sus argumentos:

—Pretendéis decirme que han sido las fiebres y mi incapacidad para pensar los

causantes de tomar la Cruz. Pues bien, como me lo aconsejáis, he aquí que me despojo de la Cruz y la devuelvo.

Arranqué la Cruz de mi pecho mientras decía estas palabras. Esa Cruz me la había cosido mi hermana Isabel el mismo día que volví a la vida. Se la di al obispo de París:

—Señor obispo, tomad la Cruz. Os la devuelvo con plena libertad.

El palacio se llenó de alegría y no digamos el obispo, pero volví a tomar la palabra:

—Ahora veis con vuestros propios ojos que no estoy enfermo. Soy dueño de mis decisiones. He recuperado la salud, la razón y el sentido. ¿Estamos de acuerdo? Entonces, si es así, os pido que me devolváis la Cruz y pongo a Dios como testigo que todo lo sabe que no comeré nada hasta que haya sido de nuevo marcado por la Cruz.

Tomé la Cruz, mientras los asistentes bajaron la cabeza ante mis palabras. Mi hermana Isabel sonreía y Margarita, angustiada y al mismo tiempo alegre de tenerme de nuevo, vigilaba la mirada encolerizada de mi madre.

La nobleza eclesiástica estaba inquieta por tener que pagar los diezmos del viaje. Los otros nobles, los laicos, se inquietaban porque debían partir y abandonar sus tierras.

Al día siguiente, pedí al nuevo Papa, Inocencio IV, que predicara la Cruzada. Se convocó un parlamento en París en el mes de octubre de 1245 donde los prelados y señores del reino asistieron en gran número y el legado, Eudes de Chateauroux, predicó a la ilustre asamblea.

Tras la asamblea, hablé con mi madre para consolarla, pues su avanzada edad le hacía presagiar que no me volvería a ver. Era un sentimiento lógico y natural, propio de una madre contrariada, pero no entendía por qué ella, hija de las Navas de Tolosa y de la Reconquista, tenía tal rechazo a que peregrinara a Jerusalén y reconozco que sus palabras me hicieron dudar.

Me explicó en primer lugar que mi enfermedad me exponía a graves recaídas, pues la disentería, en opinión de Juan Pitard y todos los médicos, podía ser mortal en un país sumido en terribles calores y con agua putrefacta. Pensaba también en la salud del reino en medio de un mundo que conocía sacudidas y peligros. Francia seguía con el peligro de las águilas y los leopardos.

De pronto, evocó las tierras allende el mar con nuevas palabras que me sorprendieron. Ella, que era la nieta de Alfonso de Castilla, el mismo que había hecho retroceder a los moros en Tolosa, pensaba que el tiempo de las armas había terminado:

—Las últimas peregrinaciones han fracasado. Allí, encontrarás reyezuelos fríos, nobles que no tienen más ideales que ser nobles, pequeños señores llenos de vileza que negocian con mediocres sultanes y que están dispuestos a ponerse el turbante y cambiar de bando. Las cosas han cambiado, ya no son como antes. Ya no hay mundo que conquistar, pero sí que convertir. Y también en nuestro país. Nos lo están recordando siempre nuestros hermanos predicadores. Es más importante la conversión interior que

puede elevar a nuestras almas hacia una Jerusalén celeste que haga menos necesaria reconquistar la Jerusalén terrestre.

—Sí, madre, pero los infieles han esclavizado Tierra Santa. Si queremos devolver la dignidad a Jerusalén, lo primero es expulsarles.

—Nunca tendremos sus almas por medio de nuestras espadas. Sería mejor convertirles. Si debes ir allí, llenad vuestras naves de hermanos mendicantes más que de caballeros armados. Y, ya allí, haced entender a los Sarracenos esta nueva melodía que les quemará el corazón mejor que un fuego griego.

LA OTRA CRUZADA

El Patriarca de Constantinopla gritaba en nombre del Imperio Latino de Oriente que les habíamos abandonado a la suerte de los tártaros que amenazaban Occidente con una invasión apocalíptica. Todos los corazones temblaban con las desgracias de Tierra Santa y testigos y víctimas de aquellas pruebas habían llegado a Lyon para pedir ayuda a los obispos reunidos en concilio. Jerusalén llamaba, Constantinopla suplicaba, pero el Papa tenía su espíritu ocupado en mantener su discordia con el Imperio y no dejaba de atizar sus brasas para mostrar lo que llamaba «La espada medicinal de San Pedro».

Los dos vicarios de Cristo seguían con su cuerpo a cuerpo. Y me preguntaba: ¿para qué podría servir a un legado predicar la cruzada en pleno París durante la celebración de un gran parlamento? ¿Para qué decidir una moratoria sobre las deudas en todo el dominio y de anunciar a los cristianos de Oriente mi resolución de ir en su ayuda si la guerra entre el Papa y el emperador consumía las vivas energías hacia otra cruzada, la de Inocencio IV?

Estaba convencido de la necesidad de mantener la amistad con el Papa y el emperador me lo pedía como un servicio a la paz y la reconciliación, pero, como el Papa se había refugiado en Lyon donde tenía su residencia, era él quien tenía que venir a verme. Por fin el encuentro fue concretado para noviembre de 1245 en Cluny.

El concilio de Inocencio IV se había reunido en el refectorio de la abadía de Saint Just en julio de 1245 con el objetivo de sellar la sentencia de deposición y excomunión del emperador Federico. El Papa podía despojarle de sus honores y desatar a sus vasallos del juramento de fidelidad y así los príncipes del Imperio se verían obligados a elegir un nuevo emperador. Todos los prelados que estaban en el refectorio en el momento del exordio tenían los cirios encendidos y, con una sola voz, pronunciaron la condena de anatema al emperador pidiendo para él todas las maldiciones divinas.

Federico solicitó mi ayuda:

—Soy yo el primero, pero tened por cierto que terminarán con los demás reyes y con Vos. El Papa se ha glorificado públicamente en Lyon. Quiere que no haya resistencia alguna a su poder y que nuestro poder de reyes esté a sus pies. La justicia de mi causa es también la vuestra y la de vuestros herederos.

Mi impresión en esta querella era que los dos tenían razón y los dos estaban equivocados. Federico actuaba bien cuando hacía oír sus acusaciones contra la avaricia y la ambición de la Iglesia. Inocencio IV se equivocaba cuando se comportaba como un potentado más que como un padre apostólico. Pero Federico se dejaba llevar por el

exceso cuando escribía:

—El Papa quiere quitarme del trono. No somos los primeros y no seremos los últimos. ¿Cómo tú, Luis, rey de Francia, puedes dar muestras de tanta docilidad a esos hipócritas de la santidad? Es tal su avaricia que les hace creer que el Jordán les brotará un día en la boca ¿Qué servicios os prestan esos pretendidos pobres de Cristo, enriquecidos por vuestros diezmos y limosnas? ¡Cuánto más dais con largueza, más alargan sus manos con gula, y no solo la mano, también el brazo hasta el codo!

Por desgracia, Federico estaba equivocado cuando me aseguraba que los clérigos romanos se habían alejado de la Iglesia primitiva y de sus pobrezas, pero su temperamento era demasiado vivo y le llevaba a no vivir la templanza en sus declaraciones:

—Mirad a estos clérigos sometidos al mundo, borrachos por las delicias mundanas y que ponen al Señor después de todo lo demás. El espíritu religioso está apagado por las riquezas. Debéis, Luis, con todos los demás príncipes, poner todos los medios para que esos hombres abandonen lo superfluo y que sirvan ya a Dios con la pobreza.

El emperador se hacía representar con bustos a la romana. La cabeza con laurel y una clámide sobre la espalda sostenida por una fíbula. En lo físico, era un coloso. Su fuerza estaba por encima de cualquier hombre. Se decía que los animales temblaban cuando se aproximaba. Veían en él un león. En Roma, los príncipes de la Iglesia le llamaban:

«El asombro del mundo». Era un príncipe suabo, bello y valiente como el mismo Sigfrido, que vencía a gigantes y monstruos.

Se educó en el corazón de Italia meridional donde la fe era en ocasiones tambaleante. Se vivía en medio de una mezcla de creencias herederas de la dominación árabe de Sicilia.

Vivía rodeado de mahometanos. Sus largas disputas con la Iglesia no hacían otra cosa que disminuir aún más sus sentimientos religiosos. Había sido un cruzado, pero su paso por Tierra Santa le había hecho disminuir su fe, pues el sultán egipcio le había ganado su corazón. Era visto allí como un poeta, hablaba todas las lenguas de su tiempo, conocedor de la filosofía y ciencias naturales. De imaginación viva y alegre, se había enamorado de los brillantes saberes musulmanes en las artes y en las ciencias aunque había mucho de apariencia. Vivió en Palestina como un príncipe musulmán y, cuando regresó, era más musulmán que cristiano y su corte adquirió formas orientales.

Los Papas le reprochaban rodearse de astrólogos árabes a quienes consultaba sobre aspectos oscuros de la física y el porvenir de sus empresas. Tenía una guardia personal de Sarracenos y la emperatriz, de eunucos moros. La judicatura estaba en manos de los musulmanes. Fundó una universidad árabe. Tenía concubinas o al menos bailarinas árabes. Palermo se había convertido en una ciudad de encuentro de sabios de todas las naciones así como de trovadores y artistas que venían en busca de la generosidad del

emperador.

Decía palabras impías que le producían estallidos de risa. Alababa los anocheceres de su país y la embriaguez italiana de sus paisajes:

—¡Ah! Si Dios hubiera conocido el reino de Nápoles, no habría preferido las rocas áridas de Judea.

Sobre esto, el Papa tenía razón: Federico era un libertino y puede que sacrílego. Inocencio IV soñaba con organizar una cruzada de liberación contra este príncipe excomulgado que le amenazaba hasta en Roma y me pedía ayuda.

Como rey, consideraba peligrosa esta idea de la cruzada y más si lo importante era liberar el Santo Sepulcro. Era necesario convencerle de ello y juntar las dos mitades de la Cristiandad. Mi encuentro con el Papa tendría lugar, como ya he dicho, en la abadía de Cluny. Quería antes del encuentro comprobar que con mi partida a Tierra Santa no tendría preocupación alguna con las tierras occidentales. Quería también que la Iglesia se comprometiera a garantizarme que no habría una invasión de mi reino por parte de Inglaterra durante mi ausencia. El encuentro estaba fijado en Cluny para el 30 de noviembre de 1245. Mi madre me había dado un consejo:

—Frente al apóstol, es preciso no dudar en mostrar la fuerza, que es una virtud, si no, él te pisoteará con su mula papal.

La escolta real era de fuerte presencia. Desfilaba con un ejército con armaduras brillantes y batallones en orden. Todo ofrecía un bello espectáculo. Delante marchaban cien oficiales a caballo con una ballesta cada uno en la mano. Montaban fieros caballos ricamente protegidos. Seguían cien caballeros con cotas de malla brillantes y el escudo colgado en el cuello. Una tercera formación traían las espadas en el puño. Quería con este despliegue de fuerza enviar una señal inequívoca a Occidente, al Papa, al emperador e incluso a la Provenza. No era momento de aparentar debilidad. Entré a caballo bajo el pórtico de la prestigiosa abadía de Cluny y fui a recogerme en oración al interior de la iglesia.

Los edificios monásticos eran como un gran navío. El séquito del Papa y mi corte pudieron alojarse en el convento sin perturbar la vida de los monjes. Eso da una idea de la cantidad de habitaciones que allí había. Los monjes seguían con su vida como si toda aquella gente que allí estábamos no fuéramos más que una multitud habitual de peregrinos. Me recibió el legado vestido de púrpura, después el abad benedictino y algunos monjes de Cister vestidos de blanco así como abades de otros monasterios y los Patriarcas de Antioquía y Constantinopla.

El Papa me esperaba y yo fui hacia él en compañía de toda mi familia. Llevaba sobre su cabeza la tiara de las tres coronas de oro y un cinturón blanco tornasolado y sus armas personales genovesas en plata y azul. Tras de mí, mi madre se arrodilló para besarle el anillo. Después, mi hermano Roberto, Isabel, Alfonso y Carlos. También quise ir

acompañado de nobles, como el duque de Borgoña, el conde de Dampierre así como señores de Borbón y Beaujeu.

Al día siguiente por la mañana, la asamblea se reunió en la inmensa sala abacial donde oímos la misa de San Andrés celebrada por el Papa. Me di cuenta de que los doce cardenales iban con un nuevo sombrero. Supuse que había sido una decisión reciente tomada en el concilio de Lyon.

Me explicaron que el color rojo del sombrero significaba que debían estar preparados para morir por el Papa. El mensaje era claro: el Papa también preparaba su ejército. Permanecimos siete días en Cluny. A las conversaciones con el Papa solo acudía la reina Blanca y duraban desde la comida del mediodía hasta el rezo de completas.

LA SERPIENTE

En mi conversación con el Papa obtuve su consentimiento a la boda provenzal de mi hermano Carlos con la hermana de Margarita y a un acuerdo no malo sobre Tierra Santa, pero todo cambió cuando Inocencio IV con su carácter genovés me dijo:

—Hemos venido a Cluny a pedir vuestro apoyo y vuestra obediencia.

—Yo he venido a pedir la paz. La paz entre el Santo Padre y el emperador Federico de Hohenstaufen –contesté.

—Yo también quiero la paz. No soy yo quien hace la guerra al emperador. Es él quien ha buscado la querella hasta el extremo de estar en contra del concilio de Lyon, que ha decidido destituirle.

—Pero, Santo Padre, miembros de vuestra curia os han informado de turbaciones que produce esta querella en Occidente. Estas manifestaciones envenenadas que os intercambiáis remueven en profundidad los espíritus y despiertan a los enemigos de la corte romana.

—¿Dais a entender que el rey de Francia apoya al emperador antes que al Papa?

—No. No tomo partido por ninguno de los dos. Cuando es Vos quien ha sido amenazado, os he protegido. Pero estoy aquí para que el Papa considere el ofrecimiento que Federico me ha pedido que le transmita. Por mi voz, propone a Vuestra Santidad de partir a Tierra Santa para ya no más volver con tal que su hijo sea reconocido como sucesor legítimo en el trono del Santo Imperio Romano Germánico y que él mismo sea absuelto de todos sus pecados y también se ofrece a luchar contra los Tártaros. Por tanto el Rey de Francia anima al Papa que considere con prontitud este acuerdo.

—¿Cuántas veces ha pronunciado parecidas promesas o incluso las ha jurado para luego incumplirlas enseguida?

—Pero esta guerra en el interior de la Cristiandad es absurda. Nos agota y nos aleja de Tierra Santa. Debilita a todos aquellos que, como yo, desean ir de cruzada. Las dos cosas no tienen la misma naturaleza.

—Hay tanto mérito en combatir a Federico, enemigo de la fe, que ir a Tierra Santa a luchar contra los infieles.

—No, Santo Padre. Vuestra guerra no es más que una querella de familia. La otra cruzada es una guerra de civilización. ¿No adiviná is el peligro de esta división? Compromete a la fe, a la tranquilidad de Occidente, la supervivencia de los estados latinos y la autoridad de la misma Iglesia.

—Señor, rey de Francia, mi querido hijo, no es solo nuestra causa de lo que se trata,

es la de toda la Cristiandad. El emperador es indigno de nuestra fe. Cómo entender lo que ha redactado y sellado. Le leo: «¿Por qué lazo me encadenaría a este Prometeo de las mil formas?». Así nos trata. Promete, jura por su alma y después perjura.

—Santo Padre. ¿No se lee en el Evangelio que se debe perdonar hasta setenta veces siete a quien pide perdón? Hoy es necesario considerar lo complicado de los tiempos que se avecinan. Tierra Santa roza el abismo y su libertad exige la unidad de los cristianos. Aunque la posición del emperador me parece inadecuada.

—¿En qué os serviría el emperador para vuestra cruzada?

—Federico domina los puertos, las islas y tierras que me permiten un viaje más tranquilo y me ha prometido su ayuda. Santo Padre, os lo ruego, os lo aconsejo por mí y por miles de peregrinos que esperan una feliz travesía: en el nombre de la Iglesia universal y de la Cristiandad, recibid y aceptad la gran humillación de un gran príncipe. Sigo los pasos de Cristo, del que soy el vicario en la Tierra.

El Papa echó la cabeza hacia atrás. Se negaba a conceder a Federico el favor que yo le pedía.

Entonces cambié de tono. Me animó a ello su rostro severo, inflexible y desdeñoso con esta tiara de diamantes y sobre todo por sus cabezonerías.

—Si lo de Tierra Santa supone problemas, será sobre vos donde recaiga la responsabilidad. Sea lo que fuere lo que suceda, cuidad a Francia como la pupila de vuestros ojos, pues, como ya sabe, vuestra prosperidad y la de toda la Cristiandad dependen de su tranquilidad.

—Mientras yo viva, seré fiel con Francia contra vuestro vasallo, el rey de Inglaterra, o contra cualquiera que osara levantar la mano contra vuestro reino, aprovechándose de vuestra ausencia. En cuanto a la serpiente…

—¿A quién llamáis así?

—¡Al emperador!

—Injuria inútil que solo sirve para alimentar el rencor.

—No escucháis lo que él dice de nosotros: «He aquí el jefe de esto, pastores que no llevan a las ovejas a pastar, pero que pastan ellos mismos». Sí, Federico es una serpiente. ¿Sabéis Vos que fue nuestro ilustre predecesor Inocencio III quien aceptó ser el tutor del pequeño huérfano? ¿Podéis Vos comprender el dolor de la Iglesia de Cristo, la Iglesia que le había acogido por así decir al salir del vientre de su madre, que le había alimentado de sus pechos, llevado sobre sus hombros, le había instruido y arrancado muchas veces de las garras de aquellos que le querían matar? Por desgracia, la Iglesia de Cristo cree que educa hijos cuando, con frecuencia, alimenta en su seno serpientes que no cesan de escupir sobre ella su veneno. ¿Vos no veis que esta serpiente quiere restablecer para su provecho el poder del César?

—Y Vos mismo, Santo Padre, ¿no entendéis algunas de sus verdades?

—¿Qué verdades?

—Dice lo que podría decir el rey de Francia: demasiados clérigos dados a las cosas del siglo, borrachos de placeres, dejan a Dios de lado porque la abundancia de sus riquezas apaga su fe.

Era más de lo que podía oír. El Papa se levantó para poner fin a la conversación y fue preciso esperar dos días para reanudar las conversaciones. Renuncié a comprometerme con sus decisiones contra el emperador ya que otras cuestiones de discordia entre Francia y el papado me parecían más apremiantes por hablar.

LA GRAN LUZ

Ya tarde, casi al anochecer, estaba en mi habitación con la puerta cerrada y con los codos apoyados sobre el alféizar de la ventana contemplando los rosales que ascendían entre las paredes del viejo claustro. Mi alma recorre los tejados de los ábsides y después baja por los corredores encalados de blanco donde se escuchan pasos tardíos de alabanza o de insomnio.

Ves el peso del tiempo y del silencio perpetuo sobre las paredes cuando entras aquí y lo sientes hasta en el cuerpo. Un peso que se extiende, pero que alivia a la vez llevado de su misterio.

Entre el abandono y las gracias benedictinas de Cluny, percibo, sin darme cuenta, cómo la oración humilde invade mi alma. Además bajo estas bóvedas es más sencillo desprenderse de orgullos absurdos.

Este murmullo del canto gregoriano que sube día y noche por los capiteles. Estos cantos han aliviado a tantos atormentados y apaciguado a tantos violentos…

Con el pensamiento visito famosas salas capitulares, donde aún flota el recuerdo de Pedro el Venerable, el primer predicador que animó a los creyentes a interesarse por los textos del Corán.

Todos quienes se arrodillaron, todas las artes de la Cristiandad han encontrado su momento y han sido perpetuados en la piedra. Desde siglos, han tirado de la misma cuerda, sonado la misma campana para avisar el amanecer o el anochecer o para el toque de difunto por monjes sepultados bajo la misma tierra y con el mismo sayal que usaron para trabajar o para rezar.

Cluny es un monumento al alma que nunca muere. No soy capaz de dormirme. Me hago preguntas. Me traslado al pensamiento del Papa. ¿Qué puede estar pensando el Papa en este momento? Sin duda recupera fuerzas. Puede que busque cómo reafirmarse en sus obstinaciones cuando amanezca. Con estos pensamientos pasé la noche en vela. Al día siguiente, me reuní con el consejo real en el refectorio para madurar la próxima reunión. Los prelados y nobles de Francia me imploraron:

—No habléis con Él de sus problemas con el emperador. Habladle de nuestros problemas con el papado.

Todos los consejeros de la Curia opinaban lo mismo sobre las usurpaciones de la Santa Sede en materia de jurisdicción y de manera espacial de los impuestos exagerados de los enviados del Pontífice que recorrían Francia y también el número exagerado de excomuniones.

El segundo encuentro se desarrolló de manera diferente al anterior. Estuvimos más combativos. Yo permanecía de pie. Me acompañaba mi madre, que también permanecía de pie. Esperábamos que el Papa nos invitase a sentarnos a su lado, en un banco de piedra. No dio ningún signo de ello. No parecía que estuviera muy amable, más bien al contrario. Me miró con desdén:

—En estos tiempos difíciles, mandamos al rey de Francia que dé ejemplo.

—¿De qué ejemplo me habláis, Santo Padre?

—De obediencia a la Iglesia.

—La tenéis y lo sabéis, en todo lo que toca a la fe. La Iglesia podrá contar con el celo de la familia real. Si me pedís obediencia sobre cuestiones de gobierno, el rey de Francia no reconoce ninguna autoridad superior.

—Sin embargo, existe, por encima de vos, un superior, el Todo Poderoso, y yo soy Su Representante en la tierra. Yo soy Dios.

—Vos sois Dios y yo también.

—Vos no tenéis vuestra parte del Altísimo salvo que sois Hijo de Dios, sometido al Papa. Dios es el Rey de Reyes, pero solo al Papa le ha nombrado su único mandatario universal.

—Vos no sois mi soberano y yo no soy vuestro vasallo. No reconozco vuestro poder de destituir a emperadores, reyes o cualquier señor que ejerza la autoridad temporal.

—Lo temporal no es nada más que un cuerpo sin alma. El poder espiritual es superior al temporal como la gracia lo es a lo natural. Su finalidad es más alta.

—Lleváis razón, pero lo temporal viene de lo espiritual. La Gracia eleva la naturaleza pero no la suprime.

—La finalidad de la naturaleza es menos elevada. Más alto que la tierra, hay un cielo. El sacerdocio es la gran luz al igual que el sol ilumina por su propia luz. Y la luna solo tiene luz prestada.

—Y sin embrago el hombre tiene necesidad de los dos. Al igual que el alma se eleva más que el cuerpo, es deber de aquellos que tienen la misión de gobernar las almas, de velar también para que reyes y príncipes posean la plenitud de su autoridad sobre esta tierra.

La alegoría de la gran luz me había alcanzado y me turbó. No sabía qué responderle. El Papa era un canonista con mucha fama. Podría tener la victoria si continuaba en las ideas, llamémosles espirituales. Mi madre se dio cuenta y se apresuró a bajar a ras de tierra.

—Santo Padre, vuestro reino no es de este mundo. El de mi hijo, sí. No podéis hablarnos como si fuera al revés.

—¿Al revés?

—Sí. Como si el reino de los cruzados fuera pescador de hombres y la Santa Sede,

pescadora de dineros.

—Señora, eso que decís es una injuria.

—Dignaos más bien escuchar al rey de Francia.

El Papa enojado levantó una mano indecisa. Señaló como si fuera el dedo de Moisés sobre mi cabeza. Pedí que viniesen en mi ayuda a todos aquellos de mi linaje del cielo.

—Santo Padre, me resulta difícil de aceptar que se la despoje a la Iglesia de mi reino.

—¿Que se la despoja?

—Sí. Para dar poder temporal a sus amigos italianos y a veces a vuestros sobrinos, que nadie conoce en Francia.

—¿Reprocháis a la Iglesia de tener bienes?

—No. Pero sí reprocho al papado de empobrecer a Francia, llevando tantos dominios fuera del reino. Roma despoja para enriquecer protegidos que no tienen ni siquiera el deber de permanecer en Francia.

—La Iglesia posee como cualquier institución de aquí abajo, pues es la sola garantía de su independencia. Si no se posee, hay riesgo de ser sometida. Es inaudito que no lo comprenda.

—Lo que es inaudito es que la Santa Sede, cada vez que lo ve necesario, impone a la Iglesia de Francia contribuciones materiales a las iglesias que solo dependen del rey y solo pueden ser impuestas por el rey. Lo es también, Santo Padre, de oír esta frase: «Dadme vuestras limosnas o, de lo contrario, os excomulgo»; de ver a los padres más elevados en dignidad, los sucesores de los apóstoles y, con ellos, a los demás ministros de la Iglesia obligados por orden de los nuncios apostólicos como si fueran siervos forzados de pagar el censo a su amo.

—¿Pero qué esperáis de mí?

—Que pongáis fin a todos estos abusos y que respetéis el principio de dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Sobre todo en materia en justicia.

—¿Queréis cerrar los tribunales de clérigos?

—No, pero entiendo que en materias laicas sea la justicia civil la que la ejerza y que la eclesiástica se encargue de materias como la herejía, la validez de los matrimonios, usura o idolatría.

Por primera vez, Inocencio IV parecía escucharme. Comprendía que los enfados del reino de Francia no eran fingidos ni sin fundamento. El Papa era hombre sabio y santo, pero su defensa obsesiva de la libertad de la tiara le alejaba de la vida humilde propia de un sacerdote. El encuentro fue suspendido por el rezo de la hora de tercia seguido de la Misa Pontifical. Se rezó por mi partida y la salvación de los cruzados. Pocos días después, el Papa volvió a Lyon. Me había prometido que protegería Francia tras partir a Tierra Santa:

—Vuestro reino temporal será protegido –me aseguró con una sonrisa paternal y

atenta.

Pero yo no me engañaba y presentía que todos mis esfuerzos por reconciliar al Papa y al emperador serían un fracaso.

Los preparativos de mi viaje se complicaron aún más, pues el Papa, en lugar de ayudarme, apostaba por la dispersión de las energías de los mismos que hubieran debido participar. Justo cuando el combate contra los sarracenos imponía un acuerdo total de armas y corazones, supe que los cruzados renanos y holandeses se ponían al servicio de Guillermo de Holanda, que preparaba la otra cruzada.

Peor, al legado Eudes de Chateauroux a quien correspondía predicar la cruzada en defensa de Tierra Santa en Francia e Inglaterra e incluso Escandinavia, el Papa le había ordenado que la predicara en el Imperio contra Federico.

Yo ganaba, pese a todo, la estima de cada uno de los dos vicarios: Federico me escribía manifestándome su reconocimiento por mis esfuerzos persevantes cerca del Papa e Inocencio IV se sabía en Lyon protegido y al abrigo de un golpe de fuerza del emperador.

Los dos adversarios rivalizaban en cumplidos hacia mi persona y gestiones. Federico me facilitó la compra de caballos y de navíos en mi camino a Bari, Brindisi y Otranto. Supe más tarde que en esa misma época informaba al sultán de Egipto sobre mis planes. Es lo que se dice un doble juego.

Así es la condición natural del hombre. Desleal en sus cometidos. No había defendido la persona de Federico a quien el Papa atacaba, pero sí al príncipe, al emperador.

Cuando abandoné Cluny, envié una parte de mis caballeros hacia el sur con la orden de traer a casa a Beatriz, hija de Raimundo de Provenza y hermana pequeña de Margarita. El conde acababa de morir y Beatriz, sin nadie más en la familia, tendría que afrontar sola las tropas de Aragón que querían adueñarse de ella para que se casara con uno de los hijos de su rey. Algún tiempo después de su llegada a la corte de Francia, Beatriz dio su consentimiento para casarse con mi hermano Carlos. Fue una boda maravillosa. El año siguiente, en 1246, el día de Pentecostés en medio de un gran torneo le hice armar caballero concediéndole los condados de Anjou y de Maine.

Margarita se enfadó y mucho con esta alianza. Decidió odiar a Carlos y se dejó llevar por los celos. Según ella, Carlos le había robado a su hermana y a su dulce Provenza. El desacuerdo iba, a partir de ese momento, a agriar el ambiente familiar ya que esta situación llevó a Margarita a tomar partido abiertamente por Inglaterra.

Mi madre, en cambio, estaba feliz. La alianza provenzal había sido su sueño que ahora veía hecho realidad con la bendición del Papa. Otro asunto hablado con el Papa en Cluny fue que le había animado a que enviara una embajada a los Tártaros. Estaría compuesta por cuatro frailes, dos menores y dos predicadores, los mismos que habían

traído la Corona de espinas de Venecia.

En una larga carta, el Papa pedía a los tártaros de poner fin a sus masacres y abrazar la fe católica y de recibir el santo bautismo. Los frailes también tendrían el encargo de recoger cuanta información pudieran sobre las costumbres, la vida, la religión y las maneras de funcionar de estos pueblos bárbaros.

Era la primera vez que la idea de misión por las almas se abría entre los campos de brasas y el choque de las cotas de malla. Esperé con curiosidad la vuelta de esta primera aventura. Una vez más los frailes mendicantes iluminaban los caminos ásperos de los hombres.

Trabajaban por cambiar la Iglesia, a zambullirse en medio del reino, a tocar los corazones más endurecidos y a convertir al mundo al amor de Dios.

LA PARTIDA

Mi familia aumentó con el nacimiento de un nuevo niño el año 1245. Era nuestro segundo hijo varón y se llamó Felipe. Por desgracia, el pequeño Juan fallecería poco tiempo después de nacer y su muerte supuso un gran dolor para todos. Se le enterró en Royaumont, la abadía de nuestros duelos íntimos, al lado de la pequeña Blanca. Los dos estaban juntos descansando y esperando la eternidad al abrigo de modestos medallones esculpidos sobre sus tumbas.

Juan tenía los pies apoyados sobre un león y Blanca, sobre un galgo. Mientras permanecimos de rodillas, nos sonreían. Margarita acudía a la Providencia para aceptar su pérdida. Lloraba sobre la inocencia de estos dos pequeños ángeles impedidos tan pronto en su vuelo. Nuestra vida está llena de pruebas que nunca se terminan de pagar con ningún tipo de tributo o diezmo de las cosechas. Insondable misterio de estas pequeñas sonrisas que se detienen en el mismo borde de la vida y se fijan para siempre en nuestras entrañas de muerte. Pero hay que salir de nuestro duelo para no tener más que aquellas del reino ya que el pueblo así lo espera.

Llegó el momento de decidir el camino más idóneo para el gran viaje a Tierra Santa. ¿Por tierra o mar? La navegación ha avanzado mucho en su técnica: de hecho se maneja mejor un barco que un caballero su caballo. Se descubre mejor dónde está el norte gracias a un nuevo invento que se llama brújula. Es una aguja metida en una caja de paja que flota sobre un recipiente de agua. También las nuevas naves pueden transportar hasta mil peregrinos. Me inclino por el viaje por mar mejor que por tierra. La cuestión es: ¿Tengo un puerto de mar para abrigar mis naves? Sí, en Marsella, en Génova o Pisa, pero por desgracia es territorio imperial y descarto esta posibilidad por su elevado riesgo. La contrapartida es que no hay ningún castillo fortificado marítimo en Francia. Será necesario construir uno lo más rápido posible. Me hablan de una tierra arenosa en medio de marismas en el delta del Ródano. Es el único dominio real que tiene mar y el conseguirlo dependerá del senescal Beaucaire. Los pescadores lo llaman Aigues-Mortes. La tarea será complicada por los pantanos salados y la corrupción del aire. Pese a todo se avanza en el proyecto. Poco a poco una ciudad se levanta defendida por una torre que servirá de faro para guía de marineros y ciudadela para acogerles. También construiremos un canal para acceder a la laguna. Los carros de piedras se cruzan y a veces chocan entre ellos en las calles que se juntan alrededor de la gran plaza donde se construye la iglesia de Nuestra Señora del Sablon.

Los burgueses que vienen a vivir a esta nueva ciudad están exentos de pagar tributos,

peajes y cabalgadas por ser ciudad franca. Otra decisión es no pedir ayuda a los príncipes cristianos. Enrique III de Inglaterra carece de medios y de ganas y eso que Margarita le escribe para animarle. Los príncipes españoles están demasiado ocupados con la reconquista a los moros y no harán ni el más pequeño gesto. En cuanto a Alemania e Italia, no tienen otro fin que vigilar los tejemanejes del Papa y de los Hohenstaufen que reclutan cada uno sus propios ejércitos para seguir con sus peleas. Las cartas que envío a Bohemia, Hungría, Silesia, Moravia y Dalmacia no tuvieron respuesta. El motivo es que todos los príncipes han sufrido grandes heridas y aún se están recuperando de las invasiones de los mongoles y no querían más luchas. Solo obtengo respuestas positivas del envío de unos pocos arqueros ingleses, alemanes y noruegos. El Papa ha decidido en el concilio de Lyon la prohibición de guerras durante cuatro años, pero a la vez me entero de que se dedica a captar cruzados franceses para su partido y les ofrece las mismas indulgencias que si van de peregrinación a Tierra Santa. Es evidente que cada uno permanece en su viña y sarmientos y nadie mira más allá de su viñedo. Por lo tanto permanecí solo apoyado en mi reino y llevé a los francos de Francia a vendimiar las viñas de Señor. A pesar de todo, numerosos vasallos tomaron la cruz; y entre ellos mis hermanos. También Mauvais Clerc, Pedro de Bretaña, así como un buen número de nobles, algunos prelados e incluso la condesa de Flandes acompañada de su hijo mayor. Me convertí en el portaestandarte de la Cruz y no descarté ninguna ocasión para solicitar peregrinos voluntarios.

Cuando se acercó Navidad, aproveché una vieja tradición, la de los aguinaldos, para aumentar el número de mis tropas. Según la vieja tradición, los señores feudales ofrecían el día de Navidad abrigos a todos los vasallos de su familia. Es por esta razón que se llama a ese día de Navidad «El día de los vestidos nuevos» y a estos vestidos, libreas, pues eran pagados por los mismos señores feudales con sus dineros.

Había dispuesto, por ello, una cantidad considerable de esas capas adornadas de forro algo transparente. Todos los oficiales de la Corte y nobles que asistían a la Misa en la capilla se vieron con una cuando se presentaron en el pórtico, un abrigo nuevo, «de parte del rey».

Se dieron prisa en ponérselas. Pero, cuando los primeros rayos del día traspasaron las vidrieras, descubrieron con extrañeza que una cruz, secretamente bordada con hilos muy finos de oro, se encontraba cosida en el hombro de cada librea.

La decencia les prohibía descoser estas cruces. Entonces Mauvais Clerc exclamó delante de los allí presentes entre grandes risas:

—He aquí que, a los pies del rey de los Cielos que acaba de nacer, el señor rey de Francia ha ido a buscar a Oriente los presentes de los Magos para depositarlos delante del belén de san Francisco, sobre el hombro de los nobles.

Y el duque de Borgoña añadió:

—Y los Magos volvieron de donde habían venido, y para traer la buena noticia fue preciso seguirles hasta Oriente.

Me convertí en pescador de hombres. Mi barca de estrellas de San Pedro estaba llena de peregrinos y la flota ya podía levantar anclas. No tenía más pensamiento que embarcar y comenzar mi viaje con mi ejército ya listo y cuyo objetivo no era otro que el Santo Sepulcro, el Gólgota y la Corona de Espinas.

Quería pese a todo dejar detrás de mí la casa bien arreglada y el reino en orden. Me negaba a que murieran con la estela de mis naves súplicas sin eco, llamadas en el vacío o de alguna iniquidad. Quería partir con la paz en los corazones. No quería que nadie, ni siquiera en la más humilde choza del reino, alguien pensara o susurrara:

—Se ha ido con sus angustias y sin las nuestras.

Quería eliminar todas las amarguras y borrar hasta mis propias desgracias. Llevar al palacio los desamparos por estos gritos débiles que se apagan en soplos imperceptibles, aunque provocados por la marcha del mundo. Sus grandes preocupaciones, como gritos asfixiados, tan lejos del rey, parecerán solo llantos de cierva acorralada.

Por eso distribuí por toda Francia a oficiales que preguntaban y tomaban nota de las quejas, abusos con intención de reparar hasta las equivocaciones de la Corona antes de embarcarme y hacerlo en paz.

Los bailíos que controlaban los juicios de los prebostes habían sido investidos con todo mi poder aunque sé que todos no lo merecían. Muchas quejas llegadas al Louvre concernían a abusos perpetrados por los agentes de la corte. A buen seguro, la realeza debía ser tenida por responsable en virtud del adagio: «Algunos prebostes se comportaban como verdaderos tiranos: ponían precio a hombres cuya sola equivocación era ser afortunados».

En ocasiones cedían a la tentación de enriquecerse acudiendo a métodos como la rapiña. Gracias a las encuestas, a menudo confiadas a franciscanos o dominicos, libres de cualquier sospecha de falsos intereses, hasta el último de los temas, por más trivial o tímido que fuera, llegó a la justicia suprema del rey. Cuando llegaban los impresos a Palacio, exigía que se leyeran todos y que yo contestara de inmediato por carta con mi firma.

Los consejeros trataban los temas con el pueblo y el pueblo, conmigo. Las quejas contra los abusos de los soldados y guardas forestales se habían multiplicado. Los descontentos surgían por todas partes y afectaban a veces a la realeza.

Por ejemplo, los monjes de Pont-Audemer se quejaban de que los cinco mil arenques que los prebostes tendrían que haberles suministrado no lo habían hecho nunca, lo que les producía un daño estimado en cien libras por año.

Las cartas de los archivos de la Trapa estaban para dar fe de su buen derecho. Además mi antepasado Felipe Augusto había permitido que se les diera cada año veinte

libras parisinas en reparación. A la muerte de mi abuelo en 1223, los pagos habían sido suspendidos, lo cual era de gran injusticia.

Otros monjes como los de Bonport se quejaban de la puesta en labor, por orden mía, de numerosas de sus tierras. De resultas, habían perdido mucha madera. Para compensarles, les hice llegar cien acres de praderas y una renta de cinco libras de grano. Los alzados de los abusos de los más flagrantes a los más pequeños, concernían con frecuencia con cuestiones de pequeña importancia que nadie hasta ahora se había dignado escuchar.

Los pergaminos revelaban disturbios acaecidos por su falta de repuesta, dramas de familias enteras, pobre gente que respondían al nombre de Guillermo Boit-Láive y Esteban Malemouche que habían tenido sus tierras confiscadas sin discernimiento porque se encontraban en Inglaterra durante el asedio de Belleme.

Muchas requisas habían tenido lugar sin pago. Algunos comerciantes habían enviado trigo a Inglaterra, para proveer al ejército real, en tiempos de mi padre, que nunca se pagó. Otro caso fue el de María la Sauniere que se quejaba por la toma de una manta y una almohada por los jinetes reales. Aquello era todo su tesoro, al igual que para Simón, un pobre judío de Arles también lo era su sábana parda forrada de liebre requisada por el ejército real.

También uno de sus hermanos con el que Margarita tenía amistad, un judío de Bézier, David, había sido expoliado de una masía provenzal por el senescal Guillermo de Ormes y pedía que se le restituyera para dársela a sus hijos: se le restituyó y el senescal fue castigado.

Felizmente, una bula papal del 7 de julio de 1247, que tomaba a los judíos bajo su protección, me dio las armas para que pudiera perseguir a quienes codiciaran sus bienes.

Con mi madre vigilaba para que el pueblo no fuera agredido por los ricos y se hiciera justicia en todo aquello que se me hizo llegar a través de los manuscritos, era mi intención que todos reencontrasen su bien. Era el momento para que los altos linajes de nobles abandonasen su poder temporal para confiar más en la Providencia.

Cuando hube terminado los últimos preparativos de mi partida, tomé la decisión de renunciar a todo aquello que fuese superfluo de este mundo. Dejé de llevar vestidos de seda escarlata verde o marrón. Los reemplacé por otros más sobrios sobre cotas en tela de color negro u oscuro.

Desterré las sillas de montar con ricos adornos y los estribos dorados, demasiado resplandecientes para el viaje. Mi equipo, a partir de ahora, no sería más que algunas vestiduras de pálidos colores. Era ya un peregrino entre los demás peregrinos, un simple soldado en medio de mi ejército.

Fue el 12 de junio de 1248, viernes después de Pentecostés, que tuvo lugar la partida y comenzaba una nueva vida. Tenía treinta y cuatro años e iba a cumplir mi voto más

íntimo, la promesa de mi vida, el voto de Pontoise, el voto del Santo Grial y del «pequeño Carlomagno».

LA BANDA

Todo está preparado para partir en un día que se anuncia luminoso. Según los augurios de los ancianos, el cielo nos reserva un verano clemente y un trigo tierno. Celebramos la fiesta de la Santísima Trinidad donde todos los campanarios de las doce parroquias vecinas ofrecen a los vientos de la mañana sus sonidos de fiesta como un presente para la partida.

Se diría que hay un mar sonoro con olas de bronce que se adelantan a los pasos de los cruzados. Rezamos nuestra última oración con emoción en compañía de toda mi familia, junto a las reliquias de la Santa Capilla que se consagró hace algunas semanas, el domingo 26 de abril de 1248.

Fuera, la gente espera para comenzar la liturgia penitencial cuando saliéramos de palacio. Cerca del castillo custodiado por mis soldados nos recibió Messire Eudes, el cardenal obispo de Tusculum. Acompañado de mi madre, Margarita y mis hermanos caminamos hacia los prelados y los vasallos. Decidimos que Alfonso permanecería un año con mi madre para vigilar el reino antes de partir a Tierra Santa. Dejé la Ciudad y en San Denis recibimos el estandarte de manos del legado.

Sujeté con fuerza el estandarte de color rojo y realzado con borlas de seda verde. Me puse el casco de peregrino. Por el camino, los campesinos nos escoltaron con sus muestras de cariño y con frecuencia nos ofrecían agua de las fuentes cercanas para refrescar nuestras gargantas.

Todas las hermandades formaron un pasillo con sus estandartes: los agustinos de Montmartre, los carmelitas, las Hijas de Dios, los monjes de Longchamp y de Lis, los franciscanos y, por supuesto, los monjes del convento de Santiago.

Junto al camino, las corporaciones y sus viejos maestros de largos cabellos carolingios mueven con emoción las banderas de sus oficios. Muchos pobres sin muñón nos dan el adiós con la manga. También vienen los truhanes de los bajos barrios. Es el adiós de toda Francia.

Ya en la iglesia abacial, Eudes de Chateauroux, tras bendecirnos, me impuso el cayado y la banda. Levanté el estandarte como señal de que el ejército real se ponía en marcha.

La procesión acudió a Notre-Dame de París para oír misa. Los condes de Artois y de Anjou me siguieron con pasos lentos. Vi señores y caballeros cruzados que llegaban de toda Francia para unirse al cortejo y recibir la imposición litúrgica de los vestidos para el santo viaje.

Caminaban vestidos con una sencilla tela de lana sobre su cuerpo. No conocía a todos, pero ahí estaban los grandes nobles que habían turbado el reino cuando mi minoría. Por ejemplo, Mauvais Clerc que caminó a mi lado, empleando sus energías y viejas sabidurías, al igual que otros, en su salvación.

El señor de La Marche también estaba. Solo faltaba Isabel de Angulema, la famosa Jezabel. Pensé que todos estos hombres, armados que se preparaban a poner su vida a la sombra de los peregrinos de Getsemaní, abandonaban sus ambiciones, sus familias, sus cortesanas. Y estaban aquí, preparados cubiertos de pieles de cabra y liebre que nunca se habían puesto, que partían hacia el sufrimiento en el más absoluto abandono en las manos de Dios.

Traían sus propios caballos y provisiones. Habían fletado barcos para el largo viaje y asumieron el proveer todas las necesidades para una expedición lejana e incierta.

Pagaron los gastos de todos sus vasallos que les siguieron, sacrificaron sus tierras que pasaron a manos de usureros lombardos, que a su vez las usaron para sus propios negocios. Muchos de sus campesinos, enriquecidos por los ahorros, compraron su libertad y su campo. Las villas se libraron del yugo feudal y adquirieron sus cartas comunales.

Todos estos caballeros renunciaron a muchas cosas para hacer realidad el ideal de Cluny:

—La riqueza de un hombre es la salvación de su alma.

Partieron con un corazón pobre y despreciaron los bienes de este mundo para adquirir las semillas donde después crecieron las cosechas de un futuro mejor.

Sabían que nunca verían la cosecha. Dejaban su tierra, pero no volvieron la vista atrás, hacia sus castillos, ni hacia sus hijos porque tenían miedo de venirse abajo recordando las ternuras que dejaban atrás. Un nuevo pensamiento les dio fuerza hacia Oriente.

No era el orgullo de sus dones, sino la posibilidad de liberar los Santos Lugares. Dejaban sus jardines por otro, el de los Olivos. Habían preparado su corazón para este viaje, que podía no tener retorno ya que traspasaban los linderos de esta vida:

—Nos veremos… en el cielo.

Hablaron con su hijo para darle las últimas instrucciones:

—Sigue tú con mi dominio. Como yo lo he recibido de mi padre y este, del suyo.

Oyeron la voz desgarrada de un vecino que lloraba mientras abrazaba a su mujer:

—¡Qué guapo estaba! ¡Qué gentil era ella! Ay, Dios, ¿por qué tienen que separarse?

En este partir penitente hacia la Tierra prometida me hice el propósito de nunca olvidarme de la figura del caballero cruzado que se preparaba para quizá morir allí. Sabía dónde estaba Jerusalén y cuántos cadáveres jalonaban el camino de la Cruz que allí conduce. Camino sembrado de mil peligros: sed, fiebres, ataques de sarracenos que

hacían volar los sables del desierto como muestra de alegría, las largas soledades de llanuras solitarias escarpadas que haría falta atravesar sobre caballos agotados y tullidos bajo una armadura que nos abrazaba.

Pese a todos los peligros que aquí menciono, el caballero había decidido elegir el bien de la Cruzada. Llevaba la esperanza y la alegría de verse arrodillado, tras el último esfuerzo, delante de la Tumba de Cristo aunque le esperaba también el triste espectáculo de los celos entre cristianos de Oriente y, quizá a la vuelta, la horrible e inexorable lepra que le llevaría a una cueva de sombras sobre los supervivientes.

Todo eso lo sabía, pero parte y reza a Dios:

—Vos habéis sufrido por mí, yo sufriré por Vos, así estaremos en paz.

¡Entre el más alto deber que ordenaba partir y el amor que pedía quedarse, ha hecho falta una decisión inmensa e imposible de expresar!:

—¿La volveré a ver? ¿Volverá?

A raíz de la conferencia de Cluny, el Papa me concedió la posibilidad de eximir del diezmo a los clérigos del reino durante tres años. Decidí comprar gran cantidad de alimentos sobre todo vino, trigo y cebada de los condados más fértiles de Occidente, en Venecia así como en Sicilia.

Mi nuevo condestable Humberto de Beaujeu expidió con rapidez estos víveres, en los navíos alquilados a los venecianos, a la isla de Chipre. Este sería el punto de encuentro de todos los cruzados que yo anuncié en Aigues-Mortes. Bajo un cielo de inquietud, me llegó una buena noticia: el emperador Federico acababa de ordenar que yo pudiera cruzar el reino de Sicilia con entera libertad y que tomara lo que me fuera necesario en caballos, armas o vituallas.

Por desgracia, constataba rapiñas a causa de la inviolabilidad que disfrutaban los cruzados. Inocencio IV a quien solicité que me enviase un breve que pusiera bajo el derecho común a los caballeros que fueran culpables de crímenes probados de robos. El reino no podía aceptar la especulación sobre las cosas del espíritu.

Me contaron que los mercaderes de especias hacían creer en las ferias que los Sarracenos habían envenenado la pimienta destinada al consumo de Occidente. Aquel rumor provocó que las gabarras no comprasen más que pimienta vieja y los tenderos vendiesen sus fondos de almacén con gran margen de beneficios. Perseguí a los artífices de estos indignos aprovechamientos.

La reina, mi madre, permanecía cerca de mí durante las tres jornadas que permanecí en Corbeil. Pusimos orden en Palacio, convocamos en París a todos los nobles que prestaron juramento de guardar la fe y lealtad a mis hijos en caso de que no volviera de mi viaje.

El canciller acuñó un sello de ausencia que duraría el tiempo de mi estancia en Tierra Santa. Este sello del «rey lejano» manifestaba para la nobleza la continuidad del estado.

Es la guardia de la Curia bajo la regencia de mi madre que firmaría los actos de gobierno, con sellos de cera verde sobre lazo de seda roja para las cartas o de cera amarilla sobre doble cola para los mandatos.

Los abogados de Palacio, Guillermo de Nesle y Pierre Fontaine, habían redactado los documentos de la nueva regencia: «A nuestra querida dama y madre, la reina, concedemos que, mientras dure nuestra ausencia durante la cruzada, tenga plenos poderes para hacerse cargo de los asuntos del reino». Le concedí el poder de instaurar a los bailíos, nombrar agentes forestales y también el poder de conferir beneficios eclesiásticos vacantes.

Cuando dejé San Denis y estaba todo preparado, tomé mi banda y mi cayado para ir hasta Notre Dame de París y todos los allí presentes me acompañaron entre lágrimas. Frente a nosotros estaba la catedral recién inaugurada que dirigía sus dos torres, como dos brazos de alegría levantado, hacia el cielo.

¡Oh qué bella está! ¡Parece un libro iluminado del rezo de horas! Abracé con la mirada sus fachadas y la flecha de cedro de la Santa Capilla que parece que le contesta mientras domina los campanarios.

Entramos bajo el triple pórtico donde los apóstoles parecen acogerme como en una eterna procesión. Me retrasé un instante para contemplar el tímpano central, la galería de los reyes de Judea, la legión de ángeles y de todos los bienaventurados, quizá Francos de Tierra Santa sin sepultura con caras de éxtasis, sonrisas eternas, llenas de sublime recompensa.

La obra de la catedral estará por los siglos en el corazón del reino. Antes de entrar en la nave, todos los peregrinos depositamos la lanza y la espada para no quedarnos más que con las alforjas y el cayado. Fue momento de meditar sobre nuestra pobre vida y para ello pusimos con dulzura nuestra mano sobre la modesta cruz de lana roja que brillaba como un grito ardiente sobre las túnicas largas.

Tras la misa de Notre Dame, el pueblo en procesión nos acompañó hasta la abadía real de San Antonio des Champs. En el camino, vino a mi memoria la figura de su fundador, el cura de Neuilly, Folques, célebre predicador de la primera cruzada.

El espíritu no era el mismo de aquella primera, pero pido a los religiosos que intercedan por nosotros en sus oraciones cotidianas. Abandoné la abadía a caballo para ir a dormir al palacio real de Corbeil. Me detuve en la tumba de Ingerbarda, la reina de mi salterio que llevé conmigo durante el viaje. Me dijeron que llevaba retraso y que mi madre me esperaba para el último adiós.

ADIÓS A MI MADRE

Delante del hospital de Corbeil me despido de mi madre en un bonito día de junio y en una ciudad en plena expansión y prosperidad. La reina acompañada de mi hermano Alfonso seguía con la mirada el cortejo que ya descendía por la cuesta que conduce hacia el Sena y el Essonne.

Al martilleo de los pasos de mi caballo se añadía el ruido ensordecedor de los molinos situados bajo los arcos de los puentes. El sol se divierte con las flechas de la gran iglesia de Notre-Dame y con la coqueta capilla de la comandancia de San Juan en la Isla.

Todas las banderas desplegadas, caballeros y sargentos suben la otra ladera de la colina y, con lentitud, el cordón se estira a lo largo del camino. Los señores del Midi se juntan a los señores del norte. ¡Qué símbolo! Ambas lenguas, de oïl y de oc, hablan el mismo corazón.

Mi madre me abraza con la mirada trágica de una Virgen de los dolores como si las puntas de siete espadas desgarraran su corazón y consumieran su vida en gotas de sangre mientras sus labios murmuraban:

—Hijo mío, mi querido niño.

—Dulce madre, por la confianza que me debéis, volved a París. Os dejo mis tres hijos, Luis, Felipe e Isabel. Cuidadles.

—¡Os lo prometo! Cuidaré muy bien de ellos así como del reino que me habéis también confiado. Siempre serás mi pequeño Luis de Poissy. Adiós…

—¿Por qué decís adiós?

—Mi instinto de madre me dice que ya no te volveré a ver.

—Pero volveré…

—Ya no estaré aquí. Con cincuenta y seis años, ya tengo una edad peligrosa. Déjame que te acompañe hasta Sens, Vezelay y Aigues-Mortes. No me imagino el dejaros. Mi dulce niño, ¿cómo podrá mi corazón sufrir la separación? ¡Habéis sido el mejor hijo que nunca madre tuvo!

Con estas palabras, la reina se desplomó y pareció morir y, cuando recuperó el sentido, se arrodilló, suplicándome:

—No me dejes sola…

—No os dejo. Os he confiado al pequeño Luis, el heredero, y, para asistiros en todas vuestras tareas, está mi hermana, vuestra hija Isabel. Ella os dará todas las atenciones.

—Y tú, Luis, ¿quién va a cuidar de ti? Sé lo frágil que eres. Tu complexión no

soportará las pruebas del viaje.

—Pero me acompaña Margarita.

—¡Ah, Margarita! Vino ayer a hablar conmigo. Le pregunté por qué te acompañaba en esta aventura tan complicada.

—Y ¿qué os respondió?

—Voy donde vaya el rey. Y esta vez voy sola.

—Bueno, ella es la reina.

—Pero es madre en primer lugar. ¿Es lugar para una mujer? ¿Luchar contra los sarracenos? ¿Conoce la barbarie de los mamelucos y beduinos? ¿Qué ayuda os puede dar? Cualquier cosa que hagáis es mejor que dar la vuelta hacia ella y buscar su mirada en el campo de batalla.

—Es mi mujer y tengo necesidad de ella y ella lo sabe.

—Parece tan jovial que da toda la impresión de que se va de viaje de novios.

—Madre, es la primera vez desde nuestra boda que vamos a ir juntos y nos ayudaremos.

—Su ingratitud me desgarra el corazón. Haré frente a mis obligaciones de la regencia que me habéis confiado. ¿Podré seguir ayudando a las fundaciones piadosas? Os lo pido.

—Sí, madre. Os concedo el derecho de dar trescientas libras de rentas para mantenerlas y distribuirlas. A partir de este instante, es a vos a quien dejo el gobierno del reino.

—Lo guardaré, mi querido hijo, pero yo os pierdo.

Era necesario irse ya que a mi madre le volvió a dar un mareo y ella, que había mostrado muchas veces fortaleza, he aquí que se hundía como una jovencita junto al camino.

Yo también tenía ese presentimiento y sabía que nunca la volvería a ver en vida. El rumor del gentío se concentraba en la calle, junto al relinchar de los caballos y el tintineo de las espuelas. Me despojé de los brazos maternales que intentaban retenerme a la vez que no era capaz de ver sus lágrimas brotar de su pobre cara contrariada y tampoco quería que ella me mirase, pues yo también lloraba. Pese a todo y a su cansancio encontró fuerzas para su última sonrisa:

—Adiós, hijo mío.

—¡Adiós, madre!

Cuando vio que impulsaba mi caballo, su coraje le abandonó y se dejó caer en el suelo.

Los casi dos mil quinientos cruzados me esperaban en formación con sus escuderos y pajes de armas, diez mil soldados de infantería, cinco mil arcabuceros. Formábamos un ejército de veinticinco mil hombres y ocho mil caballeros. No había ni sillas de gala ni fundas bordadas. Los peregrinos sabían las etapas del viaje y todos conocían el puerto

para embarcar, Aigues-Mortes, pero nadie conocía mi destino en el Mediterráneo. El enemigo no podría saberlo porque ni yo lo sabía.

Dudaba entre dos rutas. La primera nos conducía directamente a Tierra Santa, pero la experiencia de otras cruzadas no la aconsejaba por su alto riesgo. Las colonias francas sobrevivían, pero estaban aisladas unas de otras por anchos espacios de tierras áridas que eran fácilmente recorridas por los infieles. Las ciudades no eran buenos puntos de apoyo y un ataque así tenía muchas posibilidades de saldarse con un irreparable fracaso.

La segunda nos llevaba a Egipto: la cruzada llevada a cabo treinta años antes por Juan de Brienne había demostrado que un feliz desembarco era posible. Me aprovecharía de los almacenes del delta y la ciudad de Damieta. Podría enseguida obligar al sultán a que me prestara lo necesario para después atacar el reino de Jerusalén y los Lugares Santos. Me inclino más por el Nilo. La primera escala sería Chipre, donde ya estaban mis oficiales para preparar los graneros, establos y bodegas.

Mis consejeros más próximos pensaban que Egipto y Damieta eran la clave de Palestina. Los mongoles habían rechazado a los turcos hacia Siria, pero estos habían entrado al servicio del sultán de Egipto. Su objetivo era también el reino de Jerusalén y reducir al reino latino a una pequeña franja litoral. Tomé la decisión en secreto: sería Damieta. En el convoy que conducía a Aigues-Mortes, había mandado cargar carros, layas y arados. Mi sueño era instalar en Egipto una colonia cristiana como había querido hacer Juan de Brienne y de paso construir una iglesia en Damieta para permanecer allí, en Oriente, después de nuestros éxitos en Egipto y dirigir una obra al servicio de la defensa de las tierras cristianas del Nilo.

Después iría al Santo Sepulcro cruzando el Nilo, como hizo el pueblo de Israel. Mi galope llevaba ya el espíritu de cruzada camino de Borgoña. Entré en Sens, la villa donde nos casamos ya hace catorce años y Margarita me dice al oído:

—No es ella, soy yo quien cabalga ahora junto a mi rey.

Ella era mi madre, pero rogué a Margarita que dejara atrás sus miedos y sus agudezas.

Ya me acercaba al convento de los franciscanos, cuando todos los monjes vinieron a mi encuentro para recibirme. Reconocí al hermano Rigaud, titular de una cátedra en París y ahora arzobispo de Rouen, revestido con los ornamentos de obispo, mitra sobre la cabeza y bastón pastoral en la mano. Me negué a la pompa real y seguí con mis vestidos de peregrino con el bordón al cuello pues me preocupaba poco de ser escoltado de nobles borgoñones y pedía sobre todo oraciones y sufragios de los pobres.

Mis hermanos, los tres condes, me acompañaron hasta la sala capitular donde los franciscanos formaron un círculo a mi alrededor. Sentado en tierra, les contaba mis proyectos, les pedía oraciones para la reina mi madre y mis hijos, que permanecían a su lado, en el Louvre. El ministro general, Juan de Parma, me acompañó al refectorio con

los demás hermanos y allí comimos en primer lugar cerezas, con pan blanco y vino digno de un rey, habas frescas con leche y canela, anguilas asadas, tartas, quesos en pequeñas cestas trenzadas.

Tras unas horas en Sens, fuimos a Vezelay donde postrado en tierra me recogí en oración considerando la vida de esta santa que lavó con sus lágrimas los pies del Señor, el Salvador. Una antigua tradición asegura que parte del cuerpo de santa María Magdalena está sepultado bajo el coro y la caja que contiene algunas de sus reliquias se había colocado bajo el altar.

Pedí que viniera en mi socorro:

—¡Oh, Santa María Magdalena, tú que amaste tanto a Cristo, invoco tu protección contra los mahometanos. No sufrimos más que por tu iglesia, construida por los cristianos en tu honor en Magdala y que ha sido transformada en un miserable establo de bestias y otra iglesia, que también lleva tu nombre en Betania donde Jesús llamó de nuevo a la vida al pobre Lázaro, tu hermano, haya sido convertida también en un establo! Acompáñanos para que podamos devolverlas al Señor.

Dejamos Vezelay y llegamos a Lyon donde nos detuvimos con el fin de hacer una breve visita al Papa, que permanecía allí, y solicitar su bendición. De Lyon a la Roche-de-Glun donde había un castillo que dominaba el Ródano.

El Señor del lugar tuvo la audacia de robar a varios de mis hombres que se adelantaron para disponer los avituallamientos del ejército. Tal actitud hizo que decidiera atacar la fortaleza y, una vez conquistada, ordené arrasar sus murallas. Después seguí mi camino al puerto de Aigues-Mortes donde decidí convocar mi Consejo y escucharle antes de pasar a Tierra Santa.

LA BAHÍA DE LAS AGUAS MUERTAS

Desde la Navidad de 1244, soy cada vez más consciente de mi progreso interior porque no tengo más pensamiento que los estanques del Ródano donde me esperan mis hombres.

Cuando los trabajos de mejora de las murallas se acabaron, entré por la puerta llamada de los cordeleros presidida por una enorme torre de vigilancia que da al frente oriental de la nueva ciudad. Dos gradas que se levantan delante de mí protegen la ciudad y, para hacer más fácil el paso de las carretas y el ir y venir de los cruzados, hago abrir diez puertas más, cinco de las cuales están enmarcadas a su vez entre dos grandes torres.

En la torre de Constancia me alojaré y desde ahí se domina y vigila el puerto y la bahía y percibo la gran variedad de pueblos que transitan sus calles.

En las calles se cruzan provenzales con gente de la costa e interior, pero también genoveses y catalanes. La cruz de Languedoc, emblema de los condes de Tolosa, ondea en las almenas. El conde de Tolosa me confía, desolado, que no hay suficientes barcos para llevar a todos los cruzados y que se ha visto obligado a mandar a casa a algunos de ellos. Por desgracia, si bien la ciudad portuaria es francesa, la flota que nos iba a llevar era de la Republica de Génova, de ahí que estuviera sometido a los estados de humor de sus capitanes Hugo Lartaire y Santiago De Levant.

La flota solicitada está formada por treinta y ocho grandes navíos con sus grandes barcas pero van a tardar en llegar ya que los de Pisa y los genoveses mantienen estrechas relaciones comerciales con Siria desde hace ya muchos años. Los nobles y jefes de banderas intentan contratar con su dinero todo tipo de navíos para su propia travesía y la de sus hombres y eso explica que haya cruzados que se embarquen en Marsella, Génova y otros puertos del Mediterráneo hasta Chipre, lugar de encuentro.

Es necesario tener paciencia con el alquiler de los barcos, pero también con el hecho de proveer a las naves de armamento adecuado, y de timones adaptados a las necesidades del viaje. Los camarotes se equipan de acuerdo con los mayores avances técnicos de origen bizantino y de velas latinas fabricadas en Italia.

Pese a todo, los barcos van llegando poco a poco al puerto de Aigues-Mortes y también las galeras de combate de Roma y Bizancio, que son las únicas capaces de remontar la grada de Aigues-Mortes gracias a su bajo fondo y su débil línea de flotación. Tengo previsto emplearlas en el desembarco de Egipto ya que se deslizan muy bien sobre las arenas de la playa.

Por desgracia los marinos de Italia no respetan ninguna de las cartas firmadas para

fletar barcos y no digamos el tiempo que se toman para llegar.

Estos italianos no hacen más que lo que les da la gana. Una mañana de primavera me anuncian que por fin los estandartes ajedrezados están en los mástiles de las galeras y la nave de «La Reina» y «La Damoiselle» están bien aprovisionados sus almacenes del material necesario para la travesía.

Por fin llegan los refuerzos enviados por los príncipes francos de tierras orientales donde los bellos nombres galos conviven con los títulos de los reinos sarracenos, como Enrique de Lussignan, rey de Chipre, o Guillermo de Villehardouin, príncipe de Acadia, que equipa cuatrocientos hombres, y también nobles de Siria, que arman a mil hombres, y la emperatriz de Constantinopla, que me envía sus regimientos al servicio de la Cruz.

Quise que la nave real llevase el nombre de la Montjoie en recuerdo de los caminos entre París y San Denis, jalonados de pequeñas cruces que indican la ruta que lleva ese nombre, divisa del reino de Francia y sello de la unión personal entre la abadía de San Denis, el santo patrón y el rey.

No sé desde cuándo estos pequeños montículos de piedras y de tierra con una cruz y el estandarte de Francia componen juntos el grito de guerra de los cruzados.

Un maestro náutico me confía que el retraso de los armadores genoveses se debe a que sus barcos han sido alquilados a otros, para no estar en dique seco ya que viven del comercio y no respetan la llamada de los cruzados, pues siguen haciendo negocio con los mahometanos: ¡Son los llamados usureros del mar y venderían agua salada a un ahogado!

Cuando los dos castillos de la nave real están preparados hasta el último detalle, Margarita baja de la Torre Constancia para ir al puerto. Antes, se recoge en un pequeño oratorio de estilo provenzal construido con piedra calcárea de Beaucaire, la piedra blanca y cálida de las casas que le hacía cantar bajo el cielo limpio un canto en recuerdo de sus años de niñez y juventud.

Yo tengo treinta y cuatro años y ella, veintisiete, pero estaba cada vez más guapa, y, si llevarla conmigo era un riesgo y privarla de sus hijos aún más, yo la veía feliz de estar fuera de la tutela de la reina y de sus estados de ánimo. Claro que recordábamos a Isabel, que apenas tenía siete años, de Luis con cinco y Felipe con tres. La Providencia les había puesto bajo su protección y siempre cuidaría de ellos en palacio.

Es en la nave real y en su camarote donde Margarita se convirtió en auténtica reina, la joven reina iba a bailar sobre las olas de la mar llevada lejos de Francia y Provenza por el viento de los mares. Abrazamos el mismo horizonte y en ocasiones estábamos convencidos de que el sol amanecía para nosotros solos.

La flota se iba reuniendo para partir al compás de las campanas. Se cargaban alimentos y bebidas, hornos y prensas y molinos de viento, carretillas y rediles de abrevaderos, cuévanos para transportar piedras de fortificación. Aparatos de fragua y

tornos de mano, poleas, ruedas elevadoras totalmente nuevas que venían de Monte San Michel, potros.

No se nos olvidó nada, se cargó incluso carros, armas, hachas, picos. Las balas y piedras de catapulta fueron más delicadas de embarcar y también el reparto de cincuenta mil herraduras para la caballería y que eran de un peso excesivo para los barcos.

Después llegó el momento complicado de embarcar los caballos en los establos y también repartir con cuidado los toneles de agua para que, en alta mar, no hubiera problemas con la distribución de la carga.

Cuando embarcó el último caballo, los contramaestres dieron las órdenes de zarpar a sus hombres:

—¿Estáis preparados?

—Sí, lo estamos.

—Que los clérigos y los sacerdotes suban a bordo.

Los sacerdotes se embarcaron a la vez que entonaban el «Veni Creator Espiritus». Junto a mí, un piloto gritó a sus marineros con voz fuerte:

—Izad las velas en nombre de Dios.

Poco a poco toda la flota de barcos de apoyo y de escolta y las naves ligeras de transporte de gran calado zarparon del puerto. El Montjoie, que llevaba a toda mi familia, formaba una estrella con otros cuarenta navíos. La primera noche dormimos como pudimos. ¡Ya no se trataba de cruzar el río Charente! El limosnero Guillermo de Chartres me había advertido:

—En el mar, vale más estar en estado de gracia. Mientras duermes por la noche, no se sabe si te levantarás por la mañana en el fondo del mar.

Ya zarpados era preciso armarse de una loca audacia para ponernos en tal peligro como se puso san Pablo cuando se embarcó llevado por su deseo de evangelizar y a punto estuvo de no contarlo.

A pesar de todo, muchos cruzados cantaban y comían, mientras escrutaban la lejanía con sus ojos quemados bajo el cielo estrellado.

Cada uno obedecía a su manera a las enseñanzas de las Escrituras: «Es preciso pasar por la tierra como un hombre errante pues aquí no se está seguro de permanecer».

Margarita, que tenía pánico al mar, permanecía echada y sujeta en su camastro por los vértigos y mareos. Mis hermanos los condes de Artois y de Anjou jugaban a los dados. La condesa de Anjou dejaba su alma al compás del balanceo de las olas mientras se entretenía con el legado hablando de los últimos tiempos y del pecado contra el Espíritu Santo.

Había hecho falta mucho tiempo para abandonar el puerto. Los navíos de carga, muy lentos para maniobrar, solo respondían a dos largos remos situados en el timón y, como algunos iban demasiado cargados, se hundían en la arena.

Se oían a los caballos relinchar con furia, los hierros de sus pezuñas raspaban la madera y hacía falta golpearles con el látigo para desentumecer sus patas y forzarles a cocear. Estos potentes caballos no eran pasajeros adecuados para viajar por mar.

Pese a todo, la flota se extendía de manera grandiosa. Era como una procesión de colores vivos con grandes velas con cruces rojas a modo de sellos. Era un cortejo de fortalezas flotantes con sus escudos de blasones, sus castillos almenados coronados de estandartes fletados sobre sus mejillas enrojecidas. Habíamos esperado al viernes 28 de agosto de 1248 para que Dios nos concediera el viento ideal. Fue salir de la laguna, un viento fuerte hinchó nuestras velas y nos alejó de la costa. Solo la inmensidad del agua se ofrecía a nuestras miradas.

Algunos días más tarde, nos llegó del mar algo extraño: apercibimos, a la hora del rezo de vísperas, una montaña que surgía delante de la costa de Barbaria. Navegamos durante toda la noche otras cincuenta leguas, y nos volvimos a encontrar la misma montaña y esto nos ocurrió tres o cuatro veces más. Los marineros vinieron a advertirme que las naves corrían un serio peligro.

No me extrañaba lo que me decían y aquello me reafirmaba en mi poco amor y mucha desconfianza en los océanos. Recordé que en mi salterio se describía el mar como el caos. Esa era la idea que tenía de su creación. Allí viven las bestias infernales. La tierra no tenía secretos para nuestros sueños, pero el mar era un misterio de los abismos. Me acordaba de una página que mostraba el Leviatán con dragones que vivían entre los remolinos verduscos y provocaban los más grandes horrores a los hombres. Las quimeras de las profundidades me recordaban mis lecturas sobre las hidras del Apocalipsis. Delante de esa montaña surgida como por encanto que no era más que una ilusión, veía salir una bestia de siete cabezas con sus cuernos de diademas y, sobre sus cabezas, títulos con blasfemias, pero nosotros remábamos hacia el lago Tiberiades sometido a los caprichos del viento.

En cada ola se dibujaba el gesto de un náufrago. El limosnero Guillermo de Chartres se esforzaba por darnos seguridad y nos confiaba a la nave de San Pedro que también sufrió las pruebas del mar. El mar aumentaba nuestro valor y limpiaba lo que nos quedara de nuestras últimas vanidades. Inscribía en las velas y en las nubes de nuestros apuros el humilde precepto de los caballeros: A ti la riqueza, la sabiduría, la belleza también. Pero guárdate del orgullo, que solo puede pervertirte. Cara al mar, el hombre no es nada. La nave real levantada y proyectada como un desecho, cabeceaba de la mano de la Providencia como una concha de peregrino de Santiago.

CHIPRE

En la noche del 17 al 18 de septiembre de 1248 anclamos en el pequeño puerto de Limasol en Chipre, tras veinte días de navegación, donde somos acogidos por el rey Enrique de Lusignan.

Ricardo Corazón de León había conquistado Chipre a los griegos y después vendido a los templarios, que a su vez la cedieron al tío de este joven rey, vasallo de la casa de Francia. Enrique multiplica las atenciones con Margarita, cansada por la travesía que le había provocado un hipo muy molesto. Enrique nos conduce a su capital, Nicosia, y allí nos alojamos en su palacio sencillo, pero familiar.

El ejército se dispone a orillas del mar cerca de la ciudad de Camenoriaqui. Las tareas son múltiples, como alimentarles y entrenarles, sobre todo a los arqueros y arcabuceros ya que pierden habilidad si permanecen demasiado tiempo sin ejercitarse en el tiro.

Elijo esta isla como una etapa del viaje porque como base de operaciones es ideal, cerca ya de las costas palestinas, de Asia Menor y de Egipto. Los latinos, grandes marinos, eran dueños del mar y además estamos al abrigo de las incursiones sarracenas. Se puede respirar tranquilidad, recuperarnos de nuestras fatigas y elegir bien nuestro punto de desembarco definitivo. La parada será breve, de pocos días, al menos es lo que pensaba, pero al final permanecimos tres meses.

Al día siguiente de nuestra llegada reúno a mi Consejo de nobles de Francia y Chipre para expresarles mi deseo de atacar Egipto lo más pronto posible y beneficiarnos del efecto sorpresa. Se me hace ver que faltan muchos regimientos y que los cruzados chipriotas no pueden comprometerse hasta la primavera. Los nobles dicen que la estación está demasiado avanzada y que, entre noviembre y febrero, el mar es peligroso. Todos están de acuerdo en que Egipto debe ser el lugar de desembarco ya que es el único punto débil del imperio de Saladino.

Los demás principados musulmanes que se apiñan en Palestina y Siria han sucumbido a la desunión: Damasco, Alepo, Krak, Hamah, Homs y Baalbek intentan en vano quitarse el yugo del sultán y se ejercitan en los celos y maniobras desleales.

Es preciso atacar el corazón del imperio de los sarracenos, que abarca Egipto y Jerusalén pues someter el Nilo sería liberar Tierra Santa y ese es el plan secreto. Una campaña en Judea hubiera sido estéril. Los antiguos cruzados francos han vivido la cruel experiencia de esta tierra quemada por el sol donde los caballeros se sofocan bajo sus pesadas armaduras y con pocos lugares para beber tanto ellos como sus caballos. Por

todo ello una guerra ofensiva es lo peor que se puede hacer.

Por el contrario, los conocimientos bíblicos de los clérigos coinciden con los testimonios de viejos peregrinos. Egipto es próspero y fértil, tiene dos grandes puertos de mar: Damieta y Alejandría que se les llama los ojos del Nilo y también carecen de fortalezas en el delta, lo que favorece la marcha sobre El Cairo.

Por desgracia, la estancia en Chipre se prolonga y el Consejo delibera que pasaremos el invierno en la isla y esta es la peor de las decisiones porque deja a los sarracenos todo el tiempo necesario para prepararse para nuestra llegada. Es una larga espera que hace que los soldados se inclinen por la ociosidad y además en un pequeño rincón del Mediterráneo donde las pasiones llevan a los hombres a la disipación. ¿Cómo puedo mandar un ejército de cruzados en las arenas de esta isla que antaño fue la isla de Afrodita?

Durante el invierno, dedico más tiempo a mantener la disciplina e incluso la salud de mis soldados que a los preparativos de la expedición. Hay demasiado de todo y, desde que llegamos, encontramos grandes cantidades de provisiones que desde un año antes yo había ordenado traer a esta isla.

Mis oficiales han reunido en la orilla de la playa, en medio de los campos, gran número de toneles de vino que proceden de mis bodegas y es curioso, pues, vistas de lejos, parecen granjas y cerca se ven montículos de trigo y cebada que están también amontonados en medio de llanuras que se pierden en el horizonte como generosas colinas.

La lluvia ha mojado los campos de trigo y se les ve germinar con generosidad si bien aún solo se ve la hierba verde, preludio de una gran cosecha.

Mis soldados reparten con los habitantes de la isla sus momentos de ocio y de excesos. El clima es dulce y anima a ello. Las mujeres chipriotas destacan por la viveza de sus ojos y su pelo alto compuesto de varios pañuelos que formaban como un casco levantado en el aire que fascina a mis soldados.

Todo parece fácil y era suficiente alargar la mano para tomar los frutos más delicados. Chipre une sus tierras generosas y fértiles con el trabajo de sus habitantes, que las cultivan aunque sin poner todo el esfuerzo suficiente.

Margarita me hace descubrir las naranjas y las mandarinas y nos gusta caminar al atardecer entre las primeras flores de la primavera sobre espesas alfombras de muchos colores formadas de jacintos y narcisos. Mis hermanos han reanudado sus prácticas de caza y se unen a las tradiciones de la mesa chipriota donde el vino, perdices y otros tipos de pájaros son los protagonistas del buen comer.

El ejército inverna hasta mayo de 1249 y la disputa entre pisanos y genoveses, que son los responsables de abastecer los barcos alquilados con mi dinero, retarda la ejecución de su puesta a punto. Mientras, se ha creado una pequeña sociedad en la corte

de Lusignan, en Nicosia.

Encuentro de nuevo al senescal Juan de Joinville que vi por última vez en Saumurs a raíz de nombrar caballero a mi hermano Alfonso. Sigue siendo una verdadera furia de la naturaleza con sus casi seis pies de altura. Es como un cedro del Líbano. Ha puesto todos sus recursos en la empresa. Le pago una deuda de dos mil libras. Conoce el salterio, ama la poesía y tiene el espíritu vivo y resuelto.

Actúa convencido de sus intuiciones, razona bien, censor de actuación ajena y en exceso hablador, pero poco preparado para ideas profundas y complicadas. Su amistad me parece que va más allá de mi función y su buen humor se mantiene siempre pese a momentos delicados. Sabe adaptarse a todas las circunstancias, incluida la insularidad. Anotaba todo y no sé qué fueron de sus libretas, supongo que están comidas por las ratas en algún granero olvidado de Champagne.

Exijo a mis valientes que abandonemos Chipre, pero Simón de Nesle y Jean de Soissons todavía quieren esperar y el condestable Humberto de Beaujeu me hace ver por otra parte que los barcos no están listos. Pierre el Chambelán, Geoffroy de Surgères, al contrario, comparten mis impaciencias. Mi confesor, el dominico Geoffroy de Beaulieu, me recuerda la voluntad de Dios. Busco un signo del Cielo que me ayude a conseguir un arreglo entre el rey de Armenia y el príncipe de Antioquía. Este último reclama seiscientos arcabuceros para rechazar los ataques de los turcomanos.

Guillermo de Chartres, nuestro capellán, se propone otra reconciliación: la de las órdenes militares del Temple y del Hospital. Los Hospitalarios sospechaban de los Templarios a la hora de tratar con las fuerzas sarracenas. Hasta les acusan de mantener reuniones secretas desde Nicosia con los infieles. También son acusados de tener más interés por su orden que por los de la fe cristiana. Un suceso inesperado hace que se dé un vuelco de lo más favorable en los últimos días de 1248: el rey de Chipre comparte conmigo un escrito recibido del condestable de Armenia. Un tal Sinibald que hace un viaje a Tartaria firma un mensaje que anuncia que el khan de los tártaros ha abrazado el cristianismo y que adora a los Reyes Magos.

El desembarco en Chipre de una embajada de tártaros que viene de tierras del Asia Menor confirma la noticia. En el nombre del «khan, espada de la cristiandad, victorioso defensor de la religión de los apóstoles», los tártaros se proponen asediar al califa de Bagdad en las próximas fiestas de Pascua y nos piden que ataquemos Egipto para que el sultán no pueda venir en socorro del califa.

Estas sorprendentes noticias me llenan de alegría porque me parecen un milagro y mando a su vez una embajada de tres dominicos, con Andrés de Longjumeau al frente, el mismo que fue a Constantinopla a recoger la Corona de Espinas. Les confío un regalo para que se lo ofrezcan al Khan, una tienda al modo asiático, en forma de capilla que tiene las cortinas con velos donde están bordados los principales misterios de la fe

cristiana.

Estas insólitas noticias no dejan indiferentes a los cruzados, que toman nuevas fuerzas en sus deseos de ir a Tierra Santa. Mi confesor no para de extenderlo por el campamento:

—He aquí la señal que esperábamos. El cielo nos ha dado a los tártaros como aliados.

La alegría nos dura poco, el tiempo que tardamos en descubrir que todo es una mentira. Lo único que querían era conocer mis fuerzas y mis disposiciones, pues temían la llegada de mi ejército a Oriente.

Empiezan a surgir problemas, como que varios jefes de banderas no tienen dinero para mantener la campaña y es preciso que les tome bajo mi cuidado como lo tenía con Joinville, y otro problema más grave es que la peste comienza a cobrarse sus primeras víctimas. Todo ello obliga a levantar el campamento lo más pronto posible y, sin embargo, las visitas continúan, como la de la emperatriz María de Constantinopla, que viene en nombre de su marido en busca de dinero y de soldados.

Margarita en compañía del senescal Joinville le recibió con todos los honores. El pobre emperador latino de Constantinopla no tenía ya para calentarse más que las puertas de su palacio.

Solo puede implorar socorro a los comenos, un pueblo salvaje que, cuando el emperador juró amistad a su rey, lo hizo poniendo su mano sobre su perro muerto. La emperatriz no lleva más que una ligera capa sobre los hombros de lo desamparada que estaba y Margarita está tan sorprendida por su infortunio que le presta el vestido más vistoso y elegante con todo tipo de adornos.

—No hay ya medios para salvar Tierra Santa y Bizancio –dice la emperatriz.

La emperatriz dejó Chipre con resignación y dolorida y ese mismo día las naves alquiladas a los italianos llegaron por fin. Tengo que dejar en Chipre a muchos nobles, caballeros y peregrinos enfermos que se han establecido durante el invierno en pueblos vecinos.

El sábado después de la Ascensión subo a mi nave junto a mi familia y mi Consejo. Los rumores más diversos corren sobre nuestro destino pero les animo a olvidarlos para engañar al enemigo. Nos quedamos varios días en el puerto esperando un viento adecuado para navegar y, cuando este llega, entonces los marineros levantan las velas y dejamos Limasol.

Era un espectáculo extraño: ciento veinte grandes navíos, un enjambre de galeras y de barcos más pequeños y cerca de mil ochocientas velas formaban la flota. Dos mil ochocientos caballeros, veinte mil soldados y una multitud de peregrinos llenaban los puentes de los barcos.

Algunos días después de nuestra salida de puerto un viento tempestuoso arrastró a

muchos peregrinos a la costa de Páfos y les obligó a volver al puerto de Limasol donde se encontraron con los barcos del príncipe de Morea, que venía a unirse a la cruzada, así como la flota del duque de Borgoña, que había invernado en Italia. No tenía ya a mi alrededor más que a setecientos caballeros, pero íbamos hacia Egipto y el gran momento había llegado.

EL DESEMBARCO

La flota espera mis órdenes en carta cerrada y sellada donde doy a mis comandantes las instrucciones y que deben abrirlas cuando las naves ya estén en alta mar. Muchos caballeros creen que nos dirigimos hacia Alejandría o Acre, pero nuestro objetivo es Damieta.

Sé por un espía copto que el sultán Malek-Saleh, que reina sobre Egipto, tiene noticia de mi ataque y que se retira, presa de un doble mal, la tisis y una úlcera en la pierna. El sultán mejoró la defensa de Damieta con la provisión de víveres y de municiones así como una mejora de las murallas donde ha establecido una guarnición de élite formada de árabes de la tribu Bani Kinana.

El jueves después de Pentecostés 4 de junio de 1249, el piloto de la primera nave, que conoce bien la costa de Egipto, grita con gran voz:

—¡Damieta a la vista! ¡Damieta a la vista!

La escuadra se agrupa alrededor del Montjoie. A eso de las doce, echamos el ancla y los jefes se reúnen en la nave real y donde adivino, en las miradas, emoción pero también temor. Porque desde la costa llega hasta nosotros tal ruido de cuernos, trompetas y tambores mezclados con los gritos de los sarracenos que daba pavor el oírlo. Para dirigirme a los comandantes escogí mis mejores galas y mis mejores palabras:

—Mis fieles amigos, seremos invencibles si permanecemos unidos. Saquemos provecho de este mar dulce para abordar esta tierra y ocupémosla con decisión. Ya no soy el rey de Francia, no soy tampoco la Santa Iglesia. Ahora sois todos reyes, sois la Iglesia. Soy solo un hombre al que Dios recordará cuando le llame a la muerte. Si somos vencidos, todos nosotros subiremos al Cielo como mártires. Si triunfamos, será lo contrario, será la gloria de toda Francia, puede que hasta de toda la Cristiandad. Dios, que todo lo sabe, no me creó en vano. Esta es Su causa. Estamos sobre la tierra donde el Verbo se hizo Hombre. Combatamos por su honor.

Entonces todos quieren discutir lo que hay que hacer. Oigo la misma letanía que Chipre:

—Hay que esperar.

Esperar, siempre esperar para desembarcar. Muchos barcos, azotados por las olas y desviados por la tempestad, se encuentran aún lejos de Damieta.

Lamento este consejo:

—Si esperamos, concedemos a los sarracenos el tiempo necesario para recuperarse de su sorpresa. No hay que ofrecerles tregua. Sería muy peligroso permanecer en el mar

a merced del viento.

Pese a esta discordia y la negativa de los nobles más influyentes, ordené atacar al amanecer del 5 de junio. Vimos una nube de arena que resultó ser de sarracenos. Hasta percibí a lo lejos al emir Fakhr el-Din, reconocible con sus armas de oro relucientes que brillaban como el sol. El emir desplegó sus tropas sobre la playa al son de tambores y cuernos que metían miedo en el cuerpo.

Nos faltaban muchos soldados, puede que los dos tercios de la flota y la duda se apoderó de mi persona ya que no había un puerto para esperar a quienes aún faltaban y estaba a merced de los malos vientos. Frente a nosotros, había seis mil hombres a caballo, dispuestos para la batalla. Llegó el momento de la verdad. Algunos francos respondieron a las cuernas sarracenas con sus clarines largos como lises de oro, que recordaban el sonido claro y alto de las trompetas de Jericó. ¡Vamos a derribar la muralla de arena! Me puse mi yelmo dorado y tomé mi espada para dar la orden a todas las naves.

Cuatro galeras sarracenas se acercaron para reconocer a nuestra flota, después dieron media vuelta. Ordené su captura para conseguir de ellos información útil sobre las disposiciones del enemigo. Mis arqueros disparaban flechas incendiarias. Las catapultas lanzaron repetidamente proyectiles sobre sus barcos. En los barcos, recibimos la absolución de nuestros pecados. A falta de sacerdotes, nos confesamos entre nosotros. Muchos se dieron el beso de la paz. No queríamos que los odios retenidos en los corazones, los rencores sin perdón, el rastro de los sentimientos amargos atrajeran la furia celeste y cada uno dispuso su alma para bien morir.

Escuchamos en la lejanía la llamada del almuédano y los tintineos precipitados de la campana de la gran mezquita de Damieta. Esa antigua campana, que antes fue cristiana, resonaba como un tañido fúnebre, llamaba a los infieles a las armas y para nosotros los cristianos tocaba a difuntos. Al amanecer, desembarcamos. Estábamos a casi cuatro leguas de la desembocadura del Nilo y ya con nuestra mirada puesta en Damieta, pero, antes de su muralla que la protegía, había también un puente de pontones con el que se accedía a un suburbio de la ciudad. Me dijeron que los buques no podían acercarse más porque la arena se lo impedía. Hay que pasar de las naves a las galeras de fondo plano que había hecho construir con un calado que permitiera deslizarse sobre la ola que moría en la orilla de la playa. Me junté con el legado, Eudes de Chateauroux, que embarcó con su caballo blanco.

Tenía entre sus manos una preciosa imagen de la verdadera Cruz que enseñaba por encima de su capa roja el «contra los infieles», como él lo llamaba. Luego bendijo al ejército. Otra barca que precedía a la mía llevaba el estandarte. Alrededor de mi chalupa, se agruparon las de mis hermanos y luego la de los nobles y sus caballeros. Marchaban de pie y con la lanza en el puño, la rienda de sus caballos en la mano. Hice colocar a

izquierda y a derecha a los arcabuceros para que protegieran nuestro desembarco apartando a los enemigos con sus golpes de ballesta. Detrás se preparaban los soldados formando una piña.

Contamos también con la caballería franca de Siria. Juan d'Ibelin, el conde de Jaffa, engalanó su galera con todo el lujo oriental y la pintó con su escudo de armas; un escudete bordado en oro marcaba el sitio de cada uno de los trescientos remeros que parecen volar sobre las olas. Dispuso en la parte delantera del buque una música de tambores y cuernas sarracenas a cuyo son se diría que un rayo derribaba los cielos. Tan pronto como su galera tocó fondo, el conde de Jaffa y sus caballeros armados saltaron al agua y se lanzaron hacia la orilla. Las tropas de infieles nos esperaban y replicaron a nuestros arcabuceros. Las barcas chocaron contra la arena antes de alcanzar el límite del flujo. Caballeros y soldados se lanzaron al mar y muchos de ellos tenían el agua hasta el cuello.

Se escuchaba el grito horrible de algunos escuderos cuyas cotas de malla y demás equipo se hundían sin poder tocar fondo hasta que se ahogaban.

Los caballeros que llegaban a la playa gritaban:

—¡Montjoie San Denis!

Fue entonces cuando los jinetes mahometanos se lanzaron al ataque. Los cruzados plantaron sus escudos sobre la arena y opusieron una pared de picos, erizados de puntas, sobre los cuales, las cargas sarracenas se estrellaban. Constaté rápidamente en la ventaja inesperada de estos pequeños barcos llanos que, a fuerza de remos, llevaban a mis soldados al combate sobre la playa. La caballería musulmana se topaba con una multitud de pequeños obstáculos que les impedían pelear. Esperaban sin duda una columna bien formada, pero no estos grupos diseminados que avanzaban en oleadas.

Todos los contingentes de mi ejército progresaban al amparo de una bóveda de flechas que concentraba la atención sarracena por encima de los yelmos de los agresores francos. Mis arcabuceros, desde sus atalayas, sacaban provecho del mar tranquilo para lanzar sus proyectiles a la caballería sarracena, que ofrecía un blanco perfecto. Las catapultas con las piedras eran arrojadas en gran cantidad. El tumulto era atronador y parecía que la tierra y el mar se precipitaban en el abismo. Nubes de flechas, de dardos y de jabalinas que arrojaba el enemigo pasaban por encima de mis hombres y se perdían en el mar. Muchos de mis soldados habían llegado ya a tierra. Apenas podía contener mi impaciencia dentro del barco. Veía allá la enseña de Saint-Denis que ondeaba en tierra.

Después de una rápida oración de rodillas, decidí alcanzar la playa. El escudo al cuello, el yelmo en la cabeza, la espada en la mano. El agua me subía hasta las axilas y amenazó con tragarme. Corrí con decisión hacia los sarracenos. Detrás de mí, vi formarse una muralla de lanzas y de escudos. Los ujieres se calaban, los caballos desembarcaban, los soldados tomaban posición de combate. Mi yelmo dorado me

molestaba, incluso me cegaba. Todos mis hombres me rodeaban. Me acerqué a la bandera roja con franja verde que ondeaba en medio del ejército. Tras el choque terrible que hizo avanzar el mar sobre la playa más lejos de lo previsto, los sarracenos se dispersaron como una bandada de ibis por encima del Nilo. Todos sus esfuerzos para rechazar a mi ejército hacia el mar eran vanos. Vacilaban y perdían buen número de sus caballeros en su retirada desordenada.

Varios de sus emires murieron. Las armaduras de muchos caballos estaban tan cubiertas de flechas que parecían erizos. Me anunciaron la muerte del conde de La Marche, Hugo de Lusignan, quien iría a reunirse, quizá en el purgatorio, con la famosa Jezabel de Angulema. Durante la batalla, mis galeras atacaban los buques de los infieles y los forzaban a remontar el curso del río. A las doce del mediodía el abordaje no estaba terminado pero los sarracenos no parecían ya poder oponerse más. De vez en cuando, jinetes de Damieta se lanzaban contra los cristianos, que habían tropezado en la arena, pero se asustaban, paraban en seco sus caballos al galope, daban vueltas en todas las direcciones para luego dar marcha atrás abandonando sus cascos de bronce. Muchos huyeron, dejando detrás sus largos y encorvados sables. Mis arcabuceros habían desembarcado sobre la playa y maniobraban sus armas de tal manera que sus descargas de plomo se adueñaban de la playa.

El ejército mahometano sucumbió bajo este enjambre de «avispas». Un poco más tarde, los cruzados se aseguraron la posesión de la orilla donde levantaron las tiendas. Mi pabellón rojo escarlata tomó posesión de la playa y junto con el condestable y el maestro de alabarderos contemplamos Damieta a lo lejos. Allá arriba, sobre las murallas, la guarnición había desaparecido. Los címbalos y las cuernas sarracenas se habían ido, pero su conquista no iba a ser fácil. Situada entre el Mediterráneo y el brazo del Nilo, se extendía sobre el río más que sobre el mar. Estaba unida a la otra orilla por un puente de pontones. Defendida por dos cadenas cuyas extremidades se unían a las dos torres, una que mira a la ciudad y la otra en el borde opuesto. Por desgracia el acceso estaba bien guardado y nada fácil.

La batalla dio un giro ventajoso para nosotros. Hacia la tarde, me dijeron que el ejército mahometano había atravesado el puente de pontones que conducía a Damieta. Aceleré los preparativos de nuestros hombres porque esperaba un contraataque. Desembarcamos el resto de los caballos y de los artilleros. Pero, al día siguiente por la mañana, los sarracenos no reaparecieron. Al amanecer, dos felhás vinieron al campamento para verme. Eran de frente amplia, la nariz ligeramente rota, la oreja elevada, las cejas arqueadas, los ojos negros y hundidos, y la barba poblada. Se despojaron de sus cascos y, cuando les interrogo, me dicen que son cristianos, dhimmis coptos.

Venían de Damieta para anunciarme que el ejército de Fakhr el-Din había huido,

dejando la ciudad desierta. No quería creerles, pero todo indica que los sarracenos informaron tres veces al sultán, por palomas mensajeras, sobre nuestro ataque. Pensaron que la falta de respuesta a los mensajes significaba que el sultán había muerto. El emir Fakhr el-Din se había retirado por el Nilo dando la orden de romper el puente de pontones. Reuniría, de momento, sus tropas con las del sultán y el resto de árabes que formaban la guarnición de Damieta perdieron toda confianza, viendo cómo el ejército de Fakhr el-Din se retiraba en desorden.

Poco a poco, me voy convenciendo de que es verdad lo que me decían. Me seguía llegando más información: los guardianes de la muralla, sin considerar las fortificaciones importantes que les protegían, prendieron fuego a la ciudad, incluidas las fortificaciones más importantes. Incendiaron el zoco donde se encontraban todas las mercancías y los productos que se vendían al peso. Es como si mañana, en París, los mismos mercaderes prendieran fuego al pequeño puente de la Ciudad.

Pero, sobre todo, cometieron un error inmenso cuando abandonaron Damieta y fue no destruir el puente de pontones. Los habitantes, viéndose abandonados, dejaron sus moradas y huyeron a los campos. Según mis espías, el sultán se dejó llevar del furor al enterarse de este desastre e hizo prender a cincuenta jefes y los entregó a la muerte mientras decía:

—Ni uno solo de ustedes tuvo el coraje de hacerse matar.

El emir ordenó que la corte y el ejército se retiraran a Mansourah. Los cánticos por la victoria llenaron la playa. La Tierra prometida está cada vez más cerca y por fin podremos dormir un poco.

LA ENTRADA EN DAMIETA

Me cuenta el propio Juan de Brienne que había permanecido dieciocho meses al pie de la muralla de Damieta durante la anterior cruzada y que ahora, pese a que las fortificaciones habían aumentado, la ciudad se iba a rendir en unas horas sin apenas resistencia. Egipto era la llave de Tierra Santa, pero Damieta lo era de Egipto. Los sarracenos volaron solo algunas tablas del puente, pero sigue siendo difícil entrar en la ciudad. Me resisto a creer las noticias casi milagrosas que me traen mis espías y, para cerciorarme, envío a un caballero a verificar la exactitud del relato de los coptos porque, insisto, a mí me sigue pareciendo el cuento de las Mil y Una Noches. De vuelta, me confirma que Damieta está abandonada y han visto a esclavos cristianos ocupados en apagar el incendio y no hay peligro de caer en emboscada alguna. En esas estábamos cuando vemos venir hacia nosotros una procesión de cruces llevadas por un nuevo grupo de cristianos coptos que vienen a nuestro encuentro para acompañarnos en nuestra entrada a la ciudad.

Recapacito un momento porque no quiero entrar como un guerrero y sí como un peregrino descalzo que toma posesión de una tierra que el Cielo me ha entregado sin combate y lo hago junto al legado, el patriarca de Jerusalén, seguido por nobles y mi familia. Marchamos bajo las altas murallas y las torres almenadas inexpugnables y sin embargo ahora abandonadas. Mis hombres no se cansan de admirar la fortaleza al igual que el feliz milagro que les ha hecho dueños de ella.

La larga experiencia de los Templarios y de los Hospitalarios dice lo complicado que es conquistar esta ciudad y no creen lo que sus ojos ven. La bandera de la cruz ondea en la más alta de las torres, mientras nos dirigimos a la gran mezquita, convertida ya en iglesia y dedicada a Notre-Dame por Juan de Brienne y cuyas puertas monumentales están adornadas con mosaicos y delicados arabescos.

El legado entona un Te Deum, mientras cambia el altar mayor con el fin de orientarlo, no hacia La Meca, pero sí hacia el Santo Sepulcro y rocía con agua bendita el suelo y paredes para luego celebrar la misa, que, una vez terminada, rompimos los hierros de cincuenta y tres cautivos con más de veintidós años esclavos.

Cuando el fuego pudo ser sofocado, reconocemos la ciudad y encontramos gran abundancia de víveres, armas, pero ha llegado el momento de ejecutar una tradición inmemorial que es repartirse el botín de Tierra Santa.

Para ello hacemos tres partes; los dos tercios son para los cruzados, soldados, peregrinos, mujeres y niños; un tercio para mí como jefe del ejército. Tal reparto lo

considero un despilfarro y, a propuesta del patriarca de Jerusalén, pido a mi Consejo que los granos y todo lo que pudiera servir para la subsistencia del ejército no sean entregados a los cruzados.

Escucho un murmullo por mis palabras y les hago ver sin embargo que la causa debe prevalecer sobre las codicias porque la guerra no está acabada y sí apenas comenzada. Las recompensas son para cuando ocupásemos Jerusalén y serían de otra naturaleza y, mientras llegan, se trata de sacar el mejor partido de la toma de Damieta.

Después de la misa del domingo 6 de junio, el Consejo se reúne de nuevo y compruebo que se divide en un grupo de los que quieren esperar a que pasen los calores del verano y los que sugieren atacar inmediatamente Alejandría o El Cairo y, en aquel ínterin, los antiguos cruzados, que vivieron la aventura triste de Juan de Brienne, me suplican que les escuche:

—El Nilo comenzará su crecida dentro de algunos días, el 20 o 21 de junio. Fue en esa época cuando el ejército de Juan de Brienne había dejado Damieta. Las consecuencias fueron dramáticas. Los sarracenos no obstaculizaron la marcha de nuestro ejército, más bien todo lo contrario. Cuando las aguas fueron bastante altas, rompieron los diques. El agua del río ocultó el campamento mientras dormíamos.

Este triste testimonio facilita la decisión del consejo de guerra, pues los calores del verano dificultan las largas marchas y llevan a los soldados al mismo infierno: no dejaríamos Damieta antes del otoño.

Descubro hasta qué punto estamos mal preparados para luchar contra el sol de Egipto y es evidente que la crecida del Nilo no será la amenaza más importante. Nuestro ejército maneja un equipo demasiado pesado, pues las corazas de hierro son marmitas hirvientes que atraen y encierran el mismo sol.

El fuego, que nos quema, hace de los yelmos, pesados instrumentos de suplicio y no digamos ya nuestras cotas de mallas, donde cada eslabón parece una llama viva. Henos aquí como aplacados a la arena, buscando el menor refugio y tampoco alejarse del río.

Como jamás llueve en este país, el agua del Nilo es fangosa pero los felhás coptos nos aseguran que se la podía beber a condición de sacarla por la tarde y mantenerla toda la noche en recipientes de tierra colgadas de las tiendas y después introducir almendras o habas. Al día siguiente, el agua es tan fresca que no deja sed alguna en nuestras gargantas. Henos aquí, pues, condenados a esperar a que el Nilo y el sol se dignen concedernos sus favores. ¿Pero cómo voy a ocupar el tiempo de mis hombres? Conozco sus inclinaciones y el precio de su ociosidad y he aquí que la solución vino de los campos y de la ciudad de Damieta. Hago descargar las layas, las gradas y los arados para cultivar el limón negro y el gordo en la tierra conquistada. El sultán, en un mensaje de desdén, me trata con ironía:

—Te abasteceré del trigo en abundancia, pero tu estancia será tan corta en este país

que no tendrás tiempo ni de recoger ni una sola cosecha.

Le respondí:

—Hice el voto de venir hasta esta tierra. Fijé una fecha para ponerme en camino, pero no tengo para irme. He ahí la razón por la que he traído las herramientas de labor.

Encontramos alojamiento para la reina, las princesas, otras damas y los peregrinos más débiles encomendando la vigilancia a quinientos caballeros. Doy orden de que se deje circular por las calles los turbantes azules y amarillos, es decir, los coptos y los judíos. Mis medidas les hacen muy felices por poder montar caballos porque la ley mahometana se lo había prohibido. Las damas están encantadas con los jardines suntuosos donde cantan entre el índigo, los bulbos de azafrán y los algarrobos, que son regados por la tarde y por la mañana por las aguas del Nilo, y rivalizan en sus fuertes colores.

El interior de las moradas principescas tiene suelo de mármol y lozas coloreadas que representan todo tipo de flores y muestran gran lujo. Las ventanas hacen circular el aire por las terrazas, por los belvederes y por los balcones de las balaustradas. Escogí quedarme bajo la tienda que establecimos en la orilla occidental del río, en el corazón del delta, sobre la isla Maalé, cerca del famoso puente de pontones.

Otra de mis medidas urgentes fue transformar todas las mezquitas de la ciudad en iglesias y para ello había traído en mi nave vasos sagrados y los ornamentos necesarios para las ceremonias religiosas.

Por desgracia, muchos nobles y sus hombres han olvidado bajo qué bandera han venido a combatir y dan la espalda al espíritu que debería animarles como soldados de Cristo y se revuelcan en el desenfreno.

Los caballeros solo piensan en grandes festines de carnes y el pueblo común se entrega a mujeres alocadas al cobijo de los bosques de palmeras que se elevan sobre parasoles o sombras de tamarindos: Damieta se ha convertido en un mal lugar.

Veo con frecuencia a gente entrar en tiendas cubiertas de ramitas de jazmín donde se consumen palitos de áloe en pebeteros. El almuédano ya no se escucha, pero el Te Deum no abraza a los soldados que comen demasiado y tienen el diablo en el cuerpo.

Esos mismos soldados atraen a las fulanas y las obligan a prostituirse entre sábanas de lino. Estas guaridas, que pululan por todo el campo, se instalaron muy cerca de mí, a tiro de piedra de mi tienda. Estoy obligado a tolerar estos burdeles, porque sé que, si bien no acepto ser el cómplice de tal desorden, también debería renunciar a la cruzada por falta de soldados aunque mi ejército atrae cada día a nuevos reclutas, como los Teutónicos, que se juntan con los Hospitalarios.

Los caballeros de Palestina y de las islas griegas desembarcan junto a soldados de Chipre que no habían podido llegar a tiempo por las tormentas. Es una alegría para mí acoger a doscientos cruzados ingleses, lanceros, bajo el mando del conde de Salisbury,

Guillermo el de la Larga Espada.

Estos lanceros atacan los convoyes sarracenos y se apoderan de un botín precioso que excita los celos de los franceses: camellos y asnos cargados con piezas de seda, de guindillas de tienda de ultramarinos, así como algunas carretillas tiradas por búfalos. Mi hermano, el conde de Artois, injuria a los ingleses y pide que se vayan esos asesinos de santo Tomás de Canterbury.

El tiempo pasa con lentitud y el sol parece que también, pues nuestras incomodidades se agravan por el excesivo calor y por el gran número de moscas que han elegido nuestro campamento.

Cada noche, nuestro campamento sufre el acoso de los Beduinos que vagabundean por los alrededores y atacan a soldados aislados y los decapitan para después desaparecer como por ensalmo. Nos enteramos que el sultán concede una moneda de oro por cada cabeza de cristiano que se le lleve. Como consecuencia de ello prohíbo a los peregrinos aventurarse lejos del campamento porque en cada matorral puede que se agazape uno de ellos y porque tampoco vacilan en desenterrar el cuerpo para llevarse la cabeza y obtener la recompensa cuando descubren una sepultura nueva.

Cuando llega el atardecer, se deslizan a rastras hasta el recinto del campo y cuando, al amanecer, contamos, vemos que algunos faltan y, cuando vamos a sus tiendas, les encontramos muertos. Las patrullas a caballo no sirven de mucho y las reemplazo por rondas de soldados a pie, luego hago cavar un foso ancho y profundo, alrededor de las tiendas y al borde del foso hago velar cada noche a soldados y arcabuceros para repeler los ataques por sorpresa.

Espero a mi hermano Alfonso, el conde de Poitiers, que debe traer la leva general de Francia y por fin el domingo, 24 de octubre, llega, acompañado por su mujer y por la condesa de Artois y con él llega el momento de decidir qué ciudad, El Cairo o Alejandría, será nuestro próximo objetivo.

Pedro Mauvais Clerc se decanta por Alejandría, porque esta ciudad nos aseguraría la posesión de un buen puerto, un lugar seguro, una nueva desembocadura del Nilo y una retirada fácil en caso de necesidad.

Mi hermano, el conde de Artois, con su ardor acostumbrado, no es partidario: y así lo manifiesta:

—Ya es hora de dirigirse a El Cairo. Podremos aniquilar allí de un solo golpe al sultán. El Cairo es la cabeza de todo el reino de Egipto y el que quiera matar la serpiente, antes de ser mordido, debe primero aplastar la cabeza.

Escucho a mi hermano y comparto su opinión y dispongo que mi ejército real se ponga en marcha y acampe sobre la orilla derecha del Nilo y, mientras una parte de las tropas se embarca en grandes barcos que llevan los víveres, carne, máquinas y arreos, otra navega a la misma altura de la infantería para protegerla.

Todos los regimientos se ponen en marcha y somos guiados por felás convertidos al cristianismo en Damieta. Su miseria me revuelve las tripas mientras me ofrecen dátiles. En sus campos, se alimentan de ratones que surgen cuando las aguas del Nilo se retiran. Les llamaban las «codornices de los lugares bajos». Otros comen serpientes y carroñas de asno. Me ofrecen para beber keshkab, una mezcla de cebada germinada y luego fermentada con menta y pimienta. La cortesía me obliga a beber un poco. Dejé Damieta al mando de Olivier de Thermes, y allí se quedaron la reina y mis tres cuñadas.

Mientras camino, pienso que el Antiguo Testamento nos rodea y nos lleva. Espero ver surgir a Moisés o inflamarse la zarza ardiente y mi corazón se eleva al contemplar los graneros del Faraón y los templos egipcios, macizos y regulares, estas obras realizadas por millones de esclavos que empujan bloques en medio del terror y sin percatarse que forman parte de la grandeza de una potencia incomprendida. Estos templos tienen poco que ver con nuestras catedrales, donde sonríe la libertad en los capiteles de la fe.

Marchamos sobre la capital de Egipto, El Cairo, ciudad de la magnificencia y riqueza. Mi imaginación se desborda. Busca el pequeño trozo de tierra de asilo momentáneo que, según los evangelios, acogió al Salvador tras la matanza de los inocentes. Antes que nosotros, había caminado una humilde familia, la del Niño Jesús en su exilio para huir de la cólera de Herodes y fue aquí, mucho antes, donde Dios prometió al pueblo elegido una tierra donde manara leche y miel.

Escucho aún resonar el eco doloroso de la queja de los hebreos cautivos y los lamentos de los profetas. Quiero llevar en triunfo los estandartes de Cristo a los muros de El Cairo. Dicen que el Nilo viene del paraíso terrestre. Sus aguas llevan las especias más preciosas. Una costumbre ancestral explica este misterio: antes de que el río entre en Egipto, los pescadores tienden sus redes y las despliegan en el agua, por la tarde. Cuando vuelven por la mañana, las retiran, cargadas de claveles, de jengibre y de barbos que son propios de un paraíso.

Este río tan diferente a los demás llega por un solo canal y se divide al final en siete brazos desde Damieta hasta Alejandría. Un copto me asegura que el sultán había muerto y su cuerpo embalsamado y su muerte ha sido escondida por la sultana, que gobernará mientras llegue su hijo para hacerse con el poder.

Mientras, la marcha de mi gente de pie es lenta y hace que la de los Templarios a caballo que forman mi vanguardia también lo sea. Qué diferencia con los mahometanos, que levantan su tienda con la rapidez del viento. El 21 de diciembre de 1249 llegamos delante de la ciudad de Mansourah. Hemos empleado treinta y un días para atravesar una distancia de solo veinte leguas.

EL VADO

La fortaleza de Mansourah está emplazada sobre un brazo del Nilo, el Bahr el-Saghir, que dificulta el acercamiento, mientras el ejército sarraceno protege la ciudad, y nos esperan al otro lado del río.

En el entrante formado por el Nilo y el Bahr el-Saghir se ve un paso justo en el ángulo donde se encuentran las aguas. Hago venir al jefe de ingenieros, Josselin de Cornaut, que evalúa Bahr el-Saghir:

—Es un río de la anchura del Marne pero con aguas profundas a ambas orillas. Me parece infranqueable y peligroso sin la ayuda de una obra previa.

Tras la búsqueda sin éxito de un vado ordeno que se construya un puente. Pido a Josselin, bretón que jamás retrocede, que corte las aguas con un camino de tierra y de madera lo más grande posible para facilitar el paso del ejército sin mojarse. Por fin escogemos un lugar menos ancho y aguas abajo.

El paso deberá resistir la potencia de una masa de agua y, cuantos más medios se ponían para contenerla, más resistencia ofrecía.

El enemigo comprendió pronto lo que se les venía encima si nuestro plan se llevaba a cabo y, para evitarlo, instalan sus máquinas en esa dirección para destruir las nuestras. Para proteger a mis ingenieros que se afanan en la construcción del puente sobre el Nilo construyo castillos parecidos a los que se utilizan en un asedio. Fueron construidos con rapidez y se pudieron utilizar sin demasiada pérdida de tiempo. Quienes los construyeron, sumaron una serie de mejoras en las torres que permitían aumentar el número de arcabuceros en su interior así como galerías cubiertas para que los obreros pudieran trabajar con más seguridad aunque estos nuevos castillos son rápidamente sometidos a un ataque masivo de flechas y de piedras.

Mientras, la flota sarracena ataca a nuestra escuadra de reavituallamiento en el Nilo: hay que reconocer que saben lo que se hacen.

Una mañana, veo melones verdes que flotan sobre el río traídos por la corriente. Uno de mis soldados, encantado de la ganga, se echa al agua para recogerlos. ¡Sorpresa! Son asaltantes árabes cuyas cabezas surgen de repente de los melones, que los utilizaban como máscaras. Otros se infiltran hasta nuestras tiendas aprovechando la oscuridad de la noche. Pese a todo, los trabajos van a buen ritmo y pronto podremos atravesar el Nilo desafiando la fuerza del enemigo. Por desgracia, ocurre que, una cierta noche, ya no son flechas ni piedras lo que nos lanzan sobre nuestros castillos y sí, en cambio, bolas de fuego que recorren el cielo con un zumbido desgarrador.

La cola de la llama se parece a un dragón y es tan clara que la noche se convierte en día. Mis ingenieros estudian estos proyectiles infernales que inflaman el Nilo. Se trata de recipientes cerrados donde se aloja el fuego que, lanzados hacia el cielo, prorrumpen súbitamente en relámpagos y descienden derecho sobre nuestro campamento. Mi condestable, Humberto de Beaujeu, añade a nuestros arqueros un nuevo cuerpo de soldados, el de bomberos.

Solo la arena y el vinagre pueden luchar contra estos fuegos griegos. Otras medidas son guarnecer las máquinas con pieles frescas de bestias desolladas y mojar el bosque todo lo que se pudiera. En cualquier caso, estamos en peligro. Mis hombres gritan y una gran angustia y espanto recorre sus filas. Los sarracenos atan sus proyectiles incendiarios a sus flechas que transforman el río en un seto de fuego. Con la ayuda de catapultas, lanzan a gran distancia las marmitas enteras cargadas de humos soporíferos que entumecen los sentidos.

Nuestros castillos son dañados, pero gracias a la madera amontonada para posibles reparaciones de los buques, los reconstruimos, pero nada, son rápidamente asaltados y consumidos por el fuego. Pronto, veo a los árabes que cavan en la orilla opuesta, de modo que la distancia que hay que atravesar siempre es la misma. No hacemos más que desplazar el río y, desde hace un mes y medio, trabajamos en vano. El martes de cuaresma, el condestable Humberto de Beaujeu acude a mi tienda en compañía de un pastor beduino que quiere hablarme a solas. Desconfío de esta barba negra que ocupa toda la cara. Pertenece a una tribu que ni siembra ni cosecha, viven de rapiñas y de la leche de camello. Obedecen a las leyes de los lobos más que a las de hombres. Reclama una recompensa de quinientas monedas de oro para llevarme hasta un vado practicable para mi caballería.

No sé si fiarme. Tiene los ojos semejantes a los de la comadreja cuando caza el conejo. Se dice cristiano pero no sabe hacer ni la señal de la cruz, pero reconozco que no tengo apenas elección y hay que intentarlo todo. Acepto, pues, este mercadeo tan oriental: ¡daría todo mi tesoro por ese vado! Nos lleva hasta allí, a cuatro millas más al sur del campamento y una vez llegados huye a toda velocidad, sin pedir su dinero. El mismo día del martes de cuaresma tomo la decisión de atravesar el vado dejando el campamento en manos del duque de Borgoña. Ordeno a mi ejército, a los Templarios y a los Hospitalarios que guarden su fila y respeten el orden de batalla. El paso es sin duda laborioso y muy difícil: el lecho es profundo; la orilla opuesta, alta y escarpada como una muralla.

Los caballos se hunden y buscan que sus pezuñas no tropiecen.

Mi hermano Roberto me pide con su buen humor de siempre:

—Luis, concédeme el honor de ir el primero.

—Os lo concedo, Roberto, aunque sé que nada ni nadie os impide lanzaros hacia

adelante. Sois valiente.

—¿Tener valor no es condición necesaria para ser caballero?

—Sí, pero a condición de saber qué hacer con él. Os pido prudencia.

—Os lo prometo por los evangelios.

Le ordeno que espere en la otra orilla antes de avanzar para impedir que se quede aislado delante de los sarracenos. Le veo alejarse bajo la luna con decisión en compañía de sus hombres, los hospitalarios, templarios, el conde de Salisbury y los ingleses, que rivalizan en astucia y valor.

Al acabar el día, veo a Roberto y sus hombres en la otra orilla: galopan sobre sus sillas de montar en persecución de la caballería árabe que huye, pero ha dejado su juramento sin efecto ya que no me ha obedecido.

Decido franquear también yo el vado cuando veo que Roberto ha desaparecido de mi vista. Se habrá dejado llevar por el demonio de las batallas. Algunos caballeros vuelven con noticias de victoria:

—El conde de Artois ha sorprendido a los infieles durante su reposo. Se ha lanzado contra hombres dormidos. El mismo emir, Fakhr el-Din, ha sido sorprendido en su tienda donde se hacía teñir su barba. Ha salido casi desnudo e intentaba huir a caballo. Los cristianos, dueños del campamento, le han matado. La temeridad del conde ha sido recompensada.

Perdono a Roberto su desobediencia, pero, por desgracia, la alegría no dura demasiado y las noticias que llegan no son igual de buenas. Un caballero del Temple, todo ensangrentado, nos anuncia la continuación de la lamentable aventura. Roberto se negó a escuchar a Guillermo de Sonnac, maestro de los templarios que le pedía prudencia porque sentía «el pelo del lobo», ese lobo disfrazado de los templarios. El conde de Salisbury intentó también que entrara en razón, pero no fue mejor tratado y fue insultado por mi hermano con los peores insultos.

Roberto entró en la ciudad y fue directo al palacio del sultán. De pronto, desde lo alto de las almenas, una granizada de proyectiles cayó sobre mi hermano y sus soldados y ya fue imposible ir más allá. Hago un signo con la mano para que se detenga en su narración porque adivino el final ya que Roberto no tenía soldados suficientes para protegerse. En una triste callejuela pagó con la vida su temeridad. Su cuerpo permanece allí muerto y desnudo. Los sarracenos han creído que era el rey en persona por su cota de armas y flores de Lis y le han quitado la piel en un acto de barbarie. Mansourah está bañada en sangre y júbilo de los sarracenos y todos los que le siguieron, trescientos caballeros, han muerto.

LOS MAMELUCOS

Tras la peligrosa travesía del Bahr el-Saghir, reorganizo mis tropas ante un nuevo ataque de los árabes. Es un momento confuso y nos vemos cercados por tropas sarracenas que han cambiado de táctica. La lucha sigue y veo a mi lado al pobre Erard de Syverey desfigurado con su nariz que le cae sobre el labio y que, pese a todo, busca su caballo. Ordeno que suenen las trompas y los timbales para animar los corazones de los soldados, que ven cómo sus escudos acribillados de saetas no sirven para protegerse y, en medio de la tragedia, oigo al conde de Soissons que bromea con Joinville:

—Senescal, dejemos vociferar a estos perros. Por Dios, aún hablaremos de este día memorable delante de nuestras chimeneas… y en la habitación con nuestras mujeres.

Todos contra todos: cruzados contra musulmanes en el fragor de las espadas. Mi espada de dos filos es tan pesada y molesta que me pone en aprietos más que ayudarme. Para romper el asedio, ordeno a mis caballeros que se retiren hacia el río ya que el cerco se ha consumado por la turba de infieles. Montan pequeños caballos árabes de gran agilidad y así evitan el golpe del caballero. Las saetas, flechas y carros con piedras arrojadizas caen sobre nosotros en tal cantidad que ni la lluvia ni el granizo harían tan oscuro el cielo.

Cada línea de combate sarracena vacía sus carcajes contra nuestras armaduras para dejar paso a la siguiente y, para empeorar la situación, no contamos con nuestros arcabuceros, que se han quedado en el campamento. Doy orden de cargar, pero los caballos caen acribillados mientras el río se cubre de lanzas y escudos ensangrentados.

En la pelea donde estoy metido hasta el corvejón, combato aislado y los sarracenos me rodean. Varios han cogido mi caballo e intentan derribarlo, pero consigo deshacerme de ellos, mientras animo a mi gente y grito lo más fuerte posible para que el destino no nos haga perder esta batalla. El día avanza rápido hacia su final y hace demasiado calor cuando, de repente, los sarracenos se retiran y pienso que es una trampa que no entiendo ya que controlan la batalla y no parece que cometan los errores de Damieta. ¿Dónde está la explicación?

La veo delante de mí, cuando Pedro Mauclerc con la cara ensangrentada y abrazado al cuello de su caballo me señala un punto y es entonces cuando lo entiendo y doy gracias a Dios porque nuestros arqueros aparecen para salvarnos.

Joinville se me acerca y me cede su casco más ligero y aireado porque el mío me ahoga. Hemos tomado de nuevo la iniciativa, pero a qué precio, es lo que se llama una victoria pírrica ya que nuestras pérdidas en hombres y caballos son irreparables.

Los hijos del Profeta deambulan a su gusto y escuchamos los sonidos de sus tambores que proceden de Mansourah y, pese a su retirada, el cielo se llena de voces y amenazadores gritos de júbilo y querría saber de dónde viene este sentimiento de alegría y a mí de tristeza que me asalta porque es evidente que algo ha cambiado desde Damieta en el espíritu del enemigo.

La evidencia se impone: otra guerra ha comenzado. Dirigida por un nuevo sultán, que llegará dentro de algunos días, Touran-Chah, y un nuevo jefe llamado Baibars, pero sobre todo han llegado nuevos soldados, los mamelucos, que componen un cuadro de élite, la llamada halca, un vivero de emires invencibles, que llevan grabadas en sus escudos las armas del sultán.

Desde su infancia estuvieron destinados al oficio de las armas y aprendieron ya desde jóvenes a voltear la lámina de sus sables y a partir a un hombre en dos de un solo golpe de revés.

No lo sé con exactitud pero estos guerreros no conocen su origen y así el jefe Baibars que significa «Príncipe Pantera» fue comprado por cuarenta dinares, en las estepas del norte del mar Negro o en las orillas del mar Caspio. Aseguran que los mamelucos son capaces de alcanzar con sus armas una cantimplora lejana colgada de un mástil y de lanzar tres flechas en un solo segundo. Poseen la fuerza de los Tártaros y la astucia de los bizantinos.

Se llaman mamelucos por su devoción al sultán, que les tiene como su guardia personal y es tal su lealtad que se comportan como los propios demonios ya que carecen de lazos familiares.

El miércoles de Ceniza, ordeno situar dos acantonamientos de hombres sobre el puente de pontones reforzado con una empalizada para que la gente a pie pueda atravesar el río a la vez que servirá como una barrera infranqueable a la caballería enemiga. Los mamelucos están frente a nosotros y se refugian tras un parapeto de piedras con saetas de ballesta desde donde pueden disparar a destajo sobre mis hombres.

De la noche del jueves al viernes preparo el ataque y dispongo a lo largo de la empalizada que cierra el campo a mi escasa caballería apta para un ataque mientras que la mayoría de mis soldados deberán pelear a pie porque sus caballos han sido heridos o muertos.

La batalla comienza y pronto veo que muchos de mis arqueros se arrastran con sus piernas dislocadas y, entre ellos, a mi joven escudero rubio. Santiago Le Jolis cojea apoyándose a duras penas sobre dos muletas bajo las axilas y un poco más lejos está el viejo Farald que cuida de su pecho totalmente hundido y Joinville y Malvoisin no han podido ponerse sus cotas de malla a causa de sus heridas y el senescal se protege con una malla de estopa rellena que ha sido abandonada por un sarraceno en fuga y Saintignon aprieta con la fuerza de su mano lastimada un agujero que tiene en el hombro por donde

se le escapa la sangre como el vino de un tonel picado y, sin embargo, cada uno acepta todavía poner su vida en esta aventura.

Alfonso y Carlos mis hermanos acuden a mi lado y sostienen con su valentía mi mirada de duelo mientras me exhortan a no mostrar turbación frente a los valientes heridos que todavía pelean.

Al amanecer, aparecen cuatro mil mamelucos a caballo que se lanzan sobre nuestro refugio de estacas y de tablas y veo a su jefe Baibars que gira sobre un pequeño caballo de fuego y hace girar su casco dorado y espada de oro por encima de su cabeza.

Por fin sus tambores dan la orden de asalto y un diluvio de saetas envueltas en llamas dentro de recipientes con nafta cae sobre nosotros y las primeras en sufrir su devastador ataque son las tablas de protección de nuestro campo, que se consumen por el fuego, y la segunda víctima es el gran Maestre del Temple, Guillaume de Sonnac, que parece una verdadera y viva antorcha, mientras corre hacia el río para caer muerto poco después.

Acudo en ayuda de mi hermano Alfonso con la grupa de mi caballo en llamas por un fuego griego que cayó sobre mi cota de mallas produciéndome quemaduras. Veo que olas de mamelucos vienen sobre nosotros atacando la empalizada que nos protege y, pese a todo, resistimos sin retroceder un paso.

El cansancio parece hacer mella entre los mamelucos, que se retiran para rehacer sus fuerzas ante nuestra defensa, pero también para ir a recibir a su nuevo sultán que ha llegado a Mansourah, acompañado por la sultana Chagarett-Eddor en medio de grandes aclamaciones cuyos ecos escuchamos e intuimos los infortunios que están a punto de traernos.

LOS BARBOS

Mi ejército está destrozado y diezmado por innumerables heridas y, para colmo, las fiebres hacen acto de presencia provocando la muerte de muchos de ellos. Los sarracenos lanzan al río los cadáveres de nuestros muertos mezclados con los suyos y, en unas horas, estos cuerpos suben a la superficie traídos por las corrientes agolpándose en el puente de barcazas de Bahr el-Saghir.

El río está cubierto de cadáveres lo que hace que el aire que respiramos esté cada más corrompido y lleno de miasmas. Ordeno que se retiren los cadáveres que llevan el símbolo de la cruz y sean enterrados en una fosa común por lo complicado que resulta su reconocimiento mientras que los cuerpos de los sarracenos se les deja en el río.

No hay nada para comer y sobrevivimos de raíces y de peces capturados en el Bahr el-Saghir que parecen multiplicarse, como el maná del desierto que caía del cielo a los hebreos. Mis soldados llamaron a estos peces con nombre tan evocador como los chapoteadores.

Los chapoteadores comen cadáveres porque para ellos son como peces y se llenan de carnes putrefactas y los caballeros muertos de hambre comen los chapoteadores, lo que provoca una enfermedad hasta entonces desconocida que tiene como síntomas que la carne de nuestros brazos se deshace y nuestras piernas semejan viejas botas picadas.

Todos los hombres capaces de tenerse en pie cuidan a los enfermos y entierran a los muertos y, en mis visitas al campamento, apenas levanto un poco la tienda, veo las funestas consecuencias de la enfermedad: veinte o treinta convoyes vierten cada día sus cadáveres a las puertas de las capillas.

Llega un momento donde los jefes de las cocinas y sus pinches toman las armas y los caballos de los enfermos para velar por la seguridad del campamento que ya no es más que un grito de agonía. Comemos tanta carne putrefacta que los cirujanos apenas pueden quitarla de nuestras encías.

¡Cuánta tristeza escuchar a todos estos caballeros que todavía vivos se quejan de dolor cuando les cortamos las carnes muertas y gritan como mujeres en parto! La victoria de Damieta parece lejana, solo nos quedan los gritos de la muerte que terminan en un funesto final donde no somos vencidos por los vivientes, sino por los muertos.

Paso mis días visitando en compañía del capellán las tiendas llenas de hombres febriles, reconfortando, consolando e intentando fortalecer con una palabra o con una sonrisa y, cada vez más a menudo, consuelo sus últimos instantes.

Un día la enfermedad invade mi cuerpo exangüe por el agotamiento, mi boca como

fuego y sobre todo mis propias entrañas con un flujo violento de vientre que me aprieta y me urge a bajar de mi caballo con tanta frecuencia que es mejor que haga un agujero en mis pantalones para hacer más rápido mis necesidades.

Los sarracenos comprendieron que la fruta iba a caer sola, sin acelerar la marcha de los acontecimientos, sino solo esperar ya que la flotilla de cincuenta barcos que nos traía cada día los alimentos y las provisiones desde el delta y a través del Nilo ha sido capturada sin que podamos hacer nada por evitarlo.

Cercana ya la Pascua, el 27 de marzo del año 1250, el hambre comienza a castigar con rigor el campamento y el camino de Damieta está definitivamente cortado.

Decido volver al primer campamento guardado por el duque de Borgoña, y enviar a Felipe de Montfort a Mansourah, para que concierte una entrevista para un posible acuerdo con el nuevo sultán al comprobar mi impotencia ante la agonía lenta de mis hombres.

Le ofrezco devolverle Damieta con la condición de que se nos restituya el reino de Jerusalén y nos deje abandonar Egipto. El sultán me responde con cinismo:

—Mis ejércitos tienen tres nombres: mamelucos, enfermedad y hambre. ¡Pronto negociaremos con usted en el paraíso de Alá!

El 5 de abril comienza nuestra retirada a Damieta y divido mi ejército en dos comitivas: por el Nilo serán transportados los enfermos y los heridos, y por tierra, los sanos o así considerados.

Los nobles son de la opinión de que el camino terrestre es demasiado incierto para mis fragilidades y me aconsejan que tome el primero, pero me niego a ir en barco ya que no abandonaré a mi ejército en estas circunstancias.

Mis hermanos deciden seguir mi suerte y esperamos a la noche para ponernos en marcha con la esperanza de que el enemigo se percate lo más tarde posible de nuestras intenciones y para ello ordeno que se dejen las tiendas puestas y alumbradas con hogueras que sirven también como puntos de reunión para los enfermos que van a ser embarcados.

Ordeno a Josselin de Cornaut, nuestro oficial ingeniero, que corte las amarras del puente de barcazas aunque, por desgracia, en el desorden de la retirada, no podrá cumplirla y los sarracenos tendrán fácil el camino para perseguirnos.

Quiero ser el último en abandonar el campamento y ordeno salir primero a todos mis caballeros. Yo marcharé en la retaguardia con Gaucher de Châtillon y Geoffroy de Sargines. Trato de vestirme una cota de malla, pero se me hunden los hombros por su peso, lo que me obliga a no llevar ninguna protección hasta Damieta.

El acoso de los sarracenos a nuestra retirada comienza pronto y va a durar toda la noche ya que nuestra pequeña columna es presa fácil para los mamelucos, que quieren cerrarme la retirada.

Mi fiel Sargines arremete contra ellos como un león, forzándoles a retirarse y da esa imagen de hombre leal que defiende a su señor contra las moscas mamelucas. Agobiados, nos detenemos sobre una altura en el pueblo de Minié-Abou-Abdallah donde una burguesa de París, mujer de un cruzado, me acoge en su chabola.

Gaucher de Châtillon hace guardia y, cuando los mamelucos se presentan, lanza sobre ellos cargas de furia ante la inminencia del final que llega cuando los sarracenos le acribillan y, aun así, su coraje hace que se retiren mientras por una pequeña ventana veo cómo se arranca las saetas y las flechas de su cota de malla y, levantándose sobre sus estribos, extiende los brazos y grita:

—¡A Châtillon, caballeros! ¡Vengan conmigo, mis fieles!

Los sarracenos reaparecen al otro lado de la calle y se lanzan de nuevo al ataque hasta que sucumbe a los asaltos cuando un traidor llamado Marcelo se pone a gritar:

—¡Señores caballeros, rendiros! El rey os lo manda. No le hagáis morir.

No había dado orden alguna y sin embargo los cruzados se la creyeron y depositan sus armas mientras los sarracenos se les echan encima, les desarman y les atan con cuerdas.

Ya prisionero, un eunuco me obliga a subir en un barco que esperaba a orillas del Nilo mientras mis hermanos y los nobles, atados con cuerdas, son llevados a pie a lo largo del río hasta Mansourah.

La flota sarracena remonta el Nilo bajo una lluvia de risas, abucheos y burlas. Todos se dirigen a la cautividad hasta que sus familias paguen un buen rescate, otros sean vendidos como esclavos a algún jefe de tribus beduinas y otros mueran y sean arrojados al río o quemados y otros salvarán sus vidas tras apostatar del cristianismo ya que les resulta indiferente la religión a la que pertenezcan.

Cuando penetro bajo el gran arco de entrada a Mansourah, recuerdo a mi hermano, mi querido Roberto, que con su imprudencia perdió la vida.

Me encierran en la casa de un escriba y me cargan de cadenas bajo la vigilancia ininterrumpida de un eunuco que se llama Sahib.

¡Me hago tantas preguntas! ¿Por qué esta cautividad? ¿Por qué este calvario para mi ejército? ¿Y también sobre el sufrimiento que sufren mis carnes enfermas llevando esta túnica irrisoria? ¿Por qué esta derrota tan humillante? ¿Veré la Jerusalén de aquí abajo? ¿Tengo esperanza de entrar en la Tierra prometida? Sé que empieza mi calvario.

Siento en lo más hondo de mi alma que ha llegado mi final donde cambiaré mi corona de poder por una corona de sufrimiento, la corona del vía crucis porque no soy más que un moribundo con los dientes que se caen uno tras otro y, aun así, hubiera querido dirigirme una última vez a mis caballeros antes de atravesar el mundo de los muertos.

CAUTIVO

Mi cárcel es cuadrada, minúscula y oscura con apenas una puerta baja y una única ventana en saliente desde donde se divisa sicómoros y algunas palmeras de alto tallo entre los blancos minaretes.

Pregunto a mi carcelero dónde están mis soldados y me responde que están en un gran patio, expuestos noche y día a los calores para facilitar que, cuando amanece y son llevados a orillas del Nilo, sea más sencillo que abjuren y así salven su vida aunque sigan esclavos o bien como soldados o bien como servidores del sultán y quienes no renieguen, serán decapitados.

Cerca de mí, el eunuco que se llama Isambard no permite más que la visita de uno de mis oficiales, que es quien me levanta, me lleva en brazos y me acuesta. No tengo otra cosa para preservarme del frío que un vestido forrado de ardilla que una buena persona me arrojó cuando entraba en Mansourah.

Una mañana me quitaron las cadenas y el eunuco, que me ve sorprendido, me dice el motivo:

—El sultán piensa que valéis más vivo que muerto. Un rey muerto vale poco. Un rey vivo vale su peso en oro.

Mis guardianes velan por mi vida y recibo la visita de curanderos árabes que trabajan en palacio con sus remedios que semejan flores de Lis mezcladas con ortigas, bebidas de Egipto y todo tipo de hierbas desconocidas para mí, mostrando que son más eficaces que los de Occidente.

El eunuco decide mejorar mi cama e incluso me ofrece vestidos bordados con ricos nudos de oro para engalanarme como un rey y así, supongo, pensará que me acostumbraré a relajadas costumbres. Isambard me trae ensaladas de cebollas verdes, purés de ajo o rebanadas de queso asados al sol, pero, como sé que el resto de los cautivos no prueban estos delicados alimentos, rechazo la comida y no acepto un trato de favor.

Guillermo de Chartres, mi capellán, me trae el libro de las horas que no se perdió de milagro pues lo recogió ya en el suelo, en plena retirada, y también me trae noticias de Damieta y de Margarita. De Damieta me cuenta que está cerca de caer en manos sarracenas y Margarita se pasa el tiempo llorando y teme más por mi vida que por la suya y en estas, mientras pido a Dios que le dé coraje, me llega la noticia de un nuevo alumbramiento, el de mi hijo Juan Tristán Damieta, un nombre que reflejará esta triste época.

Los pisanos y genoveses quieren abandonar Damieta y volverse a sus ciudades de Italia, con lo que la guarnición que la defiende quedaría muy mermada. Sin duda es una mala noticia, una más, pues Damieta es lo que nos queda para nuestra libertad y salvación. Estoy convencido de que Margarita conseguirá disuadirles que no abandonen la ciudad con toda esa capacidad que tiene de saber hablar a los corazones y a los estómagos.

Me entero de que ha ofrecido alimentar a los italianos con los recursos del rey y, en vista de ello, han decidido quedarse ya que se ve que la valentía genovesa está unida al buen comer y una vez más mi provenzala, que les conoce bien, ha conseguido tocarles sus corazones.

Mi salud mejora de día en día con las hierbas que como pues recupero la fuerza en mis entrañas y ya empiezo a sentirme mejor del sufrimiento anterior. El sultán me manda propuestas de tregua que rechazo ya que las noticias sobre Damieta son más optimistas y sus posibilidades de resistir han mejorado.

Carlos mi hermano tiene libertad para visitarme y me dice que algunos nobles quieren negociar su rescate acudiendo a una vieja tradición que les permitiría pagar su rescate con sus dineros. Me sublevo contra esta idea ya que, si autorizara negociaciones separadas, solo los ricos podrían recuperar su libertad, mientras que los cruzados humildes permanecerían prisioneros para siempre.

No aceptaré más que un solo acuerdo para todos y se lo hago saber a los nobles así como al sultán, que solo busca debilitar mi autoridad:

—Confiad en mí. Los trámites de la liberación están en mi mano. Ninguno de ustedes se preocupe por su persona. Respondo con mi cabeza del rescate de todos. Prometo no gestionar mi propia liberación antes de haber obtenido la de mi ejército.

Una tarde, el eunuco Sahib el-Maazami viene a expresarme la cólera del sultán por no haber conseguido que ni las atenciones ni las negociaciones me hayan desviado un ápice de mis ideas y, en vista de ello, piensa utilizar medios más persuasivos.

Un emir entra en mi cárcel rodeado de los hombres de la Halca, la guardia del sultán, y traen consigo una horrible máquina de tortura compuesta de un monstruoso tornillo de banco provisto de ganchos de acero por dentro que actúan sobre las piernas provocando un movimiento de broca y contrabroca.

Un mameluco ebrio de insolencia y mofa ejecuta una parodia de Cristo y me da una caña-cetro, mientras el emir empieza el interrogatorio:

—¿Qué dices de los berbiquís del sultán?

—Que soy su preso. Puede disponer de mi persona a su voluntad.

—¿No tienes miedo?

—Mi cuerpo se estremece. No mi alma.

—El sultán me ha enviado para saber si deseas ser liberado.

—Sí, por supuesto.

—¿Qué le propones a cambio?

—Lo que pudiéramos de acuerdo a la razón.

—¿Estás dispuesto a rendirte a cambio de tu libertad? ¿Algunos de los castillos de tus nobles en esta tierra?

—No podría. Ellos tienen sus plazas no por mí, sino por el emperador Federico.

—¿Rendirían algunos castillos del Temple o de la Orden del Hospital?

—Cuando se confía una de esas fortalezas a los caballeros, juran jamás rendirse.

—¿No quieres ser libre?

—Sí, pero con honor y no bajo amenaza de vuestras torturas. Pido la libertad para todos los cautivos cristianos y no solo para mí.

El emir, sin retirar los berbiquís, desapareció enojado pronunciando el nombre de Alá.

Algunos días más tarde, el sultán decidió proponerme un arreglo más serio, como pagar un millón de monedas de oro por la liberación de mis soldados y yo devolvería Damieta a cambio de mi libertad. No puedo decidir sobre mí mismo a la hora de ser rescatado con dinero, pues no se extorsiona al rey y, por otro lado, los francos conservarán todas sus tierras en el reino de Jerusalén.

Este arreglo es jurado de una y de otra parte y el sultán se encamina hacia Damieta, mientras que con mis nobles y mis caballeros nos embarcan en cuatro galeras. El 28 de abril estamos a cinco leguas de la ciudad, donde el sultán se detiene.

Con mis hermanos y algunos nobles desembarco y nos instalan en tiendas situadas tras una torre construida a orillas del Nilo. Me suministran un abrigo escarlata y me llevan delante del sultán, que quiere conocerme.

Paso entre los favoritos, los emires y una hilera de mamelucos. Adivino en sus caras gran ansiedad e indignación. Se quejan de no haber sido consultados por el acuerdo. Este palacio transpira conspiración. La sultana Chagarett-Eddor está disgustada por una escena de la víspera cuando el sultán, llevado por la cólera, habría hecho añicos a golpes de sable las llamas de los cirios que cubrían las mesas mientras juraba:

—¡Mañana me las pagarán todos los emires y jefes de mamelucos!

Los favoritos aplaudieron bajo la angustia de los mamelucos. Reconozco entre los presentes a Baibars, el vencedor de Mansourah, que se acerca. Es el más valiente de todo los paganos, pero un favorito le aparta, como para significar que ha caído en desgracia.

El sultán aparece de repente en la sala alta, a caballo, encaramado sobre una silla de montar de plata. Va vestido con un pesado abrigo de seda blanca y calza unos inmensos borceguíes provistos de espuelas incrustadas y peinado con un turbante negro que le tapa la frente y las orejas.

El encuentro será breve. Empieza con palabras amables para la reina Blanca y sobre

mi abuelo, Felipe Augusto, así como sobre el emperador Federico.

Tras sus primeras palabras, percibo que su espíritu se ausenta de nuestra reunión hasta que se retira hacia su palacio, mientras siento cómo fermenta la traición entre los mamelucos que le acompañan cuyos ojos son como puñales que se parecen a los compañeros de Espartaco en Roma, algunas horas antes de la última rebelión.

Tres horas después de este premonitorio encuentro, Gui d'Ibelin, el condestable de Chipre, viene a informarme del asesinato del sultán Malek-Maadam.

Me cuenta que el sultán se sintió amenazado por los mamelucos e intentó huir a nado pero uno de los perseguidores, Octay, le clavó en el pecho la espada y, con sus manos, le arrancó el corazón.

Volví desconcertado a mi tienda, con mis hermanos y el patriarca de Jerusalén y allí esperamos con miedo el desenlace de este motín. De repente, una tropa de mamelucos y emires irrumpen donde estamos alojados: traían la cara como de fuego y salpicados de sangre y aún con el sable en la mano, mientras gritan palabras sin sentido y sus manos aún manchadas con la sangre del sultán.

Entra el emir Faress-eddin Octay, y con el mismo puñal que arrancó el corazón al sultán me amenaza:

—¿Qué me darás? He matado a tu enemigo. Es él quien te habría enviado al infierno si siguiera vivo.

—Estoy a vuestra merced. Tome mi corazón si usted lo quiere.

—Puedo hacerte sufrir la suerte del sultán. Pero tengo también el poder de liberarte.

—¿Por qué lo harías?

—Quiero que me hagas caballero.

—El título de caballero confiere, en Oriente, un inmenso prestigio.

El emir asesinado mandaba el ejército sarraceno en Damieta cuando fue hecho caballero por el emperador Federico, lo que le permitía ponerse a la misma altura que otros emires.

Mis hermanos temieron por nuestra vida y me hacen señal de ceder a esta fantasía, pero no puedo decidirme allí y entonces fijo los ojos en Octay para decirle que no se concede este honor como si fuera un zafiro en un bazar: hazte cristiano y entonces te haré caballero. Octay vacila, el puño apretado sobre su sable y pienso que ha llegado mi hora, pero un emir le retiene y evita un nuevo homicidio.

Poco a poco, la cólera cede y Octay se calma. Parece juzgar que mi proposición le aportaría solo complicaciones. Luego los emires, uno por uno, abandonan mi tienda. Nada se decide y, por tanto, nada está perdido. El poder está vacante y hay que armarse de paciencia y estar preparado para un nuevo acuerdo. O eso o la muerte.

ÁRBOL DE PERLAS

Vuelvo a mi oscura mazmorra y en mi soledad siento que la duda y el desánimo toman posesión de mi espíritu acrecentado por el recuerdo de mi hermano Roberto muerto cerca de aquí.

No respetan ya el recuerdo de su Carlomagno, el gran Saladino: acaban de asesinar a su último descendiente e intuyo que van a matarme. Fue Saladino quien dijo un día a Guy de Lusignan: «un rey no mata a un rey». ¿Tierra prometida, tierra sumisa? ¿Lo será para siempre? Estoy agobiado y desamparado como Job cuando yacía sobre su estiércol.

¡Oh, Señor! ¿Cuándo me levantaré? ¿Cuándo acabará la noche? Estoy colmado de angustia. Mi carne se cubre de gusanos como de una corteza terrosa, mi piel se agrieta, mis días se desvanecen cuando pienso en esos millares de fieles cruzados que me siguieron hasta aquí y ahora están prisioneros o llevados de mercado en mercado para ser vendidos como esclavos nazarenos.

Si sufriera solo el oprobio y la adversidad; si mis debilidades no recayeran en la Iglesia universal, soportaría mejor mi dolorosa amargura de alma y cuerpo, pero, para desgracia mía, toda la Cristiandad está llena de confusión por mis decisiones y mis errores.

Para un cristiano, un error no pasa de un error, pero, desde el momento en que este cristiano es un rey, un príncipe de equidad, el error se convierte en una falta y por lo tanto mi corazón está lleno de tribulación, remordimientos y faltas.

Mis pensamientos son interrumpidos por la llegada inopinada de Balduino d'Ibelin que llega con una carta de la sultana donde me dice que quiere verme en el palacio, inmediatamente.

Balduino conoce la lengua de los sarracenos y me cuenta lo que ha oído. Los emires se reunieron ayer por la noche tras el asesinato del sultán y decidieron que no quieren al hijo de Touran-Chah porque temen que un día vengue la muerte de su padre.

También rechazan que sea la sultana quien tome la regencia ya que el hecho de obedecer a una mujer sería para los musulmanes algo inaudito. ¿Cómo la sultana podría ser soberana de una tierra sometida a las leyes del Profeta, cuando el mismo Mahoma dijo que un país gobernado por una mujer estaba abocado a la ruina?

Interrogo a Balduino sobre el mensaje que trae:

—¿Por qué me habla la sultana de sus deliberaciones?

—Porque los emires estarían dispuestos a elegir al que llaman el más grande de los reyes de la Trinidad.

—¿Qué queréis decir?

—Sí, mi señor. Me habéis oído. Se trata de vos. Quieren conocer cuál sería vuestra respuesta. Sin duda es una situación embarazosa lo que supone este arbitraje.

Aquello me dejó atónito. ¿Cómo podrían elegir al mismo que les ha combatido con toda su alma? Me parece imposible y después… ¡cuánto echo de menos a Francia! No podría aceptar este lejano exilio, con gente nada obediente, de costumbres rudas. No, no puedo aceptar el trono manchado de sangre de su último rey. Sigo inmerso en mis pensamientos, mientras el tiempo pasa. ¿Qué quiere el cielo? ¡Reflexiono! ¿Puede que la Providencia tenga para mí una tarea que cumplir? ¿Será la de liberar Tierra Santa y que el cristianismo florezca en Oriente?

¿Tengo el derecho a rechazar esta tarea peligrosa, pero a la vez exultante? ¡Oh Jerusalén!… ¿Debo renunciar al primer trono del universo para acercarme por fin a tus puertas? ¿No es verdad que mi corazón es el de un rey misionero? ¿Devolver a su fe original a todos los habitantes del Mediterráneo que san Pablo ya convirtió? Balduino me mete prisa. Debo seguirle hasta el palacio donde nos esperan en el gran vestíbulo decorado con mármol, bajo una cúpula en los arquitrabes cincelados con finura y los incensarios embalsaman los salones con suaves olores.

Toda la belleza de Oriente está entre estas paredes. Los pebeteros de oro exhalan sus dulces perfumes de áloe. Todo el Oriente está aquí, suspendido en el aire, con sus lujurias, fuentes, sueños y cascadas. Un emir me conduce al lugar de la cita. Es el oficial que come los alimentos antes de que los coma la sultana y puede que haga más cosas. Al fondo del pasillo, Chagarett-Eddor me espera. Se la llama la sultana Árbol de las perlas y solo al verla compruebas que lleva el fuego en el cuerpo. Entiendo enseguida el motivo de llamarla así: lleva en sus cabellos negros de azabache una diadema de perlas brillantes; alrededor del cuello, un collar de finas piedras que retienen una suntuosa gargantilla con velos bordados de oro y todo hace que su cara resplandezca como un diamante. Sus cejas son lunas que atraviesan la noche y los pómulos son como el acero y el filo de la espada.

Me invita a sentarme y hace un pequeño gesto a Balduino para que traduzca sus palabras. Me asegura que conoce y ama Francia, mientras sonríe. Se declara armenia y de ascendencia cristiana. Busca que me sienta bien y me pregunta:

—¿Cómo lo lleváis, majestad?

—¡Como puedo!

—¿Por qué respondéis así? ¿Estáis triste?

—Lo estoy. No he conquistado lo que más deseaba. Aquello por lo que abandoné mi reino y mi madre aún lamenta mi partida. Es por ello que me expuse a todos los peligros del mar y de la guerra.

—¿Y qué es, Majestad, eso tan deseado?

—Vuestra alma y la de todo vuestro pueblo.

—Majestad, ¿cómo ha podido vuestra alma embarcarse en este proyecto de caballero y llegar a esta tierra de sarracenos y mamelucos? ¿No sabíais que a los mamelucos se les llama los templarios de Oriente? ¿Tenías pese a ello la ilusión de vencerles y conquistar su reino? Vuestra empresa era una aventura sin esperanza y también para vuestros caballeros.

—Soy rey cristiano. No puedo abandonar la Tierra donde se encarnó Dios. Esta es la cuna de donde viene la Luz del Mundo.

—Según la nuestra, un hombre que atraviesa los mares, como vos, no tiene el derecho de ni siquiera pedir justicia.

—¿Por qué?

—Porque mostráis falta de buenos sentimientos.

La sultana de los Árboles de perlas rio con dulzura y se veía su corazón iluminado por ello. De repente, cambia de tono en su hablar y aborda la cuestión que la consumía por dentro:

—Si los emires os lo piden, ¿aceptaría ser el sultán de Egipto?

—Sería un sultán cristiano. ¿Es posible?

—Sí, si la paz es el objetivo. Por encima de nuestros diversos cultos, tenemos en común el amor. De Él somos los dos sus vasallos.

—¿Saladino no ha dicho que nunca había visto a un buen cristiano llegar a ser un buen sarraceno y lo contrario?

—Los musulmanes y los cristianos deben trabajar por la paz del mundo. Es preciso poner fin a esta guerra perpetua. Adoramos al mismo Dios Único, vivo y misericordioso. Nos sometemos a sus decretos. Honramos a María, la Madre virginal de Jesús. La paz es necesaria y Él la quiere. Amamos la vida y nos une una moral, la oración, la limosna y el ayuno y eso que nos une, yo sé que vos lo admiráis ya que lo habéis dicho con frecuencia.

—Es verdad. Alabo el escrupuloso respeto que dais a los rituales de limpieza, a vuestras oraciones y a las limosnas, que son sin duda generosas. Pero siempre hay un pero, y este es el de Jerusalén, el Lugar Santo que nos lleva a Jesús. ¿Qué significa Jerusalén para vos?

—En Jerusalén es donde Mahoma es bendecido por Dios y toma su camino en su segunda etapa nocturna hasta llegar al séptimo cielo para recibir los mandatos de Dios antes de visitar el Paraíso y el Infierno. Dios nos dio la fuerza para conquistarla. Ahí es donde se encuentra la cúpula de la Roca y por eso nos pertenece.

—¿Por qué los mahometanos se muestran contrarios a nuestras oraciones en el Santo Sepulcro?

—Porque todo eso es una fábula. Jesús, la paz sea sobre él, no murió crucificado,

Eso fue un invento de sus discípulos.

—Entonces, ¿usted niega a Jesús?

—No, al contrario. Nosotros en el Corán le aceptamos como profeta y reivindicamos incluso su concepción virginal, pero sois vos quien rechaza a Mahoma, que Dios le bendiga y le salve.

—¿Reconocéis a la Sagrada Familia que ha vivido en esta Tierra de Egipto para nuestra Salvación? ¿Con Jesús, su Hijo Único?

—¿El Hijo Único de quién?

—De Dios.

—Pero Dios no tiene Hijo. Dios crea, pero no engendra.

—¿Jesús no sería entonces un profeta? ¿Cuál es entonces la buena nueva que anuncia el profeta Jesús?

—Recuerda que Dios es Uno y que los hombres Le son sometidos a su Ley por la sharia.

—¿Cuál sería su rango en comparación a Mahoma?

—Anuncia la llegada de Mahoma, que Dios le bendiga y salve.

—¡Si concedéis el derecho de rezar a Mahoma, dejadnos el derecho de rezar a Jesús!

—Nosotros no rezamos a Mahoma. ¡Es insensato! No rezamos más que a Dios Uno.

—¿Por qué os incomoda que se rece a Jesús?

—Jesús no es Dios, por eso nos incomoda. Solo se reza al Dios único.

—¿También al pie de la Cruz?

—Eso es una idolatría. La crucifixión del profeta Jesús no es otra cosa que un invento de sus discípulos.

—¿María?

—María es la madre del profeta Jesús. Que la paz sea con él. María permaneció virgen después de dar a luz.

—¿Creéis en la virginidad de María?

—Sí, le admiramos ya que fue sumisa a la voluntad de Dios. Es una perfecta musulmana. Es modelo porque aceptó ser madre de un profeta. Es la luz sin adornos. ¿Ha leído en el Corán la misericordia de Dios para los hombres?

—Sí, durante la cautividad y aún está fresco en mi espíritu.

—¿Qué es el Corán para vos, Señor Nazareno?

—¡Señora! Un cristiano no puede reconocerse en el Corán. El libro no viene de Dios porque contradice lo esencial de la Revelación cristiana e incluso de la bíblica.

—¿Mahoma? ¿Quién es para vos?

—Un cristiano no puede ver el él a un profeta. Por otra parte, su vida no es nada edificante.

—Entonces, si vos decís que el Corán no viene de Dios y si Mahoma es un falto

profeta, ¿en qué se queda el islam? ¿En una mera herejía?

—Seguro que sí. Se ve la herencia de Nestorio y de Arrio. Es una suma de herejías simplificadas y puestas a la altura de las mentes de pastores beduinos del desierto.

—¿Por qué pensáis que no seríais un buen sultán?

—A causa de la Umma.

—¿De la Umma? ¿De la comunidad de creyentes?

—Sí. También de quien define los límites de la tierra del Islam. ¿Dónde se pararía mi territorio? Ahora, la Umma es Egipto, Arabia, Siria, Palestina. ¿Y mañana?

—Mañana, el mundo entero.

—La Umma supera las fronteras.

—Es la nación musulmana, la mejor de las comunidades querida por Dios.

—No aceptaré que el sultán de Egipto imponga un día al rey de Francia el sometimiento de su reino al profeta Mahoma.

Con esas palabras, mi entrevista con la sultana terminó y salgo de palacio, deseoso de dejar el Dar el-Islam, la Morada del Islam, para volver a Dar el-Harb, la Morada de la Guerra.

Mi corazón y mi viaje son la misma cosa: son la peregrinación hacia los Lugares Santos y la Tumba de Cristo los que sostienen mi cetro e iluminan mi reino. La cruzada continúa en el nombre del Santo Sepulcro y la Corona de Espinas.

EL RESCATE

Margarita y nuestro pequeño Juan Tristán están expuestos a demasiados peligros si permanecen en Damieta, que no resistirá mucho tiempo porque los sarracenos merodean ya cerca de las murallas y pisanos y genoveses quieren irse.

Los pisanos y genoveses están dispuestos a pactar ya que una reina vale cara y no olvidemos que son antes de nada mercaderes y no saben hacer otra cosa que comercio con sus lealtades.

Los antiguos acuerdos del sultán son negados por los nuevos dueños de Egipto y será necesario empezar de cero a negociar una nueva tregua lo más pronto posible y, si perdemos Damieta, no tenemos nada que ofrecer como intercambio.

En mi negociación he prometido que entregaría la ciudad el viernes 6 de mayo de 1250 y pagar la mitad del rescate, unas doscientas mil libras antes de dejar las aguas del Nilo y los emires se comprometen a devolverme todos los cautivos cristianos bajo juramentos sellados. Los sarracenos se comprometen a que, si no cumplen su parte del acuerdo, serían tan deshonrados como un musulmán que fuera en peregrinación a La Meca con la cabeza descubierta o que «comiera carne de cerdo».

Por su parte, ellos quieren que jure que, si falto a mi palabra, sea como un cristiano que ha despreciado a Dios y escupe y pisotea la cruz y así mi conciencia se obligue con escrúpulos infranqueables, pero rechazo ese juramento blasfemo pese a que los emires quieren forzarme con amenazas de nuevas torturas y mis hermanos y los nobles me suplican que ceda, pero, insisto, no pronunciaré palabra alguna que suponga renegar de mi fe.

Para presionarme aún más, toman al Patriarca de Jerusalén como rehén y le atan a un poste en el patio de palacio pese a sus ochenta años. ¡Pobre anciano! Le han atado las manos con tanta fuerza que se hinchan y la sangre le sale bajo las uñas. El exceso de dolor le arranca gemidos de agonía. Me suplica:

—Jurad, Señor, jurad sin miedo. Tomo bajo mi alma el pecado de juramento que vos haréis.

Los emires saben que no cederé nunca y desatan al prelado contentándose con mi palabra de respetar las condiciones de la tregua.

El jueves por la tarde, cinco de mayo en la solemnidad de la Ascensión, alcanzamos Damieta. Exijo poder ver a la reina lo antes posible y pedirle que abandone la ciudad y vaya al puerto. Cuando me ve venir, su alegría hace que se abran nuestros corazones en un largo abrazo de ternura. Después tomo entre mis brazos al pequeño príncipe, mientras

lloro como un niño: es mi hijo que nació ya cruzado y una esperanza en estos tiempos tan sombríos.

Margarita me confía las angustias y sus sueños que le han asaltado cada noche: se despertaba sobresaltada con gritos de socorro y su habitación estaba llena de sombras gigantes de mamelucos.

Una noche vino a solicitar una gracia a un viejo caballero que vigilaba su soledad tras mi partida:

—Si los sarracenos ocupan la ciudad, os pido que me matéis antes de que me cojan prisionera. La muerte antes que ser de un harén.

Tantas cristianas han terminado sus vidas, obligadas a apostatar y reducidas a prostitutas en alma y en cuerpo. Me cuenta cómo convenció y apiadó a los marineros de Génova y Pisa para que no abandonaran Damieta:

—Por el amor de Dios, no dejéis esta ciudad. Es nuestra única salvación, la de todos, también la vuestra y la del rey.

—Nuestra salvación es el mar, embarcarnos y volver a casa.

—Pero, antes de partir y levantar el ancla, al menos tened piedad por esta criatura que aquí veis. Os pido paciencia, al menos hasta que esté mejor y haya encontrado fuerzas para afrontar el peligro sarraceno.

Había comprendido que el lenguaje de la piedad no era el mejor y serían más sensibles al del interés y el lucro. Le pregunto qué es lo que ha ofrecido a esos hombres que apenas tienen corazón como trueque:

—Les he prometido los obligados del rey. Cuando supieron que vivirían a expensas del rey y de su tesoro, aceptaron sin esfuerzo el quedarse.

Blanca como una paloma y hábil como una serpiente, Margarita se había comportado como una dama de la Caballería y su firmeza de alma nos ha salvado, pero hay que partir y tomo entre mis brazos a la única sultana de mi corazón, mi árbol lleno de perlas y de ardores provenzales.

Al amanecer del viernes, Godofredo de Sargines da las llaves a los emires como estaba juramentado, mientras Margarita, la princesa y los cristianos sanos de Damieta embarcan.

Los estandartes de la media luna flotan de nuevo sobre las torres que han sustituido a los de la Cruz. Los sarracenos entran en la ciudad y se dan al pillaje de las casas cristianas. Los vinos de Chipre y Borgoña que abandonaron mis soldados hacen las delicias de sus gargantas.

Se arrojan contra los enfermos a quienes matan con un tajo de su espada y encienden una hoguera donde queman todos los objetos que consideran repulsivos que mezclan con carne de cerdo que encontraron en las despensas de casas de cruzados.

Cuando los sarracenos supieron que nuestras naves partirían para Acre, «para una

nueva guerra de reconquista», renegaron de sus juramentos y quisieron retenernos, pero los emires saben que la segunda parte del rescate no les será dada hasta que se cumpla la estricta aplicación de lo acordado y estuviéramos libres. La razón terminó por prevalecer y los cautivos cristianos fueron liberados.

Se me concedió una escolta de honor. Paso bajo una bóveda formada de sables que se extiende hasta mi galera que me llevará hasta la nave real, donde me reencuentro con mis caballeros.

Alfonso no acude a la llamada porque los sarracenos le retienen como rehén, pero les hago saber que no saldré sin él y que le esperaré. Muchos barcos de cruzados han abandonado ya estas desgracias y Margarita ya habrá llegado a Acre. Cada suma se toma su tiempo ya que transportada desde mis naves a las suyas es pesada en sus balanzas.

Faltan treinta y tres mil libras en mi tesoro y pido al comendador del Temple que me adelante la suma. Para cobrarla envío al senescal Juan de Joinville a su barco, pero, cuando llega, le niegan las llaves del cofre.

El maestre refunfuña, pero mi senescal no pierde su aplomo, amenaza con romper el cofre si hiciera falta. Su argumento convence y los Templarios dan el dinero. Mientras espero, un emir me trae huevos duros cocidos de hace cinco días y un vaso de leche cuajada. Le doy las gracias y el hombre se da a conocer como cristiano que abjuró bajo tortura tras la última cruzada.

Subo al Montjoie y miro al río para adivinar en la lejanía si llega mi hermano. Una barca se acerca: es él, mi querido Alfonso, que por fin consigue ser libre. Enciendo la linterna que envía a todos los navíos la señal de nuestra partida. No tengo nada que ponerme para el resto del viaje, pero la sultana me ha preparado un vestido satinado negro lleno de botones de oro. Viajamos a san Juan de Acre. ¡Adiós, Damieta! La cruzada ha fracasado y esa realidad me hunde. ¿Cuál ha sido el sentido de esta aventura?

Dejo en Egipto mi sueño de peregrino y aún demasiados prisioneros que habrá que comprarles desde Acre. Quería penetrar en Canaán como lo hizo Moisés, pero Dios me lo ha impedido. Sigo encerrado en mi camarote del Montjoie. Tengo la impresión de estar en el infierno. No paro de meditar con la Biblia en la mano. Escucho, a la vez que el murmullo de la olas, el de las Escrituras: «Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y lapidas a los enviados, ¿cuántas veces he querido juntar a tus hijos como una gallina junta a sus pollitos bajo sus alas y tú no has querido?»

Oriente ha volcado la copa del ajenjo sobre la Cristiandad y ha sentido el afilado dardo de la tribulación. Hoy bebe hasta reventar la bebida más amarga. Esa que te llega hasta lo más profundo de tus entrañas. ¡Oh, Jerusalén, Jerusalén! Tu libertad ha costado ya muchas vidas. ¿Cuándo darás la alegría a la Cristiandad que tanto espera tu liberación definitiva? El sentido de todas estas pruebas se me escapa. ¿Por qué este esfuerzo de beber el cáliz agrio ofrecido al pueblo cristiano? ¿Cuál es el terrible misterio del designio

divino? Señor Jesús, ¿por qué sois tan duro? He expuesto mi vida por Vos y me habéis pagado con nada. ¿Por qué? También con mis bienes, mi persona y mis ejércitos. ¿Por qué vuestra mano se ha hecho tan pesada sobre el pueblo francés que es el más devoto? ¡Hablad, respondedme, os lo suplico! Decidme si habéis querido castigar a los pecadores o probar la paciencia de los justos para coronarles enseguida con más alegría o si soy yo a quien habéis querido castigar.

ACRE

Amanecía el 9 de mayo de 1250, cuando Joinville me avisó para que saliera a cubierta y contemplara mejor la orilla que se dibuja en el horizonte. Mi corazón se turba y mis ojos no creen lo que ven, pero sin duda están deslumbrados por este amanecer que se viste con los colores del paraíso y se baña en el sol perpetuo de un mar azul cielo. Un amanecer que llena mi alma con la misma intensidad que lo hacía mi salterio. Compruebo que esta brisa que viene del mar de Tiberiades empuja la barca de san Pedro hasta Roma y ahora lo impulsa en sentido contrario para que yo llegue a la casa de David.

Muchos de estos olivos estaban aquí hace mil doscientos años y algunos vieron pasar a Jesús. Voy a tocarlos con mi mano temblorosa viendo en ellos la única sabiduría que importa, pese a los años transcurridos.

Jesús vio estos mismos cedros que yo veré y respiraré el aire que Él respiró, pisaré las mismas calzadas y caminos que Él pisó. Quiero abrazar las uvas de los racimos de las viñas y beber en los pozos de la Samaritana. Subir el monte de las tentaciones acompañado de mis hermanos. Entraremos en las aguas del Jordán y cortaremos una palma de sus orillas y una de ellas se la llevaré a mi madre. Atravesaremos Jericó y pisaremos los caminos llenos de polvo. Visitaremos Nazaret, Hebrón y toda esta inmensa llanura donde seguro que estaba el jardín del Edén. Me han contado que los beduinos hacen visitar una casa que según ellos fue la de Adán y Eva.

De allí, iremos a Jerusalén a besar la Tumba. ¡Oh, Jerusalén! Escucho en mi fuero interno a Godofredo de Bouillon subido a una torre abordando la Ciudad y abriendo un flanco para poder entrar entre gritos de entusiasmo.

¿Reencontraré esa presencia bendita a la sombra del Santo Sepulcro donde dormito entre mis sueños perdidos? Una imponente muralla surge en el horizonte: «¡Acre!», grita Pedro de Chambellan que consigue despertarme de mis ensoñaciones. Veo la ciudad con su montaña, de un lado, y el agua del mar, del otro, como si una lengua de tierra saliera hacia el mar.

La nave entra en el puerto entre un enjambre de navíos mercantes hasta que amarramos delante del barrio de los pisanos. Las murallas, macizas y rojizas por el sol y por el fuego de mil batallas, protegen al más grande de los puertos de este pobre reino de Jerusalén que, por desgracia, está exangüe y desmembrado, pero sigue siendo el último nexo de unión entre Oriente y la Cristiandad. Acre es el punto de inicio del comercio de telas, cristales de Siria y lugar donde las caravanas de camellos que vienen de China y la

India descargan todos los productos exóticos.

Entro en la ciudad de calles estrechas y casas muy juntas donde se extienden toldos de mil colores que protegen del sol y amainan la fuerza de la luz. Se mezclan todos los perfumes y razas como si se hubieran dado cita en Acre para recibirnos y, a mi paso, los mercaderes ofrecen paños de lana flamencos y alfombras persas. Conforme avanzo por la calle, escucho hablar todas las lenguas terrenas, pero, felizmente, la Cristiandad conserva la lengua universal: el latín. ¡Qué acogida! Es una inmensa procesión que viene hacia mí. La Siria franca me espera. La gente ha invadido los jardines de palmeras y limoneros, también los muelles del puerto y las calles de la ciudad.

Olvido por un instante el peso de tantas desgracias que me desgarran como la enfermedad que me sigue merodeando, el recuerdo de mi hermano y de mis hermanos de armas que no hemos podido traer y cuyos huesos descansan en tierra infiel.

Las campanas de las iglesias de Acre tocan en señal de bienvenida. Me ofrecen un caballo blanco como la nieve del monte Ararat. Frenos de plata y corazas de cobre finamente cincelado, silla de montar bordada con riqueza. Mientras avanzo, escucho y rezo el Te Deum hasta llegar a palacio donde me espera Margarita, que se arroja a mis brazos bañando mi cara con sus lágrimas.

Acre llora de alegría, de pena, de emoción pero también de esperanza porque se recibe al rey de Francia que viene a salvar Tierra Santa de la opresión sarracena. Toda esa gente representa la salvación del reino de la ciudad celeste.

Los músicos tocan aires de fiesta que llenan calles y plazas y entonan los himnos del Rey David. Vienen a mi encuentro los obispos con sus dalmáticas de púrpura, diáconos y presbíteros con sus capas, los metropolitas cargados de pedrería. Un cortejo de báculos, de cruces, de evangelios llevados en brazos y envueltos en telas de oro y terciopelo. Incensarios que extienden sus suaves olores de áloe.

La muchedumbre se dispersa por toda la ciudad y Oriente y Occidente comparten, bajo las mismas murallas, los mismos fervores. Mis pobres soldados están en formación y esperan para saludarme. Es un ejército de sombras con sus estómagos destrozados por el tifus que hace que sus cuerpos sean siluetas sujetadas por piernas esquilmadas. De los dos mil ochocientos caballeros que había en Chipre, no quedan ya más que una centena apenas equipados a las órdenes de Messire Gilles Le Brun, a quien he nombrado condestable de Francia, tras la muerte en Mansourah de Humberto de Beaujeu.

Detrás de mis caballeros, hay un bosque de estandartes templarios que ondean al viento tejidos de negro y blanco y bordados con cruces patriarcales. Sus caballos están cubiertos con caperuzas blancas. Todo el convento se ha dispuesto en orden como señal de obediencia y de respeto, marchando detrás del mariscal y los comandantes. Le siguen los sargentos del Temple, que visten abrigos negros con cruces rojas bermellón. Paso por delante de esta larga columna de soldados marcados por la gran cruz roja y después

vienen los caballeros teutónicos con abrigos blancos y cruz negra y, más atrás, los Hospitalarios con capas negras y cruces blancas.

Estos últimos gozan de mi más profundo cariño porque han venido a Palestina para proteger los caminos de Tierra Santa. En su Casa tienen un frontón donde está escrita su noble divisa: «Los pobres son nuestros maestros». Se me aclama como un vencedor y las jóvenes sirias vestidas con sedas bordadas en oro y sus frentes adornadas de rubíes me arrojan copas de agua perfumada y canastas de frutas confitadas.

La maravillosa cruz de Tolosa señala la presencia de mi hermano Alfonso de Poitiers y el escudo de Francia con el castillo de oro de Castilla, la de Carlos y más lejos ondea el estandarte de Godofredo de Bouillon. Muchos «protegidos» han querido unirse a la procesión de acogida. Se llaman así a los niños nacidos de padres francos y madres mahometanas, convertidas o no. Tienen sangre mezclada y veo a algunos con larga barba que se me acercan a besar mi anillo.

¡Qué bella es esta Francia del Levante! Sobre esta tierra azul, se diría que no hay otro motivo que la alegría de vivir. El cielo es tan azul que tenemos la impresión de estar ya en él. Los Maronitas han bajado de la montaña de Chouf. Me abrazan en nombre de su san Marón. Me dicen en voz baja:

—Somos los últimos en Oriente que hablan el arameo, la lengua de Cristo.

Presiento en esta nación cristiana, tan pegada a sus raíces, una vocación semejante a la de Francia, justificada por nuestra común catolicidad. La Iglesia maronita es la única entre todas las que hay en el Levante cristiano que sigue un rito oriental, unida a la Sede de Pedro desde 1215 por una bula del Papa Inocencio III a favor del patriarca Jeremías II.

Veo en esta cercanía el preludio de una alianza que deberá conducirnos a actuar juntos: los maronitas en Oriente y nosotros en Occidente en defensa de la libertad y no vacilaré en conceder a los maronitas la misma protección que a mis súbditos de Francia.

El lazareto de San Juan de Acre envió también a algunos leprosos con las mejillas desnudas, apartando a la muchedumbre con sus carracas, para saludarme.

Estas manifestaciones de alegría me sorprenden, me emocionan y me obligan. Todos estos cristianos de Palestina, hombres de negocio, de guerra o de oficios, mujeres e hijas descendientes de los primeros cruzados y en ocasiones nacidos en época de los primeros apóstoles, fundadores de la Iglesia de Antioquía o de Cesarea, han acudido al puerto, engalanados con sus más bellos vestidos. ¿Y qué tienen ante sus ojos? Un rey mal preparado, enflaquecido, descarnado y cojo. Caballeros sin armas, debilitados, semidesnudos. Veo que las aclamaciones se apagan. Surgen miradas tiernas y las lágrimas de alegría cambian por lágrimas de piedad. ¿Me atreveré a decirles por qué estoy en su ciudad? No estoy para una reconquista, en lo sucesivo, improbable. No me consideraré libre de dejar esta tierra mientras haya presos cristianos que giman en las

cárceles de los infieles cuyo recuerdo oprime mi corazón.

Quise quedarme cerca de sus prisiones y mi primera decisión, nada más terminar este recibimiento, será enviar a embajadores y barcos de transporte hacia Egipto para traer presos, tiendas, caballos y máquinas, que se quedaron en Damieta y cuya devolución fue sellada en el acuerdo con los emires. Es en la tierra cristiana de San Juan de Acre donde quiero poner a salvo a los numerosos prisioneros aún en manos de los sarracenos.

Me dicen que el gobierno egipcio ha caído en una oligarquía. Se desconoce quién manda o si hay todavía alguien que mande. Supongo que eso explica que mis embajadores vuelven solo con cuatrocientos cautivos, por lo que no pagaré la segunda parte del rescate de doscientas mil libras. Lleno de terror, me entero de que los emires mamelucos, pese a la tregua que fue sellada, escogieron los cautivos cristianos más jóvenes para llevarles como ovejas al sacrificio.

Les han forzado a abjurar de su religión y proclamar la ley de Mahoma, mientras eran amenazados con sables sobre sus cabezas. Muchos, débiles y frágiles, dejaron la fe cristiana para tomar la ley del Corán, pero otros prefirieron morir y recibir la corona del martirio ganada con su sangre, demostrando ser fuertes e invencibles atletas de la fe. Estoy decidido a quedarme en Oriente hasta conseguir que los egipcios cumplan lo pactado o al menos sacar todo el provecho posible para Tierra Santa.

Sé que mi madre me pide auxilio, pero cada uno es responsable de sus acciones y yo no puedo abandonar a mi gente que continúan prisioneros en las cárceles sarracenas, apostata o sufre el martirio y estoy seguro de que la reina comprenderá mis motivos y esperará algunos meses.

PARTIR O QUEDARSE

Con el paso de los días, el desánimo gana el corazón de los francos y se apaga la esperanza entre los habitantes de Acre donde muchos de mis caballeros se dejan llevar por la tibieza que sigue a las grandes aventuras. Se puede decir incluso que ya nuestros intereses en Tierra Santa han cambiado. Ha pasado un año y lo que ocurría en Chipre y en Damieta es como si no hubiera ocurrido nunca, pero la necesidad de la Cristiandad no ha prescrito y algo habrá que hacer para levantar el ánimo.

El domingo 19 de junio convoco una reunión a la que asistirán mis hermanos, nobles de los reinos de Francia y Jerusalén, prelados, templarios, hospitalarios y de la orden teutónica y, en esa reunión, les leo la carta llegada de Francia, desde el Louvre y, tras su lectura, nos invade una inmensa tristeza. Les pregunto:

—Señores, mi madre la reina me pide que vuelva a Francia. El reino pasa malos momentos. El rey de Inglaterra no respeta la tregua. Muchos de ustedes me han asegurado que, si me voy, esta tierra corre el peligro de perderse, pues todos dejarán Acre.

Nadie se arriesgará a permanecer con tan pocas fuerzas para defenderla. Este es el motivo de esta reunión, pues quiero oír vuestro consejo y aquí, entre ustedes, hay juramentos y cargas: ¿Debo partir o permanecer?

El primero en hablar fue Gui de Malvoisin, que dijo:

—Señor. Somos de la misma opinión. Pensamos que os resulta imposible permanecer en Oriente sin comprometer vuestro honor y el honor del reino de Francia.

—¿Por qué os parece inoportuno quedarme aquí?

—Porque, majestad, no podrá emprender ninguna acción seria con un puñado de hombres que os quedan.

—Entonces, ¿me aconsejáis abandonar Tierra Santa para salvar Francia?

—Para salvar Francia y Tierra Santa. Esta decisión es buena también para el reino de Jerusalén. Debéis volver a Francia y juntar hombres y caballos para intentar de nuevo reparar la traición sarracena.

Un murmullo de aprobación acogió las palabras de Malvoisin, que se ha vuelto a sentar tras sus palabras. No veo más que cabezas bajadas y nadie se mueve. Un silencio invade la sala y tengo que ser yo quien anime a dar la opinión a todos los presentes, pero todo indica, incluidos mis hermanos, que son de la misma opinión: quieren marcharse. Llega el turno de Juan de Ibelin, conde de Jaffa. El tono cambia aunque duda de si hablar o no.

Sus intereses le atan a Palestina. Teme que su opinión le haga parecer menos independiente.

Le insisto y por fin toma la palabra:

—Señor. Si su majestad pudiera permanecer en Oriente al menos un año, su honor y Tierra Santa estarían salvados.

De repente, el senescal Joinville estalló en cólera fruto de su impaciencia y su voz resonó desde el fondo de la sala capitular:

—Pienso lo mismo que el conde Jaffa. El rey debe permanecer y enviar a buscar caballeros a Morea y más allá del mar.

Malvoisin le corta y no puede seguir hablando:

—Sera preciso pagarles…

Joinville continuó ya dirigiéndose a mí:

—Señor. Si Vos gastáis vuestros dineros en ese proyecto, eso se sabrá en todo Oriente como un reguero de arena. Los caballeros acudirán de todas partes y podréis mantener una campaña al menos durante un año. Gracias a ello, los doce mil cruzados que están aún cautivos serán liberados. Si Vos partís, no saldrán nunca de esas cárceles.

Se hace el silencio en la sala capitular y los sentimientos están encontrados. Algunos lloran. ¿Por qué lloran? ¿Por los cautivos? ¿Por sí mismos? ¿Las impaciencias de volver o los afectos contrariados? Las lágrimas que corren manifiestan combates interiores. Guillermo de Beaumont, mariscal de Francia, acude en ayuda de Joinville.

—El senescal tiene razón. No podemos abandonar a los cautivos. Señores, consideren la deshonra que nos alcanzaría si les dejamos aquí expuestos a tantos peligros, sin esperanza alguna de ser libres. También me gustaría añadir en nombre de mi familia…

No puede terminar sus palabras. Su tío, el viejo Juan de Beaumont, se acerca hasta él y le llena de insultos:

—¡Vil sobrino! Volveos a vuestro sitio. No os permitiré que ensucies el nombre de la familia de ese modo. Quieres extender la sospecha sobre todos estos caballeros cansados. Solo quieren volver a ver a sus familias, sus bienes, Francia. Eso no es ninguna deshonra.

El señor de Chatay le recrimina:

—Señor. Os comportáis mal un hombre prudente como Vos y de familia de alto linaje. Sugiero que hablen al menos aquellos de Palestina y de las órdenes religiosas.

Un viejo franco de Antioquía se pone a canturrear la canción que corre por tierra cristiana.

> Cuando por Vos y la Cristiandad
> son mártires

es un gran pecado
dejarles morir.

Joinville se junta a él y canta también.

—Este refrán lo escucho en todas las calles de Acre y recuerda la muerte de un viejo caballero.

El senescal cita al señor de Boulaincort: «Jóvenes señores que vais a Tierra Santa, tened cuidado cuando volváis. Ningún caballero, ni pobre ni rico, podrá ser honrado si dejara en manos de los sarracenos al pequeño pueblo cristiano, cuya libertad fue el motivo de esta cruzada».

Salvo Joinville y unos pocos, el sentimiento general era de volver a Francia y, tras haber oído a todos, llegó el momento de exponer mi decisión:

—Señores, les doy las gracias a todos aquellos que me han aconsejado que vuelva a Francia y también doy las gracias a quienes me han aconsejado que me quede. Veo una mayoría que me pide que vuelva, pero tengo que decirles que voy a quedarme ya que no veo peligro alguno para mi reino de Francia, pues mi madre la reina sabrá defender lo suyo como siempre lo ha sabido hacer. He escuchado a los nobles de estas tierras su consejo que, si parto, este reino no tendría esperanza ya que casi todos los nobles también partirían. Considero que, si he venido hasta aquí, no puedo ahora dejarles a su suerte. Me quedaré hasta que el último cristiano cautivo quede libre. También quiero decir que dejo libertad a cada uno de ustedes para quedarse o permanecer junto a mí.

Muchos decidieron partir y, entre ellos, mis hermanos Alfonso y Carlos, condes de Poitiers y de Anjou, a quienes no hago nada para convencerles de que se queden y ponen rumbo a Francia en el mes de agosto.

Reconozco que nuestras relaciones no son como antes y, como detalle, diré que Alfonso habría podido abrazarme en el momento que fue liberado y no lo hizo y, en medio de tanta fatalidad, no habla de otra cosa que volver a Tolosa con su mujer Juana, pero también le comprendo ya que la enfermedad en sus piernas le trae de calle y su humor ya no es el mismo.

En cuanto a Carlos, tengo que decir que no me extraña, ya que nunca le he visto muy unido ni he sentido el cariño de hermano en mis malos momentos de desánimo y me ha dejado en la estacada en varias ocasiones durante mi peregrinación en Egipto y Acre. Ha preferido emplear su tiempo en el placer del juego con Gautier de Nemours. Una mañana yo estaba tan enfadado que arrojé las mesas con los dados por la ventana al mar. Todavía me guarda rencor.

Sufro el infortunio de convertirme en un rey sin gloria, triste, a quien no se le escucha y no se le sigue y, lo que es peor, no se le cree. Me quedo en Acre convencido de la extrema amargura de mi corazón. Sé que no podré ya volver a Francia. He perdido

la autoridad y pido a Dios la fuerza y la paciencia de sufrir este infortunio en silencio. Le pido que me conceda el desprendimiento de las últimas vanidades y alegrías de aquí abajo.

Doy a mis hermanos una carta dirigida a todos mis súbditos de Francia donde les explico los felices inicios de nuestra peregrinación, después, los reveses que lo han malogrado y los motivos que me llevan a diferir mi vuelta y a permanecer en Siria algún tiempo más:

—Hemos decidido enviar a Francia a mis queridos hermanos Alfonso y Carlos para consolar a mi querida madre, reina de Francia. Como todos aquellos que se dicen cristianos deben estar llenos de celo por la empresa que nos hemos encomendado y que os invitamos a servir. Este que nos sirvió en la Cruz y dio su propia sangre para nuestra salvación. Tomad ejemplo de vuestros deseos que se distinguen de las demás naciones por la exaltación de su fe y han llenado el mundo con vuestros grandes actos. Hemos ido por delante en el servicio de Dios. Venid a juntaros a esta gran empresa.

La cuestión es que los numerosos peregrinos que vuelven a Francia no llevan grandes noticias de la empresa, sino más bien dolor y confusión. Las quejas de los huérfanos y de las viudas llenan las calles de las ciudades. Muchas familias están desconsoladas: padres y madres lloran la muerte de sus hijos. Las hermanas se inquietan por la suerte de sus hermanos. Francia es un inmenso valle de lágrimas. Por desgracia, los grandes de Francia no moverán un dedo por mí y el Papa y el emperador seguirán con sus querellas. Enrique III impide a sus súbditos ir a Tierra Santa. Solo el rey de Castilla quiere ayudarme, pero su muerte lo deja todo a medio hacer. Me siento abandonado por todos y mi última esperanza está en la lucha de los emires de Egipto contra los de Siria, pues los dos bandos me piden ayuda. El nuevo sultán de Damasco y el de Alepo me envían mensajeros proponiéndome una alianza y a cambio de ella me ofrece la restitución del reino de Jerusalén. No puedo aceptar este acuerdo que supondría la muerte de todos los prisioneros cristianos por el emir de Egipto en revancha a mi decisión. Envío a estos como embajador a Juan de Valenciennes.

El emir de Egipto libera a doscientos caballeros así como un gran número de otros prisioneros y me devuelven los restos de Gautier de Brienne, el heroico conde de Jaffa muerto mártir y con todos los honores en la batalla de Gaza. Este soldado había sido llevado delante de los muros de esta ciudad cargado de cadenas, privado de alimento y golpeado con varas para después ser colgado por los brazos en una horquilla.

Los sarracenos le dijeron que ahí permanecería hasta que fuera rendido el castillo de Jaffa. Los caballeros corrieron a las murallas y él levantó la voz para prohibirles que se rindieran:

—Si os rendís a los sarracenos, os mataré con mis manos.

Los mahometanos se enfurecieron aún más y dejaron que el populacho fanático le

desgarrara y ahora, recuperados sus restos, he podido darle cristiana sepultura y hacer realidad el principio de que toda civilización comienza con poder enterrar a sus muertos.

EL SEÑOR DE HUNGRÍA

Pido consejo a los francos de Oriente porque no tengo tropas en Acre y, mientras espero con ansiedad la llegada de los cautivos de Egipto, la prudencia me pide no actuar contra los infieles.

Me dicen que debo reforzar las murallas de varias fortalezas desmanteladas por los mahometanos, en especial las del litoral que permanecen aún en manos de los cruzados.

El Islam continúa su marcha lenta, pero implacable y cada vez se acerca más a nuestras ciudades de la costa, por lo que decido iniciar los trabajos en San Juan de Acre, Jaffa, Cesarea y en la Sidón bíblica que ahora se llama Sayete. Comenzamos por las defensas de Acre situada sobre un promontorio entre la rada y el mar abierto. Ha crecido bastante y los muros y torres no la protegen en su totalidad. Mientras inspecciono, el calor de la mañana cae sobre nuestras cabezas, como un cielo implacable sobre nuestros corazones.

Colaboro con mis propias manos, para dar ejemplo en esta penosa tarea. Trabajo en la construcción de torrecillas redondas y para ello empleamos bloques de piedra muy grande y bien recortada que los obreros tallan en la montaña cercana a la ciudad donde extraen una piedra blanquecina y precisa como la arenisca y, una vez trabajadas, son traídas en carros. Esta piedra desnuda le recuerda a Margarita la costa de Provenza.

Comprometo en la construcción de las fortificaciones a todos los pueblos cristianos divididos, pero cuyas oraciones se expresan, sin embargo, en diferentes ritos. Así de unidos, los sirios, griegos, los maronitas, los nestorianos, los armenios, los gregorianos me ayudan a mover las piedras y levantar los muros. Su trabajo es tan necesario en Tierra Santa como el comercio, la agricultura y todo tipo de industria que ellos realizan.

Veo llegar a los venecianos y marselleses así como un gran número de árabes musulmanes que trabajan a sueldo para los cristianos de Palestina y combaten en sus filas. Atravieso pueblos donde soy invitado en sus casas: son griegos, sirios, musulmanes, turcos y hasta beduinos. El buen entendimiento que aquí reina me alegra: estamos lejos de la guerra y a la vez cerca. Los mestizos me acogen como huésped, orgullosos de sus mesas. Con mis caballeros, comemos unos frente a otros, siguiendo la costumbre del país, sentados en tierra sobre esteras. Nos sirven corderos asados, rellenos de carne cortada en finísimas láminas, fritas con aceite y rociadas con agua de rosa. Margarita prueba los limones, los pasteles de Baalbek y las mermeladas de algarrobas que alegran el cuerpo y favorecen el humor.

Aprendemos a vivir en esta tierra llamada Francia levantina: no es exactamente el

Oriente, pero tampoco el Occidente. Numerosas familias llevan aquí más de dos siglos. Me hablan con pasión de Palestina y de Siria:

—Éramos occidentales pero ya somos orientales. Quien nació franco, se despertó palestino o galileo. Quien venía de Reims o de Chartres o de Poissy se siente ahora de Tiro o de Antioquía. No tenemos ya recuerdos de nuestros orígenes.

No hay acritud entre las lenguas, costumbres, tradiciones y todas ellas se enriquecen y, aunque la paz es mera apariencia, parece habitar un común lazo a esta tierra donde se hacen realidad las escrituras que dicen: «El león y el buey comerán de la misma mano».

Viejos pastores maronitas me guían a Nazaret para cumplir mi voto de peregrino. Sueño con celebrar allí la fiesta de la Anunciación el 25 de marzo de 1251. Conocen el país de memoria y llevan sobre las cabezas unas barretinas negras que llaman la atención, pues me recuerdan la fertilidad de esta tierra tan llena de jacintos, lotos salvajes, todo tipo de perfumes e incienso.

Tras algunos rodeos y tras visitar Caná y el monte Tabor, surge Nazaret en el horizonte. Bajo del caballo, me arrodillo y prosigo mi camino a pie para penetrar con humildad en este lugar marcado por la Encarnación. En junio, mi madre y yo nos escribimos varias cartas que llevaban buenas noticias.

Anuncio a mi madre el nacimiento de un nuevo hermanito de Juan Tristán en Damieta, un nuevo cruzado, nuestro séptimo hijo que Margarita le ha llamado Pedro. ¡Qué mejor nombre para alguien que nace en esta tierra! La tierra del primer apóstol. «Tú eres Pedro y sobre esta piedra construiré mi Iglesia».

La reina Blanca me anuncia la llegada de nuevos peregrinos para reforzar mi ejército. ¡Sean bienvenidos! Esta nueva cruzada que viene en mi ayuda se anuncia particularmente alegre. No está compuesta ni de caballeros ni de soldados, sino de pastores. Los príncipes no han acudido a mi llamada y son los pastores que han abandonado sus campos y sus rebaños para venir aquí. Parece como si el cielo, ofendido por el orgullo de los caballeros, haya querido reservar a los humildes para liberar Tierra Santa y a los cautivos cristianos.

Mi madre me vuelve a escribir para contarme que recibió a los pastores peregrinos. Por desgracia, el asunto se ha estropeado y los peregrinos, que parecían un prodigio de la luz de la fe de Francia, se ha convertido en una banda de ladrones que buscaban confundir a las gentes sencillas y sembrar el deseo de lo sobrenatural por falsas imaginaciones.

Decían haber sido visitados por ángeles y llamados por la Virgen María, quien les habría pedido coger la cruz y formar un ejército de pastores para socorrer Tierra Santa y acudir en ayuda del Rey de Francia. El ejército de humildes pastores abría el cortejo con inmensos estandartes ilustrados con escenas horribles o beatíficas. Iban fascinados, seducidos y sobre todo asustados por lo que se les venía encima. El cortejo crecía

conforme recorría Flandes y Picardía.

Muchos se sentían atraídos por la música y las mentiras y abandonaban sus casas y, cuando entraron en Francia, el ejército ya era de miles de pastores. Aseguraban que un cristiano se debe parecer a los pájaros, que no siembran ni cosechan, pero que a pesar de ello encuentran lo necesario para comer y pedían ser alimentados por las limosnas de los mercaderes y burgueses.

Mi madre les recibió con todos los honores y a quien hacía cabeza le dio un estandarte de santidad decorado con un cordero que lleva el signo de la Cruz, pero la duda le entró cuando supo que ese viejo desconocido con cara ennegrecida y larga barba patriarcal de hombre sabio y penitente concedía la absolución de los pecados, celebraba matrimonios y distribuía el agua bendita.

La reina comprendió que se había equivocado cuando le vio aparecer en la iglesia de San Eustaquio revestido de vestes medio episcopales y medio de príncipe y sobre su cabeza, una mitra. Y, ya subido sobre un ambón y a grandes gritos, se desgañitó con una sarta de indignidades.

En la festividad de San Bernabé de 1251, los pastores aparecieron delante de Orleans. Mostraban gran pompa y gran fuerza, pero ya no eran ovejas, sino una jauría de lobos hambrienta que se abalanzaba contra los clérigos que huían. Un estudiante salió de entre la muchedumbre y con un hacha partió en dos la cabeza del «buen pastor» que conducía aquel rebaño.

Después de que fueran dispersados, el reino de Francia se llenó de rumores que hablan de un cierto húngaro, el «maestro de Hungría» que había renunciado a su condición de cristiano y abusaba de las gentes humildes.

Según las informaciones que vienen de Castilla, habría apostatado desde muy joven. Trabajó en Toledo en los pozos de azufre y allí también aprendió la ciencia artificiosa de la prestidigitación. Pues bien, este viejo de casi sesenta años había prometido al sultán de Egipto que le traería una gran multitud de cristianos para que los sarracenos invadieran con más facilidad los reinos cristianos mandando a todos los jóvenes de Francia desde el puerto de Marsella a Egipto y que aquí se les haría esclavos y, en recompensa, el sultán le pagaría cuatro monedas de oro por cabeza.

Como el maestro de Hungría sabía francés, alemán y latín y tenía gran facilidad de palabra, se puso a vagabundear por todos los reinos cristianos sin autorización del Papa ni de ningún prelado. Tenía su mano siempre cerrada pues alegaba que en su puño estaba la carta que contenía las órdenes recibidas de la Bienaventurada Virgen María.

Lo que en realidad contenía aquella carta eran las prisas que tenía el sultán de recibir noticias del maestro de Hungría. Mi madre se afligió sobremanera al comprobar que su piedad y su candor castellanos le habían atrapado en un engaño de considerables consecuencias si se hubiera llevado a cabo el plan como estaba previsto.

Mi madre me escribió de nuevo para manifestarme su desasosiego, pero percibo inseguridad en su letra. Ella me recuerda mi deber: es tiempo que vuelvas a orillas del Sena. Vuelve como auténtico pastor de tus ovejas, que no son otras que las del reino de Francia, pues Francia está llena de falsos pastores y amenazada de falsos profetas.

EL VIEJO DE LA MONTAÑA

No soy ya otra cosa que un rey de miseria, que se esfuerza y trabaja con calma por guardar un poco de su reino, pero sin fortuna. Veo sucederse en Acre todo tipo de embajadas: las caravanas del sultán de Damasco, del rey de Armenia, del emperador Federico y, por supuesto, de los emires de Egipto. Les doy la bienvenida con un buen banquete. Me mantengo astuto, para no declarar jamás nada de los asuntos públicos. Una mañana, me anuncian la llegada de los mensajeros del llamado «Viejo de la Montaña»; se trata de beduinos con los cabellos negros y barbas largas. Parecen muy feos y horrorosos. Forman parte de la secta de los Hachichins. Ya esperaba esta visita. Atrincherado en la fortaleza de Alamout suspendida encima de un precipicio como un nido de águilas. El Viejo de la Montaña tiene súbditos entregados de manera ciega a su causa y no se lo piensan para degollar a quien sea preciso y gracias a ello consigue difundir el temor entre todos los reyes que se acercan a su territorio. Encierra a su gente en una treintena de pueblos de la cadena montañosa del Líbano y los príncipes más importantes tiemblan por su trono ante él.

Cuando el jeque cabalga, hace galopar, delante de él, a unos soldados que llevan un hacha con una empuñadura larga bañada en plata. También llevan en la manga una batería de cuchillos y el que hace cabeza previene con una voz que parece venir de los infiernos: «Dad la vuelta ante el que lleva en sus manos la muerte a los reyes».

Yo mismo decido recibir el aviso enviado por el «Viejo de la Montaña» a través de sus hombres. Yves Lebreton, un hermano mendicante que conoce el idioma, me acompañará para traducir. Ya sentados delante de mí veo un emir ricamente vestido y, detrás de él, un soldado que tiene tres cuchillos en su puño, del que uno está unido a la manga del otro. Este emblema es un desafío: porque detrás del fidawi que tiene los tres cuchillos, veo a otro que lleva una tela de algodón envuelta alrededor de su brazo. Comprendo el mensaje: «Si no estás con nosotros, he aquí los instrumentos que terminarán con tu vida: dondequiera que te encuentres, aunque tengas el amparo de nueve cerraduras o las lanzas de todo un ejército, los cuchillos de mis hombres vendrán a acariciarte la garganta y tendremos solo que envolverte en esta mortaja».

Pido al emir que me diga qué espera de mí y para ello me entrega una carta sellada con intención arrogante, desdeñosa y fulminante:

—Mi dueño me envía para preguntaros si usted le conoce.

—No, no le conozco. Nunca le he visto, pero he oído hablar mucho de él.

—Ya que habéis oído hablar de él, me extraña que no le hayáis enviado bienes en

señal de amistad.

—No entiendo lo que me queréis decir.

—No tenéis más que preguntar al emperador Federico, al rey de Hungría o al sultán del Cairo y a todos los demás que todos los años le envían presentes en señal de homenaje pues saben que no pueden vivir si no se complace a mi dueño.

—El rey de Francia no reconoce superior alguno en este mundo. No rinde más homenaje que a Dios. No soy vasallo del jeque de los ismaelitas.

—Al menos podría darle exención de tributos a las órdenes del Hospital y del Temple que debemos pagar cada año.

Suspendo la reunión y le cito después de cenar para convocar a los Maestros del Temple y del Hospital, pues quiero que se unan a la entrevista.

Cuando se reinicia ya con su presencia, levanto la voz y digo:

—¿Podría usted repetir las palabras que habéis pronunciado esta mañana?

—No, no lo deseamos.

—¿Acaso tenéis miedo al Temple y a la Orden del Hospital? ¿A su potencia militar? Sabéis bien que la muerte de un Maestro del Temple u hospitalero no sirve de nada ya que es sustituido de inmediato por otro sin que disminuya en nada la fuerza de la orden.

Doy la palabra al mariscal del Temple, Hugo de Joy, que habla con fuerza al enviado de los Hachichins. Advierte en tono imperioso a los mensajeros del «Viejo de la Montaña» que no replican:

—Os pedimos que volváis a vuestro Señor y que, en un plazo de quince días, traigáis aquí en su nombre tales ofrendas al rey de los Francos, que se sienta satisfecho.

Los ismaelitas se van. Los grandes maestres se vuelven hacia mí:

—Señor. Habéis tenido razón y os damos las gracias de haber hecho valer nuestra fuerza. Desde nuestra llegada a estas tierras, hemos aprendido a tratar a los mahometanos. Son fuertes con los débiles y débiles con los fuertes. Les gusta toser a los demás, pero no que les tosan. Los mahometanos están como obligados a disimular y a mentir. Lo hacen más en la medida en que se sienten inferiores. No se imagina de lo que son capaces de hacer para que nos sintamos tranquilos.

Antes de que expiraran los quince días, se anunció la vuelta de los mensajeros del «Viejo». Depositaron a mis pies con mucha ceremonia, en forma de homenaje, varias contribuciones simbólicas. Entre ellos, la camisa del jeque y su anillo.

Pregunto sobre su sentido:

—¿Cuál es el significado de esta camisa?

—La camisa es lo más cercano al cuerpo. Nuestro dueño entiende que, dándosela, se ata a vos más estrechamente que a ningún otro rey.

—¿El anillo?

—El anillo sirve para casarse con el rey de Francia y quiere que sean uno a partir de

ahora.

¡Curioso matrimonio! Los Hachichins me traen una gran cantidad de joyas: un elefante de cristal, un animal que llaman jirafa, juegos de mesa, de ajedrez, manzanas cubiertas de flores en ámbar fijadas en el cristal por pequeñas hojas de viña de oro fino. Cuando los mensajeros abren sus estuches que protegen los regalos, parece que la habitación se llena de suaves olores.

Las revelaciones que siguen no dejan de asombrarme. El «Viejo de la Montaña» cree más en el primo de Mahoma, Alí, que en el propio Mahoma. Obedece las directrices de Alí, esposo de Fátima, hija de Mahoma, que siguió a su yerno Mahoma, el más grande de los profetas. Pero, a la muerte de Mahoma, sus otros partidarios, animados por Aícha, su esposa favorita que detestaba a Alí, no tuvieron en cuenta el privilegio de su lazo de sangre. Entonces Alí se fue y atrajo a todo un pueblo y predicó otra creencia diferente de la de los discípulos de Mahoma. El mensajero del «Viejo de la Montaña» piensa que los mahometanos son unos incrédulos. Una de sus creencias de la ley de Alí es la siguiente: desde el momento en que un hombre se hace matar para ejecutar una orden de su dueño, su alma se va a un cuerpo más feliz que donde estaba antes.

Es esta la razón por la que los Hachichins ejecutan con tanto celo lo que su dueño les ordena, porque así serán más felices muertos que vivos.

Los herejes nos miran esperando un signo: nuestra enseñanza, nuestra palabra, la de los Predicadores y las órdenes menores. Estoy cada vez más convencido de que la guerra no basta. Me acuerdo de una conversación con mi madre donde ella ya tenía esa intuición. Los cristianos no podrán quedarse aquí solo por la conquista militar, necesitan también la conquista de las almas. Es una idea de los hermanos mendicantes y especialmente de Guillermo de Rubrouck. Él tomó la decisión de irse a predicar a los Tártaros. Si no se puede conquistar Asia, al menos hay que soñar en convertirla y hacerlo también en Tierra Santa.

Para ello envío a Royaumont jóvenes musulmanes que se forman cristianamente. Son jóvenes a quienes acojo tras su huida del islam por abrazar la fe cristiana. Están distribuidos por Acre y Antioquía. No volverán a sus pueblos ya que, si lo hicieran, morirían por su apostasía, como está escrito entre los mahometanos. Quiero contestar a los Hachichins ofreciéndoles el evangelio a todos aquellos que deseen ser recibidos en nuestra religión.

Quienes así lo desean, les juntamos en una de las naves del refectorio de los caballeros del Hospital y allí los clérigos les bautizan y les instruyen sin prisas en las verdades de la fe. Les mantengo con mis dineros y también, como antes dije, mando a algunos a Francia donde les asigno medios de vida para ellos, sus mujeres y sus niños.

Rescatamos esclavos que manifiestan disposiciones de abrazar el cristianismo porque no tolero la esclavitud ya que es un apóstol, Pablo, quien pronunció antaño las palabras

fundadoras de nuestra civilización: «No hay más judío ni griego, ni hombre ni mujer, ni esclavo ni hombre libre, ustedes todos son uno en Cristo Jesús».

En Occidente, el cristianismo retiró la esclavitud; si reaparece allí un día, esto será por oscurecimiento de la conciencia y de la fe. Es imposible vender a un siervo, pero es imposible no vender a un esclavo.

EL CUÉVANO

Todos nuestros desvelos están en conseguir la libertad de los presos cristianos que aún están en el país del Nilo y para ello buscamos todas las vías posibles ya sea comprando su libertad o irles a buscar, aunque seguimos sin poder confiar en los juegos sutiles de los egipcios. Voy cada mañana al puerto para recibir a las naves que les traen. Se trata de un negocio piadoso, una gracia por la cual, el número de estos desgraciados disminuye cada día y es una felicidad para mí verles desembarcar, hasta doce mil a día de hoy, que levantan los brazos al cielo en acción de gracias. Nada más bajar de los barcos, los Templarios y los Hospitalarios les visten para cubrir su desnudez, así como víveres y todo cuanto necesiten en sus primeros momentos de libertad.

Tras diez meses pasados en Acre, me traslado a vivir a una casa situada en las puertas de Cesarea. Las murallas de esta ciudad de Palestina fueron derribadas por los sarracenos y conviene volverlas a levantar.

Quiero que esas murallas desafíen durante mucho tiempo a los esfuerzos del enemigo por conquistarla. Su espesor sobrepasará la vía de una carreta y, para ello, las construimos con piedra muy dura tallada en forma de cruz, de manera que todas las piedras de la albañilería se engasten las unas con las otras y forman un todo indivisible.

Así, la zapa de los sarracenos no conseguirá derribarlas por tierra aunque lleguen a cavar bajo la pared. El recinto de Cesarea también tendrá torres, parapetos almenados en saliente y anchos fosos para protegerse. En Cesarea recibo una embajada de los emires, que una vez más me ofrecen Jerusalén si acepto aliarme con ellos contra el sultán de Damasco. Decido aceptar porque… ¿qué otra cosa puedo hacer con mis mil cuatrocientos hombres?

El ejército egipcio cuenta con siete mil soldados, el del califa, veinte mil. No soy más que un rey de relleno, pero me ofrecen todo tipo de regalos para alagarme, incluso hasta me envían un elefante vivo que envío a Francia.

Por desgracia, un día, el califa de Bagdad y los emires de Egipto acabaron por entenderse e hicieron alianza contra nosotros y no me queda más remedio que acabar las fortificaciones para proteger nuestro reino azul de ultramar.

Acudo a Antioquía que me pide auxilio. A la vista del recinto amurallado, nuestras caravanas se paran un instante: según lo que narran los Hechos de los Apóstoles, es aquí donde los discípulos de Jesucristo fueron llamados cristianos por primera vez.

Entro pensativo a esta ciudad grande llamada en la antigüedad «El ojo de la Iglesia de Oriente» y que fue sede del gran patriarcado fundado por san Pedro y fue aquí donde

los dos apóstoles, san Pablo y Bernabé, se separaron, para ir a predicar la palabra del Evangelio. Se me adjudica la casa donde Juan Crisóstomo vivió de niño con sus padres.

Tras haber levantado de nuevo la muralla, me voy a Jaffa. Cuando llego, el conde de la ciudad me acoge con respeto. A cada una de las quinientas almenas ha colgado un estandarte con sus armas y un escudo: es un bello espectáculo estos blasones adornados con una cruz.

Nos alojamos cerca del castillo junto al mar donde mando fortificar una villa nueva. Llevo el cuévano y las parihuelas de mortero hasta los fosos que he mandado limpiar. ¡Qué país curioso este de Jaffa con su naturaleza tan exagerada! Los jardines de naranjos, limoneros y de cedros rodean la ciudad con una corona de frutas. Margarita está encantada con los paseos, largos y lentos con su nuevo embarazo. Este cinturón de verde está como en un estuche de madera de olivo, de bosques profundos de limoneros y de granados. Busco en la orilla el lugar donde pudo embarcarse Jonás cuando huyó del Señor y constato que estoy como él, rodeado de monstruos que me acechan. De cada peñasco, por encima de las arenas, sacan matas de robles enanos, de boj y de adelfas y es alrededor de Jaffa, más allá de la hilera de jardines, donde comienza la llanura de los Libros sagrados.

El campo se cubre de flores perfumadas llenas de vida. No son ya rosas, sino cardos rojos, amarillos y violetas. Estos lugares hablan al corazón de mi mujer provenzal y también al mío con mis oraciones de vísperas y cada una de las hojas leídas de mi salterio me devuelve el ánimo.

Me cruzo con pastores de mulos que caminan con un turbante en la cabeza y una cruz en el cuello. Son árabes cristianos que se han asimilado al islam. Están obligados a comprar su protección, la llamada *dimma,* que es una tasa especial que hay que pagar al califa de Bagdad y, entre otras obligaciones, sus casas deben ser más bajas que las de los mahometanos como signo de sumisión, por prescripción de el Corán.

Los dhimmis sufren la suerte reservada para los «asociacionistas», es decir, para aquellos que profesan la fe en el Dios Trinitario. A quienes encuentro, vienen de la montaña de los Cedros donde Salomón hizo antaño coger la madera para construir los armazones de su Templo. Son sendas reservadas por donde suben solo mulas o asnos y donde resulta imposible hacerlo a caballo.

Mi madre tiene sesenta y cuatro años y adivino por sus cartas que está muy cansada. Margarita va a dar a luz pronto en el castillo de Jaffa a otra Blanca, que así se va a llamar. Así paso la vida en Jaffa donde espero noticias de los egipcios, una vida entre tumbas y cunas en un constante renovarse de buenas y malas noticias entre los altos muros y torres que flanquean esta ciudad.

Hago diseñar una gran puerta para mejorar las murallas defensivas que me cuesta treinta mil libras y que necesito porque Jaffa constituye el puerto de mar más cercano a

Jerusalén y, si pierdo Jaffa, será ya imposible el camino hacia la Tumba de Jesucristo.

El sultán de Damasco ha leído mi corazón y, con cortesía inesperada, me ofrece un salvoconducto para peregrinar a Jerusalén, parecido a lo que he hecho en Nazaret. Acepto con alegría para hacer realidad mi gran deseo desde niño, pero, cuando consulto a mi Consejo, su opinión unánime es que no acepte: no sería digno de mi condición de rey de Francia visitar Jerusalén bajo la protección de los infieles. Si la visito sin antes liberarla, puede surgir el temor que otros príncipes sigan mi ejemplo y quieran cumplir su promesa de peregrinar, como si fuera solo una excursión.

El restablecimiento de la paz entre los rivales del Islam no me deja ninguna esperanza de una victoria, que cada vez la veo más lejos. Estoy atado de manos por culpa de Bagdad y de Egipto. Las ciudades fortificadas sufren el acoso de las tropas enviadas por el emir de Bagdad. ¿Hasta cuándo aguantarán? En Occidente, mi última esperanza se apagó cuando el gesto de los pastores se convirtió en una bufonada.

Sé de la liberación de siervos que mi madre realiza en París, Várenme, Saint-Maur y Chennevieres aunque también sé que esta puesta en libertad levanta ampollas. En una carta alarmante, me cuenta que debió actuar contra el Capítulo de Notre Dame de París con un palo en la mano, pues desconfiaba de los canónigos ya que se decía que dejaban morir allí sin alimento a los villanos.

Mi ausencia prolongada anima a los grandes a alzar la cabeza y siento que se acerca la hora de volver, pues las cartas de mi madre se hacen más raras y más breves y mi preocupación aumenta cuando, a principios del año 1253, ya no llegan. ¿Habrán sido interceptadas por los piratas árabes que controlan el Mediterráneo?

EL GRAN DUELO

Un día de primavera sé que sacerdotes acompañados de burgueses han desembarcado en el puerto de Jaffa con aire de duelo. ¿Qué querrán anunciar?

La salud de mi madre disminuye. ¡Me gustaría verla de nuevo y abrazarla antes de que muera! Sé por los médicos que su enfermedad se ha extendido por todo su cuerpo y, en opinión de Geoffroy de Beaulieu, el humor y la generosidad de la reina no son suficientes ya para contrarrestar la debilidad de su constitución y el exceso de desgracias acaecidas.

Sé que mi madre no ha superado la muerte de Roberto en Mansourah, pero la muerte ha estado demasiado presente en nuestra familia, como la reciente muerte de Fernando de Castilla, su sobrino, a quien tanto amaba por ser hijo de su querida hermana Berenguela.

Mis hijos a quienes ella cuida caen enfermos uno tras otro y está también la enfermedad de mi hermano, el conde de Poitiers, que le sobreviene nada más volver de San Juan de Acre que le tiene inutilizadas las piernas y los brazos así como la espalda.

Mi pobre madre tiene sesenta y cinco años y no puede más. Desde que abandonó Castilla se olvidó de sí y de sus primeros proyectos para ofrecer a Francia todo su cariño, su fatiga, trabajos y días.

Ha recibido y aceptado todas las contradicciones, como la muerte prematura de su marido, mi padre Luis VIII, los esfuerzos por educar a una familia muy numerosa, las calumnias, trampas durante su época de regente, mi marcha a Oriente, que no quería y por la que guardó un profundo dolor, la muerte de mi hermano, mi cautividad, el peso de las dificultades y todas las pruebas que tuvo que superar cuando ya apenas tenía fuerzas.

Espero lo peor y la mala noticia se convierte en probable cuando llama a mi puerta Geoffroy de Beaulieu, mi confesor, que entra con delicadeza y ya sus ojos lo dicen todo. Viene a prepararme para aceptar la voluntad de Dios. Le sigue el legado, Eudes de Chateauroux, acompañado del arzobispo de Tiro que trae el sello real, el senescal de Champagne, mi buen amigo Juan de Joinville.

Pasan todos en silencio y me invitan a ir juntos a la capilla contigua donde me siento delante del altar. El legado me recuerda lo buena que ha sido la Providencia desde mi más tierna infancia. Escuchadas estas palabras, deduje que las siguientes serían anunciar el rayo que ha caído sobre mi familia. El legado llora y su voz es cada vez menos audible por las lágrimas:

—Vuestra madre ha muerto. Ya no está con nosotros. Francia llora y no tiene

consuelo.

Aunque estaba preparado, no quiero creerlo. ¡Es inconcebible! Doy un gran grito y caigo de rodillas al pie del altar, mientras junto las manos y mis gemidos son cada vez más fuertes. Despido a Joinville y a todos los que estaban allí. Quiero estar solo con mi confesor. Rezo: «Perdóname, Señor, por llorar por mi madre y mujer querida. Os doy las gracias por este momento. Fue una mujer llena de generosidad. Gracias por esta madre que me diste».

Un rey debe retener sus lágrimas, pero la naturaleza tiene también sus reglas y ahora toca llorar. El linaje continúa, nunca se detiene. Con mi confesor rezamos el oficio de muertos.

Durante dos días, guardo duelo y permanezco en soledad sin querer ver a nadie, salvo a la reina Margarita, que llora conmigo y se inquieta por nuestros hijos que están en Francia: es curioso cómo, incluso en momentos de dolor, su cara y su corazón brillan como el sol.

Reconfortado por la oración, en la paz y resignación, pido que se me narren los últimos momentos de vida de mi madre. Me dicen que su agonía fue tranquila y en paz. Quiso morir sobre paja como los pobres y como nació Jesucristo. La paz es inmensa pero no puedo compartir mi tristeza con nadie y compruebo que el rey no puede apiadarse de sí mismo.

¡Hay tantos motivos para llorar con lágrimas de sangre por el reino de Jerusalén! No sé si Margarita llora por su suegra o porque me ve llorar a mí. Querría tenerla más veces junto a mí. Me reservo de hacer ver a mis caballeros las dudas terribles de mi corazón. Me prohíbo los desahogos y las palabras que recordarían a los otros que soy de los pocos cruzados que se benefician del privilegio que suponen las dulzuras de la intimidad familiar porque todos quienes me acompañan han dejado en Francia a sus familias y no tengo el derecho de despertar en sus corazones los recuerdos de sus casas y de la felicidad que con tanto dolor les fue arrancado. Nunca me deben ver con Margarita y mis pequeños. Juan Tristán ya tiene tres años; Pedro dos y Blanca aún está en la cuna.

Sidón, la actual Sayette, es amenazada por los sarracenos y en respuesta envío gran número de obreros a la ciudad en peligro. Les acompaña el jefe de los arcabuceros, Simón de Montceliart, con un pequeño destacamento, mientras los sarracenos son un ejército considerable.

Los sarracenos se aprovechan de que aún no están terminadas las fortificaciones para lanzarse contra la ciudad abierta, pero el mar rodea la ciudad que es batida por las olas. Los habitantes se refugian en el castillo, pero tres mil cristianos van a ser masacrados y todo lo que tenía algún valor será robado. El 30 de junio de 1253 abandono Jaffa para atacar Naplouse.

Delante de Acre, el senescal de Joinville me suplica que reciba gente venida de

Armenia que peregrina hacia Jerusalén tras haber pagado un gran tributo a los sarracenos.

—Señor, hay fuera gente de Armenia que va a Jerusalén. Me han pedido que les presente al santo rey.

Le pregunto el motivo y estalla en carcajadas.

—Por la aureola que lleváis en la cabeza en vez de la corona. Les he hecho la observación tras escucharles que el santo rey, Luis IX, no espera la santidad y que no tiene prisa en dejar este mundo. También les he dicho que yo no espero besarle los huesos como si fueran reliquias.

Reímos juntos con buen humor y respondo:

—Estos armenios nos mandan al cielo antes incluso de haberme preparado el sitio.

Recibo a estos celosos hermanos peregrinos cristianos que viven en esa tierra de sufrimiento controlada por los turcos y que también ocupan parte de mi corazón.

Con los barones de Palestina y gran número de caballeros, proseguimos la expedición sobre caminos escarpados. A veces, la cuesta es tan inclinada que apenas se mantienen en equilibrio los caballos. Volvemos a la ciudad de Sayette para atacarla desde las alturas, pero el cerro que debemos alcanzar se encuentra guarnecido por gran número de turcos a caballo. Me acerco a la ciudad y descubro un espectáculo lúgubre: cadáveres amontonados.

Son los obreros cristianos estrangulados por los infieles y abandonados a la rapiña de los pájaros. Doy órdenes para que les den sepultura cristiana y sean amortajados sus cuerpos en descomposición, pero nadie se mueve ante el inmenso horror que contemplamos.

Suplico a mis hombres, pero es vana mi intención. Mi tropa quiere dar media vuelta y me las deseo para que no huyan y vuelvan:

—¿Haréis lo que hay que hacer o vais a huir y dejar a vuestros compañeros y hermanos sin sepultura?

Me adelanto hacia los cadáveres, pero yo también flaqueo. El disgusto me vence, mientras arrastro cuerpos podridos y hediondos para introducirles en lienzos cosidos en forma de sacos y cargarlos sobre camellos y mulos hasta las grandes fosas de tierra que hemos acondicionado. Tardamos cinco días en inhumar a todos los fallecidos, mientras animaba a los hombres con constantes arengas:

—Los infortunados que llevamos a enterrar no tienen miedo a la muerte. No debemos temer algunos sufrimientos por ellos.

La putrefacción de los cadáveres está tan avanzada que los miembros se desprenden de los cuerpos tan pronto como se les toca. La infección que ello provoca en nosotros es tal que los caballeros y los clérigos tienen el corazón en un puño y, aunque sé que me miran, procuro dominar mis sentidos y mis gestos, tocando con mis propias manos los

restos y alejar a los perros que buscan las muchas tripas vacías de los muertos esparcidas: me quito mis guantes para recoger las entrañas con mis dedos desnudos y ponerlas en las bolsas.

El arzobispo de Tiro y el obispo de Damieta revestidos con sus ornamentos eclesiásticos ofician el funeral con las narices tapadas y se protegen con sus capas para filtrar el mal olor. Durante el funeral limpio mis fosas nasales y enviar a todos un mensaje de coraje. Aun así, el arzobispo de Tiro morirá algunos días después de haber respirado este aire corrompido.

Estos pellejos sin figura son también almas y representan la grandeza de nuestra religión que exige no abandonarles en la corrupción o más bien no quedarnos solo en la podredumbre de sus pobres cuerpos de carne porque también son cuerpos gloriosos.

Veo a mis caballeros retroceder de horror, pero les exhorto una última vez:

—No tengan en absoluto miedo a estas carnes del abismo porque en el paraíso estos hombres velarán por las miserias de nuestras almas.

LA VUELTA

Desde los desfiladeros de Altái, el franciscano Guillaume de Rubrouck me envía las primeras noticias de su peregrinación.

—Hará falta tiempo –me escribe.

Por lo que me escribe, los mongoles no tienen nada en común con nuestras costumbres. No miran a la gente como nosotros. No tienen el mismo sol, ni el mismo día, ni tampoco la misma muerte. Tienen el alma nómada que hace que sus carretas arrastradas por yaks vaguen sin destino por la estepa y los pastos según la estación del año. No buscan lo permanente, como son tener descendencia o recuerdos ni sembrar la tierra para recoger las cosechas, pues lo único que cuenta es hasta dónde les lleva su caballo tan salvaje como él en medio de la naturaleza bruta.

Cada palabra de su predicación es como un puñado de arena que se va entre los dedos. Tengo fe en que un día la lengua de fuego de los apóstoles llegará más lejos que la espada, pero hará falta paciencia y fortaleza.

Sé, fruto de mi experiencia, que el universo es más grande de lo que se pensaba hasta ahora y prueba de ello es que mi política se interesa por Asia y en concreto China y me pegunto qué hay después y dónde se acaba la tierra, pues nadie lo sabe, pero un rey cristiano debe alargar su poder hasta el último confín para que llegue hasta allí la palabra de Dios.

Necesitamos ampliar nuestra mirada y más tiempo para llegar a nuestro fin y escapar de los espacios reducidos. Tendremos que actuar y decidir si queremos que el cristianismo llegue a ser universal: seguir aquí con el celo del peregrino o contestar a la llamada de mi reino. ¿A cuál ceder?

No he podido reconquistar Jerusalén y apenas he podido mejorar las defensas de algunas de mis ciudades. He luchado para reforzar los vínculos entre la Siria francesa o lo que queda de ella y Occidente, que solo puede ser ayudada gracias a estos puertos amurallados que se extienden a lo largo de la costa, como Antioquía, Cesarea, Acre, que forman como un rosario de ciudades entrelazadas.

Hará falta todavía que se extingan las discordias entre los principados, órdenes, mercaderes genoveses, armadores pisanos, familias patricias del barrio veneciano, los francos de vieja cuna y todos aquellos que hayan llegado nuevos buscando una nueva vida cuando yo abandone estas tierras.

Recibo en Sayette varios escritos de los principales señores de Francia que me animan con insistencia a volver a mi reino, y yo mismo siento ya esa necesidad, pero

antes quiero consultar a mis nobles y caballeros con el fin de que me aconsejen en mi decisión.

Por otra parte, el patriarca de Jerusalén y los principales señores del país me piden audiencia. Es toda Palestina que habla por sus bocas:

—Señor, habéis fortificado nuestras ciudades, lo que es de gran provecho para Tierra Santa. Desearíamos ir a Acre y preparar allí vuestra partida a la vez que preparamos la cuaresma y podáis volver a Francia en Pascua.

Siento en este propósito lleno de grandeza, generosidad, majestuoso e incluso de abandono de los últimos habitantes de un reino de Jerusalén disminuido a las tres cuartas partes. Nadie de los presentes ignora que tras mi partida aumentará el riesgo de desaparecer la unidad entre los cristianos que he conseguido sellar frente a las felices desuniones de los enemigos. Siria franca va a sacrificarse por Francia que llama de nuevo a su rey. Saben que mi reino es la única salvaguardia y muralla de la Cristiandad en Occidente como en Asia, así como el punto de apoyo para toda posible reconquista.

Mi partida es aceptada y los trece barcos para el viaje, con la reina y los tres niños cruzados, Jean-Tristán, Pedro y Blanca, están ya preparados. Dejo en el reino de Jerusalén a cien de mis caballeros costeados con mi dinero, a las órdenes del bueno y fiel Geoffroy de Sargines. Me voy pero volveré, pues lo deseo en lo más profundo de mi alma. Jamás dejaré Tierra Santa, pues siempre llevaré el signo de la cruzada cosido en mi hombro.

El viernes 24 de abril de 1254 fue el momento elegido. Subo junto a mi familia al barco que lleva también a otros peregrinos. La población entera me acompaña hasta el muelle con oraciones y suspiros hasta mi nave. El 25 de abril desplegamos la vela en busca de un viento favorable. Es el día de mi cumpleaños. Tengo treinta y nueve años. Joinville me susurra en el oído:

—Señor, este día renacéis. Habéis escapado a los peligros de este reino tan arriesgado para vivir.

El sábado 2 de mayo, el Montjoie está a la vista de Chipre envuelta en una bruma espesa que hace que no se distinga ni la cima de la montaña de la Santa Cruz. De pronto, el barco real, con todas las velas desplegadas, se detiene con una fuerte sacudida. Ha chocado contra un bajo de arena y el fuerte choque provoca espanto entre la tripulación, pues todos creen que la nave está perdida.

La noche cae y no hay más que gritos y desesperanza. Los ochocientos pasajeros siguen en las tinieblas, la confusión y el terror.

El hermano Rémond, caballero del Temple, que manda la tripulación, está fuera de control y se desgarra sus trajes y se tira de las barbas. Los marineros encienden algunas antorchas, mientras corren en todas las direcciones, sin saber qué hacer.

Descalzo, apenas vestido, desgreñado por el viento, espero la muerte y pido a Dios

que no sea mi final después de lo vivido en Tierra Santa. La reina me mira y también presiente el final. Las cuidadoras de los niños, aterradas, vienen a preguntar si es preciso despertar a los niños y vestirles. Margarita les ordena que no hagan nada:

—No les despertéis ni les levantéis. Si mueren, que sea durmiendo.

Cuando amaneció, descubrimos que estábamos en medio de un mar sembrado de escollos que la niebla había sepultado la víspera y nos había hecho equivocarnos. Hago venir a los oficiales de otros barcos que nos envían buzos para valorar los destrozos: la quilla ha sido quebrada a más de veinticuatro pies y las planchas del barco están todas movidas. El peligro es inminente y pido consejo. Su respuesta es angustiosa:

—Todos los ejes de vuestra nave están dislocados. El barco no resistirá a la alta mar y el viento lo despedazará en mil piezas.

Me vuelvo hacia mis allegados, el chambelán Pedro, el condestable Gilles Le Brun, el archidiácono de Nicosia y el senescal de Joinville, que me animan a dejar la nave, pues temen que se rompa. Entonces, interrogo de nuevo a los marineros:

—Por su honor, si el barco les perteneciera, y fuera cargado de mercancías, ¿lo abandonarían?

—Jamás. Costaría demasiado reemplazarlas.

—Entonces, ¿por qué me piden descender?

—Porque el juego no es igual. Ni el oro ni el dinero valen el precio de su persona, de la reina y de sus niños que están aquí y es por lo que le aconsejamos no poneros en peligro.

Decido no escucharles, pues, si dejo el barco, los demás pasajeros bajarán y no encontrarán otro medio para volver a Francia y puede que no tengan dinero para pagarse el viaje. Hago saber mi decisión:

—Confío en Dios. No quiero exponer a su suerte a tan gran número de personas que hay en este barco.

De repente, el viento empieza a soplar con fuerza y hace que el barco choque contra las rocas y harían falta no menos de cinco anclas para mantenerle fijo contra los asaltos de la tempestad.

Se decide lanzar al mar todo lo que está en el puente, mientras poco a poco vuelve la calma. Como las desgracias nunca vienen solas, una de las velas que lleva la reina en su camarote provoca un incendio en el barco. El fuego se extiende con rapidez y mi mujer salta de la cama con el tiempo justo para lanzar al mar todo lo que había en la habitación.

Tras aquellos momentos de miedo, el viaje continuó y el 8 de julio, por fin, la flota llega al Puerto de Hyeres, en Provenza, y los pasajeros están impacientes por tomar tierra, pero me niego a bajar ya que Hyeres y la Provenza son del imperio y no quiero desembarcar en una orilla que no sea de mi reino y sí llegar hasta Aigues Mortes.

La reina está desolada ante mi decisión ya que recuerda su infancia y tiene ahí

mismo su amada Provenza, pero las mujeres nunca se dan por vencidas y durante dos días me suplica que desembarquemos hasta que lo consigue y, mientras esperamos los caballos, nos alojamos a dos leguas del pequeño puerto, en el castillo de Hyeres.

Cuando la gente se entera de nuestra presencia se precipita alrededor de las galeras con sus mejores galas, vestidos de todo tipo de colores, sombreros, turbantes para manifestar su alegría.

Oriente también está presente en este puerto de Provenza, pues está repleto de gran número de mercaderes: brocados de Antioquía, tafetanes de Tiro, sábanas de Egipto, sedas griegas de Chipre, fármacos y hierbas sarracenas de cuyas virtudes y méritos alaban los médicos y que yo puedo dar fe de su poder curativo, toneles de célebres vinos de Jericó y Tortosa, y hasta plantas de cedros del Líbano, limoneros, naranjos, granadas que yo he traído de allí y que darán el toque exótico a los jardines de palacio. La reina atraviesa su Provenza con el corazón lleno de alegría y con un nuevo niño en su vientre.

Llegamos a Cluny y su abad me ofrece dos bonitos caballos para mi viaje hacia París que sin duda le habrán costado buenos dineros. Al día siguiente, el buen monje me cuenta sus necesidades y le escucho con aire bonachón mientras Joinville me reprocha que haya aceptado un regalo, pues ahora le soy deudor. El senescal tiene razón: devolveré los caballos. ¿Cómo ha podido este buen monje pensar que se podía comprar el favor real con un par de caballos?

Atravesamos Beaucaire y Aix donde Margarita visita la tumba de su padre, que nunca volvió a ver en vida, enterrado en la iglesia de los Hospitalarios de San Juan.

Nos encontramos con un franciscano de quien ya había oído hablar y se llamaba el hermano Hugo que se dirige a mí y me dice palabras de despecho:

—Señor. Percibo muchos religiosos en vuestra corte y no es lugar para ellos. Un monje no puede vivir fuera de su claustro. Es como si un pez viviera fuera del agua. La corte es un claustro demasiado grande y con demasiada comida, buenos vinos. Esos monjes hacen, más bien, lo que quieren y no buscan la salvación.

Le digo que su propuesta será mi primer acto como rey cuando llegue a París tras seis años vividos fuera, pero él me replicó:

—¿Vuestro primer acto? No, será impartir justicia al pueblo.

Reconozco que sus palabras no me fueron gratas. Voy a Santa Baume con Margarita. Entramos bajo su bóveda de roca muy alta donde se dice que la Magdalena permaneció diecisiete años como eremita. Me arrodillo para rezar. El agua corre por las paredes como lágrimas. Acudo a la bienaventurada Santa:

—María Magdalena, hija de la fiesta de Pascua. Cuando las tinieblas estaban presentes, corristeis al lugar donde reposaba el cuerpo del Señor. Visteis que estaba vacío. Las sábanas en el suelo. El sudario plegado. Llorasteis porque pensasteis que el cuerpo de Jesús había sido robado durante la noche. Un hombre se os apareció.

Pensasteis que era el jardinero. «Si eres tú quien se le ha llevado, dime dónde lo has puesto». Pero el jardinero sonrió, impuso las manos diciendo vuestro nombre: «¡María Magdalena!». Entonces os volvisteis. Y vos le habéis reconocido. «¡Raboni!, que quiere decir Maestro». María Magdalena, tened piedad de mi ejército derrotado, también de estos pecadores que murieron en aquella Tierra Santa. Hazme entender por qué Dios me privó del derecho a acercarme al lugar sagrado de Jerusalén. Mi derrota es una vergüenza y una mancha sobre la Corona. Santa María Magdalena, derrama sobre mi vergonzosa herida los bálsamos espirituales en los que transformaste tu amor, que no conoció otra cosa que la Pasión.

ESPEJO DE PRÍNCIPES

Pasamos el Ródano en Beaucaire, donde firmo ordenanzas para evitar abusos, y continuamos nuestro camino por ciudades de Languedoc donde soy recibido con grandes manifestaciones de alegría.

Nos detenemos en Puy en Velay donde se compuso la oración del Salve Regina por el obispo Ademar. Pasamos por Brioude, Clermont, Moulins. El 24 de agosto de 1254 llegamos a Saint Benoit sur Loire y el 5 de septiembre, por fin, París donde desplegamos los estandartes iluminados por el sol brillante en Vincennes.

Voy a San Denis, cuyos muros a indicación de Margarita han sido adornados con sedas elaboradas en Siria y representan fiestas solemnes y mártires de Francia, como Denis y sus compañeros. El 7 de septiembre entro en París. El clero de las iglesias y los burgueses con sus mejores galas vienen en procesión para ponerse a la cabeza del cortejo real.

Un aire ligero de verano que se va, los regocijos públicos, las explosiones de alegría y los bailes se extienden por todos los pueblos y ciudades de Francia y sobre todo en París, que vibra con la llegada de su rey, pero ordeno poner fin a estos festejos, que no coinciden con el estado de mi alma.

Me reencuentro con mi reino, mi pueblo, sus aflicciones y sus fidelidades y todo parece como antes de partir y sin embargo noto que todo ha cambiado.

En el fondo de mi corazón, se ha instalado una extraña duda al ver cómo han reaccionado mis súbditos ante mi llegada, pues he vuelto fracasado pues Jerusalén sigue en manos sarracenas.

No la he salvado ni he podido acercarme a ella y ahora en mi vida nada me alegra. La tristeza me invade y mi rostro refleja el deseo de no recibir consuelo alguno. Quiero atravesar solo esta noche oscura del alma. No quiero más riquezas que expresan el reino de la apariencia. Mi mano tiembla con mi cetro demasiado pesado y adornado. Renuncio a los armiños, a las pieles de martas y de escarlata; a las espuelas de oro y solo quiero vestir pieles de ardilla o de liebre, suprimir todo tipo de ornamentos en mis vestidos.

Sobre mi cabeza me pondré un sombrero sin cofia, y de plumas de pavo real. No quiero más alimento que el espiritual y así mis dudas alcanzarán sus cimas para que Dios responda a mis inquietudes.

La entrevista con Hugo de Digne, el monje de Hieres, está de continuo en mi memoria. Encuentro al hermano Buenaventura. Me habla de la Ciudad evangélica y de un rey de los últimos tiempos que pasa de la Jerusalén terrestre a la celeste. En el otoño

de mi vida, quiero confundirme con el polvo de los países sedientos donde estuve a punto de morir. Todas las noches acudo a la Santa Capilla para meditar varias horas en compañía de las vidrieras.

Veo cómo las estrellas y sus brillos se apagan. Suplico al Cielo que me dé luz en medio de su silencio para que en mi corazón brille una nueva humildad que explique los reveses injustos, que sigo sin entender. Medito, ruego, suplico, pero no me curo de esta tristeza del alma.

Margarita se enfada porque no acepta mi situación, no acepta que le reproche tener demasiados vestidos y joyas. Cuando se lo digo, me recuerda la reina Blanca y de su exigencia:

—No podemos luchar contra este principio de la realeza: el vestido debe responder al rango.

A veces sueño con dejar mi trono y abdicar en mi hijo Luis pues la dignidad real me sobrepasa y la Corona me resulta pesada de llevar e iré a terminar mis días a un monasterio.

Consulto con los maestros de la universidad: un rey no abdica. Muere rey como nace. Pertenece al reino y a su inmemorial destino. No puede abandonar a su mujer y a sus hijos. Un rey, ungido, es rey «in aeternum», igual que el sacerdote es «in aeternum». No dejamos la corona o el sayal como dejamos una cota de malla.

Las dudas me persiguen y decido visitar la tumba de mi madre para preguntarle lo que debo hacer. Entro bajo el pórtico de Maubuisson en medio del coro de las religiosas y me adelanto hacia la tumba de cobre donde descubro allí la efigie de mi difunta madre, la reina Blanca, con hábito de religiosa y una corona en la cabeza, sostenida por dos ángeles.

Una pequeña luz brota en mí: iré al convento Santiago como mi madre iba cuando se sentía acechada por el desconcierto.

Los hermanos predicadores me esperan y les interrogo sobre las dudas que me amargan el alma:

—¿Cuál es, según usted, la primera necesidad del reino de Francia? ¿La prosperidad?

—No falta.

—¿La paz?

—El reino ya tiene paz.

—Entonces, ¿qué necesita?

—¡Sabiduría!

—¿Por qué sabiduría?

—Porque es ella la que ejerce el discernimiento y eleva a los pueblos hacia lo superior. Un reino muere de la materia y vive del espíritu.

—¿Cómo desarrollar la sapiencia?

—Creando una gran biblioteca para el reino.

La respuesta me sorprende, pues es de sentido común: construir una galería que reúna todos los libros que curan el cansancio del alma.

En el curso de los días, la propuesta me lleva a un recuerdo de Palestina donde conocí un príncipe infiel que se hacía traer libros de religión y de ciencia de todos los rincones del mundo para hacer copias que colocaba en una biblioteca musulmana a disposición de los letrados y de los jóvenes de su país.

Decido confiar el proyecto a un erudito llamado Vicente de Beauvais, apodado en Palacio «El devorador de libros», para crear una biblioteca pública, espejo para los príncipes, y a mi confesor Geoffroy de Beaulieu la tarea de buscar en las abadías libros de las Sagradas Escrituras y de los Santos Padres.

Hago construir, justo al lado de la Santa Capilla, la sala del Tesoro, donde reuniré los originales de san Agustín, san Ambrosio y de san Jerónimo.

Construyo un corredor para unir mis apartamentos con la sala de los manuscritos y cerca de las santas reliquias donde podré disfrutar de los pensamientos más sublimes tanto de la tierra como del cielo que contribuirá a mi recreo más dulce. Vicente de Beauvais ya se ha puesto a escribir un libro que reunirá todos los conocimientos filosóficos, artísticos, mecánicos, científicos y morales.

La nueva Biblioteca real no cesará de enriquecerse y así garantizará que mi reino esté a la cabeza de los conocimientos del espíritu.

Mis grandes trabajos empiezan de nuevo: construyo la torre Bombec sobre el Sena que defiende el pequeño palacio cerca de la Capilla Santa; creo la casa de los Quince para los trescientos gentilhombres que me acompañaron a Tierra Santa y que volvieron ciegos de ultramar. Los Parísinos se cruzan con estos indigentes que llevan cosida sobre el pecho una flor de Lis de color azafrán y de su cuello cuelga una caja donde depositar limosnas. Esa flor de Lis es como si el rey animara a los transeúntes a la caridad.

Doy la Casa de Dios de Fontainebleau a los Trinitarios cuya misión es rescatar cautivos en países mahometanos. Pronto encuentro gusto a los asuntos de gobierno y procuro separar mejor lo que depende de la res pública y lo que depende de la Iglesia. Quiero poner al Estado que protege el Bien Común por encima de mi persona. Mi realeza soberana se fundamenta en el «deber de Estado». Llamo a los hermanos dominicos que quieren renovar la Iglesia con su savia evangélica y separarla de las seducciones por los bienes terrestres: sus reflexiones me ayudan a una sabia distinción entre el cuerpo místico de la Iglesia y el cuerpo social del Estado.

Pido al hermano franciscano Gilbert de Tournai y al dominico Vicente de Beauvais su opinión sobre si el poder del rey es de naturaleza diferente al poder de los nobles: «el rey se apoya en el Bien común y la utilidad pública. El rey no puede depender de nadie, cada noble permanece soberano en su feudo pero el poder del rey está por encima de

ellos».

Para estudiarlo, constituyo un Consejo con los mejores: Guy Foulquoy, un jurisconsulto emérito; Pedro de Fontaine, a quien se le llama el «caballero del rey», Eudes de Lorris, un apaciguador de las disputas inglesas; Eudes Rigaud, hermano menor ordenado arzobispo de Ruan, precursor del nuevo derecho de la Curia, un confidente y un amigo, los consejeros de la Picardía, Villette para justicia, que quiere hacer de mí un rey de audiencia, y Péronne para controlar la administración.

Todos estos caballeros, de buen consejo, son de pequeño linaje y no tienen apenas bienes que haya que proteger o que haya que desear, solo me ayudan a establecer una nueva manera de ser rey en un mundo que ya no es el que dejé cuando partí a Tierra Santa.

El mundo, el poder, la guerra, la justicia son como antaño, pero la paz en la Cristiandad se vuelve vital. La guerra privada entre nobles cristianos es agotadora y nos desvía del auténtico ideal, que es la lucha contra los sarracenos, que ya están a las puertas de Occidente.

Prohíbo la «prenda de batalla», esta lucha judicial absurda que consiste en dirimir los procesos por la fuerza de las armas; solo quiero escuchar que la Cristiandad reserva su coraje para luchar en los territorios ultramar, no quiero más guerras con otros reyes, que no son más que disputas de familia, mientras que las tribus del Islam caen sobre nosotros.

El prestigio de Francia no depende de ampliar su territorio, sino que está en la mirada que nos dirigen todas las naciones que buscan soluciones para sus problemas: el rey de Francia debe ser el apaciguador del mundo.

EL ESPEJO DEL PUEBLO

Trabajo para ser cada vez mejor rey. Querría que la dignidad real fuera recibida en el corazón de los humildes y necesitados como uno de sus íntimos dones. Quiero que cada uno de mis actos lleve dignidad y altura de miras que actúe como bálsamo entre mis súbditos. Rutebeuf, el trovador, me escribe un poema que me emociona: «Usted es el mejor rey porque desaprueba el desorden».

Odio lo que no aspira a la paz en mi reino. Llevo seis meses desde mi vuelta y no he parado de visitar a senescales, arciprestazgos y los bailíos para observar el estado y las súplicas de Francia.

Cada parada que hago, sello con mi mano todos los documentos oficiales: cartas, sentencias de justicia, constituciones, donaciones, limosnas. En las fiestas de la Candelaria, Pentecostés y el Día de todos los Santos, convoco a mi tribunal en el parlamento y es ahí donde expongo todo lo que veo en mis viajes para mejorar el gobierno y algunas cosas son de buen grano y otras no tanto.

Por todas partes encuentro hambrientos de pan y aún más de justicia, que es siempre la primera necesidad del reino. En diciembre del año 1254, mandé que se publicara mi «ordenanza para la reforma de las costumbres en la lengua de oc y en la lengua de oíl». Había comprobado demasiados abusos en los oficiales públicos y era necesario imponerles normas más severas en su actuar. El poder es un servicio y un honor, nunca una escalera para subir en vanidades, vida más fácil u holgada. Servimos pero no nos servimos de ese poder para nuestros negocios. El baile me representa como rey cerca de mi pueblo y, si ese baile roba, es al rey a quien roba. Un representante público que se deshonra, es la Corona que se deshonra. Mis representantes públicos no pueden actuar como gente solo de bien, sino también son los guardianes del Bien Común. Muchos lo han olvidado: el oficial al servicio del rey no debe aceptar regalo alguno de quienes son sujetos de un delito contra la administración ni aceptarlo para él ni para su familia, sus consejeros y aún menos para sus servidores, aunque he exceptuado los pequeños regalos de vino y frutas con valor inferior a dos sueldos. He prohibido a todos los bailíos de ofrecer presentes a los auditores de cuentas, a los miembros del Consejo Real, a mis enviados para comprobar el cumplimiento de sus obligaciones en su territorio y a los senescales.

Tampoco se puede aceptar regalo alguno si procede de un oficial del ejército, de un baile o cualquier otro subordinado. El oficial real prestará juramento a la hora de acceder a su magistratura y jurará que hará justicia por igual a todos aquellos que la soliciten,

tanto a ricos como a pobres; a extranjero como a burgués.

Prohíbo también a mis agentes que adquieran riquezas en el territorio encomendado y de casar a sus hijos con gente de su jurisdicción para impedir que se hagan dueños de injustas y desmesuradas riquezas. El oficial que cesa en su cargo debe esperar cincuenta días para responder a las reclamaciones que se puedan hacer de su período de administración.

Todos aquellos que han aprovechado mi ausencia para cometer injusticias serán reemplazados y se nombrarán nuevos agentes para sustituirlos en sus funciones. Me comprometo a cambiar lo necesario para mejor organizar las comunas de mi reino. Y en especial la de los habitantes de París, pues las funciones del preboste de esta ciudad han caído en manos de burgueses, que son quienes dominan y gobiernan la ciudad desde hace mucho tiempo para su provecho y en contra del Bien Común.

Es sabido que el preboste de París tiene muchas atribuciones, como la justicia, la policía o el cobro de impuestos, pero, por desgracia, compruebo que, una vez conseguida esa función, el titular se aprovecha para favorecer a sus parientes que cometen todo tipo de injusticias sobre el pueblo, que no se atreve a reclamar ya que nunca son oídos por las autoridades.

Esta injusticia me subleva cada día más. Los humildes no obtienen nunca ganancia de causa contra los más afortunados que corrompen al preboste con dinero, y esta injusticia me subleva de manera especial ya que, desesperados, esta gente abandona, en cada vez mayor número, las tierras sometidas a la autoridad judicial del preboste, para ir a vivir a tierras lejos de París, cuya autoridad ofrece a los habitantes una mejor situación para comenzar una nueva vida y más justicia. La consecuencia es que París se despuebla cada vez más.

Me han dicho incluso que el preboste no admite a más de doce personas que reclamen justicia. París se ha convertido en la avanzadilla de gran número de ladrones que recorren sus caminos. Esta situación no puede durar más tiempo, pues mi mesa está llena de quejas.

El parlamento ha decidido acabar con los prebostes corruptos y para ello he subido su sueldo para evitar abusos que arruinan a este pueblo.

Mi siguiente paso es encontrar un caballero versado en leyes capaz de impartir justicia con el rigor necesario sin hacer distingos entre ricos y pobres: Esteban Boileau, antiguo preboste de Orleans, tiene toda mi confianza pues compartió conmigo la suerte del cruzado y estuvo prisionero en Mansourah donde demostró su capacidad de sacrificio.

Esteban Boileau demostró en poco tiempo conocer sus funciones y ser un hombre íntegro, tanto es así que los malhechores desaparecieron y los que aún siguen, pensando que nada ha cambiado, muy pronto se percatarán de que sí ha cambiado y puede que

alguno sea colgado como castigo por su ignorancia y atrevimiento.

Las nuevas actuaciones devuelven la confianza a los habitantes de París y hace que muchos vuelvan felices, pues las mejoras en la administración de la ciudad pronto produce movimiento económico y compruebo con alegría que el tribunal cercano al palacio junto al Sena donde Esteban Boileau imparte justicia nunca está vacío.

Muchas veces soy yo quien se sienta en la sede judicial para impartir sentencia y así demostrar mi interés por la justicia y que esta prevalezca. La sala de audiencias está adornada con flores de Lis. Mi presencia da coraje al nuevo preboste para que nadie le impida realizar su cometido. Sé que mi actuar llega a oídos de otros prebostes de Francia y así no se sienten solos en su duro cometido.

Esteban de Boileau muestra una gran capacidad de organización y cuenta con veinte sargentos a caballo y cuarenta a pie a las órdenes de un caballero y a petición suya instituyo otra guardia para proteger mercaderes y burgueses a la que llaman los parisinos la «Guardia durmiente».

En efecto, los regidores me dijeron que la ciudad no estaba segura durante la noche, momento en que se cometen muchos hurtos y violencias. Los molineros del Gran Puente, los candeleros y todos los oficios de mercaderes me suplicaron que les permitiera costear con sus dineros esos guardias y, poco a poco, la seguridad y la prosperidad de la ciudad se restablecen.

Mandé al preboste de París redactar el Libro de los Oficios, para proteger al obrero de toda forma de abuso y para que no esté dominado ni por la materia que somete a su voluntad sacando de ella lo que necesite, ni por la ley de la mera producción que en ocasiones amenaza con separar al hombre de sus necesidades en un afán desordenado de riquezas. Prohíbo la especulación como mero acaparar materias primas y mercancías o sobreproducción.

El «libro de Oficios» ayuda a la convivencia entre maestros y oficiales unidos en el esfuerzo por la obra creada y el sentido sagrado de la creación: el trabajo no es más que un medio que muere con el objeto elaborado.

También quiero controlar el comercio del dinero que solo produce intereses. El verdadero capital es el saber hacer y esos intereses solo indican pereza ya que es un producto que no requiere esfuerzo y se limita a engordar hasta el momento de devolver la cantidad prestada. En el libro del Deuteronomio se entiende como usura lo que supera la cantidad principal. Los lombardos son cristianos, pero unos maestros de la usura y mis leyes les desanimarán.

Entre los desórdenes más insoportables que perjudican mucho al comercio y a la producción es el de las monedas. Los nobles tienen el importante privilegio de emitir moneda y eso complica aún más el problema de los fraudes comerciales.

No hay nación sin moneda y no hay moneda sin nación. Quiero una moneda sola

para Francia. De todas las buenas acciones practicadas a la hora de gobernar, la que más aprecio, a buen seguro, es la de practicar una honradez absoluta en lo que se refiere a pesos y medidas y el valor de la moneda. Francia tendrá siempre monedas de buen valor y no alteraremos su peso para conseguirlo. El escudo es la primera moneda de oro de los Capeto para toda Francia, mientras que las monedas que emitan los nobles no tendrán valor fuera de su feudo.

La buena moneda expulsará a la mala, los dineros sin tacha expulsarán a los falsos que circulen por Francia y los denarios puros expulsarán a los denarios usados o limitados, y de paso también prohíbo la circulación de libras esterlinas inglesas en mi reino.

Otro desorden es el de la justicia en los feudos donde la fuerza prima sobre el derecho. La exigencia de la presencia de dos jueces en los tribunales fue el primer paso para sustituir la guerra por la justicia y evitar los enfrentamientos entre nobles para dirimir sus querellas. No ha sido fácil, pero ha sido necesario y así la investigación y los testimonios han sustituido a la fuerza. Mis legisladores no se cansan de explicarlo cuantas veces haga falta: «La batalla no es vía alguna para la justicia». Aún existen muchos nobles que no han evolucionado y consideran que la justicia emana de la fuerza. Siguen pensando que los feudos que gobiernan son fruto de la sangre de los guerreros. Su principio es tan elemental como que el noble que posea la mejor espada poseerá también el mejor derecho. Su vida vale lo que valga su aventura. Las raíces de sus costumbres vienen de los burgundios. Dios decide quién tiene derecho cuando los dos luchan cara a cara y uno de ellos sobrevive y por supuesto, quien pierde, es culpable. Piensan que no hay ley mejor para comprobar quién lleva razón en las querellas. Si hay una disputa entre dos nobles, lo primero es declararse la guerra entre ellos y sus vasallos y sus feudatarios. Todos entran en liza y las guerras consisten en saquear y quemar cuanto más del contrario, mejor. Estos enfrentamientos entre nobles no pueden seguir así y, para evitarlo, lo primero que hice fue poner todos mis esfuerzos para aplicar la tregua de Dios que ya aplicaba mi abuelo Felipe Augusto. La tregua supone una suspensión de cuarenta días de cualquier uso de violencia tras los cuales se podrá volver a la lucha, pero pienso que cuarenta días es tiempo suficiente para reconciliarse.

Muchos de estos nobles se quejan de que estas medidas van contra su poder y sus libertades, pero se hacen tales avances en evitar guerras absurdas que hasta el gran Consejo y el parlamento reconocen lo acertado de mis medidas, pero reconozco que todavía debo vigilar a quienes aún no las aceptan. Los padres predicadores no cesan de enseñar a los futuros legisladores y estudiantes de leyes que una ley inicua no es ley y, si va contra la conciencia, no es de obligada obediencia.

Quiero que mi poder soberano se funde en cuatro principios de regalía esenciales: Derecho del rey de declarar la guerra y no los nobles; derecho a dictar leyes y quitársela

a la costumbre; derecho de emitir moneda y quitársela también a los nobles, y el derecho de impartir justicia y suprimírsela a los tribunales de la nobleza.

LAS QUEJAS A LA PUERTA

Los deberes de mi cargo exigen impartir justicia a todos mis súbditos sean de la condición que sean. Estas palabras son predicadas por el padre Santiago Vytri: «La verdadera nobleza es la del alma. No hay distinción de dignidad a los ojos de Dios y no han nacido unos del oro y la plata y otros solo del limo. No han venido unos de la cabeza y otros del talón».

He puesto mi reinado bajo el signo de la justicia hija de Cristo y buena consejera, simbolizada en esa mano de marfil con los dedos extendidos y que junto al espectro recibí el día de mi coronación en Chartres como mandato del mismo Dios, que es la justicia máxima. Mi salterio de niño me había preparado con la imagen de Abrahán que recibe a Yahvé y le ofrece comer bajo el roble de Mambré. Visito Vincennes y contemplo los viejos árboles plantados por mi ancestro Hugo Capeto.

Establezco mi tribunal de apelación a cielo abierto al abrigo de un roble tres veces centenario. Aprovecharé los días de buen tiempo y miraré el firmamento donde se encuentra el Juez que juzgará a los jueces.

Todos los litigantes desheredados del reino podrán hacer oír sus quejas delante del rey bajo las nubes que son signos de la debilidad humana y actuaré en unión con el Soberano Magistrado que no hace esperar a ninguno de los humildes para escucharles.

Me esfuerzo para impartir una justicia libre de ataduras y que concuerde con la dignidad de la persona. Una justicia paternal que corte de raíz el proceso que acaba de nacer y juzga en equidad más que según los rigores del derecho que muchas veces es cómplice de la injusticia.

Desearía ser siempre accesible a todos los querellantes bajo estos arcos llenos del verdor de la vida, lejos de las bóvedas solemnes y de las salas de audiencia. Tendré a partir de ahora estas reuniones domésticas en el exterior de mi palacio y las llamaré: «Las quejas de la puerta».

Todas las mañanas después de oír Misa, me siento en el bosque de robles para juzgar en persona y en sesión abierta, rodeado de mis mejores legisladores, como Pedro de Fontaine y Geoffroy de Villette. Es maravilloso sentarme bajo una alfombra o un banco de piedra en medio de un revoltijo de hojas de zarzas, lilas y flores que se mueven al son del viento de mayo. Veo llegar hasta mi presencia gente humilde tocados por las durezas de la vida. Procuro que mi manera de vestir sea sencilla de manera que les dé confianza y no se sientan cohibidos.

Aunque confío en mis agentes, también procuro emitir sentencias para mostrar que la

misión de un rey es corregir en la medida de lo posible falsos juicios.

Esta función la tomo siempre que la veo necesaria y procuro que los casos que sean exclusivos del rey sean cada vez más numerosos, pues sueño con una justicia rápida al servicio del hombre sea poderoso o no. Los legisladores desean que los casos más complicados sean decisión del rey, pero prefiero que las cuestiones vayan subiendo en categoría hasta el rey. Me esfuerzo para no confundir la bondad y la debilidad. Nadie podrá beneficiarse de favor alguno aunque fuera solicitado por la misma reina en persona o mis hermanos.

Es el caso de Pontoise que acaba de ser sentenciado. Ha sido difícil, pero al final pienso que hemos acertado: una dama de ese pueblo había ordenado asesinar a su marido para así casarse con otro hombre. El crimen era evidente, las pruebas ciertas y la declaración arrogante. La sentencia fue de condena, pero la mujer era guapa y con dinero y había hecho limosnas a las órdenes mendicantes y estos se sintieron en la obligación de mediar por ella para solicitar perdón. A la mediación se añadió la condesa de Poitiers, esposa de mi hermano y una amiga íntima de la asesina y hasta suplicó la reina. Ante tantas solicitudes, pido que se me pase el dossier, pero tras examinarlo no cambio la sentencia y no concederé mi perdón. Algunos insisten:

—¡Al menos que no la ejecuten en Pontoise donde es muy conocida y sería escandaloso!

Pido consejo a mis legisladores, Simon de Nesle, que me contesta:

—Estoy en desacuerdo. Es necesario que la justicia se haga a la luz del día y más si eres un noble.

No cedo a todas las intercesiones recibidas por ella y la justicia seguirá su curso hasta el final. Otro proceso tendrá una trascendencia inaudita en todo el reino. Fue una prueba ejemplar entre las dos autoridades, la de los nobles y la mía.

Concernía al señor noble de Coucy, hijo del célebre Enguerrand. El asunto era muy sencillo: tres niños de Flandes vienen a Francia para aprender la lengua de oíl. Son acogidos por el abad de San Nicolás de Bois, cerca de Laon. Ellos se divierten cazando un conejo en los bosques del dominio abacial.

Fruto de su ignorancia traspasan los límites de la abadía persiguiendo su pieza y entran en los bosques del castillo de Coucy. Los guardias forestales les sorprenden y les prenden. Su inocencia es evidente porque han actuado de buena fe y además no llevaban ninguna arma de caza ni perros.

El señor de Coucy, sin embargo, no lo ve así y, sin juicio, les mete en la cárcel por cazar sin permiso en su feudo. El abad acude a verme y viene acompañado de los padres, que están horrorizados y desesperados ante el cariz que toman los acontecimientos.

Tomo medidas y pido que se presente el señor de Coucy que se hace acompañar de hombres de ley y, con la arrogancia propia de un poderoso, argumenta que al rey no le

incumbe dictar sentencia y se acoge a que en los registros de Francia no mencionan su feudo entre las baronías. Este detalle lo comento entre mis agentes de justicia para asegurarme de que el feudo depende de la Corona y, una vez informado, ordeno a mis sargentos que detengan al culpable, que le vigilen y que le encierre en la prisión real del Louvre.

Tardo en solicitar que acuda a la Sala de Quejas donde se encuentran ya sus amigos, como el rey de Navarra, el duque de Borgoña, los condes de Bar, Soissons, Bretaña, Blois, Champaña así como Monseñor Thomas, arzobispo de Reims, grande entre los barones del reino a quienes he llamado para juzgar este caso de más importancia simbólica que material.

El señor de Coucy sostuvo que no puede ser juzgado más que por los iguales de Francia como es la costumbre pero no acepté la argucia aunque, ese día, los vasallos de la Corona se pusieron todos del lado del acusado.

El acusado se niega a someterse al procedimiento judicial pues considera que afecta a su honor y a su linaje y asegura estar dispuesto a defenderse poniendo el duelo como garantía de su inocencia ante lo cual le replico:

—No admitiré más procedimiento que el de la investigación.

Enguerrand recusa el procedimiento ya que prefiere lo antiguo. Le insisto que la justicia se basa en la seguridad de las pruebas, no en la fuerza de las armas. Prefiero dejar libre a un culpable que castigar a un inocente. Las pruebas que permiten hacer justicia deben ser tan claras como la luz del día, pues no se juzga sobre un melindre o un rumor. Me dirijo al Señor de Coucy y a todos los que le apoyan:

—Si la verdad me impone que se haga justicia, yo la haré sin ninguna consideración de linaje del culpable o del rango de sus amigos. Mi única verdad es el hecho que debo juzgar y en este caso a los jóvenes flamencos. No habrá impunidad alguna.

Los amigos del señor de Coucy se espantan y me suplican de contentarme con una multa pues quieren evitarle la cárcel. Cansado de esta resistencia de toda la nobleza a mi justicia, no escucho a nadie y con mis oficiales, clérigos y hombres prudentes me enfrento a esta coalición feudal que reúne todas las fuerzas del reino.

Pido a mis oficiales que se lleven a Enguerrand y le devuelvan al Louvre mientras me levanto de mi sitial y dejo a mis nobles confusos y atónitos. No cederé a sus prerrogativas pues trabajo por el triunfo de la justicia del rey sobre la de los nobles. Cuando salgo, escucho susurrar al abogado de Coucy, Juan de Thorotte:

—Queridos barones, este rey es capaz de hacernos colgar.

Enguerrand de Coucy fue condenado a una multa de doce mil libras parisinas y se le confiscaron los bosques donde los jóvenes fueron injustamente detenidos que pasaron a manos de la abadía de San Nicolás. Parte de ese dinero irá a Acre y servirá para los gastos en socorro de Tierra Santa y otra parte irá destinada para financiar la Casa de Dios

de Pontoise.

Cada vez más me apoyo en los hombres de leyes, a quienes llamo mis caballeros de la escritura pues demuestran ser hombres prudentes. Los tribunales feudales pierden su sentido de ser y se convierten en tribunales de primer grado y sus bailes son jueces de primera instancia mientras que los legisladores pertenecen a la jurisdicción del parlamento.

Quienes reclaman justicia de los señores consideran mis sentencias más clarificadoras que las emitidas por los tribunales de los nobles, por lo que la justicia de mis vasallos ha mejorado y se ha hecho más sencilla.

Este hecho da un vuelco en las relaciones feudales ya que del principal atributo que ejercían los nobles se les despoja y es como despojarles de su soberanía. Ven cómo se les escapa de sus manos, pues solo el rey tiene el derecho de impartir justicia.

Pese a los avances, no debemos olvidar que había una tercera justicia: la justicia eclesiástica, que también quería dominar al resto en nombre de un principio superior a lo temporal y que supera las leyes humanas.

Inocencio III ha recordado que «Solo san Pedro puede perdonar todos los pecados de los hombres».

A partir de esta bula papal, la Iglesia intenta influir en todas las cuestiones civiles como cuestiones que van más allá de la herejía, validez de los matrimonios o las propiedades de los clérigos. Soy de la opinión de que la querella surgida entre las dos justicias, la de nobles y clérigos, tiende a debilitarse mutuamente ante los continuos ataques entre ellas.

Los clérigos quieren adueñarse de todos los litigios que caen bajo la justicia nobiliaria hasta sustituirla en su totalidad y me piden que les deje hacer. Un día los prelados de la Iglesia en Francia se encuentran reunidos en sínodo y aprovechan para pedirme audiencia. El obispo de Auxerre toma la palabra en nombre de todos. Levanta su dedo hacia el cielo y con mirada severa me dice:

—El sínodo de obispos me ha encargado de haceros llegar que la Cristiandad se precipita al abismo por vuestra causa ya que nadie teme en la actualidad a las excomuniones, lo que puede ser la muerte del alma.

—¿Qué esperan del rey?

—Que ordenéis a vuestros oficiales y soldados que las excomuniones de un año y un día sean cumplidas para dar satisfacción a la Iglesia.

—No puedo ejecutar todas las sentencias eclesiásticas. Debería revisarlas una a una, pero os digo también que abusáis de la excomunión.

—Señor, ¿cómo podéis decir vos algo parecido?

—Empleáis la excomunión por motivos ajenos a la piedad y sobre todo para defender vuestros derechos temporales. No puedo poner a vuestro servicio el poder

secular para retirar los bienes a los excomulgados sin antes informarme de los motivos que os llevan a dar esa sentencia.

—¿Qué queréis decir? No entendemos.

—Quiere decir que no cederé a las imposiciones mundanas e injustas. Quiero saber si la sentencia es justa. ¡Solo eso! Si son justas, las ejecutaré.

El obispo de Auxerre no acepta mis consideraciones ante el enfado de todos los allí presentes.

—No os daremos la capacidad de algo que depende solo de la Iglesia.

—Yo no os daré conocimiento de lo que dependa del reino y tampoco ordenaré a mis oficiales que ejecuten vuestras excomuniones ni que pidan perdón en la confesión.

Me acuerdo de un caso desgraciado donde los obispos sentenciaron al conde de Bretaña a siete años de excomunión, pero este apeló a la corte de Roma que finalmente le concedió la absolución por lo que, si yo hubiera ejecutado la sentencia desde el principio, me habría equivocado.

Pero hay otra forma de injusticia que desearía también condenar y es aquella de las palabras vanas y deshonestas así como los juramentos y ultrajes.

La justicia del rey se fundamentará en la pena y en la redención de la misma, pues aprendí en Tierra Santa que la severidad, tan necesaria a la hora de condenar, debe ir acompañada también de la misericordia en un alma piadosa. En mis batallas de Tierra Santa pedía a mis hombres que no mataran a mujeres ni a niños sarracenos, pues en la guerra no se mata, se pone fuera de combate.

Para mí impartir justicia es como ir a la guerra, pues la justicia salva tanto como condena y en ocasiones se condenan a unos para salvar a otros y en otras se condenan a los pecadores para salvar los principios: es una cuestión de verdadera caridad y de buena política. San Agustín lo escribió para los príncipes: «La política es la más alta forma de justicia. La política impide tener que quejarse del mal, cuyas causas no se quieren».

LA CENA INGLESA

Recuerdo que pocos meses después de mi vuelta a Francia fue cuando Enrique III me envió mensajeros desde Gascuña, donde reside, y me pide permiso para atravesar el reino de Francia para volver a su país.

Deseaba pasar por la abadía de Fontevraud para dejar allí los restos de su madre, Isabel de Inglaterra, la famosa Jezabel de la Marche, y visitar la tumba de Edmund Rich, que fue arzobispo de Canterbury, inhumado en Pontigny.

Le concedí sin problemas el salvoconducto y además le digo que le acompaño hasta París. Me confesó que no le gustaba el mar y que prefería llegar a Boulogne, para franquear el estrecho. Entre nuestros dos reinos no hay paz firmada y vamos de tregua en tregua y casi siempre precaria, por eso recibo su deseo de permanecer en Francia como un homenaje de simpatía.

Comparto con él mis desgracias en Tierra Santa aunque ya sé que nunca va a renunciar a sus derechos sobre algunas tierras francesas, pero noto también un deseo noble de acercamiento pues los tiempos de guerras parecen lejanos y también noto el cansancio por el conflicto dentro de nuestras propias familias y de otras familias que se ven involucradas de forma indirecta.

Por otra parte, Margarita me insiste todos los días en profundizar en la concordia. Ella y su hermana, la reina de Inglaterra, mantienen correspondencia de manera regular y constante. Desde que hemos vuelto de Tierra Santa, reconozco que su influencia es cada vez mayor en mis decisiones y en nuestros corazones hay más deseos de paz que de conflictos. Margarita me insiste y lleva razón:

—Nunca hay guerras justas entre familiares.

Hago llegar mis deseos a todas las ciudades y señoríos por donde pasará mi cuñado que adornen las calles con tapices, arcos de flores y que durante su viaje sienta el calor, la luz y el servicio generoso de sus habitantes.

En Chartres nos vemos y nos damos un fuerte abrazo y me dice que quiere visitar la catedral pese a estar aún en sus cimientos, pues, apenas acabada, el 10 de junio de 1194, sufrió un incendio que destruyó gran parte de lo construido y ahora se levanta poco a poco. Enrique se queda absorto delante de Nuestra Señora de la Vidriera.

Conforme pasan los días, nuestro cortejo va en aumento como crecen los ríos por los torrentes. Margarita y su hermana, la condesa de Anjou, se adelantan para encontrarse con sus otras hermanas las reinas de Inglaterra y Sancie de Cornualles. Mi suegra, Beatriz de Saboya, condesa de Provenza, se une al cortejo. Está contenta de reunir a sus

cuatro hijas y todo son abrazos y afecto entre ellas.

Enrique parece serio. Sin duda se acuerda todavía del triste acontecimiento de Pontigny. No es una abadía agradable de visitar para los reyes ingleses, pues su fama le viene de ser el lugar de acogida de tres prelados ilustres que ocuparon la sede primacial de Canterbury.

El primero fue Esteban Langnton en los años 1208 a 1213. Elegido arzobispo contra la voluntad del rey Juan sin Tierra, fue perseguido y exiliado y buscó refugio en Pontigny en compañía de monjes de Canterbury y de prelados ingleses que habían hecho causa común con él y contra el rey.

El más célebre de los tres alojados en la abadía fue san Edmundo, elegido arzobispo primado de Inglaterra en 1233. Perseguido por Enrique III, huyó en secreto y me pidió que le acogiera en este piadoso lugar cuando pasó a Francia. La reina Blanca quería retenerle, pero él venía a retirarse y no buscaba ninguna recompensa. Enfermó y murió en 1240. A quien no quiero recordar con Enrique presente y menos aún mencionar es al tercer nombre inglés, el mártir santo Tomás Beckett que había huido de la persecución del rey inglés Enrique II en 1164, el antepasado de mi huésped que, cuando supo que Tomás se había protegido en la abadía, amenazó con todas sus fuerzas al Capítulo General de los Cistercienses y a Luis VII, mi antepasado, quien le protegió. Por desgracia, el arzobispo de Canterbury fue asesinado de manera sacrílega por orden del rey cuando volvió a su catedral el 29 de diciembre de 1170.

Fue Enrique III quien me habló de las torpezas de conciencia de la realeza inglesa:

—El día que mi antepasado Enrique II decidió matar al prelado, ese día fue vencido. Antes, en su disputa con el arzobispo, no se sabía qué poder prevalecería, pero la conciencia moral y las sanciones que vinieron sobre él le atormentaron el resto de su vida. El sonido de las campanas estaba prohibido, todo era silencio a su paso. Todos huían cuando se aproximaba. Se formó una atmósfera que era muy difícil resistir, ni siquiera las personas de fuerte carácter como él. Temo que mi familia nunca encuentre perdón por ese crimen. Llevamos en nuestro linaje una mancha de sangre derramada que hace que en nuestra Corona haya muerto la inocencia a los ojos de los demás pueblos.

Por desgracia, llevaba razón, mientras abrazo a Enrique para consolarle. El día del crimen en Canterbury, la realeza inglesa se puso del lado de Creonte y del pequeño Bruto, quien mató a su padre con un cuchillo que llevaba bajo la toga. Es una mancha indeleble y nadie puede devolver esa vida tras la felonía cometida.

El cortejo entra en París el 11 de diciembre en medio de la alegría del pueblo. Enrique III marcha con lentitud, acompañado por la reina Eleonor y de un largo cortejo de no menos de mil caballos. Las casas están adornadas con flores y de sus paredes cuelgan tapices que le dan la bienvenida. Por la tarde, al atardecer, las calles se desbordarán de luz.

Los estudiantes ingleses en París han suspendido sus estudios y lecturas para participar de la alegría que reina en la ciudad. Llevan banderas y antorchas y se han situado delante del cortejo con ramas, guirnaldas y coronas, mientras la joven escolanía polifónica de la catedral de Notre Dame entona cantos procesionales.

Pongo a disposición de Enrique III mi propio palacio y otros alojamientos de la ciudad para su familia. Desde que llegó, mantiene su casa abierta y acoge a cuantos quieran visitarle y, siguiendo una piadosa costumbre, a los primeros que recibe son a los más necesitados. Dispone bajo las bóvedas de palacio largas mesas sostenidas por caballetes y abundante alimento. Tras la visita a la Santa Capilla y a la catedral de Notre-Dame, volvemos con los grandes de ambos reinos y sustituimos en la mesa a los mendigos de la ciudad. Da inicio el banquete real servido en la gran sala capitular cuyos muros están revestidos con magníficas decoraciones sacadas de motivos orientales, escudos de armas en medio de los cuales han colgado los del Rey Ricardo Corazón de León.

Le pido a Enrique que se siente en el lugar de honor, pero se niega:

—Vuestro lugar como rey está en medio de la mesa ya que Vos seréis siempre mi señor.

Me siento el primero y pongo a mi derecha al rey de Inglaterra y a la izquierda, al joven rey de Navarra, Teobaldo II, hijo de Teobaldo de Champagne, pronto mi yerno.

Después y en riguroso orden según su dignidad vienen veinticinco grandes barones, doce obispos, dieciocho condesas o damas de alta alcurnia y muchos nobles caballeros.

El palacio ha adquirido una luz levantina. Las baldosas han desaparecido bajo paños de oro y seda. Margarita ha mandado colgar en las murallas brocados de sándalo traídos de Oriente. Los suelos húmedos están llenos de alfombras de gladiolos, de menta y de flores de Lis. Las mesas están en forma de herradura de caballo con manteles de tela fina recubiertos a su vez por ramilletes de rosas. Desde los techos a las vigas, todo está pintado de azul y rojo, los colores de París, y también se han colgado algunos tapices con motivos históricos que unen a los dos reinos.

Los camareros traen los recipientes de plata y nos vierten agua tibia perfumada con lavanda sobre los dedos con aguamaniles de formas atrevidas para que nos lavemos.

Margarita llena la gran sala con sabores provenzales para que su hermana Eleonor se sienta a gusto. Hago traer de las bodegas los licores de todas las marcas procedentes de las costas francesas y de Aquitania y los escanciadores los disponen sobre las mesas junto a los de Burdeos y Montmartre.

Viendo aquel despliegue de comida y bebida, pienso que entre ingleses y franceses hay una fosa profunda que no es solo de agua salada, pues incluso en el vino no nos ponemos de acuerdo. Es como si tuviéramos dos narices diferentes y así los franceses aman los aromas, pero también quieren percibirlos, mientras los ingleses llenan sus

palacios con siropes de uvas con pimienta y carnes azucaradas.

El banquete continúa y los dueños de un establecimiento de gansos aportan garzas y cormoranes bien rellenos. Luego llega un pavo real gigante que es una carne para los valientes y, al final de la comida, el rey de Inglaterra nos ofrece obsequios, como copas de plata y manecillas de oro.

Después del festín, llevo a Enrique a mi palacio de la Cité. Su estancia en París durará una semana que se transforma en una reunión familiar tanto más emocionante cuanto que, por primera vez en veinte años, las cuatro reinas de Provenza se encuentran reunidas, con sus esposos.

Entre las alegrías de la mesa y las preguntas de curiosidad son solo los sentimientos de amistad los que tienen protagonismo. Sancie alegra las vísperas con su arpa, que maneja con unos dedos perfectos, mientras las otras hijas de la Provenza la acompañan con sus canciones. Discuten de las nieblas inglesas, el sol de Damieta, las compras de Eleonor en las tiendas de joyeros de la calle Barillerie. Beatriz se toma mal las preguntas de Margarita sobre el estado de Provenza ya que mi mujer se considera heredera legítima de esa tierra.

En medio de los desahogos familiares se deciden algunos propósitos sobre los intereses políticos de las dos coronas hasta que conseguimos cerrar el tema. Los intercambios de opiniones alcanzan con la intimidad familiar un carácter de franqueza y benevolencia que no es lo ordinario y, aprovechando ese estado de ánimo, hablamos de la necesidad de un tratado que ponga fin a los problemas que surgen fruto de nuestra vecindad.

¡Qué rápido pasa el tiempo! París sigue con expectación esta fiesta de familia entre dos naciones rivales y lo manifiesta con una alegría fuera de lo normal cuando saluda con entusiasmo al hijo de Juan sin Tierra, el vencido en Taillebourg y Saintes, y se alegra al ver nuestras muestras de entendimiento, pues el pueblo quiere la paz y exulta ante esa posibilidad. Enrique, con gracia y cortesía, elogia todo lo que ve en París: la elegancia de las casas construidas en yeso con su triple bóveda y sus cuatros pisos. Está entusiasmado al mirar hacia las ventanas y encontrarse con una multitud de hombres y mujeres que se asoman para aclamarnos.

Pronto llega la hora de las despedidas cuando Enrique se embarque en Boulogne. Le regalo un precioso recuerdo de Tierra Santa que me ha hecho llegar el nuevo sultán de Egipto. Seguro que extrañará al pueblo inglés pues se trata de un elefante y será el primer elefante con trompa que desembarque en Inglaterra.

En el mes de abril de 1255 se celebra en Malun la boda de mi hija primogénita, la princesa Isabel, con el joven rey de Navarra, Teobaldo de Champaña, y era el mes de junio cuando renovamos la tregua por tres años con Inglaterra.

Quiero trabajar por la paz con Inglaterra, Aragón y con el Imperio. No hay más que

una guerra útil en la Cristiandad, la guerra contra los sarracenos en Tierra Santa; la guerra entre Cristiandades es fatal.

EL HOMENAJE DEL LOUVRE

La reina Margarita con el apoyo de sus hermanas Eleonor y Sancie me suplica que continúe con las conversaciones de paz y así firmar una paz definitiva pero esta exige mutuas renuncias. Mi abuelo Felipe Augusto privó a la Corona inglesa de muchas de sus posesiones en Francia, puede que la mitad de lo que tenía: la Normandía, herencia de Guillermo el Conquistador; Anjou, La Turena y el Maine, herencia de los Plantageneta; el Poitou, Berry, Santonge, Perigord, Quercy, Limusin, herencia de Eleonor; Bretaña y Auvernia, de la Marche y de Angoumois.

Juan sin Tierra, vasallo de Felipe Augusto, había sido acusado de un crimen que cometió sobre Arturo de Bretaña, vasallo de mi abuelo, en territorio de Francia, y por tanto era competencia del rey de Francia firmar la orden de detención, que fue recibida en Inglaterra como un acto hostil y beligerante.

Mi abuelo me confió que había puesto un cebo a Juan sin Tierra para declararle la guerra y aquello derivó en la batalla de Bouvines. Mi padre continuó con la misma política, incluso emprendió expediciones a la otra orilla de la Mancha.

Durante las conversaciones mantenidas en el Louvre, Enrique y Eleonor me hicieron ver que Inglaterra no podía abandonar todos los territorios y que, dada la situación entre los dos reinos, no cabía otra posibilidad que una guerra perpetua.

Fue entonces cuando tomé la decisión de renunciar a algunos de mis derechos para que Enrique III pudiera renunciar a los suyos. No es que dude de mi legitimidad, pues todas las provincias confiscadas han sido adquiridas de acuerdo a derecho.

El Bien Común me pedía un acto generoso para conseguir la deseada paz y, además, reconozco que, desde hace tiempo, sentía escrúpulos sobre Normandía y otros dominios que mi abuelo había quitado a los antepasados de Enrique. ¿Era preciso ceder? ¿Qué ceder? Me enfrento a mis consejeros de la Curia, a los caballeros, fieles a lo que supuso Bouvines, y juzgan que no hay razón para devolver tierras ya sustraídas al rey de Inglaterra, pero los hombres prudentes también juzgan que la decisión no fue de acuerdo a derecho. Uno de los presentes dice:

—Si Vos, majestad, consideráis que no tenéis derecho sobre esas tierras porque están mal adquiridas, entonces no hacéis bien restituyendo al rey de Inglaterra una sola parte de las conquistas de vuestro antepasado, vuestro abuelo Felipe Augusto. Una devolución parcial es tan ilegítima como quedaros con todo lo conquistado tras Bouvines.

—Señores, reconozco que las provincias que voy a restituir a Enrique no suponen ninguna obligación de abandono por mi parte. Las tierras que yo le concedo se las

concedo por mi autoridad y para crear el ambiente necesario para firmar una paz entre mis hijos y los suyos. Por otra parte os hago considerar que Enrique III sería mi vasallo.

Mis legisladores no entienden que yo desee restablecer la paz y busque como compensación el homenaje del rey de Inglaterra, pues el parlamento inglés nunca podrá aceptar una paz leonina y humillante. Eleonor me lo hace ver y Margarita me lo recuerda.

Admito que debo ceder algo para satisfacer el orgullo de los ingleses. Mis consejeros insisten:

—Es preciso aprovechar el momento único que vivimos para debilitar a los ingleses. Es el momento de despojarles de las ciudades que aún poseen y expulsarles de Francia para siempre y que el canal sea un foso de separación definitiva entre los dos reinos y así llegará la paz.

La Curia critica mi decisión, pues la consideran un acto de debilidad, de mala política y perjudicial para Francia. Hago observar de nuevo a mis consejeros que las provincias devueltas al rey de Inglaterra seguirán bajo el vasallaje del rey de Francia, pues el futuro tratado de paz así lo contempla.

No se trata de dejar nada, pero es eso o la guerra, y, en el interés de las dos naciones, yo no quiero la guerra, por lo que cedo Limousin, Quercy y el Perigord y, a cambio, el rey de Inglaterra y sus herederos renuncian a todos sus posibles derechos que tengan en Normandía, Anjou, Maine, Touraine y Poitou así como al homenaje de Berry, de la Bretaña, de La Marcha y de Angoumois.

Como vasallo, el rey de Inglaterra toma derecho sobre las tierras que le cedo: Burdeos, Bayona, Gascuña y en condición de Duque de Aquitania juraría sus deberes unidos a esos feudos.

En el mes de mayo de 1258, los embajadores de Enrique III, conde de Leicester, Geoffriy y Guy de Lusignan, acuden a París para una última lectura del tratado.

La ceremonia del homenaje sigue a la ratificación del tratado y, el 14 de noviembre de 1259, Enrique III embarca para Francia con la reina Eleonor en compañía de los obispos de Lincoln, Norwich y Londres y los condes de Gloucester y de Albermarle.

El Plantageneta viene a París a jurar el homenaje al rey de Francia y trae el tratado firmado con dos sellos. Le recibo como un hermano, pero no le ahorro ninguna de las ceremonias que son exigidas en la ceremonia. Era el 4 de diciembre, una fecha que siempre recordaré.

El palacio se convierte en un jardín gracias a Margarita, que lo llenó de bellos dibujos y lo ha convertido en una de las mejores residencias del reino. Los dos reyes caminamos por las orillas del Sena, sus puentes, sus torres, campos y abadías que le rodean, en medio de las praderas y viñedos, setos y parras.

Veo que se acercan un gran número de prelados y de nobles tanto ingleses como

franceses entre los viveros de peces y de pájaros donde juguetean los ibis traídos de Egipto. El rey de Inglaterra de rodillas, sin abrigo ni cinturón, despojado de su espada y de sus espuelas pone sus manos entre las mías de vasallo a soberano, mientras pronuncia las palabras solemnes del juramento:

—Señor, me convierto en vuestro vasallo. Os juro y prometo lealtad. Me comprometo a guardar vuestro derecho y a impartir justicia y a cumplir vuestras amonestaciones.

Cuando termina el ceremonial, le hago levantar y le abrazo. Solo la historia juzgará si he acertado en rechazar las fronteras de las tierras inglesas, pero, cuando empezó el siglo, esas fronteras llegaban hasta Bourges y se extendían hasta la Normandía de manera que Inglaterra estaba a pocas leguas de París.

Ahora, el dominio real llega hasta el océano y abarca desde Flandes hasta la desembocadura del Charente: Bretaña es ahora un feudo y todo el Midi, Ródano, Pirineos pertenecen a un príncipe de mi familia y eso sin añadir la boda de Carlos con la heredera de Provenza que prepara su anexión a Francia por lo que no hay ya en Francia una sola pulgada de tierra que el rey de Inglaterra la ocupe en calidad de soberano. El rey de Inglaterra es vasallo mío y sus propios vasallos me juran fidelidad. Burdeos deberá someterse a la jurisdicción del parlamento de París. Es la paz lo que hace grande a Francia.

EL VIAJE A LA CATEDRAL

El nuevo mal que me asalta hace que no pueda ni con mi armadura. Tengo cuarenta y seis años y ya miro hacia atrás y lo poco que me queda de ella. Tomo una decisión: si la Providencia me ayuda, como otras veces, a superar este mal flujo del vientre que me encierra en palacio, acompañaré a mi hijo primogénito en un viaje por las catedrales de Francia. Mi hijo Luis tiene ya dieciséis años y pronto será rey. Quiero prepararle y que conozca su futuro reino. La Francia de las prosperidades del alma, la Francia donde los trabajos del pensamiento se visten de la luz seráfica, la Francia donde las piedras de la elocuencia se levantan con la fuerza de la libertad. Quiero que Luis se acerque a ese misterio: es lo bello que lleva al Bien y a lo Verdadero y el arte expresa el Alma de un pueblo.

El arte de un buen gobierno lleva al gobierno del arte y el pueblo necesita cantar y emocionarse. La potestad abarca la materia, la autoridad abarca el espíritu y ambas son ofrenda y oración como el escritor que acaba su obra y la ilumina de oro y azul. Yo he querido también iluminar mi reino con bellas abadías, iglesias y basílicas. Un arte nuevo que ama la piedra se ha impuesto. Las murallas pueden desaparecer, pero Francia se cubre de agujas dentadas, de pináculos y de claraboyas. Nuestro hijo Luis querría saber:

—¿De dónde viene ese arte?

No lo sé, pero veo que, ya sea siervo o burgués, vendedor o campesino, todos quieren llevar la campana y la garlopa en medio de fervores y júbilos de impaciencia. Francia se ha convertido en una inmensa cantera donde se reconstruyen todas las catedrales incendiadas: Ruan, Reims, Coutances, Amiens, Beauvais, Chalons sur Marne.

La catedral de Auxerre se vuelve a construir así como la de Clermont. Se terminan las de Bourges, Lyon, Troyes, Tours y Selin. También se construyen las de Estrasburgo, Cambrai, Soissons, Meaux y Laon. Se embellece la catedral donde me casé, San Esteban de Sens. Se erige la colegiata de San Quintín y el claustro de Monte Saint Michel que la naturaleza ha levantado por encima de las angustias de la marea que sube.

Arquitectos y escultores del reino son solicitados de todas las partes y se les ve por los caminos, cargados con sus mochilas y sus cuadernillos con croquis y escuadras. Van camino de Westminster, Bergen, Toledo o Colonia. Les llamo los misioneros del arte francés y Breda quiere parecerse a Notre-Dame de París; Magdeburgo a Laon; Malmoe a Amiens. Este secreto de Francia es la manifestación de un pueblo cruzado que da alas a la piedra.

Mi pequeño Luis quiere saber de dónde viene este impulso. Le cuento lo que la vida

me ha enseñado: cuando era pequeño, la Cristiandad tenía el convencimiento de que el año mil sería el fin del mundo. El cielo estaba bajo y amenazante. Se esculpían bestiarios fantásticos y animales terroríficos. La piedra daba miedo a los corazones. Se construía como se pensaba y en aquella época se pensaba que había llegado la hora final. Se construían grutas con pesadas bóvedas para protegerse del Juicio final y por el temor a los jinetes del Apocalipsis, y en esas criptas oscuras se rezaba. Las frentes se doblaban ante lo incierto, mientras escuchaban retumbar los fuertes sonidos vibrantes del cielo encolerizado. Nadie sabía si habría un mañana cuando llegase el año mil y, aunque había bonitos edificios, nadie quería hacer nada nuevo.

El año mil pasó y el fin del mundo no llegó y, poco a poco, la gente perdió el miedo a las penumbras del misterio y se volvió a mirar al cielo ya que nada retenía el vuelo de las almas. Las nuevas iglesias entonaban sus cánticos de alegría y de libertad. Mi madre siempre me decía:

—Mira el hermano Francisco de Asís. Está todo el día cantando con los brazos hacia el cielo y acompañado de los pájaros y con toda la naturaleza creada. No predica el miedo. Hace que la Cristiandad reciba un aire de poesía.

Se esculpen labriegos que siembran al viento de la eternidad; a viñadores que trabajan la viña; a campesinos que desangran a los cerdos. Es la armonía entre Dios, la naturaleza y los humildes.

Es la biblia de los pobres con miles de sonrisas que han sustituido a las cóleras del Antiguo Testamento y que en otros tiempos estaban aferrados a los tímpanos. Ahora entramos a la catedral bajo los pórticos acompañados de un ángel y levantamos los ojos hacia la serenidad del «Buen Dios» lleno de majestad, pero también de ternura que nos da paz. Las vírgenes se inclinan con dulzura maternal y acunan al Niño contra su pecho, mientras acogen al fiel que se le confía. El cántico gregoriano nos abre el camino a la vida de los ángeles.

Todo, también la Casa de Dios, se abre al aire y a la luz. Los enfermos se apoderan de las plazas, pero respiran pese a todo. En todos estos monumentos y en los actos de fe salidos de las entrañas de la tierra que salpican Francia se ve el genio de nuestro pueblo cansado, pero con capacidad de crear.

Acuden a Francia toda la capacidad de atrevimiento, todas las fantasías y todas las abundancias. Pedro de Montreuil es el más importante de los arquitectos de nuestro tiempo. Es capaz de plasmar en sus creaciones el espíritu de la época.

—Esta llamada hacia lo alto no es más que la lucha que nosotros, los constructores, llevamos contra los empujes y la fuerza de la gravedad de las bóvedas.

¿De dónde viene esta fuerza? De la cruzada. Toda Francia quiso tomar la Cruz y quienes no pudieron ir, se han cruzado construyendo estas catedrales en forma de Cruz para dar gloria a Dios Redentor. Los hombres se van de cruzada y las bóvedas también

porque de estas catedrales baja la voz de Dios:

—He aquí a mi Hijo bien amado. Escuchadle.

Las catedrales son barcos donde navegamos a la eternidad. Henos aquí Amiens:

—Mira, Luis, este gran barco que zarpa hacia el cielo. Consuela y enseña a los pobres marineros ignorantes que suben a bordo. Es el arca universal. Una gran nave del mundo para el pueblo de Dios. Escucha la ordenanza de las estatuas en el pórtico. Entonan para nuestros corazones libres el Magníficat y Gloria y nos sumimos en el silencio.

Algunas semanas más tarde llegamos a la catedral de Chartres cuyas torres ligeras y gráciles divisábamos de lejos. El pizarrero se ha arriesgado allá en lo alto y parece que asciende al cielo mientras abandona la tierra. Chartres también se va de Cruzada y sus vidrieras que iluminan la nave son de tapices orientales de cristal, texturas diáfanas, ramilletes de santal y pimienta que llenan de olor las sutiles especias de los Reyes Magos. Son una floración perfumada de matices depositada en la fría Chartres al precio de tanta sangre derramada en los campos de Palestina, en el país del Sol donde la Señora vivió y donde su Hijo nació.

Los piadosos obreros que han dejado su vida noble y espiritual en esta cantera fueron quienes han armado caballero a estas piedras. Las han excavado y afinado para hacerlas delicadas, pero nada vanidosas. Estos hombres han borrado su personalidad ya que ningún sello, ningún nombre, ni una carta, ningún signo han quedado para la posteridad. Estos cruzados de las ojivas no han trabajado más que para el cielo.

Un viejo clérigo cuenta a Luis la historia de la construcción mientras paseamos por la nave:

—He visto con mis propios ojos a hombres y mujeres de alto rango curvar la nuca como los animales para tirar de carros cargados de vino, aceite, trigo necesarios para la subsistencia de los obreros. Carros llenos también de materiales, piedras, cal y madera que necesitaban para la obra.

Mientras transportaban estos materiales, reinaba un silencio absoluto. Las oraciones y los cánticos salían de sus almas. Enfermos esperaban una curación milagrosa. Un sacerdote cerca de cada carro animaba a rezar mientras los fieles se tendían para besar la tierra. La catedral subía cada vez más hacia el cielo. La tierra y el cielo estaban cada vez más cerca. La catedral de Estrasburgo fueron sesenta años. Cien mil hombres trabajaron sobre un terreno pantanoso y por la noche continuaban a la luz de las velas.

Tras Chartres, nuestro viaje nos llevó a Reims pasando por las viñas de Champagne. Veo estatuas con líneas deformadas con una fealdad inquietante que están depositadas en la plaza. Luego, bajo nuestros ojos, los obreros las colocan en sus nichos con cuerdas hasta subirlas a lo más alto. Entonces comprendemos: han sido esculpidas para el feligrés que las contempla desde abajo. Las rayas inquietantes y exageradas son a

propósito y ya una vez arriba encuentran toda su expresividad, de una belleza singular.

Muestro a Luis el secreto de la catedral de la coronación:

—Es aquí donde, por primera vez, los hombres y los ángeles de piedra sonrieron a los hombres de carne. He aquí el gran mensaje de Reims: portador de la alegría interna del rey que entra por la unción, en la intimidad del rey de los Cielos, en la alegría eterna.

Nuestra peregrinación se termina en Notre Dame de París, que resulta ser un libro universal de la luz y belleza de Francia y, ya en la nave interior, animo a Luis a recogerse sobre la tumba de mi abuela Isabel de Hainaut, enterrada en el coro el año 1220.

Cuento a Luis su vida. Está atento y siente curiosidad. Conforme se lo cuento, compruebo lo mucho que se le parece de cara. También le hablo del obispo que ofició su entierro, Maurice de Sully, quien reconstruyó Notre-Dame.

—Hace falta que sepas que este obispo constructor era hijo de un mendigo y que Suger, que construyó San Denis, lo era de un siervo. La inmensa mayoría de los arquitectos eran hijos de cabreros o de pobres artesanos. Los obreros de las alturas eran de humilde nacimiento.

—¿Usted quiere decirme que pobreza y belleza son parejas?

—Sí, por supuesto, pero no solo. La catedral de nuestro tiempo lleva otro mensaje: obra de fe, obra del pueblo, obra de libertad; del alma libre que se eleva ardiente, hacia su Creador. Representa también la libertad del cuerpo liberado de la servidumbre, de la emancipación de los municipios como Noyon, Laon, Soissons que erigen las primeras catedrales de estilo francés. Es el primer objetivo con los dineros públicos y todos, sean de la condición que sean, aportan el tesoro de sus manos y la riqueza de sus sudores. Así se consigue la catedral como empresa divina. La catedral de nuestro siglo permanecerá en los tiempos, como el libro universal de una época, que deberás mantener en sus fragilidades cuando me sucedas como rey. Vivimos un momento único de la humanidad porque la tierra piensa en el cielo por encima de los errores y faltas que tiene la condición humana, esta levanta los ojos por encima de su surco y, cuando levanta los ojos al cielo, encuentra allí, sin buscar nada propio, el reflejo de una parte de infinito que, cada mañana, le inunda con renovada alegría.

Recuerdo una historia que me contó el hermano Yves Lebreton, mi valiente embajador al que había enviado al país del «Viejo de la Montaña», príncipe del Hachichins. A su vuelta, me contó su entrevista con una vieja mujer, era una armenia, que atravesaba la calle y llevaba en la mano derecha una marmita que contenía brasas vivas y, en la mano izquierda, una copa de agua.

—¿Qué quieres hacer?

Y la abuela le respondió:

—Con fuego, quiero quemar el paraíso; y con el agua, apagar el infierno.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que nadie haga el bien ni por la recompensa del paraíso ni por el miedo al infierno. Solo por el amor de Dios, que vale todo y nos hace todo el bien posible.

Mi hijo desea conocer dónde está la fuente de la luz y me sigue preguntando:

—¿De dónde surgen las catedrales? ¿De la habilidad de los hombres? ¿De su audacia? ¿Es un arte nuevo?

—Procede de todo lo que has dicho.

—¿Me falta algo?

—Sí, el espíritu de adoración.

EL JURAMENTO SECRETO

Confié la formación del delfín Luis a uno de los más importantes eruditos del momento, el dominico Vicente de Beauvais, predicador de Royaumont, por su sabiduría en todos los ámbitos del saber. Luis frecuenta la biblioteca donde estudia y lee los manuscritos allí guardados aprovechando hasta las últimas horas del atardecer a la luz de las velas.

Le observo desde el jardín de palacio devorar la lectura del «Speculum majus». Ha leído diez volúmenes del llamado «Espejo natural», también el «Espejo científico» y el «Espejo histórico». Conoce la historia de Clodoveo y Pipino el Breve y también al primer rey de Kiev, san Esteban de Hungría, así como todos los entresijos del tratado de Verdún. Tanto Margarita como yo no hemos escatimado esfuerzo alguno para darle la mejor educación como futuro rey de Francia. Cuando inauguré la Casa de Dios en París, fue él quien me ayudó a llevar la camilla de los primeros enfermos y hace cinco años se pactó su boda con Berenguela, la hija mayor del rey de Castilla.

Berenguela tiene voz de arcángel, sus ojos de perlas y su cabellera rubia enamoran a todos. Sabe tocar instrumentos y su música llena las salas de palacio. Es piadosa y no dedica demasiado tiempo y estudio a engalanarse.

Vicente de Beauvais escribe compendios para la educación de mi hijo Luis. Quiero que se le prepare para ser un rey del pueblo y para ello le doy este consejo:

—Querido hijo, hará falta que te sepas querer por tu pueblo para servirle. Preferiría que un escocés viniera de ese país y gobernase lealmente a verte un inútil pues no será suficiente tu puntualidad en las oraciones y serenidad en tus afectos. El gobierno es otra cosa. Muchas personas que han salvado su alma en su ámbito privado no lo han hecho en el público.

Todo el palacio centra su mirada sobre él. Ya pronto será rey y sus disposiciones y carácter son precoces, pues da ya la imagen. Es distinto que su hermano Felipe, que tiene dieciséis años y muestra una rara conducta que le amonesto con frecuencia. De los diez hijos que he tenido con Margarita, ya dos han muerto y ahora tenemos ocho: cinco hijos y tres hijas. Esperaba que alguno tuviera vocación de dominico o cisterciense, pero no parece.

Velo por toda la familia real y me gusta hablar con mi hermana Isabel, que sigue soltera con treinta y cinco años. Rechazó a Conrado, hijo del emperador Federico, y siempre ha vivido en la corte con total sencillez, retirada en su piedad desde su juventud.

Un buen día fundó el convento de clarisas de Longchamp y entre sus tareas está la de

cuidar de los huérfanos de mi fallecido hermano Roberto, que viven con nosotros y son educados con mis hijos. La vida en la corte no está desprovista de sorpresas por causa de mi hermano Carlos, que sueña con la misma gloria que Carlomagno. Carlos es ambicioso y combativo y eso le crea situaciones embarazosas. Margarita no acepta que su cuñado maltrate a la condesa Beatriz de Provenza, a quien llaman la «suegra de Europa». Carlos le ha restringido su dote hasta tal punto que ha debido poner en garantía cuatro castillos en manos de su otro yerno, el rey de Inglaterra.

Margarita le echará en cara a Carlos de Anjou querer la herencia provenzal de sus antepasados, pues la considera suya al ser la hija mayor. La fogosidad de Carlos hace que se empecine con cuestiones fuera de la equidad y de costumbre. Mi paciencia se agota y le hago saber lo siguiente:

—Vos sabéis que no puede haber más que un rey de Francia y no penséis, querido Carlos, que os ahorraré la justicia por el hecho de que seáis mi hermano.

En cambio, mi hermano Alfonso me da muchas alegrías pese a su salud quebradiza que le obliga a residir más tiempo en París que en Poitiers. Alfonso es un gran administrador y un modelo de honradez.

Con frecuencia Alfonso y yo comemos juntos, mientras compartimos el mismo alimento espiritual con Roberto Sorbon, hombre sabio, hijo de campesinos, y a estas comidas nos acompaña también el hermano franciscano Eudes Rigaud, maestro de teología en la Universidad, hijo de un pequeño señor, y puedo asegurar que es una suerte compartir con ellos su sabiduría y otras veces se incorporan Eudes de Chateauroux, el abad de San Denis, Mateo de Vendome; Pedro de Chambellan.

Mi maestro Isambard, fiel compañero en la cruzada de Egipto, nos prepara la cena. Una tarde del mes de enero de 1260, en plena comida, una terrible noticia cae como un rayo que te parte en dos: mi hijo Luis ha muerto durante la noche sin que nada hiciera presagiar tan terrible desenlace.

Mi corazón está desolado, pues Dios se lleva a quien el reino esperaba y todos aceptaban. Era maravilloso, sabio y gracioso. Inmenso dolor para un padre y una cruz demasiado pesada de llevar. Se me han ido todas las fuerzas que me quedaban. Eudes Rigaud viene a visitarme cada mañana para decirme palabras de consuelo en medio de mi dolor. Él busca en la Santa Escritura palabras de alivio y me habla de la paciencia de Job, pero no escucho. Me dicen que el rey de Inglaterra vendrá al entierro. Velaremos su cuerpo aún joven en San Denis. Al día siguiente, mi cuñado inglés y los más nobles barones de Francia llevarán cada uno a su turno el cuerpo sobre sus hombros hasta la abadía de Royaumont. El funeral será el 13 de enero de 1260, día de la octava de Epifanía.

Hago esculpir una tumba de mármol blanco y negro, cerca del altar del lado de la epístola. Margarita se acerca al yacente en piedra bajo el baldaquino y las columnas.

Nuestro hijo ya descansa. Va vestido de azul sembrado de flores de Lis y un galgo bajo los pies. Su madre con voz alta y dignidad admirable lee el epitafio.

—Deo et hominibus gratiosus.

Todos se extrañan de mi abatimiento y de mi desesperanza, pues soy un hombre inconsolable y las pruebas me han hecho vulnerable. Vicente de Beauvais se prodiga en delicadezas y una es ofrecerme un libro que acaba de escribir para ayudarme a sobrellevar el duelo. Se titula «De la consolación» y lo leo con gratitud y atención.

Felipe de quince años se convierte en heredero, pero no tiene ni una sola de las virtudes de los Capeto: le falta claridad, poco instruido y prefiere la caza al estudio. Con su falta de discernimiento, será el juguete de los nobles. Por otra parte, las noticias que llegan de Inglaterra me inquietan, pues las cartas de Eleonor a su hermana Margarita describen el estado deplorable del reino. La guerra entre nobles y el rey va a más y a Enrique le ocurre lo que me habría ocurrido a mí si mi madre no hubiera actuado con inteligencia durante el complot de Montlhery. Los nobles ingleses han tomado el poder y debo ayudar a mi cuñado. Margarita también es de la misma opinión y me ayuda a desmadejar el ovillo.

En Inglaterra, la arrogancia de los nobles crece como una ola que se estrella contra los acantilados. La monarquía se ha sometido a sus exigencias de gobernar juntos. El rey inglés suplica a su mujer Eleonor que suplique a Margarita que suplique al rey de Francia. Es una cadena de súplicas. Recibo a Enrique en Boulogne. No olvido que volvió para acompañar a mi hijo en su sepultura.

Eleonor se refugia en Francia a la cabeza de un partido realista inglés que solicita socorro de Francia. Ella lleva un ejército de mercenarios y navíos. Margarita le da ayuda y consejo. También me previene:

—El primer rey que caiga arrastrará al resto en su caída.

Enrique me nombra árbitro de la contienda y apoyo la corona inglesa con la «Apuesta de Amiens», que es un boceto de paz para los dos bandos donde se anula las propuestas arrancadas a Enrique por el parlamento de Oxford.

Pronto, un desgarrón aún más grave sobreviene sobre mi reino, pues me entero que la reina, mi mujer, ha arrancado un juramento secreto al príncipe heredero Felipe.

Su madre le había hecho jurar sobre los Evangelios que hasta la edad de treinta años permanecería bajo su regencia y no tomaría consejo de nadie salvo el suyo y fue jurarlo cuando su conciencia turbada comprendió que su madre le iba a anular hasta esa edad, por lo que acudió a mí para confesármelo sabiendo que en ese momento violaba su juramento pues no sabía ya dónde estaba la falta más grave: de haberlo hecho o de haberlo traicionado.

Le tranquilicé y lo primero que hice fue mandar mensajeros al Papa que, por una bula debidamente sellada con fecha del 6 de julio de 1263, desligaba al joven príncipe de

su irreflexivo juramento. Este drama íntimo dividió nuestro matrimonio e introdujo la duda y la suspicacia. Intento comprender las razones de Margarita para así actuar, pero le pido que me diga la verdad:

—¿Por qué urdiste ese juramento?

—Porque no quiero que nuestro hijo Felipe se deje llevar por la influencia de tu hermano Carlos, pues le veo incapaz de gobernar solo.

—Pero aún no estoy muerto. Estoy vivo. Y él no es el rey. ¿Por qué este secreto y desleal maniobra?

—Por Vos. Por vuestra salud, por vuestro voto de volver a Tierra Santa y por vuestro secreto deseo de dejar cualquier día este mundo por el claustro. Asumo mi papel de reina. Ya no soy la florecita de la Provenza que vinisteis a recoger con una sonrisa.

Este juramento me abre los ojos: la reina se prepara para ser una nueva Blanca de Castilla. Desde el asunto de Damieta y sobre todo desde el asunto inglés, ella ha cogido una parte del poder y lo quiere sin cortapisas tras mi muerte, pero confunde un rey coronado y una reina coronada, el primero está ungido, la segunda, no. Si vuelvo a Tierra Santa, no le confiaré la regencia y elegiré a Mateo de Vendome, abad de San Denis, y a Simon de Nesle: los dos pertenecen al clan opuesto a los Tourangeux de Margarita.

No guardo rencor a mi mujer y nunca olvidaré que ella me salvó en Damieta. Con frecuencia mezcla lo asuntos personales con los de Estado a lo que se añade sus intereses con sus hermanas. En ocasiones es demasiado provenzal y otra veces inglesa y sus ataduras le hacen juzgar mal. Su compasión por Eleonor y la situación de su reino no debe llevar a Francia a una querella que no es la suya. No quiero una aventura alpina ni guerras con Carlos y tampoco una alianza demasiado afectuosa con Inglaterra. Sé que Margarita es cercana a la pareja real inglesa, preocupada de su parentela y también de sus nostalgias provenzales. No puedo contrariar a mi hermano Carlos, pues tengo necesidad de él, y tampoco puedo decirle a Margarita el motivo ya que lo sabrá muy pronto por mi Consejo.

La Curia prepara la ceremonia de Pentecostés de 1263 donde nombraré caballero al Príncipe Felipe y al Conde de Artois, Roberto, mi sobrino así como a sesenta y siete jóvenes nobles. Como he aprendido la lección inglesa, he convocado a todos los prelados y barones del reino para no quitarles ojo. Las calles se llenan de nuevo de colgaduras de seda y de cortinas y tapices que cuelgan de las ventanas. Los burgueses estrenan trajes de colores vibrantes y van en procesión por la ciudad desfilando según oficios con los estandartes desplegados y con un cirio a la cabeza de cada corporación según el orden establecido por Esteban Boileau.

El sol ilumina las justas y juegos en el camino que va de París a Vincennes que los soldados vigilan en galopadas para evitar lo más posible los daños causados por los

viajeros ya sea queriendo o sin querer, pero aun así hará falta pagar la reparación de todas esas imprudencias y, cuantas menos paguemos, mejor. Felipe muestra dignidad y viste de terciopelo, capa escarlata violeta y cinturón de oro. Me alegro de ver a mi hijo manejar tan bien la lanza, pero pido al cielo que le conceda también tanta habilidad en los asuntos de gobierno como astucia demuestra en los torneos de caballería.

LA DOCTA MONTAÑA

Margarita heredó de su infancia la predilección por los trovadores y su fino oído le enseña a leer los sonidos de París donde los arroyos del noble saber toman su fuente.

Según la tradición, es en la ciudad de santa Genoveva que la mano de Dios plantó el jardín de la voluptuosidad donde las cuatro facultades corren como los cuatro ríos del Edén para regar las cuatro partes del mundo. Este siglo mantiene dos pasiones vivas: la filosofía y la poesía. La reina no olvida que procede de una de las cortes más distinguidas de Occidente y busca limar las bruscas costumbres del tiempo y que la ciudad ejercite usos más refinados.

La reina elogia la lengua de Oíl todos los días y la considera como la más común para el pueblo y la más bonita para el oído, aunque ella procede de la lengua de Oc, pero, gracias a ello, todas las cortes del sur hacen que París despoje a Arras de su primacía espiritual. El palacio concede favor a las nuevas inspiraciones, incluso si esos poetas con sus vihuelas se alejan de las piezas cortesanas que predominan aún entre los señores.

Margarita con su alma de trovador me descubre al joven Rutebeuf y nuestra familia ayuda a este pobre juglar que lleva sus miserias hasta las puertas de palacio con su pelliza de arminio desgarrada con la que apenas cubre mal su cota de malla demasiado usada. Me gustan sus versos satíricos sin piedad y se queja de sus desventuras con palabras divertidas:

—La esperanza de mañana son mis fiestas.

Con un mismo movimiento, de una frase a otra, me da las gracias por mis limosnas y a la vez me acusa de avaricioso. Mi esposa le reprocha haber denunciado el lujo oriental de sus vestidos, broches de Alejandría y pulseras de Bagdad y, por el contrario, a Isabel nuestra hija le encuentra acentos de ternura y le canturrea su endecha: «La pobreza de Rutebeuf»:

No sé por dónde comenzar
Tanta abundancia de materia hay
Para hablar de mi pobreza.
Y os ruego, rey de Francia
De hacerme caridad
Pues soy pobre y con deudas
Toso de frío, de hambre bostezo
Estoy sin cota y sin cama

Nadie me ayuda, nadie me da

Toda la corte otorga la gracia a la reina Margarita de convidar y mantener a este poeta tan querido e Isabel le manda una vida de «Santa Isabel de Hungría».

Mi sorpresa viene cuando Rutebeuf me saluda como «un rey cruzado» y después me denigra como un «rey menor» cuando me ve rezar con los hermanos mendicantes. Tan osado en sus versos, se esperaría de él más audacia en sus juicios y así prefiere ser el prudente escolástico del atrio de la catedral a los grandes espíritus del tiempo que sacuden los antiguos errores de los canónigos y desde la casa de Santiago nacen nuevos pensamientos de la sabia Montaña.

Mi amigo Roberto viene a visitarnos cada semana. Conserva de sus orígenes el habla franca de su pueblo de Sorbon, en Champagne. Vive de la prudencia y del hambre. Muchas veces, se hace invitar a palacio con Isambard, que le enseña los platos de plata, que realzan los fundamentos trinitarios de los platos de su cocina: el sabor, el olor y el color. En una cena donde gustábamos juntos un cordero de Orly, Roberto me confía su deseo de abrir un colegio. Quiero ayudar a dieciséis pobres estudiantes en teología: cuatro por cada una de las naciones que componen la Universidad.

Le ofrezco para este fin varias casas de la Corona en el Barrio latino. En particular, en la calle Coupe-gueule. Puedo asegurarle la entrevista de varios caballeros de bajo linaje que tienen allí su morada.

En verdad que es preciso apoyar a todas las ciencias y Guillermo de Auvergne, obispo de París, asegura que:

—No se encontrará nunca en el fondo de las matemáticas más que una verdad desnuda, seca y fría y puede que hasta muerta. El mundo de las cosas sensibles se queda corto y reducido. No es un alojamiento conveniente para el alma. En cuanto al derecho y la medicina, las escuelas de Bolonia y Montpellier han sido siempre de primera categoría.

París no tiene rival en Teología ni en el trívium: gramática, dialéctica y retórica.

Quiero ser un rey sabio y que mi biblioteca sea accesible a todos los estudiantes aunque, por desgracia, la montaña de Santa Genoveva tiene dos vertientes, la que ayuda a los espíritus hacia el saber y la que les lleva a los abismos.

Roberto de Sorbon se lamenta de ciertas actitudes cerca de mí:

—Se va a París para instruirse en las artes liberales; a Orleans para estudiar a los clásicos; a Bolonia para aprender jurisprudencia; a Salerno por la medicina; a Toledo por la magia. Por desgracia, señor, hay que decir que no hay escuela para las buenas costumbres. En muchas casas de la Montaña enseñan grandes maestros, pero abajo corren demasiados caballeros que se disipan malgastando el dinero que sus padres les mandan para su sustento en la universidad con gran sacrificio para ellos.

Pese a ello, la universidad crece y Roberto me avisa que muchas lecciones se imparten en la calle. Un mojón sirve de cátedra o un porche de una iglesia o bien se arroja paja y el cruce de calles se convierte en una sala de estudio de gran éxito, pues la gente corre para escuchar a los grandes maestros de las escuelas de París y ya no hay sitio donde acogerse.

La sala de Santiago donde el hermano Alberto ha comenzado a enseñar, pese a ser espaciosa, ya es insuficiente y el preboste de París le ha autorizado a dar la clase al aire libre en una plaza que ya la llaman los estudiantes plaza Maubert.

En poco tiempo, la casa delante de palacio de los Thermes que Roberto había adquirido a la reina Blanca se ha hecho pequeña pese a su ampliación por las casas vecinas.

Velo por las tasas de los alojamientos, pues un problema es que los estudiantes no están bien alojados y puede que también mal alimentados. Las órdenes religiosas no tienen más sustento para darles de comer que medio arenque o la treintava parte de una libra de mantequilla. Muchos estudiantes permanecen hambrientos y se lamentan de ver a numerosos goliardos, vecinos de la Universidad, de comer bien, beber buenos vasos de vino puestos en las ventanas de las tabernas que se han convertido en cuevas del diablo.

Mando al preboste que sea más riguroso, y que da lástima ver a estos jóvenes de aquí para allá con riesgo de terminar sus días en una horca. Pese a todas sus dificultades tienen aún el candor que les da la esperanza de forzar con el pie la puerta del paraíso y, si la ciudad toma la decisión de ejecutar a un criminal, los estudiantes de la facultad de medicina y los de la cofradía de barberos de Santa Coma se precipitan hacia el cadáver como locos, como aprendices de médicos y de cirujanos llevando todos sus instrumentos, escaleras y cuerdas, con la sola idea de ser los primeros en hacerse con la presa, descolgarlo y llevárselo para su estudio. Mi médico Juan Pitard me cuenta todas esas peleas indecentes que yo pongo fin sin retraso.

A pesar de todas las dificultades, las ciudades de Occidente no tienen ojos más que para la universidad de París. Todos los maestros de Oxford han estudiado en París. El mundo entero mira hacia la Montaña y sueña con venir a escuchar al doctor irrefutable que así se le llama a un religioso del condado de Gloucester, Alejandro de Hales. Se habla de un franciscano italiano que viene de Aquino en el reino de Nápoles y que encontré en una ocasión en el convento de Santiago. Me rechaza la invitación a mi mesa por su mucho trabajo e invito entonces a su amigo, también italiano, Juan Fidenza.

Su madre temió perderle a los cuatro años a raíz de una grave enfermedad. Rezó a san Francisco de Asís y sus oraciones fueron oídas y, alegre por la curación inesperada de su niño, gritó en italiano: «Oh, Buenaventura». Desde ese momento, el nombre de Buenaventura sustituyó al de Juan de Fidenza. Entró en la orden de san Francisco, quien le devolvió la vida. Sus superiores le mandaron a París para estudiar con Alejandro de

Hales y el mismo Alejandro solo tiene alabanzas para él cuando dice: «Parece como si el pecado original de Adán no hubiera dejado su marca en el alma del hermano Buenaventura».

Me gusta escuchar los sermones de quien llaman «el padre seráfico», y le recibo en mi palacio cuando, ya doctor, le nombraron secretario de la orden en el año 1255, oportunidad que aprovecho para animarle a publicar sus sermones así como a escribir una vida de san Francisco de Asís.

LA OTRA LABOR

Entre los murmullos de las inteligencias, también se mezclan los celos, enfados y comentarios poco caritativos en el intenso mundo universitario de París que atrae a gentes de todas las naciones.

Las órdenes mendicantes suscitan muchas envidias y hay que reconocer que han crecido mucho por su celo ardiente y quieren conquistar las almas para Dios. Desprecian los bienes de la Tierra y su influencia se ha extendido por toda la Cristiandad. Sus éxitos apostólicos son la envidia de las tradicionales órdenes religiosas. En muchas familias y en los Consejos de los príncipes no hay más sitio que para estos nuevos apóstoles.

Un monje de San Albano, Mateo París, exagera cuando dice:

—No hay salvación si no sigues los consejos de los hermanos predicadores o de los hermanos menores. Tienen celo ardiente y obtienen privilegios en las cortes donde sirven. Ocupan puestos de responsabilidad junto a los reyes, señores, en los consejos, tesorerías, paraninfos e incluso a la hora de fijar matrimonios.

Es verdad que tengo confianza en ellos y me sirvo de su buen hacer para cuestiones de mi gobierno, pero no merecen los ataques que se les hace, muchas veces son calumnias que vienen de otras órdenes religiosas rivales. Se les reprocha de ir y venir por las calles y los campos y abandonar los claustros. Un maestro de artes hace reír al pequeño mundo de Santa Genoveva:

—Los hermanos vagabundos hicieron votos perpetuos de quedarse en las cuatro paredes del claustro. En cambio, han elegido por claustro el océano.

El veneno de los envidiosos se insinúa en los corazones de los habitantes de la Montaña y, desde 1218, los dominicos se establecieron en su convento de la calle de Santiago. Cuando la universidad se dispersó en 1229 ofrecieron al obispo de París abrir una escuela pública de teología y así suplir en lo que se pudiera la ausencia de maestros.

Cuando volvió la Universidad a la Montaña, los dominicos tuvieron una cátedra de teología y pronto tuvieron dos y son en esas cátedras donde brillan sus más ilustres maestros, como san Alberto el Grande.

Después vinieron los bernardinos y otras órdenes tradicionales, pero los estudiantes desertaron de sus escuelas, así como las de los canónigos de la catedral. Las hostilidades surgieron hace diez años y su origen fue un manifiesto que denunciaba el reparto desigual de alumnos en las diversas cátedras y su carácter nocivo.

Una frase que se decía mucho era:

—¡Los regulares vienen a quitarnos la herencia de nuestros padres!

Todas estas disputas me parecen inútiles, pues la universidad corre el peligro de cerrarse sobre sí misma y sus antiguos privilegios. Entre las disputas está la de Guillermo de Saint Amour, que ha escrito un libro que extiende maledicencias sobre las órdenes mendicantes. Los superiores de la orden de santo Domingo acuden a la Santa Sede a causa de un panfleto que circula por la Universidad que acusa de ostracismo a sus profesores y estudiantes.

El Papa da la razón a los dominicos y Guillermo de Saint Amour envenena aún más esta disputa que no tiene sentido, pues arroja descrédito sobre los hijos de santo Domingo y de san Francisco y para ello usa un pasaje donde una cuestión ingenua lo convierte en un tratado envenenado.

—¿Es de sabios, a los ojos de la Fe, dar limosna a un hombre que puede valerse por sí mismo y, en cambio, mendiga?

Insinúa que quienes lo hacen por necesidad en las plazas son humillados aún más por sus grandes perezas. Esos monjes que ponen la mano «se dispensan de trabajar para cenar con el trabajo de otros». La Iglesia condena la mendicidad y pide que se viva del trabajo de sus manos.

Cada día veo que la disputa aumenta en agresividad y hay que frenar todo esto por el bien de todos. Los dominicos se contentarán con dos cátedras de teología y sus estudiantes entrarán en la Universidad, pero los maestros mendicantes no formarán parte de ella, salvo si, a partir de ahora, los doctores seculares les admiten. Este acuerdo favorece a la Universidad, pero contraría mis deseos, pero no pienso insistir más al ser aceptada por las dos partes.

¿Cómo podría cerrarse la puerta de la Universidad a los dignos sucesores de eruditos tan importantes como Roger Bacon, Juan de la Rochelle y Alejandro de Hales? A Dios gracias los colegios aumentan y, allí, los estudiantes encuentran un alojamiento digno y pueden instruirse sin pasar agobios. Está el colegio de los Bernardinos fundado por un inglés llamado Esteban Lexington que se llama de los «Buenos Niños» situado en la calle San Víctor, y está también el de los agustinos y del Carmelo. ¿Cómo no ver que los dominicos y franciscanos favorecen el crecimiento de la fe e iluminan con su saber los campos de todas las ciencias a la luz de la fe?

Las cátedras dominicas favorecen el gusto por el conocimiento pleno y las franciscanas llenan el espíritu de caridad. Todos estos doctores angélicos y seráficos, con su mística, ponen a la Biblia a la altura de las mentes de los estudiantes de Francia y de otras naciones.

Responden a la sed de saber y van hasta las profundidades de la gracia, más que a la de los manuscritos. Es lo que Vicente de Beauvais ilustra con una pequeña parábola.

—Ayer, los estudiantes vinieron a saludar al hermano Buenaventura a su celda. Le suplicaron que les enseñase los libros que le sirven para preparar sus lecciones. No nos

enseñó ninguno. Con su sonrisa nos enseñó su crucifijo y nos dijo: «Es toda mi biblioteca. Le pregunto al Maestro de la Vida. Desconfío de las doctrinas de los hombres».

Por supuesto que los temperamentos de estos monjes llenos de unción son tan fuertes que a veces chocan con los demás y ¿Buenaventura podría entenderse con Roger Bacon, el hombre de la contemplación exterior? Supongo que se entenderían, pero estoy convencido de que cambiarán el mundo con sus enseñanzas, que responden a las necesidades profundas del momento histórico.

La civilización atraviesa una crisis de las más peligrosas: la sociedad se ha dejado distraer por leyes de dudoso origen basadas más en el poder que en la equidad y, según ellas, el hombre no tiene más valor ni otro derecho que el de la tierra. El culto a los bienes materiales se ha convertido en un obstáculo para las cuestiones espirituales y de la fe y, así, incluso la Iglesia parece perderse en las apetencias feudales y de dominio. Es un milagro que este siglo se deje llevar al mismo tiempo por las cosas bajas y a la vez aspire hacia lo más alto de las especulaciones más elevadas de la filosofía.

Hay hombres sencillos que desprecian los bienes terrestres y consagran sus horas y sus pensamientos a la complicada y difícil tarea de iluminar a los hombres en los caminos de los misterios de la metafísica y lo hacen con admirable tesón y sin desanimarse.

En sus luchas percibimos que su valentía les valdrá en un futuro no lejano cartas de nobleza porque son soldados de un género nuevo, ingenieros que abren nuevos caminos, caballeros del conocimiento y guerreros de los últimos tiempos, que luchan por la vida y la muerte del espíritu y, mientras pelean por ese ideal, suben sin miedo hasta las más altas abstracciones procurando que su alma siga en el país de las cuestiones eternas y a la vez no caer en el mundo de las riquezas terrenales.

LA CENA DEL BUEY

Al alba, desde el barrio de Santiago hasta la calle de Fouarre, resuenan las campanas que llaman a la oración a los monjes mendicantes y dominicos mientras se escucha: «Pan para los predicadores». Las ventanas se abren poco a poco y algunos ya dejan sus pequeñas limosnas, mientras que las calles se convierten en un hormiguero donde los menestrales se mezclan con los hábitos blancos y de capa negra.

Los dominicos son tan prudentes
Que tienen París y tienen Roma
Son a la vez reyes y Papas
Y una gran suma de bienes

Hay sospechas de que se enriquecen y me acusan de ser un rey de convento con gritos como:

—¡Vos no sois el rey de Francia, sois el rey de los predicadores!

Mi amigo Roberto Sorbon me propone convidar al nuevo hermano Tomás que ha vuelto a París mandado por el Papa. Con su título de «Maestro en Sagrada Escritura», el hermano Tomás ya es célebre entre estudiantes, maestros y personajes como la reina de Sicilia, el Papa y los príncipes occidentales le tienen como consejero. El hermano Tomás tiene cuarenta y cuatro años y es un coloso del saber. Su familia desciende por madre de príncipes normandos que ocuparon Sicilia. Roberto me cuenta el motivo de su apodo:

—Sus condiscípulos de Colonia tomaban su habitual silencio como señal de estupidez y le llamaban para divertirse el «buey mudo de Sicilia». Un día, su maestro, el hermano Alberto, quiso comprobar los progresos de su extraño alumno y le preguntó. El joven Tomás contestó de tal modo que sorprendió al mismo profesor, que se volvió hacia los que le hacían burla y con acento profético dijo:

«Los doctos mugidos de este buey resonarán un día por el mundo entero».

El hermano Tomás aceptó por fin mi invitación a comer y tras las abluciones comprobé que el «buey» come como cuatro, pero permanece callado. Roberto me hace señales para que no me extrañe. El prior del convento de Santiago que le acompaña está algo inquieto.

Mi pensamiento es de incredulidad ante lo que veo y parece que no ha cenado esta semana pues él solito se toma dos cazuelas llenas. El hermano Tomás es tan conocido en Santa Genoveva por su apetito como por su sabiduría. Parece lejano a nuestra

conversación y da la sensación de que sigue pensando sobre el tema que le ocupaba en su celda cuando vino a cenar. De repente, en plena comida, sin duda llevado por una inspiración repentina, da un puñetazo a la mesa y grita:

—Ya tengo el argumento definitivo contra la herejía de los maniqueos.

El prior desolado pone la mano sobre la manga de su hábito y le dice al oído:

—Tened cuidado, estáis en la mesa del Rey de Francia.

Le tira con fuerza de su capa para despertarle de su abstracción y parece que el doctor vuelve en sí y se inclina delante de mí, confuso y enrojecido, y me pide que le perdone por haberse dejado llevar por una tal falta de respeto.

Estoy admirado y le animo a continuar con sus pensamientos y, para que no se pierda lo que ha pensado, hago llamar a un escribiente de la cancillería para tomar nota hasta el último detalle en el pergamino. Como la Biblioteca está cerca, haré que lo depositen allí esta misma tarde a la vez que pido al maestro que no pierda el hilo hasta que su pensamiento llegue hasta lo más profundo de su fuero interno. Le preguntó:

—¿Cuál es el argumento decisivo contra los maniqueos?

—¡La Encarnación!

—¿Los maniqueos no creen en ella?

—No. Dicen que el mundo está repartido entre el Espíritu y la Carne, entre el Bien y el Mal. Según los perfectos, la tierra y el cuerpo no son otra cosa que la prisión del alma. La verdadera morada del hombre debe ser el Palacio construido por el Amor.

—¿No es igual de exigente el Amor cristiano?

—Sí, pero está encarnado. Para los Perfectos, en el origen del mundo, Dios habría engendrado lo que es bueno, celeste y espiritual, mientras que el diablo habría vomitado lo que es malo, terrestre y material.

—¿Por qué esta enseñanza es una amenaza?

—Porque reparte el mundo en dos posibilidades: todo lo que fuera espiritual es bueno y todo lo que fuera material, malo. Dios no es considerado como creador de la materia. Esta fue creada por un demiurgo malo, el demonio. Eso explica el motivo por el que los Perfectos se despojan de lo material y no se alimentan más que de frutas y legumbres.

—¿Es tan grave? Hay muchos cristianos que solo comen pescado. ¿Dónde está la herejía?

—Está en el rechazo de la teología de la Encarnación, que dice que el Verbo se hizo Carne.

—Ahora caigo en el peligro de la herejía en el plano espiritual, pero no veo que concierna a la autoridad temporal. Sería mejor que fueran los clérigos quienes la refutaran. ¿Por qué mi padre Luis VIII fue obligado a intervenir?

—Porque el error espiritual que sostiene este pensamiento herético es el final de la

sociedad temporal.

—Sigo sin entender. La Encarnación concierne a los creyentes y no vamos a convertir a los que no creen en la Resurrección.

—El rechazo de la Encarnación lleva, por desgracia, a la negación del matrimonio y las relaciones carnales. Supresión de bodas ya que son materiales, o sea, impuras.

Toda procreación es mala y viene del infierno. Se perpetúa el mal porque se perpetúa la vida. Rechazar el matrimonio incluso para los animales es liberar al alma de su cautividad carnal.

—Mientras vivan entre ellos en sus grutas, la sociedad sobrevivirá.

—No, Señor. El contagio de su lógica es mortal. Pretenden que la sociedad terrena sea ilegítima y que el poder temporal viene del diablo. La desobediencia a la autoridad se convierte en virtud. Dejar que se extienda esta herejía sería consentir la muerte voluntaria de la sociedad. La autoridad temporal está involucrada como la espiritual. Esta nueva comunidad recomienda a quien está casado a abandonar a su mujer. La muerte voluntaria es la muerte más perfecta.

—¿Por qué los cátaros detestan a las órdenes mendicantes?

—Porque somos sus rivales en frugalidad.

—¿Cómo respondéis a los excesos de la Iglesia en nuestro siglo?

—Intentamos recordar lo esencial: la vuelta a la pureza del Evangelio en un mundo demasiado confuso de lo temporal con lo espiritual. Practicamos el desapego de los bienes temporales.

—¿Cómo la mendicidad manifiesta este desapego?

—El mérito de santo Domingo y san Francisco es haber entendido al pie de la letra el espíritu del Evangelio en todas sus dimensiones: el desapego y la jerarquía.

—La mendicidad os lleva tiempo…

—Al contrario. La privación de cosas terrenales nos hace ganar tiempo. Nos podemos consagrar en su totalidad al estudio ya que no hay nada temporal que gestionar. Tenemos justo lo que necesitamos.

—¿Por qué habéis elegido esta orden tan joven?

—Porque es una vocación nueva. Buscar a Dios y consagrarle la vida.

—Pero todos los monjes buscan a Dios.

—Por supuesto. Por otra parte, ahí está la orden de san Benito que dice «Ora et labora». Los benedictinos tienen dos actividades: trabajo y contemplación. Nosotros sustituimos el trabajo manual por el trabajo intelectual que acompaña a la contemplación orante. Para nosotros la transmisión es lo primero. Nuestra vida contemplativa se concreta en una vida apostólica. Es mejor transmitir lo que se ha contemplado que contemplar solo. También es mejor iluminar que brillar. Eso es lo que nos esforzamos en enseñar a nuestros estudiantes en París.

—¿Qué universidad preferís de las que habéis impartido clases? ¿París, Colonia o Nápoles?

—Las tres. Nápoles es mi país, un cruce de civilizaciones únicas como la griega y los árabes que me abrieron muchos caminos. El contacto con el pensamiento árabe me ha instruido mucho. Avicena y Averroes me han enseñado a Aristóteles aunque deformado.

—¿Colonia?

—Colonia es el encuentro con mi maestro Alberto. Fue quien me enseñó a ser riguroso.

—¿París?

—Es la unión de Nápoles y Colonia. Nápoles es el fuego griego del espíritu. Colonia es el fuego de la razón que purifica. París son las dos. Es la primera universidad del mundo. Llena el universo con la plenitud de su ciencia. Grandes maestros de Occidente vienen a París. París es el crisol donde el oro se funde y lleva un adelanto de cincuenta años sobre las demás.

—¿Por qué cincuenta años?

—Porque la libertad es compatible con la razón. Los mendicantes contribuyen de una manera total con su espíritu.

—Me animáis entonces a seguir apoyando a los mendicantes en su querella contra los seculares.

—Por supuesto, Señor. La universidad es vuestra y del Papa. Cada uno aporta su originalidad. El Papa esperaba que los clérigos estuviesen mejor formados para ejercer su función espiritual para transmitir la fe, que no es una adhesión ciega a verdades irracionales. La decadencia y el enriquecimiento del clero así como la mayoría de las herejías proceden de la ignorancia. Por otra parte he comenzado a redactar una suma contra los gentiles. Para Vos también es de interés tener clérigos bien instruidos para que no confundan las cuestiones que solo pertenecen al reino de las que no son. También necesitáis clérigos como consejeros preclaros que os ayuden a gobernar a ciudadanos libres.

—¿Cómo conseguís captar el interés de vuestros alumnos?

—Les hago ver que la razón no contradice la fe. No es bueno abusar de la oratoria. La fe es un acto de la inteligencia que se adhiere a la Revelación. La inteligencia de la Fe da fe a la inteligencia y esta da vida a la libertad.

—¿Cómo conciliar la libertad con la autoridad? ¿Cómo puedo ser superior a mis súbditos y a la vez ser su hermano?

—No hay autoridad que no venga de Dios. Dios gobierna su creación. Es un gobierno universal. El hombre es un pequeño mundo y la razón se comporta igual en el hombre que en Dios. Vuestra majestad debe saber que ejercéis vuestro oficio como Dios lo ejerce sobre el mundo. Cuando juzgáis, lo hacéis en el lugar de Dios y en su nombre.

—Entonces ¿hay poder absoluto en la tierra?

—Por supuesto que no. El príncipe está bajo el gobierno del Príncipe Supremo en cuanto ministro ungido por Dios. Ministro quiere decir servidor y los reyes son hermanos de los otros cristianos por el bautismo. Son reyes para servir. De ahí la ceremonia de la Coronación que os une a Cristo muerto por sus hermanos.

—¿Hay límites a la autoridad?

—Sí. La autoridad es legítima en la medida en que respeta la justicia, es decir, a la ley natural. Toda ley positiva debe ser obra de la razón del legislador, no de su capricho.

—¿En caso contrario?

—No sería una ley, sino una iniquidad, un abuso de ley que no merece ese nombre y tampoco obliga en nada a los súbditos.

—¿Hay un gobierno ideal?

—Sí. Un gobierno que participe de la monarquía donde uno solo está a la cabeza del gobierno; de la aristocracia en la medida en que un cierto número de entre los mejores están encargados de las funciones públicas; de la democracia, es decir, del poder del pueblo en la medida en que los gobernantes puedan surgir del pueblo. También hay que decir que, si el rey mandara cosas injustas, el pueblo ya no tiene que obedecerle. El pueblo no está hecho para el príncipe, el príncipe sí está hecho para el pueblo. Y todos bajo la mirada de Dios.

—¿Por qué Dios me ha negado conquistar Jerusalén? Mi viaje fue un desastre. ¿Es un castigo como el que tuvo Moisés a las puertas de Canaán? Me gustaría entenderlo.

—No es un castigo. Ya no estamos en los tiempos de los castigos del Antiguo Testamento. Cristo murió no por ser pecador. Desde el Gólgota, los fracasos y la cruz son la vía para la Resurrección. Es un misterio de dolor para redimirnos. Dios respeta la autonomía temporal.

—¿Qué reprocháis al Islam en Vuestra Suma?

—El rechazo a la Encarnación.

—¿Qué se puede hacer hoy, ya que el Islam nos prohíbe el acceso a los Santos Lugares?

—Luchar y liberar. Disputar para restablecer la verdad sobre Cristo muerto y resucitado y liberar el Santo Sepulcro. Los cristianos no deben rechazar el reparto de aquellos lugares santos. Pero aceptar que es imposible ir en peregrinación sin ser herido es reducirnos a esclavos. Perdóneme, Señor, si os parezco indiscreto, pero tengo una pregunta que me quema los labios. ¿Piensa volver a Tierra Santa?

—Sí, maestro, pienso volver por la razón que decía. Ser un cruzado para mí no es una mera etapa en la vida, es mi vida.

NUEVA LLAMADA A TIERRA SANTA

El reino vive en paz gracias al respeto de las reglas de convivencia y de mis ordenanzas ha encontrado lugar en el corazón de mis vasallos. Cada uno de ellos trabaja en su oficio: el campesino en su cosecha; el burgués en su negocio; el señor no teme ya ni cabalgadas ni pillajes. Francia vive tranquila en su caminar. Por desgracia me llegan las malas noticias de Oriente y de las amenazas que a buen seguro serán la ruina. Nunca he aceptado mi derrota en Jerusalén y mi conciencia está turbada por tantas penas allí vividas y casi todas en vano.

Los mensajes de Geoffroy de Sargines, a quien dejé el mando de Acre, son alarmantes y me pide ayuda. Son mensajes más y más de premura y todos los días recibo a peregrinos, clérigos, caballeros de órdenes religiosas que me comunican entre lágrimas y con gran dolor de su corazón los desastres que allí se suceden.

La invasión siria por los Tártaros me obliga a reunir el parlamento en París. Pido a mi pueblo oraciones y procesiones y que se abstengan de jurar en vano, de renunciar a lo superfluo en las comidas o al lujo en el vestir. Prohíbo celebrar torneos y procuro poner en marcha la máquina militar para tener a mis soldados en forma para el combate y de manera especial a los arqueros y arcabuceros. Consulto a mi hermano Carlos de Anjou, que vuelve de Sicilia, si su nuevo reino puede servir como base de operaciones para atravesar el mar y me confirma que sí.

Carlos me cuenta que Túnez no le paga el tributo y que los griegos han reconquistado Constantinopla y puesto fin al imperio bizantino, por lo que el camino terrestre es incierto. Los rumores aumentan y las noticias son cada vez peores y lo malo es que no tengo ninguna base de apoyo en Egipto ni en Siria.

Mi amiga la sultana fue asesinada por los emires, la misma que había mandado asesinar a su marido y ahora el hombre fuerte en Oriente es el mameluco Baibars «el arcabucero», antiguo esclavo que había conseguido unir a los egipcios en Mansourah contra mi hermano Roberto y a quien asesinó después. Los francos de Oriente se alegraron demasiado pronto cuando vieron que los tártaros destruían el sultanato de Damasco donde residía el príncipe de los males y de paso debilitarían las fuerzas musulmanas, pero la alegría duró poco porque no iban a quedarse ahí.

Los Estados latinos de Palestina van a caer bajo los golpes del más terrible de los enemigos que jamás haya existido desde Saladino y mi amigo e intrépido Geoffroy de Sargines sueña con dejar Tierra Santa cuando me escribe desesperado: «Señor, no puedo asegurar el futuro de estas tierras. Es el fin…». Las ciudades cristianas están arruinadas,

reducidas a casi nada y se destrozan entre ellas y se puede decir que ahora ya no se sabe ni siquiera a quién pertenece la Corona de Jerusalén, pues no existe la autoridad. Allí hay solo desorden y discordia. Los genoveses han sido expulsados por otros italianos. Los venecianos, expulsados de Tiro. Los templarios y hospitalarios están al borde de hacerse la guerra entre ellos. Solo se busca excluir y ganar poder, pues solo los beneficios del comercio son lo que les mueve.

Solo les quedan las murallas para defenderse y no las han mejorado nada desde mi vuelta a Francia ya que los nobles de aquellos reinos están endeudados y sus tierras hipotecadas.

La situación ya es límite en el mes de marzo de 1263. El mameluco Baibars mató al nuevo sultán que había sucedido a la sultana durante una partida de caza. El hermano Guillermo de Trípoli asegura que el nuevo jefe tiene de militar la sabiduría de César y la crueldad de Nerón. En pocos días somete a cinco reinos donde se hace rey absoluto: Egipto, Jerusalén, Siria, Alepo y Arabia. Para impedir que nadie reclame el trono, ha hecho asesinar a todos los posibles descendientes de Saladino. El drama de los cristianos de Tierra Santa se resume en que no tienen más que un adversario, Baibars, pero es el más temible de los posibles.

Poco a poco me entero de la cadena de desastres irreparables. En el año 1263, Baibars arrasa las iglesias de Nazaret, del Monte Tabor y de todos los santuarios que no están protegidos por una iglesia fortificada. Gracias a Geoffroy de Sargines, la fortaleza de Acre se mantiene. ¿Pero por cuánto tiempo? En febrero de 1265, el mameluco toma Cesarea en apenas dos días. Yo había trabajado en persona en aquellas murallas y los expertos las consideraron inexpugnables y aun así la ciudadela cayó casi al primer asalto.

En junio de 1266 le toca a Safet, una ciudadela templaria en Galilea. Debido a una estratagema sarracena, obtiene la capitulación del castillo y decapita a los defensores. Después viene el asalto a Jaffa y también la toma. El estupor de los cristianos es manifiesto y los príncipes cristianos son incapaces de reaccionar. Todo indica el hundimiento definitivo de estos reinos cristianos en poco tiempo.

El maestre de los Hospitalarios narra en una carta la poca resistencia de los cristianos, que agonizan a los pies de los Infieles: Jaffa cayó en la una hora; Cesarea, en dos días; Beaufort, en menos de cuatro; Safet, en quince. No queda a los Francos más que una franja costera muy delgada y algunos puertos donde los cruzados de Occidente todavía pueden desembarcar allí, pero la destrucción de los castillos de interior que vigilan los desfiladeros y posiciones avanzadas impide cualquier tipo de avance que se quiera realizar.

Tierra Santa no es más que pequeños granos diseminados en la costa. Los francos de Oriente me llaman en su ayuda porque siguen confiando en mí y esperan la salvación. Los tres maestres de las órdenes de caballería y Geoffroy de Sargines multiplican las

llamadas de angustia. La caída de tantos castillos considerados inexpugnables agobia a la Cristiandad. Me piden dinero para consolidar las murallas. El orgullo de mis ingenieros está tocado. Pero la pregunta es: ¿qué hacer frente al ardor de los sarracenos y mamelucos? Baibars ha exclamado:

—No se puede defender un país solo con murallas y con fosos.

Todo esfuerzo financiero hecho por Occidente para excavar fosos y elevar murallas es vano. No hay más que una muralla, una muralla viva. ¡Soy yo! El grito llega hasta el último rincón: «Señor, Señor». ¡Os esperamos!

No tengo elección y, aunque sea de máximo peligro para mi vida, tengo tomada la resolución, pero antes pido consejo al Papa, Clemente IV, mi amigo Guy Foulcois. Le confío que me voy de cruzada de nuevo y muestra su horror por Francia que conoce bien por su obispado en Eu. El parlamento es convocado el 25 de marzo 1267 y, durante su transcurso, muchos nobles muestran su desacuerdo y su rechazo de ir a esta nueva cruzada y el primero, Joinville que se excusa por sus fiebres.

A todos los nobles que han adquirido esta enfermedad tan fulgurante, les ofrezco los servicios de mi médico.

—Aprovecharéis de vuestra venida a París para consultarles. Son los mejores de Occidente, formados en la escuela de los sarracenos.

Mis íntimos también están inquietos y, ante las miradas abatidas de mis vasallos antes de hablarles, rezo en la Capilla de las reliquias donde hago traerme la Cruz.

Tras mi oración, abro la sesión para exhortarles a vengar la injuria hecha desde hace mucho tiempo al Salvador de la Tierra Santa y a recuperar la herencia de la Cristiandad tanto tiempo ocupada por los infieles. El legado sube a la tribuna donde pronuncia un sermón que sobrecoge los corazones y, cuando termina, tomo la insignia de los cruzados junto a mis tres hijos ante una asamblea atónita: Felipe de veintidós años, Juan Tristán Damieta con diecisiete y mi pequeño Pedro de Acre con dieciséis.

Sabía que la excesiva reflexión perjudicaría el éxito de mi objetivo y sí en cambio la sorpresa; lo imprevisto y la emoción arrastrarían a un gran número de los asistentes: el conde de Eu, la condesa de Flandes, los prelados, muchos nobles y caballeros.

Naturalmente, mi hermano, el conde de Poitiers, se cruza también, así como Roberto, conde de Artois, mi sobrino, por fidelidad a su padre, y Teobaldo, el rey de Navarra, mi yerno. Me hacen ver que sería más prudente dejar a mis hijos fuera de la Cruzada, sobre todo a mi hijo mayor, el heredero. Replico con una pregunta:

—¿Dios escatimó a su Único Hijo?

Le pido al Papa que me conceda el diezmo eclesiástico durante tres años, y hago venir a palacio a algunos juglares para trabajar la opinión pública y, entre ellos, Rutebeuf, que siempre derrama hiel.

Rutebeuf ve las cosas más negras de lo que están y las describe más sombrías aún, y,

a pesar de todo, tiene buenos sentimientos y sus sinceras indignaciones le hacen olvidar a menudo sus intereses y enfrentarse a los riesgos de la pluma.

Acudo a su lira cruel, llena de imprevistos. Compone de prisa sus endechas y quiero que en sus versos exprese que la llamada al viaje a ultramar no es solo idea mía, sino del país entero. Rutebeuf fustiga a los obispos que se niegan a dar de sus Bolsas y a oír la llamada de Geoffroy de Sargines, porque no se preocupan de nada. «En su fuero solo hay buenos vinos y buenas carnes y que la pimienta sea bien fuerte».

Me envía una nota que dice que los estudiantes hacen circular una canción por toda la montaña Santa Genoveva y también por la ciudad, para tomar el pelo a la gente de mucho hablar y poco hacer:

> Deja, pues, a los pasantes y prelados
> Y mira al rey de Francia,
> Que, para conquistar el paraíso,
> Quiere poner su cuerpo en peligro
> Y sus hijos a Dios prestar.

Luego me hace leer su «Disputa del cruzado y del descruzado» donde se ataca las perezas de los señores:

> Me acuesto temprano y hago grandes sumas
> Y tengo a mi mujer enamorada
> Creo por San Pedro de Roma
> que es mejor que me quede.

Me aseguran que el rey de Túnez desearía ser cristiano y, en octubre de 1269, me envía solemnes mensajeros que llegan a palacio el día de la fiesta de San Denis. Les recibo tras el bautizo en mi capilla de un judío de gran renombre:

—Transmitan a su rey que deseo tanto la salvación de su alma que pasaría el resto de mi vida en las prisiones de los sarracenos, sin ver la luz de día, con tal que su rey y su pueblo se hagan cristianos con un corazón sincero.

Sueño con ver que la fe católica vuelve a su antiguo esplendor religioso en esa tierra africana de Cartago donde el obispo de Hipona san Agustín y tantos otros doctores y mártires han brillado en santidad.

Las buenas disposiciones del rey de Túnez y las ventajas que resultarían de la ocupación de las costas de África me animan a hacer de este país la primera etapa de mi viaje. Túnez es el arsenal de los sarracenos para Oriente con lo que, una vez dueños de Túnez, encontraremos allí los recursos necesarios para la segunda etapa.

Solo me inquieta mi avanzada edad y mi salud arruinada por las pruebas y hace que mi estado sea tan delicado que no puedo permanecer mucho tiempo sobre mi caballo ni aguantar el peso de mis armas. Joinville es quien me ayuda en mis desplazamientos, lo que muestra que mi cuerpo ya no responde, pero iré a Jerusalén, eso sí, sin saber demasiado si es a la terrenal o a la celestial: solo Dios lo sabe.

DESTINO SECRETO

Las noticias que nos llegan de Oriente aseguran que Antioquía se ha rendido a los mamelucos donde diecisiete mil hombres han sido decapitados y otros cien mil convertidos en esclavos. Por si estas noticias no son suficientes, mi familia sufre otro duro golpe: Margarita está inconsolable y su rostro muestra el dolor.

En estos últimos años ha perdido a sus dos hermanas, la pequeña Sancie, mujer del duque de Cornualles, en 1261 y en 1267 murió su hermana Beatriz, mujer de Carlos de Anjou. En estas estaba, cuando el 23 de febrero al anochecer y una semana antes de partir me dicen que mi hermana Isabel ha fallecido.

Voy al convento de las clarisas de Longchamp donde residía y allí la encuentro acostada sobre una cama de paja, vestida de gris, con una inmensa paz en su rostro y con una sonrisa de arcángel, como dormida. La emoción me vence y me vengo abajo por el inmenso dolor que invade mi alma, mientras permanezco de rodillas y dejo pasar el tiempo entre lágrimas.

¡Me resultaba tan cercana! Era la alegría de la familia e iluminaba mis pensamientos, pues era capaz con su manera de ser de acercarnos a Dios. Desde su tierna juventud en el claustro no habían dejado de crecer su gracia y belleza. Hasta el Papa quiso que se casara con un grande de la tierra, pero su corazón era solo para Dios, ya en vida.

Muchos de sus vestidos eran utilizados para hacer reliquias y, cuando se lo decían, se reía con ganas y consideraba locos a quienes eso hacían dando con ello ejemplo de inocencia y humildad. Su alma sabía penetrar con naturalidad en las moradas eternas y su rostro estaba siempre radiante ayudándonos a creer en la vida y en Dios.

Muere en olor de santidad y el pueblo se precipita alrededor de su ataúd entre lágrimas de dolor. Las hermanas han abierto una ventana para que el pueblo pueda contemplar sus restos. Esta cantidad de gente humilde que quiere darle el último adiós me emociona. Todos quieren acercarse a su cuerpo yacente y todos quieren pasar sus objetos más preciados por sus restos mortales. Mi partida es inminente, pero he podido darle mi último adiós. Esta tristeza se une al peso de la Cruz peregrina que llevaré en la tierra del Sacrificio absoluto.

Mi hija Isabel, que se llama igual que mi hermana, me comunica que ella también me acompaña y se une a mis tres hijos. Envío a Geoffroy de Sargines los medios para que pueda resistir, mientras espera mi llegada. El 9 de febrero de 1268 en el transcurso del Parlamento de Chandeleur comunico a los allí presentes que me haré a la mar. Es necesario juntar una flota y para ello me dirijo de nuevo a los venecianos, pero el

problema de los venecianos es que entienden que hacen mejor negocio con los infieles que llevando cruzados que van a combatirles. ¿Por qué no creamos una flota francesa? Yo mismo la haré construir. Quiero naves largas de al menos veinticinco codos con puentes amplios para transportar gran cantidad de animales y pertrechos.

Mientras eso llega, la realidad es que los venecianos piden mil quinientos marcos y que el embarque se haga en Venecia ya que no quieren Aigues-Mortes. Consulto a marselleses y genoveses. Los primeros piden ochocientos marcos por cada nave de mil peregrinos. Al final me decido por los genoveses. Tengo un motivo que nadie sospecha: son marineros que conocen mejor que los venecianos los parajes tunecinos que es donde quiero desembarcar en secreto. Pongo por primera vez toda la flota bajo el mando de un gran oficial de la Corona, el almirante francés Florencio de Varennes, que prefiero a un genovés. Sé que esta decisión ha creado sorpresa, pero es garantía de independencia para mis movimientos.

A las puertas de palacio doy mis últimas instrucciones a los regentes: he nombrado a Maté de Vendome, abad de San Denis; Simón de Nesle, uno de los más leales servidores de la Corona. Les doy el título de lugartenientes y, tras el incidente político con Margarita, también dejo algunas precauciones para controlar sus actuaciones. Pido a Margarita que no mande nada a los oficiales de justicia y no nombre a nadie para que entre a su servicio o de los príncipes sin antes consultarlo a la asamblea.

A los regentes confío mi sello real, que ha sido destruido ante mi inminente partida. En el sello está escrito en el reverso: «Luis, por la gracia de Dios rey de Francia que se encuentra en Tierra Santa». Les pido a los dos que escuchen siempre las quejas de los pobres.

—Quiero que actuéis con la máxima equidad con todos los miserables hacia los cuales somos deudores de la justicia. No podemos ser castigados por Dios por haber sido negligentes en esta tarea. Dios nos juzgará por ello. Ejerced vuestra misión y expulsad a los prebostes que sean corruptos en su trabajo.

Me despido de Margarita en el castillo de Vincennes. No he querido que me acompañara para no exponerle a nuevos peligros, pues ya tiene cuarenta y nueve años y lleva encima bastantes duelos que le han debilitado. Creo que no aguantaría nuevas fatigas. Le abrazo entre lágrimas antes de irme. No quiero que aproveche la ausencia de mi hermano Carlos, a quien detesta, para reclamar la herencia provenzal, pero ella asegura e insiste que tiene más derechos que nadie desde la muerte de su padre.

La salud de mi cuerpo se tambalea y apenas tiene fuerzas para cabalgar. No me olvido de la tradición de mis antecesores y me presento en la abadía de San Denis para pedir ayuda al patrón de la ciudad. Recibo de las manos del abad la bufanda y el bordón de peregrino y también tomo el estandarte del altar, que ya es la bandera real. Al amanecer del sábado 15 de marzo de 1270 abandono San Denis revestido con mis

insignias de peregrino, los pies desnudos y seguido por una multitud del pueblo que llora de emoción. De nuevo recorreré el camino del Gólgota en penitencia, pues puedo ser un rey inmolado y sacrificado por recuperar Jerusalén, pero también quiero que mi sufrimiento sirva para que todos aquellos que me ven pasar, aumenten en caridad.

La procesión se dirige hacia palacio y después a la catedral de Notre-Dame. Me inclinaré de nuevo ante la tumba de mi abuela Isabel Hainaut, y pongo mi peregrinación bajo la intercesión de la Virgen. Ya por la tarde, duermo en Vincennes.

El domingo 16 de marzo, al amanecer, me separo con inmenso dolor de la reina. Se quedan con ella nuestros dos hijos pequeños, Roberto y Agnes. Margarita teme no volverme a ver con vida y que este viaje será mi muerte. La separación es tan desgarradora como un arrancarnos el corazón. Me pongo en camino y hacemos pequeñas jornadas de viaje para administrar mis fuerzas: Auxerre y Sens.

En Sens me paro delante de la catedral y de la Abadía de Cluny donde recuerdo mis conversaciones a veces no fáciles con el Papa y, a mediados de mayo, alcanzamos Aigues-Mortes. Con gran enfado, no encuentro nada ni a nadie preparado en el puerto, solo un pequeño número de cruzados ha llegado y los barcos genoveses no están y esto me empieza a recordar lo funesta y dolorosa que fue la espera en la primera cruzada.

Una vez más, en vez de afrontar el viaje en primavera donde el clima es aún soportable, tendremos que esperar al verano con sus calores para que nuestras cabezas se cuezan a gusto bajo las armaduras. Mientras llegan los barcos, me encuentro con la ociosidad de multitud de personas que crean discordias y enfrentamientos ante la falta de ejercicio y, además, en un espacio tan reducido como un muelle.

Se han formado dos partidos enfrentados: los provenzales y los catalanes, de una parte, y los franceses, de otra. Por desgracia, habrá muchos muertos entre estas gentes antes de entrar en combate. Por fin, los barcos están preparados, pero ha hecho falta un mes. El martes primero de julio ya estoy embarcado y en el camarote me esperan mi hija Isabel, mi hijo Pedro, el conde Poitiers, el príncipe Felipe, el conde de Nevers y el joven conde de Artois, hijo de mi hermano Roberto.

En otros barcos van el conde y la condesa de Bretaña, Juan, su hijo, y la mujer de este, Beatriz de Inglaterra, así como el conde de Flandes. He dado al orden que será Cagliari, Cerdeña, nuestra primera escala y será allí donde decidiremos el destino definitivo, que sigue siendo mi secreto.

El miércoles por la mañana, al amanecer, nos ponemos en marcha con las velas desplegadas, pues el viento nos ayuda y su dirección se mantiene. Por desgracia, el viernes en el golfo de León, el tiempo amenaza tormenta con el consiguiente peligro de dispersarnos y, para evitarlo, hago ofrecer varias misas sin consagrar para que el Cielo nos ayude. Pese a nuestras oraciones, la tormenta llega y es tan violenta que apenas somos capaces de mantenernos de pie sobre la cubierta.

Cuando la tormenta amaina, nos asalta otro mal: el agua dulce está corrompida y todos aquellos, personas y animales, que han bebido morirán. Por fin, el martes ocho de julio, llegamos a Cagliari. Los habitantes de la isla huyen, pues han visto barcos genoveses y, como son vasallos de los pisanos, temen que se trate de una invasión. Envío a mi almirante Florencio de Varennes a tranquilizar a la población y solicitar hospitalidad para los enfermos. Todos los días llegan a Cagliari nuevos barcos que transportan al grueso del ejército cruzado desde Marsella. Ya con la flota presta, ha llegado el momento de dar a conocer nuestro destino: ha llegado la hora de la verdad.

LA FAMILIA DE TÚNEZ

Convoqué a todos los jefes de mi ejército en consejo a bordo del Montjoie el sábado 12 de julio y fue cuando les revelé mi decisión de poner rumbo a Túnez. Les comunico que el rey Mohamed Mostanser ha pedido ser cristiano y por las caras que ponen adivino que la noticia no convence a nadie y muchos dudan de ese deseo.

Carlos de Anjou viene en mi ayuda ya que es él quien me ha animado a ir a Túnez y, si en última instancia se negara a ser cristiano, podríamos tomarle la ciudad con facilidad y todo su territorio. No hay que olvidar que el sultán de El Cairo tiene un gran apoyo en Túnez y, si conseguimos cortar la ruta entre Túnez y los estados musulmanes de Marruecos y España, liberaremos por fin el mar Mediterráneo de los sarracenos que la dominan. El plan es considerado una quimera y el murmullo sube de tono.

Leo los mensajes que envié al sultán donde le daba a conocer mi decisión de pasar con gusto mis días en la cárcel sarracena si con ello él y su pueblo se convertían al cristianismo. Su respuesta no deja dudas: me espera. Carlos de Anjou apoya mi decisión y describe la operación:

—Tomar Túnez es abrir un camino para atacar Egipto y, enseguida, Jerusalén. Es una operación redonda.

De un golpe cortamos la ruta entre Marruecos y España y la flota sarracena dejará de ser un obstáculo al comercio en el Mediterráneo. Combinaremos una operación militar y apostólica, algo parecido a cuando envié a Guillermo de Rubrouck a las tribus de los tártaros.

Cuando dejamos Cagliari, sus habitantes me ruegan que acepte como regalo casi cuatro mil litros de su excelente vino griego, pero no los acepto y solo les pido que cuiden a los enfermos que se quedan en la isla, pues las atenciones que tendrán con los enfermos será para mí el más importante de sus regalos.

El mismo día de la partida, hago llamar a mis hijos para transmitirles el sentido profundo de nuestra empresa:

—Hijos míos, veis que, aunque viejo, emprendo por segunda vez este viaje a Tierra Santa. Dejo a vuestra madre ya mayor y dejo mi reino en paz y en tranquilidad. Allí estaba lleno de honores y de prosperidad, pero he decidido emprender esta aventura. ¿Por qué? Por la fe no ahorro ni mi vejez ni las súplicas de vuestra madre. En el nombre de Cristo, renuncio a todo para exponerme en cuerpo y alma y os traigo conmigo y habría deseado traer a vuestro hermano si hubiera tenido más salud y fortaleza. ¡Sed fuertes! La perennidad del reino estará en función de vuestra generosidad.

Me dirijo a Felipe:

—Quiero que entiendas todo lo que hago para que, si muero y subes al trono de Francia, no ahorres nada, ni mujer ni hijos, incluso tu reino por Cristo y nuestra fe. He querido daros a ti y a tus hermanos este último ejemplo y tengo esperanza de que, llegado el momento, también lo seguiréis.

Le presto el «Espejo de los príncipes» que mandé redactar para su formación que es un testamento espiritual. Felipe empieza a leerlo en alta voz para sus hermanos:

—Hijo mío, si Dios te envía la adversidad, acéptala con paciencia. Si te da prosperidad, dale las gracias con humildad. Ten el corazón dispuesto a los pobres y afligidos. Dales la justicia. Sé siempre leal y perfecto con tus súbditos sin mirar a izquierda o derecha. Mira siempre de derecho y sostén la querella del pobre el tiempo que sea necesario hasta saberse la verdad.

—Si agrada a Nuestro Señor que tú tengas el honor de gobernar el reino, muéstrate digno de recibir la unción por la que los reyes de Francia son coronados. Rodéate de hombres prudentes del pueblo. Pon afán en elegir buenos prebostes y buenos bailes y vigila bien sus funciones para que no se aloje en sus corazones ningún vicio de codicia ni fingimiento. Gobierna siempre con tus dos manos, el espectro y la justicia.

La flota se hace por fin a la mar el martes 15 de julio y en dos días llegamos al puerto de Túnez, donde envío al almirante Florencio de Varennes a reconocer el terreno. Cuando desembarca, encuentra algunos navíos mercantes, pero nada dice que haya algún tipo de resistencia. La playa se llena poco a poco de pequeños grupos de sarracenos. Coloco mi galera en punta y avanzamos hasta el puerto donde tomamos tierra. Mi ejército está formado de treinta y siete mil hombres, de los cuales seis mil son caballeros. Aguardo el momento de gritar mi bando de guerra que he dictado a Pedro de Condé, mi capellán:

—Os digo el bando de Nuestro Señor Jesucristo y de su siervo Luis, rey de Francia.

Avanzamos por una lengua de tierra de alrededor de una legua de larga y tres de ancha que nos ofrece dos salidas. El desembarco ha tenido lugar el viernes en la fiesta de San Arnaldo y ese día levantamos el campamento. Pronto falta el agua y los moros nos impiden acceder a las fuentes.

Les veo sobre sus pequeños caballos armados de lanzas ligeras y que pasan al galope cerca sin hostigarnos. Mis caballeros tienen sed y se hace necesario un pozo por lo que trasladamos el campamento a un valle que domina un castillo con parte de sus muros caídos. Este vestigio donde ya no queda nada es el fantasma de Cartago y sin duda es la antigua estancia de Didon, la legendaria ciudad púnica y después romana, vándala e incluso llegó a ser bizantina. Busco con el pensamiento el anfiteatro donde fueron entregadas a las bestias las santas Perpetua y Felicidad.

Contemplo las vastas llanuras donde fueron sepultadas las legiones de Aníbal, de

Escipión y de César y que ahora son solo un montón de ruinas tapadas por la vegetación.

Decidimos asediar el castillo y los zapadores preparan las escalas y las máquinas de asalto con la ayuda de quinientos arcabuceros y cuatrocientos caballeros extranjeros de Carcasona, de Périgueux y de Beaucaire. Pronto, vemos ondear en las almenas nuestras banderas. Ponemos guarnición en el castillo y dispongo lo necesario para recibir a los enfermos, pero también a las princesas y sus damas que permanecían en los barcos. Encontramos una gran cantidad de cebada, pero me entero que Mohamed Mostanser ha detenido a los soldados cristianos que servían a sus órdenes y les cortará la cabeza si aparecemos delante de Túnez. Estas noticias me hacen ver que mis buenos sentimientos han sido traicionados y la conversión, un nuevo engaño.

De nuevo la humedad y el calor resultan insoportables y las incursiones enemigas multiplican nuestras fatigas sin dejarnos descansar. Por ejemplo, hoy he tenido que revestirme la armadura cinco veces para rechazar al enemigo que penetraba en el campamento.

Reconozco que frente a nosotros tenemos mucho polvo, mentiras, falsas sumisiones y supuestas conversiones que visitan nuestro campamento en busca del bautismo y así infiltrarse. Cuando veo al sultán de Túnez en persona que viene a combatirnos, entonces ya no tengo duda alguna de que he sido engañado. Encargo a Amaury de La Roche que excave una línea de fosos alrededor del campamento para defender los accesos.

Los sarracenos conocen bien su territorio y consiguen rodearnos. Cansan a mis soldados y les arrinconan en esta pequeña porción de tierra. Como siempre juegan con sus mejores aliados, como son las enfermedades por el calor de África, por el agua corrompida de los pozos, por la falta de sombra, la falta de carne fresca y los olores que se mezclan con el aire sofocante.

Espero la ayuda del rey de Sicilia, mi hermano Carlos, que me anuncia su próxima llegada aunque este retraso nos supone una gran contrariedad. Los sarracenos aumentan sus suplicios para atormentarnos y varios millares de sus soldados están apostados en las colinas próximas, y cuando el viento toma la dirección de nuestro campamento, toda esa multitud armada con palas gigantes levantan y agitan la arena de las dunas de la costa de tal manera que la llanura y el campamento son sepultados por una espesa nube de polvo que nos sofoca y ciega y hace que nuestra defensa sea incierta.

Los soldados expuestos a estos calores de África y tormentas de arena sucumben al cansancio, al hambre y a los pesimismos y las viejas ruinas que ven en esta playa apenas despiertan su interés y les llena de tristeza.

Veo a mi lado un clérigo que, para levantar el ánimo de los soldados, narra bajo la escasa sombra de una palmera que, en los primeros siglos de la Iglesia, la palabra de Dios había sido anunciada desde Hipona por san Agustín, pero los soldados ya no escuchan y solo ven cadáveres amontonados y ruinas absurdas en la noble ciudad que

fundó la amante de Eneas.

El tiempo se pasa en rechazar escaramuzas y durante la noche y el día es preciso estar al acecho y acudir a las armas al primer aviso y subir la altura de las defensas exteriores. La impureza del aire húmedo y la falta de cuidados aceleran la destrucción del campamento, y todos estos caballeros en retirada querrían salir al descampado en vez de ver cómo la epidemia se extiende, pero toda salida parece peligrosa y no hay más remedio que esperar a que desembarque mi hermano Carlos.

IREMOS A JERUSALÉN

¡Sé que es la hecatombe!

Seguimos arrojando cadáveres en la fosa que rodea el campamento y pronto estará llena. Nos servirá de muralla a los vivos y de tumba a los muertos. El olor fétido trae la peste hasta nuestras tiendas. No hay agua potable, no hay carne y no hago más que visitar a mis caballeros que agonizan: el conde de Vendome, Alfonso de Brienne, Pedro de Nemours mi chambelán y un amigo de corazón y tantos otros que en pocas horas estarán muertos.

Soy el rey de las arenas, un rey nómada, un rey que campa donde la muerte es la dueña, un rey que se muere, pero antes cierra los ojos de sus allegados. Ay, si Carlos llegara con comida y agua, pero no llega y vamos a morir todos bajo este sol sarraceno. Quiero ver a mi hijo Juan Tristán, pero me dicen que es imposible, que ya no está en el campamento.

Quiero saber la verdad y me dicen que ha sido llevado a una nave para respirar aire saludable.

Llamo a mi confesor, Geoffroy de Beaulieu:

—Quiero la verdad.

—Se ha muerto esta mañana.

Dios mío, mi hijo nacido en la primera cruzada en Damieta. ¡Margarita! ¡Margarita! ¡Madre inconsolable, escucho tu grito desgarrador! ¡Noooo!

Después de Luis, el cielo se nos lleva al príncipe de las lágrimas con apenas veinte años y ¡no puedo soportarlo! Quiero verle aunque sea muerto, pero es demasiado tarde: mis hombres han quemado su cuerpo y sus restos partirán mañana para Royaumont. ¿Un rey tiene derecho a morir de dolor? Me levanto y pido que me traigan agua para lavarme la cara y alejar el duelo de mi alma, pues no estoy dispuesto a que mis caballeros me vean postrado y descorazonado.

¿De dónde sacaré la fuerza para pronunciar las palabras de Job?: «El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó». ¡Demasiado duro para mi corazón! Por eso Dios se hizo hombre, para decirnos que nos comprende.

La tarde misma que murió Juan Tristán, el 3 de agosto, me viene un mal terrible en el vientre con fiebres muy altas y mi médico me ordena reposar en mi tienda real. El 7 de agosto me comunican la muerte del legado Raúl de Grosparmi, anciano obispo de Evreux, y compruebo cómo los hombres de Dios tampoco están exentos de morir. Me vuelvo a levantar y me paseo como un espectro para seguir visitando a mis hombres.

Es necesario que me vean mantener su fe, pero ¿por qué me miran así? ¿Ven ya un moribundo que se arrastra por el peso de su cuerpo? Estoy carcomido por dentro y cada vez me pesan más los brazos y la espalda como si tuviera un ratón en mis entrañas que me destroza todas las vísceras con dolores violentos e insoportables que aumentan a cada paso que doy. ¿Qué hago en Cartago? Escucho los gritos de Perpetua y Felicidad bajo los latigazos o de Cipriano desgarrado por las fieras. ¡Oh Dios mío! Quiero que me vengan a buscar para morir entre sus brazos.

Mi piel se mancha y ennegrece, mis carnes se deshacen y los miembros se me caen. Percibo, alrededor de mí, una capilla ardiente con cirios en un mar de afectos. Mi médico lleva a mis labios un caldo de gallina que no puedo tragar y entonces el recipiente cae y me quema el hombro.

Fijo mis ojos en el crucifijo colgado frente a mí que se mueve al compás de los vientos del desierto. Todo me da vueltas y entonces veo una Sagrada Forma a la altura de mis labios, pero quiero recibirla de rodillas. Me bajan de mi tabla y rezo por mi familia y también imploro la ayuda del cielo, mientras estrecho la mano de Isabel, inundada en lágrimas, que repite las letanías de los santos. Toda la tienda reza con fervor, mientras mi pobre nave encalla en la playa de la muerte.

Recibo los santos óleos para mi última travesía. Me ayudan a extenderme sobre mi cama de cenizas. Abro los brazos y, como el rey de Nínive y los monjes del Cister, mi cuerpo se abandona a la voluntad de Dios, pues ya no puede luchar más. Mi mano se abre y se cierra empuñando el espectro. Mi final será la sonrisa de mi pequeña Isabel.

Mi reino será pronto la eternidad hacia donde parto para unirme a mis santos patrones; Santa Genoveva que extiende sus brazos sobre París y san Denis que los extiende sobre Francia. Me voy con Paz.

—Señor, entro en tu morada, adoro tu Santo Templo y confieso tu Nombre.

Mi frente arde por la fiebre y siento que una mano traza una cruz sobre ella. Me cierran los ojos, es el fin, pero antes querría llamar a todos mis caballeros:

—¡Adiós, Francia! Oh Señor, que mi pueblo tenga siempre tu gracia, que nunca te rechace, te lo suplico. Pongo mi espíritu en tus manos y te ofrezco mi vida en holocausto.

¡Oh, Jerusalén…!

¡Oh, Jerusalén!!…

Túnez 25 de agosto de 1270.

NOTA DEL AUTOR

Sueño con devolver la figura de san Luis a la gente de la calle. Un san Luis de carne y hueso. El tiempo le ha colocado demasiado lejos de este mundo, allá en las alturas. San Luis tiene el riesgo de quedarse inmóvil en su vidriera inaccesible. Le he bajado de la vidriera para darle vida y ponerle a la altura de los hombres. Después le he vuelto a subir con precaución, pero con una mirada menos lejana y menos alejada de nuestros intereses. Me impuse ir a buscarle a las fuentes más frescas y auténticas donde reside la riqueza de las palabras vibrantes dejadas por los primeros testigos de su vida. He seguido a quienes de verdad conocieron al rey Luis IX, quienes vivieron junto a él y le acompañaron desde su infancia hasta su muerte.

Mi pluma ha transcrito las crónicas antiguas, como lo hicieron los escribas apresurados por el tiempo. No he inventado nada. Ni acontecimientos ni personajes ni lo más insólito que ustedes puedan creer.

Quizá haya arreglado algún detalle, es todo. Este libro es un sencillo testimonio de testimonios. Un trabajo de monje copista que intenta devolver a nuestro tiempo actual a san Luis. He añadido a los testigos su psicología, sus ocurrencias, sus arrebatos y sus enfados. Me he esforzado para prestarles algunas alusiones de estilo.

También he procurado reencontrar en las entonaciones de los compañeros e interlocutores del rey el sabor, el jugo, la lengua fuerte y dulce de esa época.

He vivido varios años con los primeros cronistas que escribieron mucho y bien sobre san Luis. Les debo todo. Levanto la mirada a su morada eterna. Doy las gracias póstumas a todos esos personajes que aún viven:

—El llorado senescal Joinville, compañero de la primera cruzada que pasó veintidós años cerca del rey y que tuvo la feliz idea de dejar tras de sí su precioso testimonio.

—Geoffroy de Beaulieu, religioso dominico que fue durante veinte años su confesor y que escribió una Vida de San Luis.

—Guillermo de Chartres, religioso dominico, su limosnero. Que siguió al rey durante sus dos cruzadas y compartió su cautividad. También escribió una Vida de San Luis.

—Guillermo de Saint Pathus, franciscano, quien fue durante dieciocho años el confesor de la reina Margarita, mujer de san Luis, y de Blanca de Francia, su hija, que le pidió que escribiera una biografía.

—Guillermo de Nangis, monje de San Denis, cronista de los reyes de Francia que redactó una preciosa relación a partir del dosier de canonización en 1282.

—Mateo París, benedictino inglés del monasterio de San Albano, autor de una

crónica mayor de primera importancia.

—El Menestral de Reims, que dejó sus memorias en color.

—Salimbene de Adam, que escribió una fina crónica alerta y llena de relieve.

—El caballero de San Ignon, que dejó recuerdos personales de la cruzada de Egipto y hoy se han perdido.

—Juan Sarrazin, el chambelán de san Luis que escribió una carta sobre la estancia de san Luis en Tierra Santa.

He querido también escuchar el otro punto de vista. He leído las crónicas árabes. Las de Aboul Ma Hasen, testigo importante de esta época. He ido a la fuente de los documentos dejados por los historiadores árabes contemporáneos de la Cruzada en Egipto, en especial, los de Ibn Wasil, testigo directo del desembarco en Damieta.

También he mirado en las crónicas de la época: las Grandes Crónicas de Francia de San Denis; la Crónica de Balduino de Avesnes; la Crónica rimada de Felipe Mouskés; el Compendio histórico de Vicente de Beauvais donde encontré las cartas de san Luis y de su entorno familiar y político, como la de Eudes de Chateauroux. Las ordenanzas publicadas por san Luis y conservadas en su totalidad en los archivos nacionales; las sentencias dictadas por la Corte del Rey, los catastros de los grandes feudos y abadías, las obras completas de Rutebeuf, las canciones de Teobaldo de Champaña.

Doy las gracias, en particular, por sus consejos a:

—Annie Laurent, doctora en ciencias políticas y especialista en el Islam y cristianos orientales que me ha ayudado a reconstruir el diálogo de san Luis con el sultán de Egipto.

—Thierry Dominique Humbrecht, dominico, laureado de la academia de ciencias morales y políticas que me concedió, con paciencia y atención, su mirada de teólogo especialista en santo Tomás de Aquino.

—Madre Marie de la Asunción OP, profesora de filosofía que me ayudó a reencontrar el famoso cambio de la cena de santo Tomás.

—Philippe Pichot, conferenciante y maestro en derecho público y especialista en la Justicia de san Luis.

Jean-Pierre Deschodt, profesor de historia que leyó el libro y me dio su opinión.

—Mylène Bazin, asistente creativa cuyas investigaciones sobre las diversiones del aquel tiempo me han enseñado fuentes olvidadas sobre todo árabes, así como testimonios auténticos.

—Aude París, joven y sabia estudiante, especialista en lenguas de oíl y de oc que me ayudó en los acentos y el habla de la corte y de la ciudad.

He leído doscientos libros antes de empezar a escribir. Algunos me han servido más que otros. En particular:

—El gran libro sobre san Luis de Jacques Le Goff, indispensable.

—El San Luis de Le Nain de Tillemont, un gran historiador del siglo XVII y escrito en diez volúmenes.

—Los libros excepcionales de Jean Richard y de Gérard Sivéry.

—Georges Bernanos, que he asociado sutilmente a mi prólogo.

Índice

Jerusalén, Jerusalén
El Santo Grial
Pequeño Carlomagno
El signo de los tiempos
La bella extranjera
El Crisol Real
El traspaso
Armado caballero
La Coronación
Nido de Víboras
Primer asalto
El Rey mendigo
La clerecía en fiesta
La mentira
Primer Consejo de Guerra
La universidad abandona París
Himenea
Dos reinas
Hachichins
Rey de la Faba
El tribunal sin igual
La Caballería de San Jorge
Jezabel
La otra corona
Luz de Oriente
La espuela de Asia
La Fiebre
La promesa
La otra Cruzada
La serpiente
La gran luz
La Partida
La banda
Adiós a mi madre
La bahía de las Aguas Muertas
Chipre
El Desembarco

La entrada en Damieta
El vado
Los mamelucos
Los barbos
Cautivo
Árbol de Perlas
El rescate
Acre
Partir o quedarse
El Señor de Hungría
El viejo de la Montaña
El cuévano
El gran duelo
La vuelta
Espejo de príncipes
El espejo del pueblo
Las quejas a la puerta
La cena inglesa
El homenaje del Louvre
El viaje a la Catedral
El juramento secreto
La docta Montaña
La otra labor
La cena del buey
Nueva llamada a Tierra Santa
Destino secreto
La familia de Túnez
Iremos a Jerusalén
Nota del autor

Índice

Jerusalén, Jerusalén	4
El Santo Grial	5
Pequeño Carlomagno	11
El signo de los tiempos	13
La bella extranjera	15
El Crisol Real	18
El traspaso	22
Armado caballero	26
La Coronación	30
Nido de Víboras	35
Primer asalto	39
El Rey mendigo	44
La clerecía en fiesta	48
La mentira	51
Primer Consejo de Guerra	57
La universidad abandona París	62
Himenea	65
Dos reinas	68
Hachichins	73
Rey de la Faba	76
El tribunal sin igual	80
La Caballería de San Jorge	85
Jezabel	89
La otra corona	92
Luz de Oriente	96
La espuela de Asia	99
La Fiebre	104
La promesa	107
La otra Cruzada	111

La serpiente 115
La gran luz 118
La Partida 123
La banda 128
Adiós a mi madre 132
La bahía de las Aguas Muertas 136
Chipre 140
El Desembarco 145
La entrada en Damieta 150
El vado 155
Los mamelucos 158
Los barbos 161
Cautivo 164
Árbol de Perlas 168
El rescate 173
Acre 177
Partir o quedarse 181
El Señor de Hungría 186
El viejo de la Montaña 190
El cuévano 194
El gran duelo 197
La vuelta 201
Espejo de príncipes 206
El espejo del pueblo 210
Las quejas a la puerta 215
La cena inglesa 220
El homenaje del Louvre 225
El viaje a la Catedral 228
El juramento secreto 233
La docta Montaña 238

La otra labor 242
La cena del buey 245
Nueva llamada a Tierra Santa 250
Destino secreto 255
La familia de Túnez 259
Iremos a Jerusalén 263
Nota del autor 265
Índice 268